VARGAS VILA

LOS PARIAS

THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
869.7
V42lp
SOUTH
AMERICA
COLLECTION

Return this book on or before the **Latest Date** stamped below. A charge is made on all overdue books.

U. of I. Library

FEB -5 1943

MAY 21 1943

M32

LOS PARIAS

J. M. VARGAS VILA

LOS PARIAS

Je parlerai debout en face du passé,
J'éveillerai les yeux de cendres ou de flammes
Qui luisent tout au fond de sa tragique Nuit,
Et dont le reflet mort sur mes songes a lui...

H. DE REGNIER

PARÍS
LIBRERÍA AMERICANA

1914

LIBRERIA COLOMBIANA
CAMACHO ROLDAN & TAMAYO
BOGOTA

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.

Microfilm Negative # 96-6698
Humanities Preservation Project

869.7
V421p

LOS PARIAS

I

Cuando Claudio Franco, dominó la pequeña colina, á cuyo pie se extendía el valle natal, la llanura se mostró ilimitada, ondeante, verdinegra á su vista...

Una bruma luminosa flotaba sobre ella.

La pradera, se ostentaba, inmensa y verde, hasta perderse de vista, allá, en horizontes azules, en playas de sombra, hacia las cuales inclinaba el viento los trigales rumorosos, como un viaje de olas sobre la mar serena.

Prados brillantes y bosques sombríos hacían arabescos glaucos y tiernos, bajo la transparencia suave de la cúpula azulada.

El río, obscuro, taciturno, se deslizaba sin rumores, á la sombra de grandes árboles, que hundían sus ramas en las aguas, en una ablución languideciente, como un estremecimiento de caricia.

En los juncales temblorosos de la orilla, cantaba la canción de los rosales el himno de las rosas moribundas...

3935735

Y, sonaban en lento *crescendo*, las estrofas que canta la Noche.

Y, sonaban bajo la onda densa del Silencio, que vela la infinita pesadumbre de la viuda magnífica del Sol...

En el bosque lúgubre, donde parecía vagar el espanto de las ninfas desnudas, caía dulcemente el crepúsculo, hermano de la gran sombra, y caía lentamente, como una nube de pétalos nocturnales de rosas negras desfloradas, como inmensos velos violáceos, que se extendían hacia el horizonte diáfano en una policromía taciturna.

Por sobre los árboles bañados de brumas blondas, los grandes montes lejanos se reflejaban en el lago frío, en la tristeza del agua profunda, del agua triste, que semejaba el cristal misterioso de grandes ojos calmados.

La agonía de la tarde, una agonía rosa y azul, como hecha con la sangre de todos los geranios y violetas que embalsamaban el valle, acariciaba con sus fuegos tenues, el estuche azafranado del llano, donde el cólchico de las amapolas silvestres, lucía como los fuegos de inmensos granates, prendidos á una diadema imperial.

En las islas de los esteros, las garzas alzaban sus cuellos de ánforas, en los cuales, lianas acuáticas, hacían astrágalos de esmeralda, adornando la serenidad de su gesto, impecablemente heráldico.

El aire, endulzando la hosquedad de las penumbras lejanas, hacía como transparentes las cimas de las colinas rosáceas, como flores marinas, flotando sobre el reflejo límpido de un océano vaporoso, blondo y azul...

En la vibración del aire luminoso, se extinguía el clamor de las campanas, que habían tocado la oración, y cuyas voces de metal, subiendo al cielo claro, desde la torre fantosmal, pasando por sobre tanta cosa fundida en la sombra, habían ido á morir allá, muy lejos, en el límite del horizonte, como un ruido de alas que se pliegan hacia un bosque sagrado.

Del fondo de los campos se escapaba una melancolía de égloga, que se extendía por el paisaje mudo, huérfano de la flauta lírica de un pastor.

Las refracciones rojas del sol, sobre los remansos del río y las aguas de las lagunas, daban al cuadro campestre, las coloraciones de un cristal gótico, vibrante de luces tiernas, en la capilla de una vieja basílica.

Los labradores, que en la calma religiosa de la hora, se diseñaban sobre la tierra negra, tenían gestos fijos de estatuas, y se diría que sobre el llano todo, pasaba el hálito de paz, del *Angelus*, de Millet.

De tanta cosa palidecida, borrada, desaparecida, del fondo de las cosas sin alma, ó del alma misma de las cosas, se alzaba como un himno conmovido de extrañas armonías... El himno de todo lo precario, que pasa de la vida hacia la muerte.

Una tristeza profunda, se destacaba del paisaje, un hálito de dolor mortal, que invadió el alma de Claudio Franco, y lo conmovió casi hasta las lágrimas.

Una inquietud dolorosa y extraña llenó su corazón.

Una profunda impresión de melancolía angustiosa y desolada, venía del horizonte inmenso, y se reflejaba en su horizonte interno, donde una multitud de pensamientos confusos, se levantaron, con un vuelo de aves asustadas.

La voz de todos los recuerdos, gritó en tumulto, en el fondo de su alma dolorosa... Y, sus sueños antiguos, desperezaron el ala, en la sombra densa en que dormían.

Todo su pasado, su triste pasado adolescente, se alzó ante él.

Regresaba á su casa después de una ausencia de años, de una reclusión voluntaria y austera en los claustros de un colegio de la Capital.

Evocadas por la magia del paisaje, por la memoria de los lugares, surgian ante él, visiones cariñosas y tristes, imágenes dolorosas y queridas, de todo lo que había llenado de encanto ó de dolor, la mañana de su infancia, los días de su adolescencia soñadora.

Y, repasaba con la mirada triste, los lugares monótonos, siempre dolorosos, y nunca amados, del terruño agreste.

Acá y allá, viviendas miserables de campesinos, que en su inconsolable ruindad, hacían pensar, en chozas esquimales, en cabañas de pescadores salvajes, sobre una tierra polar.

Allá lejos, las torres de las iglesias de la Aldea, se alzaban con una pureza de plegaria, hacia el azul límpido del cielo, y las casas se agrupaban en torno, como un aprisco inmóvil, en la verdura exquisita de los pastos odorantes...

Y, más allá, *Santa Bárbara*, la hacienda de su tío, la antigua casa de sus abuelos, ostentaba la blancura inmaculada de su capilla y de sus muros escuetos, como una gran magnolia, prisionera en el ramaje de los árboles obscuros que la rodeaban.

Y, más allá, á la sombra de viejos sauces, cerca al río, blanca en la sombra verde, como un cordero se-

diento que bajara á apagar su sed en las aguas cercanas, la casa de *El Retiro*, la pequeña casa humilde y sencilla, donde su madre y su hermana lo esperaban.

Y, pensó con una tristeza cariñosa y tierna, en aquella madre dolorosa, tan abnegada y tan amante, en aquella hermana cuasi niña, tan resignada y tan bella.

Su corazón, sangraba al recuerdo de su pasado, de las injusticias oprobiosas y triunfadoras, que habían reducido á su madre cuasi á la miseria, y habían llenado su vida de angustia y de desolación.

Y, pensó en su padre, muerto tan joven, villanamente asesinado, en los mismos brazos de su esposa, y en la persecución inicua que su tío había decretado contra aquél, por no pertenecer á su mismo partido político, y en los medios infames á que ese mismo tío había apelado, para mermar la herencia de su madre, hasta reducirla á vivir aislada y miserable, en esa casa humilde y sin terrenos, entre los restos de su gran fortuna, infamemente robada por su hermano. ¡Ah, esa era la obra nefanda y vil de su tío, don Nepomuceno Vidal, residente en *Santa Bárbara*, propietario de todas las tierras que se extendían en ese valle, hasta perderse de vista, amo de vidas y haciendas, Señor feudal de esas comarcas, omnipotente y temido, caudillo ilustre de la causa del Orden y de la Moral, apóstol meritísimo de ideas conservadoras, el más poderoso sostén de la Religión y de la causa de la Autoridad, en aquella sociedad y aquel país, que formaban la más bella porción del rebaño de Panurgo, en ese paraíso de apriscos en tumulto, que pululan bajo el cielo esplendoroso de la América...

Un hálito de mal, se levantó del fondo de su conciencia, y miró hacia la casa de la hacienda, como si quisiera reducirla á cenizas, como si la amenazara del fondo de su alma...

. . . . . .

El crepúsculo había muerto, en una opacidad muy suave de noche otoñal, cuando divisó las cercas de piedra, que guarnecían los jardines y huertas de su casa, y allá, en la puerta de entrada, dos formas inmóviles, que lo esperaban.

Un minuto después, se apeaba cerca de ellas.

— ¡ Mamá ! ¡ Mamá querida !

— ¡ Hijo mío ! ¡ Hijo de mi alma !

— ¡ Georgina !

— ¡ Claudio !

Y, se escuchó un rumor de besos y caricias.

— ¡ Cuán grande estás ! decía la madre, mirándolo de arriba abajo, sorprendida.

— Y, ¡ qué hermoso ! dijo la hermana.

Y, él, sonrió, mirando á la niña, que se había hecho una mujer de belleza rara y turbadora, con la aureola de sus cabellos rubios, cuasi rojos, que sostenidos como una cimera, sobre la parte superior de la cabeza, semejaban el casco áureo de una virgen guerrera; el ónix de sus ojos, que se iluminaba de pajillas doradas, de líneas luminosas, como de un mineral magnético; el óvalo perfecto de su rostro, calmado y augusto; la línea sinuosa é imperativa de los labios; la energía magnífica, imperial de la expresión; la palidez tenue de la piel, con azulidades venosas, como de un vaso de Murano; el seno fuerte, en las curvas armoniosas de su virginidad intocada; seno de amazona, hecho como para la malla gue-

rrera; alta, severa, majestuosa; una estatua: la *Pallas de Veletri.*

Y, miró á su madre, envejecida, encorvada, con la expresión de una invencible tristeza sobre el rostro, y hondas arrugas en la frente, que coronaban ya, cabellos prematuramente blancos.

La tristeza y el rencor, subieron en ondas amargas á su corazón, una tristeza profunda, que venía de las cosas desparecidas y de los recuerdos mortales.

Y, abrazando por el talle, las dos mujeres amadas, subió entre ellas, apesarado y conmovido, la avenida de sauces que llevaba á la casa, y en la cual, la noche hacía decoraciones de sombra, en medio al silencio augusto de la Naturaleza, implacable y serena.

Llegados al corredor, se sentó entre ellas, en un sofá, y cubrió de besos y trajo contra su corazón, aquella cabeza blanca, sobre la cual habían llovido los dolores con un furor invernal, y aquella cabeza núbil, sobre la cual la vida se cernía como una tempestad desconocida.

Y, lloró sobre ellas, en la angustia de la vida espantosa que venía, y la noche siniestra que avanzaba.

II

Durante la comida, la madre no cesaba de contemplar á su hijo, con una adoración que le subía del corazón y las entrañas, y envolvía como una llama aquel ser querido, que era toda su fuerza y toda su esperanza, el orgullo y la gloria de su vida.

Alto, fuerte, como uno de aquellos tindaridas gemelos, que embridan los caballos de Praxiteles, en lo alto de la colina romana, Claudio, era un tipo raro de belleza heroica, de humanidad espléndida y guerrera.

Todas las facciones fuertes y aun un poco duras de su padre, estaban reproducidas en él, con algo de dulzura en los ojos negros y melancólicos, que le venía sin duda de su madre. La cabellera negra y profusa; los labios delgados y desdeñosos, que daban una expresión muy triste á su boca meditativa, apenas sombreada por un bigote escaso y negro; la frente desmesurada, la mirada dominadora, imperiosa; un busto de César joven, con algo del gran Corso, enigmático y fatal.

Tenía veinte y seis años, y acababa de concluir sus estudios y de recibir el título de Abogado, en el más acreditado colegio libre de la capital.

Su alma era fuerte y bella, como su naturaleza física,

Una amplitud, una superabundancia de vida material é intelectual se escapaba de él como el desbordamiento en la montaña de un río majestuoso y terrible.

Era una de esas naturalezas de energía, hechas para el dominio de las almas y el imperio arrogante de las masas.

En su colegio, antes de terminar sus estudios, era ya Jefe da la Juventud letrada, y escritor de diarios, y orador tumultuoso y vibrante.

Su voz, había sonado en el silencio letal de la época, como un clarín de acero, entre un ejército disperso, en una noche de derrota.

Y, su aliento, bajando de las cimas de su elocuencia, había soplado como un hálito de huracán, haciendo vacilar las llamas de adoración, que turiferarios y esbirros, agitaban ante el trono del retórico venal, que por entonces les servía de Ídolo y de Amo.

El Poema incandescente de la guerra, obsesionaba su cerebro, y sus frases salían en cadencia musical, como una procesión de estrofas bélicas en la amplitud de un himno guerrero, en un interminable canto de victoria.

Como Sigfredo, con la frente alzada hacia las cimas que cantaba, él, escuchó el eco de su propia voz volverle engrandecido, repercutido por el eco de multitudes en delirio, seducidas por el encanto suntuoso, por la maravilla y el esplendor de su palabra.

Su gran gesto épico, que despertó el entusiasmo de

las multitudes, agrupó en torno suyo, la juventud, la *élite*, de la cual hizo el tabernáculo de su Ideal, y fué en corazones jóvenes, que el milagro de su palabra sembró primero, la simiente de rebelión, que luego estallaría, como un cataclismo, haciendo vacilar sobre su zócalo, la estatua del dios biforme, en cuyo nombre se encadenaba la República.

Y, tuvo el derecho de aceptar, y aceptó, el papel que aquellas almas enamoradas de la libertad quisieron confiarle.

Y, fué el jefe de la juventud, el que agitaba el estandarte rojo de la resistencia, y extendiendo la mano hacia el espacio, mostraba á ese pueblo prisionero, en camino hacia la ergástula, el Astro de la Libertad, el Astro Rojo, que despuntaba en un cielo lejano, sobre un horizonte de olas purpúreas, que se extendían hasta lo infinito, con la magia de un océano de sangre en fusión.

Y, la Gloria, la gran visión escultural, con su manto alado, tapizado de estrellas, como un manto de Victoria, pasó en su horizonte, sonriendo sobre su frente abrumada con el peso de destinos sublimes y de sueños innombrables...

¡Y, en el fondo de ese sueño ideal, se veía, guerrero libertador, saludado por las cien mil bocas del Renombre, pasar entre las multitudes, con la frente coronada de laurel, vencedor, en marcha hacia Capitolios gloriosos.

¡La Gloria! Magia de las palabras.

¡Rayo de un sol cruel, sobre la frente de acero de la Esfinge brutal!

¡Pálida lluvia de cenizas sobre el dorso alado de la Quimera!...

¿Quién no ha visto su rostro alguna vez, en el ala radiosa de sus sueños?.....

Elevarse es denunciarse.

Toda ascensión es un calvario.

El gramático grotesco, el liberto letrado, á quien la muerte de un Amo infame, había dado el Poder en aquel país, se alzó con toda la talla de su nulidad omnipotente, ante el joven agitador, y señalándolo á sus esbirros, con un gesto de ira calmada, lo hizo encerrar en una prisión.

Una medida de clemencia *imperial*, lo hizo libre, seis meses después, y volvió á sus estudios y á sus luchas, pero esta vez, rota su pluma de diarista, volcada su tribuna, no pudo ya, hacer oir su voz, á las multitudes miserables, que con un concierto de gemidos y de clamores desesperados, invocaban en vano á la inmutable Justicia, á la Eterna Equidad, implacablemente sordas á sus llamadas y á sus ruegos...

Entregado á sus estudios, los concluyó pronto, y coronó su carrera, entre los aplausos y el anhelo de aquellos que lo creían el hombre necesario, el deseado, la esperanza más fuerte y más legítima de un partido en desastre.

No pudiendo escribir ni hablar en público, dejó la capital, deseoso de abrazar á su madre y á su hermana, de salvarlas de la miseria espantosa. Y, volvió así, como un vencido implacable, al valle nativo, á la aldea odiada, que, él sabía, le había de ser cruel é inexorablemente hostil...

Así, como un águila, caída del cielo en un pantano, agitando en el fango la profanación de sus alas mutiladas...

Algo de esa gloria borrascosa, había llegado hasta el retiro apacible, donde la madre y la hermana, pensaban en el ausente, y esperaban en el dolor y el aislamiento, la vuelta de aquel, á quien anunciaban ya los clarines de la fama.

La madre, lloró de orgullo tranquilo, ante el resplandor de esa gloria, que surgía de sus entrañas; la hermana, recorría febricitante las páginas de los diarios que repetían aquel nombre ya célebre, que era el suyo, se aprendía de memoria los escritos proféticos y sonoros del hermano, coleccionaba los retratos de él, que publicaban las Revistas ilustradas, y aun las caricaturas que hacían los periódicos humorísticos, se impregnaba de su pasión, se saturaba de sus odios, se dejaba arrastrar por el inmenso poder atractivo de aquella alma, entraba, por decirlo así, en su foco, desaparecía en la órbita, en el torbellino de aquel astro. Bajo el *duomo* de oro de sus cabellos rojos, la virgen sentía germinar y bullir los mismos extraños sueños de libertad y redención, que obsesionaban la mente apostólica del caudillo, y bajo el nácar de su seno indómito, su corazón latía á impulsos del mismo sentimiento altruista y redentoral, que agitaba el corazón del héroe futuro.

A las críticas, á los sarcasmos, á los insultos, con que su tío, don Nepomuceno Vidal, había acogido la celebridad de Claudio, Georgina oponía terribles respuestas, frases agresivas, de tal manera hirientes, que el viejo amostazado decía:

— Esta es loca, lo mismo que su hermano. ¡ Dignos hijos de su padre!

— Es verdad, decía Carmen, con esa terrible ironía de los seres sin hiel. Si mi hijo tiene talento, no es

herencia de la raza de los Vidales, y si tiene carácter, no es herencia de mi sangre ese carácter.

Y, en efecto : ella era una alma de paz y sumisión. ¡ Alma plácida, con la limpidez serena de un cielo de Mayo, sin incendios cegadores de sol, sin horrores terribles de borrasca! Tenía la imperturbable mansedumbre de los viejos canales flamencos, en cuya azulidad mística, se refleja el gótico encaje de los altos campanarios, y el gesto enamorado de las palomas, que se besan, en el alero de la ojiva clásica. Una dulzura imperturbable reinaba en aquella alma calmada, que semejaba en su apacibilidad misteriosa, la quietud de un lago blanco, constelado de nenúfares.

Dulce, como el fin de un día de otoño en la campiña, su mansedumbre de santa, se reflejaba bien en la tranquilidad augusta del rostro pálido, de grandes facciones acentuadas, de labios gruesos y exangües, y cantaba la canción de todas las resignaciones, en sus dos ojos negros, de antílope vencido, ojos que con sus grandes pupilas protuberantes y acariciadoras, esparcían una luz de paz y de amor sobre las almas, uno como beso de perdón, halo de azur, reflejo de lámpara veladora en la quietud divina del hogar.

El dolor, que había pasado por su vida con una violencia de huracán devastador, no había turbado la angélica serenidad de su espíritu. Ante la fatalidad inusitada, con que la vida la había herido en la pura germinación de todos sus sueños, se había inclinado silenciosa, sin amargura, con la tristeza de una rosa blanca, que se desflora entre los dedos de una mano brutal.

Era un alma de holocausto. Su vida había sido un sacrificio continuado y silencioso, la fulguración de

un cirio ante un Ídolo, una agonía de pétalos ante un altar. Bajo la crueldad de la vida, se rompía como una flor, se evaporaba como un incienso, temblaba como un cántico.

Pero no se quejó, no protestó, no se rebeló jamás contra el Destino.

Su vida, había sido un largo día sin sol, una floración de dolores en la sombra, un gran sollozo en la penumbra.

Última hija de una familia de campesinos millonarios, con ilusiones de nobleza ibera, pretensiosos, ignorantes, linajudos, espécimen escogido de esa *aristocracia* campestre, limo del coloniaje, quedado en asqueroso sedimento á las riberas de la República naciente, caballeros del arado, señores feudales, omnipotentes y crueles, tipos completos de la más abyecta ignorancia y la más vil superstición, representantes de todos los odios anacrónicos contra la libertad, y de las más estrafalarias cruzadas contra el espíritu del siglo, *caballería rusticana*, analfabeta y devota, que ha sido, allá, por los campos de la América, cuando no la sombra inofensiva del jamelgo triste de don Quijote, el lobo devorador del inerme campesino. De esa *aristocracia* de lacayos endomingados, á horcajadas en un escudo heráldico, apócrifo, y enredados en la partícula de *nobleza*, como un cerdo en su soga, eran los Señores de Vidal y Vidaurrázar, de los cuales don Juan José, había sido el padre de Carmen. Esta, apenas se recordaba de él, porque había muerto estando ella muy niña, y desde entonces, había caído con su madre y sus hermanas, bajo el mando omnipotente de don Nepomuceno Vidal, su único hermano.

Bajo la dictadura de este príncipe heredero de una ruralidad feroz, vió ella á su madre, convertirse en sierva de aquel hijo desnaturalizado, que la oprimía, y ella y sus hermanas, fueron autómatas temblorosos, esclavas sumisas, de aquel amo voluntarioso y violento. Así se había deslizado su infancia, en esa servidumbre enclaustrada y devota, cerca á sus hermanas, cuya juventud agonizaba en una soledad de falansterio, vírgenes nostálgicas, obsesionadas por sueños piadosos, por temores de leyenda, lentamente devoradas por la vida, innoblemente sacrificadas por el egoísmo fraternal, visionarias místicas, vagando como fantasmas en la noche moral, vecina de la Histeria...

Ella, había visto á su madre, vencida en su orgullo, desposeída de su dignidad de jefe de familia, plegada bajo la dictadura filial, en la desolación de todos los afectos, arrastrar una existencia miserable, vagando en la gran casa conventual, como una extraña, como una prisionera, apenas tolerada, como una ruina que tardara en desaparecer, fantasma augusto y desolante, agonizando entre el enojo y el rencor, los ojos pertinazmente llenos de lágrimas acusatrices, los labios sellados por silencios implacables...

Y, la había visto morir así, rota su energía ante la brutalidad del hijo imperioso y cruel, vencida, pero inexorable, no bendiciendo, no perdonando á su verdugo, apartando de él los ojos con aversión, esquivando con su mano diáfana de moribunda irreductible, el beso profanador, de los labios asesinos, agonizante indescifrable, expirando enigmática, altanera, llenos los ojos de maldiciones mudas, pletóricos de secretos los labios inviolados...

Y, ella, había quedado confiada á sus hermanas, las grandes vírgenes melancólicas, sus mayores de muchos años, vegetativas é inertes, almas torturadas por extraños dolores, como almas antiguas bajo una condenación enconada de los dioses...

Y, aparecián á su vista, así, en un tríptico doloroso, predestinadas al sacrificio por leyes ineludibles, moviéndose en el trágico círculo de sus dolores incontables.

¡ Almas sombrías, cerradas al beso de toda consolacion !

Y, las veía surgir así, en el orgullo triste de los lises, sobre cuya blancura deslumbrante, solo cae la sombra prodigiosa de los montes, transfigurados en el crecimiento radioso del crepúsculo ; pasando en el gran silencio, como mariposas blancas, que hacen caricias de vuelo al negro inquietante de las vegetaciones meditabundas...

¡ Tristes !... porque las rosas de sus labios no se deshojaron temblorosas en el estremecimiento divino de los besos.

Porque los lirios de sus senos, ánforas de alabastro, no sintieron la profanación de las caricias, ni contuvieron el néctar de la vida, ni el licor de extrañas fecundaciones virtió de ellos.

Porque en sus cuerpos vestálicos el estremecimiento de la carne murió sin ruido, como olas vencidas en una playa sin escollos.

Porque sus flancos inmaculados no fueron abrasados por la llama del placer, ni sintieron el espasmo de la beatitud suprema, ni se abrieron en el victorioso desgarramiento de la maternidad.

Porque fueron bellas, en la infecundidad glacial de

su belleza, nobles, en la esterilidad inclemente de su vida, augustas, bajo las grandes rosas de su virginidad, silenciosas y altaneras en la pálida floración de sus sueños muertos.

Y, pasaron así, como una ascensión de hostias en una nube de incienso, como una procesión de cisnes sobre estanques misteriosos, como una floración, de rosas blancas, abiertas en un rosal de muerte.

Y, pasaban así, en su recuerdo, como en un paisaje de hastío, en la niebla de aquellas horas imprecisas, de enojo y soledad.

Hildegonda, la mayor, con la pompa de su nombre real y de su belleza clásica, semejaba, bajo sus grandes mantos, como tocas abaciales, una Emperatriz en duelo. Su belleza imperiosa, tenía un extraño gesto dominador de antigua castellana, trazando en la sombra caminos de victoria á cruzados generosos.

Un día, se le había visto llorar, gemir, implorar, y desaparecer después, para siempre, como arrebatada por una fuerza desconocida, hacia lejanos limbos de horror y de misterio.

Y, Carmen, recordaba bien, el grito, aquel grito angustioso, que sus oídos infantiles habían escuchado sonar en la noche negra, cuando un coche había partido de la hacienda, llevando como prisionera la virgen desesperada.

Después, había sabido que Hildegonda, había profesado en un convento de la Capital, dando á Dios el oro de su dote cuantiosa y el esplendor de su belleza prodigiosa.

Nada más se supo de ella. La Religión la aisló, como en un harem místico, y el silencio la cubrió como la losa de un sepulcro.

Egmeragda, la segunda, que debía á la estulticia paterna, el romanticismo histórico de su nombre, era bien el tipo delicado y frágil de una princesa núbil, hecha para la soledad agreste del castillo feudal, para alzar su cabeza blonda, sobre la muralla negra, como un heliantemo alza al sol su copa de oro, para ostentar sobre la ruina del torreón medioeval su palidez nevada de geranio, como una hostia, surgiendo de una copa de esmaltes, llena hasta los bordes de vino negro de Sicilia, y pasear el azul mediterráneo de sus ojos, sobre los campos absortos en el sacrificio de la tarde agonizante, tratando de divisar á la luz del espectro lunar, el caballero armado, que vendría de muy lejos, á libertar su hermosura cautiva, su místico esplendor de crisólito radiante, á conquistar el tesoro de sus labios, á poner, sobre su seno impóluto, la dura malla de su cota ennegrecida en el salvaje horror de mil combates.

Y, un día, se le había visto palidecer, languidecer, desparecer, como un lirio que se marchita, se inclina y se desflora, cayendo pétalo á pétalo en las aguas de un estanque.

Se había hablado de una enfermedad extraña, de sortilegio, de posesión...

Y, entre conjuros, misterios y exorcismos, había muerto la blonda belleza, como desvanecida en el rayo de oro de la tarde, de la tarde que sembraba de rosas los senderos azules del espacio, del espacio infinito, iluminado como para el paso magnífico de un dios...

Y, Carmen, la había visto partir, en su viaje al país de lo Ignoto, vestida de blanco, coronada de azahares, para su epitalamio con el sepulcro, cuasi desapa-

recida bajo las macetas de rosas de la campiña, que temblaban á la caricia del sol, y se extendían sobre el féretro, como un manto de gloria, dormida para siempre, entre el esplendor de las corolas multicolores, que le hacían una mortaja de tintes aurorales, bajo un cielo azul, de nubes acariciadoras y serenas, en el regocijo de los campos, ebrios de aire matinal, el grito de las campanas, en una como marcha triunfal, por senderos victoriosos, una ascensión de apoteosis á cielos desconocidos.

Había quedado Fredegunda, la última de las tres grandes hermanas, antítesis viva de su terrible nombre semibárbaro, naturaleza de holocausto, convencida de la necesidad imperiosa de su esclavitud, devorada por una sed infinita de obediencia, por un deseo inextinguible de hacerse olvidar, de borrarse, de desaparecer, envolviéndose en el silencio como en un velo, perpetuando las gracias y los candores de la adolescencia, en su belleza de miniatura, en su espíritu de candideces inefables, en su vida contemplativa, toda de sacrificio y de plegaria.

Al lado de ella creció Carmen, abriendo las gracias de su nubilidad opulenta, el encanto de su belleza oriental, en la vasta soledad, en el mortal silencio de la casa solariega, en las frondas misteriosas de los jardines incultos, en la calma sagrada de la capilla familiar, como una flor de regocijo, entre los pétalos pálidos y los cirios expiatorios, que se consumían en holocausto, sobre los mármoles inclementes del altar.

Y, habría seguido la misma senda, de silenciosa y trágica inmolación, de sus hermanas sacrificadas, si una convulsión nacional, no hubiera arrojado en su camino, al Electo, á aquel que sería el libertador de

su belleza cautiva, el dueño de su corazón y de su vida.

Y, la aurora lució sobre el estancamiento pasivo de su existencia, y el horizonte pálido se incendió... Apareció el Amor.

Fué en una de esas revoluciones, que el despotismo bozal, engendra en América, en una de esas guerras, que allí los gobiernos fomentan y los pueblos aceptan, en una hora de pública demencia, que el Destino, puso ante ella, la encarnación palpitante de su sueño de virgen sometida.

Al comenzar de esa guerra, un escuadrón, formado de los jóvenes liberales más notables de la Capital, que llevaba, como un reto, el título de *Legionarios de la Muerte*, vino, después de una batalla en los montes cercanos, á hacer su cuartel general, en la hacienda de *Santa Bárbara*.

A su aproximación, don Nepomuceno Vidal, tan conservador de su vida como de sus opiniones, había huído despavorido, á buscar refugio en la más cercana población, bien guardada por tropas oficiales.

Sus hermanas, quedaron solas.

Los legionarios de la Muerte, fueron de una corrección impecable para con las dos hermanas, quedadas en la casa.

Entre aquellos oficiales, había uno, que era casi un niño, adolescente tumultuoso, atrevido, cuyas hazañas de valor, empezaba ya á rumorear la gloria, como las de los héroes virginales de Ayax, niño bello y épico, como hecho para el ritmo de la epopeya y la caricia del buril.

Era Tobías Franco, de diez y ocho años de edad, de raza heroica, cuasi imberbe, de esa hermosura de

guerrero juvenil, tan bien expresada por Donatello, en el San Jorge, del Museo Nacional de Florencia.

El Amor, que es una fiera en acecho, saltó sobre el corazón del joven héroe, á la aparición de Carmen, con su belleza pictural de un esbozo del Pozzetti, con las bandas de sus cabellos negros, sombreándole el rostro pálido, los grandes ojos tiernos y sombríos, la frágil gracilidad de sus formas, su gesto hiperdúlico, que la hacía aparecer como una de aquellas figuras de Adoración, que monjes artistas, grabaron en el *velin* laminado de los misales antiguos.

Y, los dos niños se amaron, con la premura angustiosa del momento y de la edad, con la casta idolatría de las nobles pasiones inmortales.

Tobías Franco, sabía bien, porque era voz pública, que don Nepomuceno Vidal, era el enemigo personal y encarnizado de todos los pretendientes de sus hermanas, que no había retrocedido ante nada para mantenerlas solteras, para que así, la herencia suya ni se dividiese ni se mermase, y quedara para siempre en sus manos acaparadoras y sórdidas... Y, sabía bien, las terrificantes historias que se contaban de los enamorados de esas vírgenes fatales, desaparecidas en el claustro ó en la tumba.

Él, no temió por su vida, pero sí por su amor, y así, aprovechó la ausencia del hermano, para raptar á Carmen. La depositó en casa de su propia madre, en la Capital, y la hizo su esposa, antes de ir á continuar la guerra en comarcas lejanas.

Cuando volvió, un año después, ya Claudio había nacido.

La insolencia es el valor de los que no tienen ninguno. Don Nepomuceno Vidal, era insolente, no era

valiente. Y, el valor probado de su cuñado, era una pesadilla para él. No se sabía qué era más grande, si el odio ó el temor que le tenía. Cuando supo que Tobías Franco, iba, por medio de un abogado, á reclamarle la herencia de su mujer, escribió á éste, apellidándolo hermano, llamándolo á la conciliación, citándolo para un avenimiento.

El héroe, aceptó confiado. Y, los dos esposos vinieron en visita á *Santa Bárbara*, como gaje de reconciliación y de paz.

Don Nepomuceno, fué espléndido, en el recibimiento de su cuñado y de su hermana. Él, mismo, habló de la partición de la herencia, y rogó á su cuñado que esperase el arreglo de la testamentaría, antes de volver á la guerra, que continuaba encarnizada.

Como Carmen estaba en cinta, por segunda vez, Tobías aceptó, y se establecieron transitoriamente en *El Retiro*, que hacía parte de la dote de aquella, como herencia de un tío suyo.

Guerrillas liberales y guerrillas conservadoras infestaban la sabana y los pueblos adyacentes. Todos los días se escuchaban crónicas terribles, de combates, saqueos, ataques en despoblado, asesinatos en las haciendas y cortijos cercanos. Los dos partidos extremaban el odio hasta la ferocidad, y la ferocidad hasta el horror.

Tobías Franco, comprendió que debía partir, aplazando los arreglos de herencia para la época de paz, y así lo participó á su cuñado, que fingió oponerse con cariño, alegando el estado interesante de su hermana.

Tobías insistió, porque comenzaba á no sentirse en seguridad, y á temer, especialmente de *Los Buhos*,

terrible guerrilla conservadora, organizada y mantenida por don Nepomuceno Vidal, y formada de arrendatarios y peones de la hacienda y de todos los bandidos y descastados de la Capital y de los pueblos circunvecinos.

Carmen, vivía en una zozobra permanente, porque á sus oídos habían llegado ya, palabras amenazantes de *Los Buhos*, contra su marido. Y sentía la hostilidad que rodeaba al héroe liberal, perdido en aquella madriguera de forajidos.

La víspera del viaje, todos dormían en *El Retiro*, cuando una guerrilla, que había avanzado en silencio, por entre las zanjas secas y los trigales crecidos, hizo irrupción, en el patio y los corredores de la casa, y la rodeó por completo.

Al ruido de los caballos, de las descargas, de los gritos salvajes, Carmen y Tobías despertaron.

El Jefe liberal, comprendió que estaba cercado y que no le quedaba màs que vender cara su vida.

Los insultos á su nombre, crecían afuera, con las amenazas de muerte.

— Son *Los Buhos*, dijo él, y se preparó á morir combatiendo.

Los golpès de culata se sentían, desarrajándo la puerta de la sala.

Con una carabina de repetición, Tobías Franco hizo fuego seguido sobre la puerta, tras de la cual sentía el grupo de bandidos

Estos, diezmados por aquella descarga nutrida, cesaron el ataque un momento, sin duda para alejar los muertos y los heridos, que aquella defensa inesperada había producido en sus filas.

Carmen, de pie, detrás de su marido, rezaba en

voz baja, y trataba de acallar los gritos de Claudio, despertado por el tumulto.

Los guerrilleros, más enfurecidos, volvieron al asalto. La puerta, ya desastillada, y rota por las mismas descargas de Tobías, cedió al fin... Los asesinos, entraron en tumulto, con los machete desnudos.

El héroe, cercado, avanzó sobre ellos, haciendo jugar su machete, con una rapidez, que tenía del vértigo y del prodigio...

La emoción había robado la voz á Carmen. Pálida, trágica, miraba aquel combate, sin un movimiento, sin un grito, apretando su hijo contra su corazón, como si salvase el cuerpo del último niobida.

El choque fué rápido, como un choque de rayos. Los machetes centellaron, como una nube eléctrica, abatiéndose sobre la cabeza del héroe. Éste vaciló, desarmado por un golpe que arrojó lejos la mitad de su brazo derecho, con la mano crispada en la empuñadura del machete, después, cayó sobre una rodilla, y se abatió á tierra, decapitado por un golpe que arrojó la cabeza á los pies de Carmen.

Ésta, no dijo nada, abrió los brazos, dejó caer su hijo al suelo, y se desplomó sin sentido...

Al día siguiente, cuando abrió los ojos, el cadáver de su marido, hecho pedazos, estaba en la sala, en un ataúd fabricado á la ligera, su hijo gritaba, en brazos de una mujer que hacía esfuerzos por acallarlo, y cerca de ella, vajeaba un ser venido al mundo en esa hora de horror : era Georgina.

Enterrado su marido, repuesta de aquel parto prematuro, no tuvo fuerzas para luchar, y quedó viviendo allí, otra vez bajo la dictadura de su hermano, consagrada al cuidado de sus hijos.

Y, ellos habían crecido á su lado, y los veía allí, los dos pedazos de su corazón, las dos únicas flores del jardín de su vida, de las cuales sus ojos regocijados veían la maravilla, las dos almas tan puras, tan rectas, encaminadas hacia el bien con tanta fiereza, vueltas con tanto orgullo hacia las grandes cosas de la vida. Él, de una belleza tan varonil, tan fuerte, la frente pensativa bajo la fronda de los cabellos negros, surcada por un pliegue de voluntad indomable entre las cejas espesas, tenebrosas, la mirada enérgica hasta el reto, la boca desdeñosa, palpitante de elocuencia, la quijada de león, tendiendo á hacer de una expresión de fuerza terrible, aquel rostro bañado por fugitivos resplandores de dulzura. Y, ella, Georgina, con su hermosura de leona virgen, exuberante y grandiosa, bajo la cabellera cuasi roja, que brillaba á los fulgores de la lámpara como un halo de incendio, la serenidad terrible de sus ojos, de un gris de mar escandinava, con la profundidad misteriosa de un miraje austral, la floración opulenta de sus carnes núbiles, ricas de sangre pura, que semejaban bajo la blancura aterciopelada de la piel, un campo de lilas sepultadas por la nieve, el mismo pliegue de voluntad indomable de Claudio, el mismo gesto de energía casi violenta, la misma seriedad prematura, que era como el recogimiento de un alma ante la espera del milagro, la atención religiosa del espíritu á las revelaciones oraculares del Destino, el plegamiento de alas de un águila, sobre las riberas de un océano en tormenta de equinoccio...

Y, ella, los miraba allí, tan cerca de sus brazos y de su corazón, con una exaltación de amor engrandecida hasta el éxtasis, y una luz de adoración en los

ojos fatigados, que la frecuencia del llanto había hecho enfermos, límpidos y tristes, como lagos de invierno cargados de crepúsculos.

Una atmósfera de intimidad y de quietud envolvía los seres y las cosas, en el pequeño comedor familiar, lleno de los ruidos del campo y del aroma de las flores, que se abrían sobre la mesa, en grandes vasos de cristal, en una muda salutación de bienvenida.

La luz de la gran lámpara suspendida, centelleaba en ondas de reflejos estremecidos sobre la blancura inmaculada de los manteles, la languidez tierna de las rosas, la opacidad pulida de la antigua argentería, y formaba todos los prismas del iris, sobre la vieja vajilla, sacada á relucir en són de fiesta, y hacía haces tembladores de rayos, violeta, índigo, ámbar, ópalo, cinabrío y heliotropo, en el desorden de la cristalería multicolor, y en las copas azules, donde un vino generoso, de España, parecía cantar la canción del regreso, al *deseado*, al hijo amoroso que volvía.

Afuera, la luz de la luna iluminaba el campo dormido y el vasto cielo azul, y daba reflejos de mar agitada á la llanura, que parecía inconmensurable en su belleza nocturnal, y fingía mariposas de oro en la negrura de los jardines silenciosos, como absortos en la belleza del paisaje, en el encanto de esa decoración de sueño y de holocausto.

Adentro, la voz de Claudio, sonaba, cariñosa en la intimidad, fluida, con tonos graves y armoniosos.

La madre y la hermana, lo escuchaban atentas, y, á veces, sus voces se mezclaban ó sucedían á la de él, con ritmos apacibles, como de fuentes descendiendo al valle.

Se hablaba de la capital, de los bailes, de los tea-

tros, y las brillantes futilidades, pasaban sin rumores, por el espejo de aquellas almas serias, graves y calmadas.

Cuando Claudio contó sus luchas periodísticas, y dijo de la crueldad de sus contrarios, de sus meses horribles de prisión, y sus frases caldeadas al fuego del recuerdo, brotaban de su boca, como flores elocuentes de revancha, ó rosas pálidas de vencimiento, los ojos, ya enfermos, de la madre, se llenaron de lágrimas, mientras las pupilas de la virgen, irradiaban, como cielos incendiados, tras el cortinaje de las pestañas umbrías, y sus manos dominatrices y nerviosas desfloraban geranios en las copas azules, con un gesto lento, de sacerdotisa implacable...

Se llegó al momento de las confidencias, se habló de la familia, de la llegada del primo Justo, hijo de don Nepomuceno, recientemente graduado médico en la Capital, de la recepción que le habían hecho en el pueblo, y de la clientela inmensa con que contaba.

— Todo el pueblo, dijo Carmen.

— Salieron á recibirlo casi tódos los vecinos, con el cura á la cabeza. Éste, en un sermón, lo recomendó á los padres de familia, y lo puso como modelo de la juventud cristiana, no contaminada de escándado, ni envenenada por las ideas disociadoras de la época.

Claudio, sonrió, comprendiendo bien, que aquel lugar común de dialéctica curial, aquel desahogo de ganapanismo eclesiástico, había sido dicho exclusivamente por él y para él. Conocía bastante á su primo, sabía su espantosa nulidad, vecina de los limbos del idiotismo, y se explicaba bien aquella popularidad, aquella celebridad beócica, en esa pasión por todo lo nulo, en ese *furor de lo mediocre*, que caracterizaban

su época, y azotaban las pocas flores del jardín intelectual de su patria, castigado, devastado, convertido casi en un huerto de frondoso cretinismo.

¡Paraíso de los rampantes, donde, cinocéfalos parladores hacían visajes, prendidos de la cola en los árboles robustos de la estulticia nacional, elefantes del clasicismo, paseaban su nulidad megalítica entre una flora opulenta de estupidez adoratriz, gansos del diccionario, eran el ave Fénix de la sabiduría, y eunucos, guardianes del harem léxico, eran los Alejandros conquistadores, de aquel Imperio de Idiotas, donde toda superioridad, toda personalidad, todo relieve, eran un crimen, inexorablemente condenado al desdén olímpico de los semiletrados de arriba y al insulto cínico de los analfabetos de abajo.

— Y, ha venido aun más piadoso que antes, dijo Georgina, con un acento de imperceptible ironía. Trajo los estatutos de una sociedad llamada *Escuela de Cristo*, para fundar aquí una, semejante á la que existe en la Capital. Todos los mozos conservadores han entrado á ella. Hay ya más de cien. El domingo pasado hicieron su primera *Sesión Solemne*, hubo *Comunión General*, y todos recibieron el *Santísimo*, vestidos de *frac*, con bandas de cinta azul en el pecho.

— ¿Y, corona de azahares? dijo sonriendo tristemente Claudio, ante el recuerdo de aquel jardín de imbecilidad dorada, que se llamaba *Escuela de Cristo*, en la Capital, donde el cabotinismo abyecto, de la clerecía afeminada, reunía la prole ambigua de los burgueses ricos y de los cosecheros y labriegos atacados del incurable mal de sueños de feudalismo aristocrático, para acabarla de idiotizar en un misticismo pútrido, desarrollando en ella las herencias mórbidas

del linaje, precipitando la decadencia triste de la raza, desviando las corrientes de su vida anémica, hacia la estéril región de los lagos asfaltites...

Y, sin duda, su rostro se hizo triste, á la vista de la inevitable decadencia, de la miseria universal de su época, con el sentimiento de estupor, de disgusto y de espanto, que lo poseía, ante la insondable bajeza de las almas contemporáneas, y le estrechaba el corazón, al ver á qué punto de degradación intelectual y moral, había llevado la república, un régimen, que encarnaba en sí todos los vicios, y que era grotesco sin dejar de ser odioso, al imponer á las inteligencias y á las almas, toda especie de ortodoxias, desde la ortodoxia del adulterio, hasta la ortodoxia del peculado.

Georgina, que vió la nube de disgusto que se posó en la frente del hermano, quiso llevar su atención hacia cosas más cariñosas, y dijo:

— Nosotras, lo consultamos, sobre la enfermedad de ojos de mamá, y opinó que debía ser vista por un especialista.

Claudio, miró con ternura infinita, los ojos de la madre, sobre los cuales, empezaba ya á caer la sombra impenetrable, y acarició con cariño febril la cabeza blanca, que tembló bajo la caricia de la mano filial, como una rosa, tocada por las alas de un águila.

— Por eso era mi empeño, dijo, de que fueras á presenciar mi grado, para aprovechar la ocasión de hacerte ver del doctor Reitz, un oculista alemán, que ha hecho curaciones maravillosas.

— ¡Imposible! dijo Carmen tristemente.

— Imposible, repitió como maquinalmente Georgina, fijos los ojos visionarios, en el abismo azul, que se extendía afuera, como persiguiendo en las olas

montantes de la sombra la huella fulgurante de un sueño desvanecido.

Y, entonces, se descendió como con pena, á la triste conversación de los intereses materiales.

— La hipoteca del *Potrerito*, no dió más que mil pesos. Mi hermano Nepomuceno, me hizo este último favor, por ser el dinero para los gastos de tu grado. No quiso que se lo hipotecáramos á don Juan Calderón, porque dijo que era vergüenza que los extraños supieran nuestros apuros de dinero.

— Pero, ¡cómo! ¿has tenido necesidad de hipotecar el *Potrerito* y no me habías dicho nada?

— ¿Para qué entristecerte la felicidad de tu grado? Mi hermano mismo, opinó, que no te lo dijéramos.

Una cólera sorda y fría invadió el alma de Claudio, como la germinación violenta de un manantial que sube por las entrañas de la roca, pronto á hacer saltar en pedazos las cimas de la montaña formidable. Con una voz de indescifrable acrimonia dijo :

— ¿Conque mi tío nos ha hecho este último favor? ¡Ah miserable! Ahora es conmigo que va á entenderse, conmigo que soy abogado. Yo le haré soltar todos los pedazos de la presa. Yo haré vomitar á ese tigre ahito, todo lo que ha devorado en tantos años de infamia.

Carmen, tembló ante la explosión de aquella cólera contenida. Desde los tiempos de su esposo no había oído apostrofar así á su hermano. Era la resurrección del odio paterno, que la hacía retroceder asustada, como si viese brotar delante de ella las llamas de un volcán hasta entonces ignorado.

— ¡Claudio, hijo mio! ¿Qué dices? Si tu tío nos ha

hecho tantos servicios y dice que le debemos tanto dinero!

— Ahora veremos quién debe á quién. Él, no ha rendido nunca, á nadie, cuenta de la herencia que se ha acostumbrado á mirar como cosa propia, y ahora me la rendirá á mí. Él, ha creído poder devorar en silencio la fortuna de sus hermanas, y yo le probaré que, el hijo de Tobías Franco asesinado por sus guerrilleros, nació para su castigo, que fué tardío su asesinato, infecundo su crimen, porque ya la víctima había engendrado en vientre de su hermana el Vengador... Sí, yo nací de tu vientre de paloma, pero engendrado por un buitre. Yo también tengo instintos de ave carnicera, y con mis garras y con mis alas, daré cuenta de esta ave de rapiña, que quiere arrebatar á los huérfanos el nido hecho solitario por el horror de su inmenso fratricidio.

Carmen, quedó aterrada, ante la vivacidad de aquella cólera y el gesto terriblemente sombrío, con que fueron dichas aquellas palabras de tan amenazante elocuencia.

Pálida, altanera, vibrante, Georgina escuchaba, las fauces convulsas, la nariz palpitante como las de una tigre adolescente á vista de su primera caza, nerviosa, como agitada por la misma tormenta que arrebataba el alma de Claudio, una luz extraña en los ojos, la cabellera centelleante bajo la lámpara, toda ella como abrasada en la misma llama de pasión, de orgullo, de soberbia que transfiguraba y hacía terrible la belleza épica del hermano.

— Tienes razón, dijo, con una voz de sonoridades ardientes y tonos bajos, voz de trágica, como si modulase una estrofa de Fedra ó de Antigona, y pasase

en sus palabras, el soplo raciniano ó el terrible acento de la musa sofoclea... Tienes razón. Es hora de castigar la iniquidad. Dios no puede hacerla eternamente victoriosa. La sangre de Abel pide Justicia.

— Dios manda perdonar. Es á él á quien corresponde el castigo. La venganza es una usurpación, dijo la madre con gravedad, extendiendo su mansedumbre como un escudo sobre el pecho de su hermano.

— Nò, madre, dijo Claudio, perdón es baldón, Debilidad es complicidad. Renunciar á hacer justicia es llamarla sobre sí. La Venganza no es venganza, es Equidad. El Evangelio, ese zarzal de verdades punzadoras lo ha dicho : *ojo por ojo y diente por diente.* Hombre que no castiga, no merece estimación. La indignidad se cobija con el manto del Olvido. Olvidar es claudicar. El perdón de la ofensa es la apostasía de la vergüenza. El odio es la memoria de la ofensa, como la gratitud es la memoria del beneficio. Las almas grandes, no olvidan ni perdonan. La memoria es una, para el bien y para el mal. Quien olvida la ofensa, olvida el beneficio. Quien devora el ultraje no recuerda la dádiva. Quien olvida el bofetón dado, olvida el servicio recibido. La humildad, como todas las virtudes cristianas, es una falsa virtud, es la negación de la dignidad humana. El Cristo, que aconsejó poner la otra mejilla al bofetón, cuando en el camino del Calvario, el centurión lo abofeteó, se olvidó de su máxima, y en vez de volver el rostro, preguntó porqué lo hería. Poner nuestra venganza en manos de la Divinidad, es sancionar el triunfo de la Iniquidad. La Divinidad es impasible, como la vida, ciega y sorda á las cosas de los hombres. No es justa ni es injusta; es inconsciente como las fuerzas fatales de la Naturaleza.

Ni olvida ni perdona, simplemente ignora. Ella no sabe nada de lo que nosotros llamamos, Justicia ó Injusticia, Equidad ó Iniquidad... Ni las comete tampoco. Lo mismo apaga un astro en el cielo, que mata un niño en la cuna. Para ella no existe ni Tiberio ni Jesús. No divisa la proyección que hace la membratura negra del patíbulo, en la cumbre del Gólgota, ni la mancha obscura de la púrpura, tendida sobre las llagas en las breñas de Caprea. Lucha de insectos que mueren, los unos sobre el patíbulo, los otros sobre el trono. Ella no vé nada. Se llama Indiferencia. No es ella la que nos levanta ó nos aplasta, son las fuerzas brutales de la Vida. El Destino, ese pirata ciego, no sabe los bajeles que sumerge ni los que salva. Poner nuestra causa en manos del Destino, es confiarla á lo Desconocido. El hombre, verdaderamente fuerte, no interroga su destino, lo modela, no sigue la Vida, hace la suya, y pone sobre el vértigo poderoso de su existencia, el sello imperioso de su voluntad. Confiar nuestra venganza al Destino, es renunciar á ella, hacer recular la justicia á los limbos remotos, donde yacen en inacción, los fantasmas melancólicos de los dioses primitivos. No hay que dejar al crimen miserable ampararse tras el mito formidable. Hay que perseguirlo hasta la sombra de ese altar, y asesinarlo al pie del ara, en presencia de la impasible Divinidad. En los dramas íntimos de la conciencia, el hombre es su propio Juez. En las grandes cosas obscuras de la Vida, el hombre suple á Dios. La Venganza, es de esas cosas terribles y santas, que viven en el alma del hombre como intangibles, y renunciar á ella es renunciar á su destino, faltar á su vida, volver la espalda al imperioso Deber inapelable. Yo, no traicionaré mi Vida.

Carmen y Georgina, escuchaban absortas, anhelantes, como sacudidas por aquel soplo de profética elocuencia, que levantaba sus almas, y las mecía en regiones incendiadas, como si vogasen en el fulgor de una tempestad, sobre las alas de un águila caudal.

Viendo á su hermana, tan heroicamente emocionada, la sintió muy cerca de su corazón, ligada á él, por los terribles odios de su sangre, y la envolvió en una mirada de fraternal adoración.

Y, contemplando la madre triste, cuyo rostro blanco, se alzaba en la sombra como una beatificación, y con sus ojos enfermos, miraba el horizonte, que la noche azulaba allá á lo lejos, soñadora, como dejándose penetrar por el encanto arrobador de aquella voz, que subía hasta su corazón, en ondas terriblemente melodiosas, con un gesto afectuoso se acercó á ella, su voz perdió todas sus notas acres, y encontrando otra vez, su gravedad ardiente y dulce, le dijo.

— No ves, mamá querida, que si callamos ahora, sería renunciar á nuestro derecho, consagrar nuestro despojo y nuestra ruina? Para algo he estudiado yo. Siquiera sea para defenderte y para defendernos, para salvar algo, de las manos codiciosas de mi tío, reconstruir aun que sea en parte, nuestro patrimonio, tan vilmente mermado. Yo, tengo el deber de hacerte un porvenir, de librar á tí y á Georgina de la miseria. No puedo renunciar á esta vindicación sin renunriar á mi deber. Hasta hoy, mi tío, no ha tenido nadie quien le pida cuentas, y ha dispuesto á su antojo de la fortuna de los otros, porque esos otros eran mujeres desvalidas, á quienes él amedrentaba, y que vivían, se enclaustraban ó morían, sin una queja. A la muerte de mi abuelo, ¿hizo él, por ventura, las particiones

de la herencia, que ascendía á mucho más de medio millón de pesos? Cuando murió mi abuelita, tan duramente tratada por él, ¿arregló los asuntos de la testamentaría? Nó, é hizo desaparecer su testamento, como el de mi abuelo. Cuando mi tía Hildegonda, entró al convento, no dió sino cinco mil pesos para su dote, y le correspondían más de ochenta mil de su herencia. Y, la herencia de Esmeragda ¿la ha repartido? ¿qué le da á la pobre Fredegunda, que tiene que trabajar como una sirvienta para disponer de algun dinero? Y, á tí, ¿qué te ha dado? Esta casa y la *Vega*, y el *Potrerito*, que el tío Pantaleón te dejó en herencia, ¿no se los ha hecho retrovender é hipotecar? Hoy son de él. Nosotros no tenemos nada.

Al recuento de aquel despojo, la voz de Claudio volvía á adquirir la violencia inusitada de antes.

Georgina, parecía como absorta en la altanera gravedad de su espíritu.

Carmen, callaba, los ojos medio ciegos como abiertos sobre un abismo, sobre la desolación de un paisaje de muerte...

— ¡Pobre Hilda! dijo con una voz dolorosa, que temblaba sobre sus labios tristes.

Hilda, era el diminutivo de Hildegonda, como Magda, era el de Esmeragda, y Gundita, el de Fredegunda.

— ¿La viste tú? preguntó Georgina á su hermano, como recogiendo el pensamiento de su madre.

— Imposible. No me lo permitieron. Cuando yo llegué, para verla, ya mi tío había escrito al convento para que me negaran hasta los informes sobre su salud. El padre Barrientos, hizo viaje expreso á la Capital con ese objeto. Pero, aunque no me dejaron verla, todo lo supe, por un antiguo médico del Con-

vento, y por el sacristán de la iglesia. Lo que sucede allí es horrible. Es uno de esos dramas, que solo pasan en una sociedad clerical y estólida, como la nuestra. Cuando Hilda, fué llevada por engaño á la Capital, para impedirle seguir sus amores con Pedro Ruiz, que quería casarse con ella, se la llevaron al convento del Carmen, bajo el pretexto de que una niña sola no podía estar en un hotel, y se le dijo que solo por tres meses permanecería allí. Cuando por los discursos de la Madre Superiora y las seducciones de las otras monjas, comprendió que se le quería hacer profesar, para acaparar su dote, ó lo que mi tío quería dar como tal, la desesperación se apoderó de ella, gritó, lloró, se rebeló, todo fué en vano. Se castigó su rebeldía con las sebicias más crueles, se le torturó con el ayuno, con el azote, con la reclusión en una celda de penitencia... Allí, la locura cumplió su obra. Hoy es una idiota esquelética, medio desnuda, que grita día y noche sobre un montón de inmundicias. Como en su período de lucha, un día se botó de una ventana, con intención de huir, y se rompió una pierna, se arrastra así, derrengada y coja, como un insecto contrahecho, entre la paja inmunda que le sirve de cama, sobre los restos de sus comidas y la fermentación de sus propios excrementos... Y, este martirio, esta secuestración, este crimen, dura desde hace veinticinco años! Y, las monjas, para tranquilizar el vecindario, lleno de leyendas, por los gritos de la pobre demente, hablan con fingido horror, de la locura de *sor Patrocinio*, como la llaman, y dicen que està poseída del demonio.

— Lo mismo que con la pobre Magda. Ya ves cómo la mataron.

— ¿Recuerdas? Porque tenía amores, con Pepe Rojas, y quería casarse con él, mi tío, la maltrató, la encerró, la amenazó con el convento. La pobre, que era muy débil, empezó á sufrir del cerebro, por efecto del miedo. Entonces, dijeron también que estaba endemoniada y la sometieron á torturas sin nombre, para expulsar el mal espíritu. La bañaban de noche, la hacían dormir en la capilla, la acostaban en una caja de muerto, con una calavera al lado... Al fin, cayó enferma. No llamaron médico. Le dieron á beber todo lo que mandó Pascuala, la *hierbatera*, y murió con horribles dolores de estómago, ocasionados por el demonio, que según ellos tenía adentro.

— ¡Qué crimen!

— A Gundita no le ha hecho nada, porque nunca ha pensado en casarse.

— A tí, no pudo impedirte el matrimonio, pero á nuestro padre, ¡ah, cómo se vengó de él!...

A la triste evocación de tantos crímenes, la voz de Claudio se hizo irritada, nerviosa, de tonos acres y amenazantes. La atmósfera estaba como impregnada de horror, cual si se escuchase sonar en la impecable serenidad de la noche, el grito de la loca, al rastrándose, perseguida por el azote, en su cubil de inmundicias, cual si el fantasma blanco y melancólico de Magda, pasase agitando alas desmesuradas, en el silencio inconmensurable, y la visión del héroe asesinado, surgiese, demandando venganza, en la ultrajante impasibilidad de la Naturaleza silenciosa y calmada. Se sentía crecer la angustia colérica de las almas, en el silencio atento de las cosas inmutables.

Se diría el paso de una Admonición, cabalgando en las alas del silencio.

La mirada de Claudio, encontró los ojos de su hermana fijos en él, con una ternura imperiosa, y con la intuición de la verdad, adivinó el perfecto acuerdo de sus almas, en el grande Ideal, de Reivindicación y de Justicia.

— Cumple, hijo mío, cumple tu deber. Si la sangre de tu padre grita en tu corazón, cumple tu deber. Eres todo mi orgullo y toda mi esperanza, pero si tu sacrificio es necesario para desarmar los manes irritados y cumplir los dictados de tu conciencia, vé, hijo mío, cumple tu deber. Pero no olvides que ellos son los poderosos de la tierra. ¡ Dios sea contigo ! dijo la madre, y se alejó, pausadamente.

— Lo sé, dijo Claudio, como hablando consigo mismo. *Ninguna idea de redención, vale nada, si detrás de ella no se perfila la silueta de una cruz...* Frente á la justicia por hacer, combatir es nuestro único deber.

Y, calló, buscando en las sombras, la mano cariñosa de la hermana.

Y, en el deslumbramiento de su gran sueño justiciero, los dos hermanos descendieron hacia el jardín, sobre el cual el esplendor, de la gran noche estrellada, caía lentamente...

III

Del campo venían efluvios de rosas, de rosas dolorosas que morían, de rosas de holocausto, que vertían, su perfume en el cáliz de la Noche...

La luz indecisa del cielo, filtraba al través del ramaje, que extendía sobre el boscaje, su manto de amaranto, que bordaban las estrellas...

Sorprendidos, conmovidos, unidos por las manos, los hermanos, avanzaron en el jardín, hasta un banco de piedra, que yacía bajo la sombra de los viejos sauces, y el ramaje de los árboles melancólicos, los cubrió con su sombra paternal...

Las nubes, en cabalgada fantosmal, recorrían los horizontes fugitivos, haciendo en el *plafond* atormentado de los cielos, una decoración pictural, á una luna blanca, que en la azulidad lejana de los montes, surgía, como un geranio, caído en una copa de zafiro

El llano, como un campo ilimitado de gramíneas de plata, se hacía á intervalos cuasi luminoso, por la reverberación de los coleópteros, y semejaba una cora-

za bruñida, cuya recia niqueladura se tornaba en arabescos argentados, allá, donde la aparición de los lagos, hacía esmaltes pálidos sobre el verde intenso y la fantasmagoría caprichosa de los bosques.

Bajo el soplo pacífico de una brisa tenue, como la caricia de un niño, las sementeras se inclinaban en silenciosa reverencia, como un campo de espigas, cargadas de flores de oro.

El firmamento y la llanura, confundiéndose en el abrazo de sus dos misteriosas monotonías, daban á los montes lejanos, aspecto de islas dantescas, surgiendo en un mar de Apocalípsis, inmensos ictiosauros, petrificados en la inmovilidad docta del paisaje, en la belleza rara y solemne, de esa decoración fantástica y paradoxal.

Los dos hermanos callaban, como temerosos de hablar. Su silencio era como un grande espejo, donde se proyectaba toda la sombra de sus almas, y en él, su pasado, les hablaba á la sordina, como en una confidencia. La palabra, temblaba, sobre sus labios taciturnos, temerosa de brotar, como una flor marchita, segura de deshojarse y de morir al primer soplo de aire que la toque.

La resurrección súbita de todas las ternuras de la infancia se efectuaba en su corazón, al paso del recuerdo, que como un Cristo triste, pasaba en los parajes desolados de sus almas, llamando á la vida, las cosas aletargadas, que se dirían muertas.

En los ojos sombríos de la virgen, parecía reflejarse la severa melancolía, la insondable tenebrosidad del valle enlutecido. Sobre su boca taciturna, donde florecían los lises sagrados del silencio, parecía haberse deshojado en una súbita descoloración, todo

el bouquet de nupcias de la Noche. El águila teologal del Enigma, abría sus alas sobre aquel rosal de tristeza, que tomaba su savia en un terreno sembrado de recuerdos y de lágrimas... Su belleza hiperdúlea y simbólica, aparecía en aquella decoración de parque religioso, como una flor de oricalcum, en el heliotropo obscuro de un antifonario abacial, con la blancura de un ninfeo inmaculado, alzándoze sobre la inmovilidad trágica de las aguas muertas. Las flores de su traje, que semejaba una saya doria, le daban, un aspecto hierático y sacerdotal, en la amplitud desmesurada de la solemnidad nocturna. Su mirada, que tenía tristezas de sol poniente, pasaba sobre el paisaje, como el vuelo de una paloma de Van Eyck, sobre la calma letárgica de una pradera de Menling. Sus manos diáfanas, en un gesto sonambúlico, desgajaban las rosas rojas que había prendido á su corsé, rosas de púrpura, que semejaban grandes mariposas de fuego, prendidas en el seno de Psiquis.

Su hermano, la contemplaba, con una luz de intensa ternura en la mirada.

Y, parecía observar, en el cristal misterioso de aquellos ojos, que seguían el curso vagabundo de las nubes, el surgimiento lento, el paso atropellado de los recuerdos, como las hojas, que el viento del otoño impulsa á la caída de la tarde, por una avenida silenciosa... En el fondo de aquellos ojos, que reflejaban toda la tristeza del valle enlutecido, los pensamientos pasaban como un vuelo de mariposas crepusculares, semejantes á alas níveas de grandes pájaros inmaculados...

Y, él, también, se extasiaba, como en un largo paseo melancólico, por las riberas del río del recuerdo,

que semajaba un estanque problado de hierbas de oro, que la luz de un sol naciente, teñía con irradiaciones de rubí... Y, sobre esas ondas, incendiadas, su Amor, su grande Amor, aparecía, como un pájaro eucarístico, como un cisne de blancuras inefables, bogando en una mar de Ensueño.

Y, cantaban en su alma las estrofas del Poema, del Poema virginal de sus amores...

Y, Liana, su prima, aparecía en su memoria, se alzaba en su corazón, como una rosa blanca, solitaria, en las frondasones de un jardín inviolado. Ella, era, toda su vida sentimental, todo su amor.

Hija de su tío, don Nepomuceno, había crecido al lado suyo, como su hermana, y su idilio rústico y casto, había sido, como todos esos idilios de adolescencia, la página imborrable de la vida.

Se habían amado y se amaban, y sus almas de niños, prematuramente angustiadas, se habían abierto al amor, como flores muy tristes, en la agonía silenciosa del Otoño...

El Amor, es la fuente de la angustia y del dolor, y hace tristes las almas puras, antes de hacerlas inexorablemente desgraciadas.

Y, el secreto de su amor, ensombreció sus frentes, que desgarraban ya las guirnaldas, que el dolor tejió para ellos, con el oro de los sueños, en el Azul de las noches tropicales... Y, el dolor, misteriosamente se puso en el fondo de sus corazones... Y, la tristeza cayó sobre sus almas, profunda como un mar, silenciosa como la muerte. Y, su idilio fué como un iris negro, coronado de rayos de crepúsculo.

Y, se amaron así, en la desolación de sus dos almas, precozmente iluminadas por los resplandores

de la tormenta lejana de la vida. Y, arrastraron su amor adolescente, en una noble interminable agonía, en el fondo del valle desierto, á las riberas cómplices del río, que arrullaba con voz paternal la angustia de sus corazones puros, á la sombra de los viejos árboles, que les prestaban como un escudo de silencio, la majestad de su gesto litúrgico, y en el misterioso instinto de sufrir, lo amparaban, en las frondas desiertas, bajo los amplios velos de la Noche, que extendía sobre sus cabezas el espesor de sus tinieblas, como una caricia de su mano letárgica.

Como dos pájaros, perseguidos por un buitre, así tenían que ocultar ellos su amor, porque don Nepomuceno, hostilizaba con furia, la pasión adolescente.

El padre, vindicativo y avaro, no perdonaba al hijo de Tobías Franco, el crimen de haber nacido de sangre heroica, y el crimen aun más imperdonable, de ser pobre. Él, lo había hecho huérfano y miserable, le había arrebatado su padre y su fortuna, y no contento con eso, se interponía entre su amor y él, disputándole el rayo de sol, que la ventura enviaba sobre su corazón adolescente.

Pero, los dos niños, no cedían ante la crueldad paterna, y antes bien, esa hostilidad parecía ser un acicate á su pasión.

Y, así se habían dicho el secreto de sus corazones languidecientes, en el silencio de los campos, embriagador y sutil, sintiendo crecer en su desastre, la flor omnipotente de su orgullo, que había de desafiar como una encina, los vientos desencadenados de la vida. Una fuerza desconocida, hacía fulgurar su sueño, y los alimentaba de esperanzas, como de jugo de tuberosas y sangre de palomas.

Nada pudo contenerlos en su pasión. Se amaron niños, se amaron adolescentes, y su juventud surgió, coronada por todas las grandes flores de pasión que la primavera de la vida arrojó sobre sus tristes frentes pensativas.

Su pasión, que tomaba el raigambre en las partes más recónditas de sus almas, se hizo indestructible.

Cuando Claudio, partió para el colegio, una correspondencia constante, suplió al encanto de las amables confidencias.

Y, hoy, que volvía, estaba allí, cerca de su hermana, como inclinado sobre su destino, deseoso de interrogarla.

De los rosales, subían hasta ellos, ruidos de misterio, que invitaban á las confidencias, y el recuerdo se exhalaba de sus almas como un cántico.

Y, la tristeza, caía sobre sus corazones, como una nieve lenta.

Y, él, tomando en las suyas, una mano de la hermana, le dijo gravemente.

— Háblame de Ella.

Y, ésta, volviendo hacia el hermano el rostro doloroso, con una sonrisa frágil en los labios enigmáticos, donde florecía hasta entonces el sueño del silencio, con un gesto calmado, como la noche religiosa que brillaba sobre su cabeza, le dijo.

— ¿ Ella? te ama siempre.

Y, roto el hielo, la fuente de las confidencias, siguió su curso rumoroso, cantando bajo el rosal de los recuerdos.

Al rededor de ellos, todo era de un encanto recogido y grave. La Noche, armoniosamente estrellada, vertía sobre sus corazones, el silencio, como un bálsamo, sus

almas fraternales se inclinaban al peso del mismo sueño, y en una necesidad inmensa de ternura, la palabra pasaba como una caricia, sobre sus labios, en el peregrinaje grave y sincero del recuerdo.

Toda blanca en la noche azulosa, Georgina continuó en hablar, y el ruido de sus palabras, subía en el aire tibio, como graves admoniciones de ventura, como un rumor confuso de sueños de eternidad. . Y, subía lentamente, con notas profundas, de una sonoridad prodigiosa, en que palpitaba toda su alma, cuando decía.

— El Amor, hermano mío, es eterno ó no es el Amor. Cuando se ha amado una vez, se ama siempre... El alma que ha sentido la caricia formidable, lleva su sello eterno, como el pecho de una gacela marcado por la zarpa de un león. El alma es inflamable, y su combustibilidad dura lo que la vida, si fue un rayo del Amor quien la incendió. Los cirios de ese templo no se apagan, mientras dure su dios en el altar. La vida es un holocausto. Sin el dolor la vida sería vil. El dolor, como el fuego, purifica. La vida que no es un sacrificio no es una vida, es una vegetación de larvas somnolientas. Vidas sin sacrificio son vidas estériles, como el gesto de una estatua... Señalan en el vacío el camino hacia la Nada... El dolor es un otoño, que enflora de rosas tristes la existencia, ¡rosas inmortales! viven bajo la escarcha del invierno, perfuman bajo la nieve de la vida. El amor que vive del dolor no muere nunca. El dolor es el aire que aviva la llama. Consumirse es vivir...

Y, la voz maravillosa, como empapada de sollozos, parecía llamar, en lengua de armonías inmateriales, en una invocación ardiente de plegaria, á todas las

almas heridas, hacia las regíones ásperas del sacrificio, de la resignación y de la muerte.

—Inmolarse es amar, decía la virgen. El grito de la esperanza, brota de los labios quemados por el dolor, como brotaba el cántico, de los labios de la estatua herida por el sol. El Amor sin las lágrimas es un campo sin lluvia, estéril y desierto, nò florece en él, el lirio inmortal de las grandes consolaciones. Sólo el dolor es fecundo. El goce es estéril, como el vício. El amor del sacrificio, es toda la grandeza de una vida. Y, el sacrificio, del Amor, toda su gloria. El Amor verdadero, es un águila bravía, no se nutre sino de corazones sangrientos y no bebe sino lágrimas. ¿Cómo, tú, que sabes tanto, y ves en el fondo de las cosas y de las almas, ¡ oh, hermano mío ! has podido creer que un amor tan desgraciado como el tuyo, pudiera morir ó desaparecer en el olvido ? El olvido no cae si no sobre las cosas felices de la vida. El dolor agoniza sin morir, ante la ultrajante serenidad de los dioses impasibles. Tu amor ha sido un interminable dolor, y es por eso inmortal. Liana, te ama hoy como ayer y te amará siempre. ¡ Si hubieras podido ver lo que ha sufrido ! Estos años de tu separación, podían ser contados por los más tristes de su vida. Mi tío, ha sido implacable y feroz, como es siempre. No le ha ahorrado ninguna humillación, ninguna imposición, ningun vejamen. Pero, no ha logrado arrancarle la negación de su amor, ni el sacrificio de él. Cuando te fuiste, ya ves que era tan niña, tenía catorce años, la pena estuvo á punto de matarla, y las crueldades de mi tío, la pusieron á la puerta de la tumba. Pero, aquella no es un alma que se doblega, que se somete, que se vence. Es un alma de resistencia y de

victoria. Su rebeldía está en el fondo de su alma, como su amor. Su resistencia no es agresiva, ni insolente, es silenciosa y fuerte, como una corriente subterránea. No discute, no contradice, no se desespera, pero no obedece. Es sorda para los insultos y para las prohibiciones. Su fuerza de inercia es poderosa y desesperante. Su humildad, su dulzura imperturbables, embellecen su resistencia. Es como una roca coronada de flores. Siempre afectuosa, siempre respetuosa, no alcanza con su mansedumbre á desarmar las cóleras de su padre, pero no las exaspera. No es la fuerza de un roble, sino la de una enredadera, su suave y humilde ductilidad la hace inrrompible. Estas frágiles tenacidades de los débiles, tienen en sí más resistencia que la soberbia opulenta de los fuertes. Una tempestad abate una encina, pero no desarraiga la liana, que encuentra por tierra, postrada, y sin embargo vigorosa. El rayo que quema el cedro de la selva, no toca el junco del estanque. Esa terrible pasividad inerte, forma las fuerzas más poderosas de la Naturaleza y los más grandes caracteres de la Historia. Mi tío, se exaspera ante esta pasividad resistente y muda como un escollo, que desafía fuerte y calmada, las olas enfurecidas de su violencia. Contra ella ha ensayado todos los ataques, y todos han abortado en la derrota. Recien ido tú, se calmó un poco, creyendo que con la ausencia, se olvidaría aquello, que él creía un capricho de niña. Cuando por una inevitable fatalidad, se apercibió de que ella y tú se escribían, su cólera no tuvo límites, y como de costumbre, la maltrató sin compasión. Pero, no pudo sorprender ni evitar la correspondencia, porque viniendo dentro de las cartas mias, que tú enviabas por

conducto de Tito Martínez, yo se la dejaba bajo los manteles del altar, en la capilla, y de allí las tomaba ella por las mañanas, cuando iba con Gundita, á arreglar el altar, para la misa. Tú sabes que Gundita te quiere mucho. Ella sabe todo, y es la única que consuela á Liana, cuando mi tío la atormenta más. ¡La pobre ha visto sufrir tanto en torno suyo, que el recuerdo de sus hermanas debe ser quien le dicta su conducta, llena de una piedad que es casi una complicidad para tu amor. Algo más de un año, después de haberte ido tú, hubo unas grandes fiestas en el pueblo, y mi tío llevó la familia. Lucio Orjuela, que había venido en esos días de la Capital, se enamoró locamente de Liana, y no la dejaba ni á sol ni á sombra. Tú sabes, que él es muy elegante y muy cortés, y tiene fama de afortunado para con las mujeres. Sus asiduidades, no desagradaban á mi tío, que las favorecía, con la esperanza de que Liana pudiera enamorarse y olvidar lo que el llama su *capricho* por tí, y luego, porque la idea de un matrimonio con Lucio Orjuela, halagaba todas las debilidades de su orgullo, y más aún, todos los sueños de su avaricia, pues tú sabes que los Orjuelas, á más de ser de la *creme de la creme*, en la capital, es decir, de *los lirios azules del idiotismo*, como los llamaste un día, en tu periódico, son inmensamente ricos. Lucio, además, ha hecho mucho dinero, en esta situación política, y hoy es uno de los familiares del Palacio Presidencial, y es en el Congreso, una de las más bellas *cotorras parlamentarias*, de que tú hablaste, y es una de las columnas de alfeñique, que sostienen el sagrario donde brilla la hostia pura de la Regeneración Nacional. Todos creían que Liana, no dejaría perder la oportunidad de

un matrimonio tan brillante, con un hombre, del cual se anunciaba ya, como sucedió luego, su llegada al Ministerio, como Ministro de Relaciones Exteriores.

Cuando yo la interrogué á este respecto, me miró muy triste, y me dijo :

— ¡Cómo! ¿Tú también dudas? ¿Me crees capaz de traicionar mi corazón? ¿Crees que yo podría sacrificar mi amor, á la vanidad de verme cortejada por este pavo real, parlamentario y servil?

— Nó. Pero, como veo que mi tío lo halaga tanto...

— Sí. Pero, como él no querrá casarse con papá, sino conmigo, yo soy quien decide en el asunto.

Y, me contó entonces, que él, no se le había declarado todavía, porque esperaba hacerlo próximamente, en un gran baile, que daría en honor de ella, y que sería el último de las fiestas.

Y, ese baile tuvo lugar, en los salones de la Municipalidad, puestos por el Cabildo, á disposición de aquella Excelencia futura y palaciega.

Bailadas las primeras piezas, en un intervalo, en que pudo quedar solo con Liana, Lucio Orjuela, afrontó decididamente la cuestión, y se declaró.

Liana lo oyó hasta el fin.

— Su preferencia me honra mucho, le dijo luego, y siento que me sea imposible poder aceptar la proposición de Usted.

— ¿Y, porqué?

— ¡Cómo! ¿Es usted el único que ignora en el pueblo que yo estoy comprometida?

— ¿Con quién?

— Con mi primo Claudio Franco.

— Pero su padre de U. lo ignora, puesto que me ha autorizado...

— Mi padre, puede querer ignorarlo, si esa es su voluntad, pero yo estoy en el deber de que U. no lo ignore.

— ¿Y, es esa una resolución definitiva?

— Absoluta.

— Y, ¿si su padre de U. insiste?

— No logrará nada. Mi padre puede disponer de mi dote, pero no de mi corazón.

— ¿Qué quiere U. decir con eso?

— Que en una joven como yo, no se aspira á poseer sino dos cosas. Los hombres de honor aspiran á su corazón; los otros á su dote. Yo cuento á U. entre los primeros, porque no tengo ningún derecho de contarlo entre los últimos, y por eso, cumplo mi deber, haciéndole saber, que es imposible aspirar á mi corazón, irremisiblemente tomado ya para la vida toda. Usted debe agradecerme la franqueza tan leal con que procedo.

— Y, ¿no es ese un capricho pasajero, algo que puediera dejarme esperar?

No! Es el sentimiento más grande de mi vida y de él no podría libertarme sino la muerte.

— Es U. muy cruel.

— Soy sincera.

— ¿Debo pues renunciar á toda esperanza?

— A toda.

— ¿Para siempre?

— Para siempre.

Y con un gesto apenas esbozado, ella indicó bien, que toda palabra de más, era inútil.

El, comprendió la inexorabilidad de esta resolución y la inutilidad de toda insistencia. Y, se alejó, fingiendo una calma mentida, herido en su orgullo de

irresistible profesional, de grande hombre desconocido, de crisálida presidencial, pisada por las plantas de una niña, aislada en la soberbia de su amor indestructible.

— Oh, Liana, oh, Liana, oh, mi Amor, dijo Claudio, con una voz vibrante, estremecida, de limpidez grave y sonora, que subía al cielo en notas triunfales, como un vuelo de águila.

— Tú no puedes imaginar, le interrumpió su hermana, la cólera de mi tío ante ese fracaso. Se llevó la familia para la hacienda y encerró á Liana en un cuarto por largos meses. Solo Gundita, la veía, y era ella quien le llevaba tus cartas. Este encierro duró hasta que se presentó un nuevo pretendiente, Jesús Novóa, el hijo de don Marcos. Ese matrimonio fracasó también, porque en un almuerzo, que mi tío le dió al novio, Liana, que no quería asistir, fué obligada por mi tío, y se presentó á la mesa, toda llorosa y con la cara hinchada por los bofetones. Interrogada por el mozo, dijo toda la verdad, desmintiendo la leyenda del dolor de muelas, que había inventado su padre. El pretendiente no quiso saber nada más, y se retiró sin explis cación ninguna. Ante este nuevo naufragio de su ambiciones, mi tío habló de meterla al convento, pero como hoy, eso no es tan fácil como en tiempos en que lo hizo con mi tía Hilda, renunció á su proyecto, y optó por otro, que al mismo tiempo que satisfacía su cólera, colmaba su avaricia, y fué, el quitar á Liana las pocas joyas que mis tías le habían dado, le quitó los vestidos, no le volvió á dejar hacer ni una camisa, no le daba para calzado, de tal modo, que hace meses, su estado de desnudez era casi completo, y andaba descalza por la casa. Ella, no decía nada, se adornaba

de flores, cantaba como un mirlo, y desafiaba con su alegria las violencias de su padre. Hace tres meses que este último, ha cambiado de táctica, porque tiene ahora la idea de casarla con el General Cobos, el nuevo Gobernador del Estado, un viejo como de sesenta años, muy su amigo, y al cual le sirvió la cartera de Gobierno por unos días. Tú lo conocerás pronto, porque él viene con mucha frecuencia á *Santa Bárbara*. Liana, ríe mucho de ese proyecto, que la divierte. Ayer me lo decía hablando de tu venida.

— Con Claudio aquí ya soy invencible.

— ¡Pobre alma! dijo Claudio.

— ¡Grande alma! dijo Georgina. ¡Oh, si Justo fuera así!...

A la enunciación de este nombre, Claudio miró á su hermana con ternura. Justo era su primo, y por decirlo así, el prometido de esa virgen. Se amaban desde la infancia. Don Nepomuceno, no parecía hacer á esos amores oposición ninguna. Conocía bien el alma despreciable de su hijo, y no se la disputaba á nadie, ó acaso sabía bien que con aquel ser débil, le bastaba una sola insinuación de su volundad para obtenerlo todo.

— ¿Amas aún á Justo? dijo el hermano.

— Sí, lo amo aún. ¿Qué quieres? ha sido el único hombre que he amado en la vida, dijo, con una especie de tristeza glacial, y un gesto de insondable amargura en la boca reticente.

— ¿Y, él? murmuró el hermano, con una voz conmovida, en que parecía temblar la certidumbre de una fatalidad irremisible.

— ¿Él? ¿Quién lo sabe? Desde que vino de la Capital, lo encuentro fatuo, displicente, lleno de un

orgullo necio y pueril. Yo, también siento que no soy la misma de antes. Al descubrir en él un nuevo hombre, ó mejor dicho, al ver aparecer el hombre tras el adolescente que yo amaba, siento que algo cambia, vacila ó muere en mi corazón... Y, eso me hace triste! Las cosas inconscientes que gritan moribundas en este estado de alma, me hacen mucho mal. Es siempre, de una insondable melancolía la muerte de nuestros sueños, dijo la virgen con un acento en que la amargura de las frases, agonizaba en una terrible serenidad, que era un dolor lúgubre.

— Tú no lo amas *ya*, dijo su hermano, como espantado ante el sonido de esta voz, cuasi inmaterial, y la expresión de aquel rostro, que indicaba una tan desolada fiereza, tan inquebrantable y fría voluntad.

— ¿Es que puede amarse á quien no *nos* ama? y digo eso, porque él no te ama á tí. Y, no amarte á tí, es una forma de aborrecerme á mí. Él, te aborrece y te envidia. ¿Puedo yo amarlo así?

— Lo que tú dices es noble, pero insensato. Es el sacrificio de *tu amor*, al amor fraternal. Yo no puedo permitir ese holocausto, en que el corazón de la hermana sacrifica el corazón de la mujer. Si tú lo amas aún, ámalo, hermana mía, ámalo aunque me odie. El sacrificio de tu ventura, me sería más cruel que el sacrificio de la mía. Harías mucho mal á mi corazón, con ese sacrificio de tu sueño.

— Te engañas Claudio. Yo no sacrifico nada. No se asesina lo que naturalmente muere. Yo no sé si esto que pasa en mí es la muerte de mi amor. Si es así, es él quien se muere, yo no lo mato. No tienes porqué culparme, ni porqué culparte. Si mi amor fraternal es más grande que mi amor, justo es que sucumba

aquel más débil. Los corderos y las palomas son materia de sacrificio; no lo son las águilas ni los leones.

— Pero, yo, no quiero que á causa de mí, tú lo odies.

— No es á causa de tí; es á causa de nosotros. Es que yo siento que aborrecerte es aborrecerme. Mi alma es parte de tu alma. Yo tengo tus mismos odios, tus mismas ambiciones, sueño para tí tus mismos sueños de grandeza y de gloria. Tú me has formado, has sido mi padre y mi maestro. Al fanatismo de mi amor se ha unido el fanatismo de mi admiración, y yo siento que no puedo amar á los que atentan á tu gloria, como no amaría á los que atentaran á tu vida.

Y, la joven calló, estrechando la mano de su hermano, en un largo estremecimiento convulsivo, como si estrangulase con sus dedos el cuello de su amor agonizante...

Él, no la interrogó, viéndola así, transfigurada, como un espectro blanco en la gloria de la Noche, sombría, bajo la adorable cabellera, que hacía una sombra pura á sus ojos nostálgicos, como ebrios de sueños y misterio...

Y, como si ella comprendiese que su hermano la interrogaba en la penumbra sin hablar, dijo, con una extraña voz sonambúlica, que subía suave y deliciosa, como un cántico de embriagante melodía, hacia la serena quietud de los grandes árboles taciturnos y la inalterable paz de los cielos luminosos.

— Necesito de sueños muy blancos formar una estela...

Y, dobló la cabeza sobre el hombro del hermano.

¡Su cabeza blonda, que parecía una estrella!

Y, él, la miró como diciéndole :

— ¡Sueña, hermana mía! Sueña con tu poema virginal.

Y, tomó en las suyas sus manos sedeñas, y las estrechó, como si aprisionase en ellas un geranio.

Y, la virgen, blanca, inmóvil, con blancuras siderales, semejaba un cirio extinto en el místico recinto y la sombra pavorosa de las grandes catedrales. Semejaba un cisne muerto en el límpido desierto de los lagos tropicales.

Y, las rosas de la Noche coronaban sus cabellos, sus cabellos que eran rojos, como fúlgidos destellos de algún sol de Apocalipsis, desprendido de los cielos, de los cielos en demencia, pereciendo bajo un rudo cataclismo de los dioses en tumulto... Coronando sus cabellos, las estrellas, parecían mucho mas pálidas que ellos.

En sus ojos misteriosos y profundos, como estanques de aguas muertas, se veían pasar los sueños, pobres sueños desgarrados, como alas de gaviotas, alas blancas, alas rotas, por los vientos encontrados de un océano en tempestad... Y, pasaban los idilios, los idilios de la infancia, lirios muertos, sin colores, lirios muertos, sin fragancia... Y, pasaba acariciando con sus alas la alba frente, el poema delicioso, el poema adolescente, que llevaba bajo el ala ya sangrienta, el duro dardo de la muerte allí escondido... ¡Pobre pájaro ya herido, que arrastraba el ala blanca, por la nítida blancura de los sueños, todavía! ¡Pobre sol en agonía! Y, las pálidas gardenias del recuerdo, abrían sus senos de amplias ánforas nupciales, á las caricias brutales de los vientos de la vida... Y, caían, perfumando con sus pétalos ya muertos, esos limbos

solitarios, esos hórridos desiertos, esos mares silenciosos, donde hundidos lentamente, se borraban, se esfumaban, los mil sueños en naufragio, de aquella alma virginal! Y, la virgen meditaba, y la virgen sollozaba en la calma nocturnal. Semejaba un cirio extinto en el místico recinto de una vieja catedral.

Semejaba un cisne muerto, en el pálido desierto de algún lago tropical.

. . . . . .

— Georgina, hermana mía ¿Sufres? dijo Claudio, como asaltado de un secreto terror supersticioso, como aquel que asaltaba á Tanhausser, al sonido de las campanas de Bruges.

—No, hermano mío. Pienso, y pensar es batallar... Soñaba, y el alma en sueños, libra como el ángel combates contra Dios...

Y, se pusieron en pie, y se alejaron cogidos de la mano, silenciosos, en la apoteosis enervante y el encanto sereno de la Noche.

Y, remontaron la avenida silenciosa, recogida en el augusto sueño...

Y, recibieron el homenaje de las flores que perfumaban su marcha, abriéndose como corazones lacerados en una via de desolación.

Y, así, como en una hipnosis de dolor, llegaron al corredor de la casa.

Y, el beso augusto de la madre disipó las tinieblas.

Y, lució sobre la frente de los hijos como un gran sol de paz.

Y, se abrió como una inmensa rosa blanca, en la calma infinita de la Noche y la angustia suprema de las almas.

IV

La visita á *Santa Bárbara*, se imponía como un deber ineludible.

Y, fué en el esplendor de una mañana radiosa, en la serenidad tierna del llano primaveral, que Carmen y sus hijos, se dirigieron á la casa de la hacienda, para almorzar allí, accediendo á las instancias de sus parientes.

Carmen, caminaba lentamente, apoyada en el brazo de su hijo, con el paso torpe de las personas atacadas de cecidad, abriendo sobre el campo todo, sus pobres ojos enfermos, vestida modestamente de negro, feliz y orgullosa de tener sus hijos al lado, aspirando en el viento los perfumes vagabundos, que una brisa matinal traía de las montañas, sonriendo á la Naturaleza amiga, que se mostraba ante ella y como ella, serena, pacífica, augusta, en la santa labor de su maternidad florecida.

Georgina, marchaba al otro lado de Claudio, con su paso cadencioso y rítmico, grande y esbelta, en la

soberbia de sus formas, ondulante bajo su traje verde malva, con un aire impreciso de flor. Así, toda en verde, bajo una sombrilla blanca, que resguardaba del sol el esplendor maravilloso de su cabeza rubia, se diría un junco acuático, reventando en una flor de oro. La emoción tranquila del momento, hacía aun más pálido su rostro severo, donde lucían, con la quietud de dos lagos mercuriales, sus grandes pupilas, aterciopeladas y sombrías.

Claudio, las dominaba ambas, con su alta talla, que se destacaba con un relieve singular en el fondo del paisaje pensativo, lleno de una arcana grandeza, y bajo el cielo matinal, de una impecable limpidez. El aire altivo de su belleza varonil y dominatriz, la expresión imperiosa de su rostro enérgico, se dulcificaban inmensamente, como transfigurados por una irresistible ternura, al contacto de esos dos brazos de mujer, que se apoyaban en él, como dos sensitivas del monte en los robustos brazos de una encina.

El grupo, caminaba lentamente, como saboreando el encanto de la hora, de una dulce melancolía cuasi palpable, por entre los pastales blondos, que se extendían como una caricia de oro, hasta el verde obscuro de la arboleda umbría, que rodeaba la casa de *Santa Bárbara.*

Pronto estuvieron en el patio, sembrado de manzanos y de duraznos, y vieron la familia, que venía á su encuentro.

Doña Asunción, la esposa de don Nepomuceno, llegó la primera, abrazó con efusión á Carmen y á Georgina, y con un cariño cuasi maternal, abrazó también á Claudio.

Era doña Asunción, una mujer alta, encorvada,

cuasi esquelética. Pálida, con una palidez de cera, amarillosa y enfermiza; los cabellos que habían debido ser rubios, eran de un gris indefinible, adheridos á las sienes, cubriéndole las orejas; los ojos grandes, azules, dolorosos, tenían la más tenaz y triste expresión de temor, de sufrimiento y de sumisión. Bastaba verla para comprender que aquel pobre ser, castigado, humillado, apaleado como un perro, temía mirar, moverse, hablar, en espera siempre del ultraje y del castigo. Y, aquella mujer no había sido más que un vaso de fecundidad, una bestia de carga, fecundada, humillada, castigada, por el amo cruel, que su familia y la sociedad le habían dado como esposo, y que en ese momento, avanzaba detrás de ella, grave, rígido, ensayando una sonrisa afable sobre los labios crueles, los dos brazos peludos, tendidos como zarpas, para abrazar á su sobrino. Éste, se dejó aprisionar en la caricia fría de aquellos brazos traidores, que semejaban los tentáculos de un pulpo, tendidos hacia un náufrago en el fondo del océano. Y, devolvió el abrazo, displicente, con el aire de una invencible repulsión en la presión de los brazos fláccidos y en la mirada inexcrutable de los ojos huraños.

Pequeño, delgado, cetrino, los cabellos y la barba de un blanco sucio, amarillento, los ojos verdes y traidores, de una intensa llama felina, ocultos bajo los párpados somnolientos de fiera en reposo, los labios delgados y pálidos, señalando su inmensa boca pérfida, medio oculta por la protuberancia del maxilar inferior, que acusaba en él, los caracteres de la más baja y sanguinaria bestialidad. Tal era don Nepomuceno *de* Vidal *y* Vidaurrázar. Todos los estigmatas de la lujuria, de la avaricia, del asesinato, se veían

bien en aquella frente de cinocéfala lúbrico, y en la parte inferior de aquel rostro, que era el de una bestia carnicera en acecho.

Justo Vidal, vino en pos de su padre, sonriente, meloso, acariciador, á abrazar á su primo.

Justo, era bonito, de una bonitura toda femenil, capaz por su perfección, de hacer gritar de envidia las más bellas zagalas de la aldea vecina.

Pequeño, delgado, como su padre, sus formas conservaban la armonía de formas de un efebo. Blanco, rosado, de una delicadeza de figurilla de Sevres; los cabellos castaños y bucleados cayéndole sobre la frente, tersa y tranquila, de una tranquilidad idiota; la boca primorosa, ánfora de necedades; los ojos garzos claros, huérfanos de expresión, ojos de ángel de misal; las manos delicadas; el pie pequeño; se diría el más encantador *mignon* de la corte de un Valois, el fantasma de Antinoo en los jardines de Adriano. Toda su expresión era de debilidad, de puerilidad y de falsía.

Gundita, vino luego, á pequeños saltitos, con un paso silencioso y ligero, como de una torcaz caminando por un prado. Encantadora, en su blancura ideal de virgen momificada, con sus ojos de cielo y su candor de azucena, semejaba, envuelta en la negrura de su traje semimonacal, una flor de cera, una mariposa blanca, disecada entre las hojas de un devocionario de Abadesa. Abrazó á su hermana y á Georgina con efusión, y se detuvo, como amedrentada, ante Claudio, que le tendió los brazos y la estrechó fuertemente. Ella amaba con delirio á sus sobrinos. Había concentrado en ellos todo el amor de su vida santa y estéril. Todas las ternuras contenidas de su

corazón, eran para ellos, especialmente para los hijos de Carmen, á la cual ella miraba como una hija suya, porque había quedado á su cargo, cuando tantas catástrofes consecutivas hicieron desaparecer á su madre y sus hermanas. Así, el regreso de Claudio, era una gran fiesta, para su pobre alma, huérfana del amor y la alegría. Y, fué feliz, cuando se sintió en aquellos brazos fuertes, que una secreta voz de su corazón le decía, que habían de ser brazos protectores como un escudo, brazos libertadores...

Surgiendo de la penumbra del salón, como un rayo de luna sobre un cielo atormentado y una mar tranquila, como descendida de una región de sueños, apareció, — mágica evocación de belleza, — entre el verde obscuro de los helechos montaraces y las plantas parasitarias que adornaban el corredor, lenta y sonriente, como si marchase al ritmo de una música lejana, Emiliana Vidal, *Liana*, como la llamaba su familia, y avanzó tendiendo sus brazos abiertos á los recién llegados.

Alta, como su madre, delgada como ella, su esbeltez tenía una fragilidad engañosa, unida á la más noble distinción. Su cabellera, negra y tumultuosa, se alzaba en un peinado extraño, sobre su frente estrecha, como un águila de bronce, adherida á la cabeza de una estatua. — Las cejas negras y unidas, como una pincelada de sombra, daban un resplandor trágico á sus pupilas verdes, que brillaban entre las pestañas, largas y negras, como dos esmeraldas brutas, engarzadas, en una malla de acero. Su palidez intensa, hacía resaltar aun más, esas negruras y el rojo de los labios, gruesos y sensuales, con un dibujo admirable de fuerza y de bondad. La garganta juniana,

el seno fuerte, las formas de una consistencia tentadora. Se diría la Apolonia de Granacci, ó una figura pompeyana, arrancada á un cuadro de Alma Tadema.

Cuando después de abrazar á Carmen y á Georgina, cayó en brazos de Claudio, se estremeció, presa de un encanto, del cual se defendía en vano, de una misteriosa alegría, que envolvía como en una atmósfera de ventura irreal, su pobre ser, tan largo tiempo atormentado por todos los dolores... Y, se tuvieron abrazados un minuto, como si sus almas sintiesen la necesidad de gustar la ventura fugitiva de aquel momento, cual si presintiesen que las horas luminosas de su vida serían cortas, cortas y sin regreso!... y que no podrían gustar la magia de ese instante, sino á condición de olvidar su brevedad fatal...

Los labios mudos, sellados por la emoción, se separaron de aquel abrazo, en que habían probado lo infinito del amor humano, tan fuerte y tan frágil!...

Y, todos se dirigieron al salón.

Y, entraron en él.

Era el gran salón cuasi rectoral, con los muros blancos, los muebles de una antigüedad severa, ya ruinosa; los viejos retratos de oidores, arzobispos, monjas y militares, que según un árbol genealógico tenido por legítimo, habían honrado la raza de los Vidal, Vidaurrázar y Anguilena, por el esplendor de su ciencia, de su heroísmo, ó de su virtud, más ó menos apócrifos.

La vista de aquel salón, llenaba de tristeza y tedio el espíritu de Claudio. Toda el alma de su raza materna, parecía respirar allí, con su incurable neurosis de grandezas pueriles y sueños feudales, con su adoración ciega á la fuerza, su fanatismo irracional,

su orgullo inepto, su fatuidad pomposa, su rebeldía contra el progreso y la renovación, su conservatismo agreste y bozal. su inadaptabilidad al espíritu moderno, su propensión al mal y á la violencia, al asesinato y la rapiña, su naturaleza de aves de presa, su esterilidad intelectual, el agotamiento de esa sangre, que venía á florecer como en últimos retoños, en ese viejo avaro y cruel, que era su tío, y en ese mozo, decadente é híbrido, esa bella flor de cretinismo, que era su primo. Él, Claudio Franco, se había salvado de esas herencias fatales, de esa decadencia irremediable, porque llevaba en las venas sangre nueva, sangre de los Francos, sangre de una estirpe guerrera, innovadora, que se había abierto en grandes flores de heroísmo y libertad en las páginas rojas de la Historia.

Y, todo el pasado, un pasado bárbaro, parecía, hablarle en cada una de las cosas de aquel salón conventual, y por los labios de aquellos retratos imperiosos...

Los unos, parecían hablarle de las épocas ya remotas de la conquista, de aquel duelo de águilas sobre las cimas ásperas, cuando el cóndor andino, refugiado en esas rocas inaccesibles, lidió su último duelo con la fortuna, y devorado fué por los cachorros hambrientos de los leones de Castilla, y de sus venas abiertas se escapó el alma de una raza, en la sangre generosa que bebieron los felinos sedientos...

Y, los conquistadores bárbaros, aprisionados en sus marcos de oro, parecían en un bello gesto épico, arrojar una última mirada sobre un sol de gloria, desaparecido en un horizonte de sangre, en la terrible majestad y la terrífica grandeza, de ese cuadro,

rocalloso y abrupto, de montañas y volcanes, como brotados de una convulsión del mundo, para ser los cirios inextinguibles, y las losas gigantescas, que habrían de cubrir é iluminar el sepulcro de una raza, dormida fieramente en un sueño de Olvido y de Eternidad.

Los otros, especialmente los monjes y arzobispos, parecían desde la pobreza de sus sayales ó la pompa violeta de sus vestiduras de gala, bajo las mitras consteladas de gemas, y los pectorales deslumbrantes de oro y de rubíes, hablarle de las pompas feéricas del culto, y del prestigio omnipotente de la Iglesia, en aquellos siglos de paz cataléptica y de marasmo moral del coloniaje.

Los otros, los más jóvenes, bajo el enchamarramiento y los oropeles de sus uniformes, parecían contarle fabulosas epopeyas de aquella época de idealidad heroica, que se llamó, la guerra de la Independencia, y sus rostros bronceados, parecían abrasados por aquel divino fuego del patriotismo, que consumió á un pueblo entero, como un sarmiento, en ese grande estremecimiento de vitalidad guerrera, uno de los más grandes que haya ágitado la raza de los hombres, desde aquellos rudos tiempos de bárbaro coraje, que la epifonema de los historiadores, llamó : tiempos heroicos.

Nada decían á su alto y noble espíritu, sediento de gloria, enamoralo de las más puras formas de la belleza moral, la serie de retratos, de hombres de tiempos de la República, que se extendía, con la monótona negrura de sus tonos, como una mancha borrosa en la pristina blancura de los muros inclementes. Nada noble se desprendía de aquellas frentes

obtusas y tercas, tras de las cuales, parecía dormir el pensamiento, en una petrificación de flora acuática, en el fondo de un lago muerto, de aquellos ojos violentos, llenos de mal, brillantes de odio y de codicia, de aquellos rostros cerrilmente imperativos, especímenes de una animalidad soberbia y brutal, almas montaraces, ocultas bajo la toga ó bajo el frac, como los cocodrilos bajo el limo; todos ellos marcados de ese sello de inconsolable mediocridad, que ha sido el distintivo de la mayoría de los hombres públicos de esas democracias, nostálgicas de amos, sedientas de sumisión, en orgasmo bestial de servilismo.

Y, veía, con insondable tristeza, que á pesar de su congénita nulidad, esos buhos hipocondriacos del pasado, eran aún superiores á los hombres de las subsiguientes generaciones, porque nacidos al pie del volcán, habían engrandecido en la borrasca, crecido en el incendio, como en las entrañas ardidas de los toros de Astarté, apercibiendo la vida como un combate contra el Mal, lidiándolo con un sombrío coraje, respondiendo á la nuevas ideas por el fuego del cielo, como el Dios de la Biblia á los sacrificios del pastor, retrocediendo á reculadas, en la derrota de su orgullo mal vencido, ante la vecindad prodigiosa de la catástrofe, que enloquecía sus espíritus, tomados del santo terror que asaltó á David en el campo de Ornam, ante la espada desnuda del Ángel de Jehová, desapareciendo sin capitular, buscando en su caída puntos de apoyo en el espacio, arrastrando en su hundimiento las últimas legiones del pasado, como el dragón del Apocalipsis los tres tercios del Ejército de Cielo...

Y, su época, su época menguada, inerte, apareció á

sus ojos, como un gran campo de cenizas y de desolación, tierra estéril, en cuyo horizonte se apagaba en lenta agonía, el sol genitor de todas grandezas : el Ideal.

Y, tuvo vergüenza y dolor inconmensurables.

La voz de don Nepomuceno, lo sacó de este doloroso abatimiento.

Su tío, hablaba con voz sentenciosa y grave, de cosas muy triviales, á las cuales, él, prestaba muy poca atención, contestando apenas por monosílabos.

Felizmente, el anuncio de que el almuerzo estaba servido, vino á sacarlo de esta situación embarazosa, en que ante tantas cosas que acababa de decir á su alma, el alma de su raza, hubiera deseado refugiarse en un silencio meditativo y grave.

El almuerzo, sin ser ceremonioso, no fué expansivo.

Como por un tácito acuerdo, la religión y la política, estuvieron excluidas de la conversación.

Don Nepomuceno, rememoraba sus años de colegio, refería antiguas crónicas de la capital, y se informaba acerca de personas y monumentos desaparecidos.

Justo, más recientemente venido de la ciudad, ensayaba aires picarescos, para hablar de los placeres y jolgorios de los estudiantes capitolinos, con un lujo tal de idiotismo, que no podía ser igualado, sino por su heroica fatuidad, de Adonis ensimismado.

Claudio, respondía como fatigado, displicente, triste, de verse obligado á arrastrar su espíritu por ese prado de vulgaridades, su espíritu fiero, hecho á volar por riscos y por cumbres!

Su frase amplia y profunda, se hacía sarcástica,

mordaz, cuando se le obligaba á volotear en los campos florecidos de la necedad convencional.

Otros pensamientos volaban en su cerebro, otros sentimientos cantaban en su corazón.

En la sombra dulce del comedor, medio ensombrecido por las persianas verdes, tras de las cuales se veía el llano extenderse como una mar, Claudio no veía sino á Liana, cuya belleza grave y triste, se ofrecía á él, como una flor de holocausto, abierta para perfumar su vida, para hacer brotar con el beso de sus labios, las flores de la gloria, sobre su frente de Apóstol pensativo.

Ella, tenía un aire de soñar. Sobre su piel muy blanca, pasaba una onda roja, intermitente, que acusaba bien las silenciosas conmociones de su corazón, y su mirada parecía venir de muy lejos, del mundo misterioso, donde el alma se dilata en los limbos divinos del Amor.

Al fin, el almuerzo terminó.

Después de bebido el café, en el corredor, don Nepomuceno, se retiró á dormir la siesta, y se despidió de su sobrino, porque debía partir esa tarde para la capital del Estado, á donde sus deberes oficiales lo llamaban.

Gundita, fué á la Capilla, á adornar el altar, para alguna fiesta de la tarde.

Doña Asunción y Carmen, se entretuvieron en amable charla.

Y, los cuatro jóvenes, descendieron por parejas, al Jardín.

Georgina, diciéndose fatigada, se sentó en un banco inmediato, y Justo se sentó al lado de ella.

Claudio y Liana, descendieron hacia el río, por en-

tre los arbustos en flor, y los naranjos, que tenuemente agitados por el viento, arrojaban sobre ellos, una lluvia de pétalos, formando en la cabellera de la virgen, una como diadema nupcial, y llenando el aire todo, de un perfume enervante y voluptuoso, un extraño olor de desposorios.

Y, marchaban lentamente, unidos de las manos, en medio del silencio benéfico, que engrandecía la quimera de sus sueños, el vuelo vertiginoso de sus recuerdos, que como bandadas de aves dispersas, voloteaban en torno de ellos y se alejaban hacia el llano inmenso, que forjaba la visión de un océano, hacia la línea movible de los sauces, que se alzaban en el fondo del valle, y hacia las cimas aisladas, que se destacaban en la quietud del horizonte, levantándose hacia los altos cielos, coronadas de brumas azulosas. Liana, marchaba como hipnotizada, con los ojos perdidos en la inmensidad del cielo luminoso, como invadida por la paz de la soledad, mecida por la caricia de los recuerdos, feliz de ir así, del brazo del Amado, por esos paisajes amigos, llenos de gracia salvaje, impregnados del olor resinoso de los pinos silvestres. Su alma, parecía como imantada por todas aquellas cosas silenciosas, que le hablaban sin embargo, de tantas cosas ya pasadas... Una alegria misteriosa, se apoderaba de ella, al recuerdo de aquellos años infantiles, tan inconscientes y tan fugitivos, en que había podido gustar á plenos labios, el fruto inocente de sus amores, castamente idílicos... Y, en ese florecimiento de recuerdos, que se hacía en su alma, volvía á verse niña impetuosa y alegre, corriendo por esos prados, tras la mariposa azul del primer sueño de amor. Algo resucitaba en su alma, algo perfumado y

feliz, que apresuraba la circulación de su sangre, avivaba el carmín de sus mejillas, empurpuraba las rosas de sus labios, y hacía más intenso el fuego de sus pupilas verdes, que semejaban dos cocuyos enamorados, en el cáliz de una flor...

Y, avanzaba asi, en su sueño dulce, feliz, de una felicidad intensa y grave, que subía hacia ella como una llama acariciadora y crepitante, ventura orgullosa, que le venía de sentir al lado suyo, aquel soñado corazón de hombre, que llamaba con una obstinación muda, de plegaria, á su pobre corazón, desde tanto tiempo atrás, rendido al sortilegio.

Y, la voz ardiente, un poco metálica, de Claudio, hecha suave por la emoción, sonó á su lado, diciéndole :

— Oh, Liana, oh, mi Amor, he aquí un instante de felicidad que el destino nos depara. Deja que mi corazón te hable, que él te diga la ventura que lo inunda, al verme de nuevo al lado tuyo, después de tantos años de infortunada lejanía.

Ella, volvió á mirarlo, y lo vió, imperioso y triste, un hondo surco de pena en la frente juvenil, suplicante, la mirada llena de angustia y de pasión, aguijoneado por su amor, torturado por la triste visión del futuro tenebroso.

Marchaban por el sendero florecido, sobre el llano glauco, que semejaba una mar dormida, salpicada de espumas.

Se detuvieron, como invadidos por la misma sensación de ventura y de tristeza que asaltaba sus almas en olas de pasión definitiva y grandiosa.

— Dios, dijo la virgen, lentamente, debía esta reparación á nuestro dolor. Hemos sufrido tanto, que

acaso hemos desarmado el Destino con nuestra obstinación. Nuestra constancia, merecía bien, el premio de esta hora de tregua.

— Hora de tregua... repitió él con una voz baja y profunda. Y, ¿por qué no una hora de salvación definitiva, de salvación completa?

— ¿Es que se puede violentar el Destino?

— El Destino, Amada mía, es como Dios, una palabra... La palabra con que el hombre señala lo que no se explica. Dios es el Verbo del Misterio y el misterio del Verbo. Esa palabra, está en el dintel de lo desconocido, indescifrable é inexorable, como la Esfinge á la entrada del desierto. Así como aquel Enigma de piedra, ve impasible é impotente las tempestades del Simoun, sin preverlas, ni dirigirlas ni calmarlas, así vé el Destino las tormentas de nuestra vida. ¡Mudo, inexorable, indiferente!... Ni clamemos al Destino, ni esperemos en él. Eso equivaldría á rezar ante la Esfinge, á prenderle cirios y amuletos antes de entrar en la región de las arenas asesinas. No profanemos el himno de nuestros ruegos, ni consumamos el cirio de nuestra esperanza, ni colguemos en ofrenda nuestro corazón, ante el altar de la Gran Quimera, sorda, ciega, implacable, á los gritos y á las quejas de los hombres. Hagamos nuestro Destino, no lo esperemos. El hombre fuerte modela la vida á su querer, no es modelado por ella. Hagamos nuestra vida. Pongamos sobre ella el sello de nuestra voluntad inexorable. Radiquemos la esperanza en nosotros mismos, y no esperemos nada de los otros. Colocar la esperanza en el cielo, es colgar una lámpara votiva en el vacío. Esperar en los otros, es sembrar el desengaño en los surcos estériles. No nacerán de allí sino desventuras

y lágrimas. El hombre fuerte es aquel que se ama á sí, cree en sí, y espera en sí. Triunfo es flor de esfuerzo. La victoria no se cosecha sino sembrada por las propias manos. Laboremos nuestra victoria.

Las palabras sonaban fuertes, con una voz sin inflexiones, como golpes de hacha, en el silencio de una selva. El dominador hablaba por los labios del amante.

— Amor es dolor, dijo la virgen. Las lágrimas son el rocío que vivifica la flor maravillosa del amor. La ventura mata el Amor. Yo, he cultivado el mío en la desolación y la tristeza, y siento que el baño en este Estigia, del sombrío milagro, lo ha hecho inmortal. Yo amo, y oro, y sufro. Tengo fé en Dios y en tí. El día que esta fé me faltara, me faltaría la vida.

— No ha de faltarte, porque yo vengo á fortificar en tí, la conciencia de mi amor. Yo vengo resuelto á todo y contra todos. Yo sé cómo has resistido y cómo has luchado por nuestro amor. Georgina me lo ha dicho todo.

— ¿Todo?

— Sí; todo. Las intrigas, las bajezas, las crueldades de que has sido víctima. ¡Todo lo que ha hecho contra nosotros ese hombre fatal!

— Claudio, es mi padre, dijo la joven como para sellar en los labios del Amado la frase irreverente...

— Tu verdugo.

— Sea, pero es mi padre. Con respecto á nuestro amor, yo siento que no lo obedeceré nunca, pero lo respetaré siempre.

— Y, sin embargo, es él, el que persigue nuestro amor, es él, el que nos separa.

— Nos amaremos á pesar de él.

— Nuestro amor es más alto que la vida y más fuerte que él.

— ¿Lucharemos contra él?

— Lucharemos.

— Si él continúa en perseguirnos?

— Resistiremos.

— ¿Hasta dónde?

— Hasta la muerte, dijo la virgen meditabunda, más pálida que los narcisos que se abrían á la sombra de los cipreses negros.

— Yo siento que este período de tregua va á pasar, la tempestad va á venir sobre nosotros con más violencia, y quiero decirte todo mi pensamiento. Yo he venido para hacerte mi esposa, con el consentimiento de mi tío, y sin él, si se empeña en sacrificarnos. ¿Qué dices tú?

— Claudio, yo soy ya tu esposa. Nuestras almas se han desposado ante Dios. El sacramento no hará más que consagrar esa unión ante los hombres. Yo me siento que he sido tuya antes de la vida, en la vida y lo seré después de la vida. Antes, ahora, y siempre, tuya. Hazlo todo según tu voluntad. Tu querer es mi querer, tu deseo es mi deseo. Manda, yo obedeceré.

— ¿Huiremos?

— Huiremos.

— Después de celebradas nuestras nupcias, iremos á la Capital. Yo tengo una profesión, un nombre, trabajaré para tí y al lado tuyo. Lucharé y venceré, seré acaso ilustre y glorioso y deberé mi triunfo á ti. Tuyas serán mi gloria y mi ventura. Pero antes, tengo que arreglar con mi tío las cuestiones de herencia, y tendré acaso que luchar contra él...

— Cumple tu deber, todo tu deber. Yo no te lo pregunto ni te lo impongo. Te seguiré por todos los senderos. Tu suerte ha de ser mi suerte. Tuya soy.

— Gracias, gracias, dijo Claudio, cayendo de rodillas y besándole las manos.

— Ya soy fuerte, ya soy feliz. ¡Oh, mi amor! Nuestra pasión es grande y profunda como el mar. Nada podrá agotarla, ni matarla. Es pasión de Eternidad.

Y, besaba con delicia las blancas manos, augurales de las divinas caricias.

— Tu alma es la esencia de mi alma, dijo ella. Yo te adoro.

— Yo te adoro, repitió él, alzando su frente ardorosa. Y, como para decírselo más cerca, hundió sus manos en las ondas tenebrosas de la cabellera, y, levantándose hasta ella, en movimiento desesperado, puso sus labios en los labios de la Amada, en un largo beso apasionado y casto.

. . . . . .

Un ruido de hojas y de voces, los despertó de su dulce delirio.

Eran, Georgina y Justo, que se aproximaban.

Justo, estaba radioso, feliz en su insustancialidad de pájaro orgulloso.

Georgina, taciturna, fatigada, con el aire de un invencible hastío, en el rostro severo y triste.

Su hermano, la miró fijamente, adivinando bien lo que pasaba en aquella alma tormentosa, tristemente desilusionada.

Y, todos cuatro, volvieron hacia la casa.

Poco después, Carmen y sus hijos, regresaban al *Retiro*, por la pradera solitaria, bajo los cielos estrellados, en la calma augusta de la pompa crepuscular...

Una gran tristeza se escapaba del paisaje mudo, en la decoloración taciturna de la hora, ante el horizonte entenebrecido, que parecía, disolverse allá, en las aguas obscuras de los lagos y las altas cimas meditativas, alzadas en el misterio, como en una eterna confrontación con lo infinito...

Y, esa tristeza, ganaba las almas, como por un magnetismo de solicitación misteriosa, y el silencio sellaba los labios, un silencio lleno de pensamientos, como la floración de una selva extraña.

Y, así flegaron á la casa, meditabundos, tristes, en la inquietud de una fiebre moral, que devoraba como un incendio el jardín encantado de sus sueños, y prontos á sollozar sobre ellos, como sobre una tumba...

Y, parecían en su desesperanza, repetir la queja del poeta :

Nos espoirs ont saigné dans le soleil d'automne...
La nuit descend, le vent fait mal, le ciel est gris,
Les choses, comme nous douloureuses,
Entonnent le cantique profond de nos cœurs incompris...

V

Es necesario haber vencido, para saber todo el lodo que el triunfo trae en su manto de escarlata.

¡ Oh, de las manos crispadas, que se tienden al espacio, para aprisionar el vuelo de las águilas potentes ! Alzarse victoriosas, he ahí el crimen irredimible, ante aquellos que se arrastran sin alas, en el fondo de la selva.

Los árboles del monte, la torre de la Aldea, se extienden, como otros tantos brazos desesperados, en contorsión furiosa, hacia el vuelo imperturbable, hacia los áureos pájaros gloriosos...

La serenidad augusta, que se desprende de los horizontes inaccesibles y de la silueta altiva de las aves vencedoras, cae como un manto de angustia, sobre los ojos coléricos y las frentes bestiales, que se han alzado para insultar la definitiva ascensión hacia cimas inmortales...

¡ Oh, el rencor inapaciguable de la Aldea, contra aquellos que han vencido y arrojan desde lejos un rayo

de su gloria, á través de esa bruma impenetrable, sobre la cima ríspida de sus colinas salvajes!

¡ Oh, las acritudes del rencor rural, la ola sorda y fangosa de la baja cólera aldeana, la pasión vil de los que no han vencido, la envidia triste de los que han quedado en la parroquia, adheridos, como ostras enfermas al peñón natal!...

¡ Oh, la patria es un destierro!

Así pensaba Claudio Franco, aquella mañana fría, en que al paso lento de su caballo, iba por el llano silencioso, aproximándose á la Aldea.

Era la primera vez que iba á ella, después de su regreso definitivo, y ya la sabía hostil, brutalmente rencorosa, insurreccionada contra sus ideas, contra su nombre, contra su gloria.

Y, presa de una de esas crisis de tristeza, que se apoderan de las almas superiores, al contacto con la vulgaridad de un medio ambiente, repetía las estrofas de Leopardi:

Né mi diceva il cor che l' età verde
Sarei dannato a consumare in questo
Natio borgo selvaggio, intra una gente
Zotica, vil, cui nomi strani o spesso
Argomento di riso e di trastullo,
Son dottrina e saper;

Y, con un sordo rencor, miraba aparecer el *natio borgo selvaggio*, la aldea natal, allá en el confín del horizonte, entre un grupo de árboles, sobre los cuales enviaba el sol naciente una blonda caricia de luz.

Y, pensaba con horror, en aquel nido de víboras, cuyo silbido le parecía llegar hasta él, envenenado

con el aliento de las más bajas pasiones, con las amenazas del orgullo campesino en furor, con la agresiva ferocidad de los que no han triunfado, con la monotonía miserable de las calumnias de aldea...

Y, á golpes de remembranzas, su cerebro se enardecía, viendo, como en un kaleidoscopio, los años de su infancia, grave y pura, sucederse en una serie de cuadros, todos tristes, de un aislamiento prematuro, en medio de aquellas vidas, estancadas en una quietud malsana de pantano, cerca de aquellas almas mefíticas, ignorantes de todo, hasta de su propia baba jeza.

Como el Manfredo, de Byron, muy niño aún, odiaba ya la sociedad imbécil de sus coterráneos, y amaba sumergirse en grandes baños de soledad y de meditación, en coloquios agrestes con la Naturaleza, en monólogos con el fantasma de su gloria, que se le aparecía ya, diseñando su sueño impreciso de heroísmos, en el vago estremecimiento de su conciencia virgen.

Y, así, se iba, días enteros, tras la visión de sus sueños, por las vegas umbrías y los prados florecidos, por entre los trigales rumorosos, en una eterna confidencia con los vientos, y montaba hacia las altas sierras, á sorprender el secreto de las águilas, á espiar el regreso de los cóndores, que volvían batiendo sus alas, como banderolas negras, en la pompa del crespúsculo, y bajo el cielo estrellado, donde morían las sonrisas de la tarde...

Y, en esa comunión con la naturaleza y las alturas, parecía ensayarse ya, para los vuelos interminables de su espíritu, para montar más alto que el dolor y la tormenta, para lidiar la gran batalla hercúlea, contra el Enigma y las Tinieblas...

Y, se preparaba para dar su corazón en pasto á la vida, su gran corazón altivo y fiero, en *rut* de justicia, con su divina sed de idealidades y su magnífica impulsión de Equidad, poseído por las santas ferocidades del deber, atraído ya, hacia la inconmensurable miseria universal, que había de ser el imán hacia el cual gravitaría, toda la vida, su alma, henchida de santas y tempestuosas cóleras.

Y, la aldea, lo creía loco ó maniaco, holgazán, incapaz de los trabajos rurales, en que crecían los otros niños, libres al sol, como inmensas flores de animalidad feliz.

El orgullo, había de ser el pecado de su vida.

No saberse encanallar, sería el escollo de su barca.

El aislamiento voluntario y altivo, que es el distintivo de las almas verdaderamente delicadas y superiores, ofende como un bofetón, á la multitud niveladora, á la inmensa ola cretina, igualitaria, que golpeando contra la roca, cree igualarse á ella, porque le lame los pies con sus rumores ó escupe hasta su cima la saliva de su rabia, sin saber, que, el homenaje ó el insulto, viniendo de tan bajo, no la tocan...

Ser aislado, es ser odiado.

Sea... Pero, aislados son los leones y las águilas. Aisladas son las cimas formidables.

Ser odiado, es ser admirado. Los topos odian el sol.

El odio es una consagración; el aplauso de las multitudes es una profanación...

Ser popular, es ser vulgar.

Elevarse, es aislarse.

Hay hosquedades de águila en los sagrados genios. Aislado fué Esquilo, aislado Dante. Solo ese gran

león doméstico de Hugo, se dejó acariciar por la muchedumbre. Y, su bondad fué debilidad. Su obcecación fué una castración. La popularidad fué Dalila. Se hizo, adorno de feria lo que fué terror de las montañas. Y, el pueblo, al acariciar la gran cabeza felina, cortó una á una, las crineras de la fiera hirsuta.

Los leones domesticados dan piedad.

Las águilas se aprisionan, pero no se domestican... Mueren de coraje, con las alas entreabiertas, en un esbozo de vuelo, las pupilas rojas, nostálgicas de luz, mirando al sol.

El odio fortifica. El aplauso debilita.

La maldición enaltece. La bendición deprime.

Las almas pequeñas se alimentan del aplauso. Las grandes almas viven de la soledad y del dolor.

Los zorros se alimentan. Dios nutre al león...

Y, Claudio Franco, se enorgullecía de su orgullo salvador, y á la luz clarividente del recuerdo, se complacía en rememorar, todo lo que la aldea había hecho contra él, hasta el día, en que ya adolescente, había partido á la conquista del saber y de la gloria, de la celebridad contestada, esa miseria del renombre, que hoy armaba la aldea contra él, y levantaba contra su nombre todas esas almas, de una simplicidad agresiva como la de los cardos espinosos, que rodeaban el pueblo, almas de una esterilidad inclemente y salvaje, como la de los cerros desnudos que le hacían un tétrico horizonte, almas violentas, roídas por todos los apetitos animales, por la venganza de su ignorancia, por la tristeza de su vida infecunda y miserable.

Él, sabía bien, todo lo que habían hecho en contra

suya, la hiel del despecho aldeano, y su odio profanador.

Cuando la celebridad comenzó para su nombre, hubo en la aldea, una leva de escudos, rumorosa, como el despertar de un campamento de bárbaros, y se habían disparado contra él, todas las flechas de la calumnia idiota, de la más disgustante infamia, de la más pornográfica miseria.

Y, cuando su nombre hubo conquistado toda la República, solo la aldea permaneció sin desarmarse, irreductible, rebelde al reconocimiento de aquella gloria, que había nacido de su seno.

Acaso, era una confesión ingenua de su triste infecundidad para la concepción de grandes hombres. Pero no, aquel terruño agreste, no tenía virtud alguna, y menos la de la sinceridad.

Se propalaron sobre él, las más ineptas especies.

Se dijo que eran los masones, los que hacían su reputación, que se había vendido á ellos, y había abjurado de todas sus creencias, en una fiesta de apostasía, en una especie de misa negra, llena de los más terribles misterios, y de las más bajas obscenidades.

Y, cuando leyeron su prosa, aquella prosa de prosopopeya esquiliana, de pompa porfirogéneta, ardida por un soplo de idealidad meseniana, en cuyos períodos lucían los pensamientos con fuego de incendio, y brillaban las gemas de las metáforas, con la opulencia cegadora de un joyel asirio, la desesperación aldeana no conoció límites... Y, se gritó á la imitación, al plagio, al lirismo huguiano...

En aquel obscuro rincón de tierra, el más miserable en que se pudieran revolcar seres humanos, arrabal de analfabetos, en que vegetaban en una animalidad

cuasi primitiva, seres ajenos á toda cultura moral é intelectual, la Crítica alzó tribuna. Y, se escucharon las más insólitas barbaridades, sonar en las paradoxas heteróclitas de los letrados de aldea, en las deyecciones abyectas de aquella Envidia en celo.

Joaquín Noguera, tipo completo de la más obtusa mediocridad, seminarista frustrado, la más desesperante parodia de imbécil que se haya arrastrado nunca por las páginas de los libros escolares, exasperado por la obscuridad en que su ineptitud lo condenaba á vivir, se alzó furioso, contra el vencedor, ya que no para disputarle el triunfo, al menos para negárselo, en un artículo, en que lo odioso desaparecía bajo lo bufo, y en que aquel espíritu vil, inconsolable del suceso de los otros, se alzaba como un hiatus inmundo, abriendo sus alas de escarabajo, pretendiendo obscurecer el sol de la gloria, con su sombra de feto idiota... Y, con una innobilidad inconmensurable, plegó el periódico y se lo envió á Claudio Franco, haciéndole escribir en letra roja, por una mano extraña, una frase remisoria, la más infamemente insultante, que hijo de meretriz haya escrito nunca, amparando bajo el anónimo, la obscuridad de su nombre de empréstito, marcado por todas las bastardías.

Claudio Franco, vió bien, de dónde venía este insulto de innarrable vulgaridad populachera, y no creyó llegado el caso de deshonrarse respondiendo á aquel *cabotin raté*, á aquel aborto crítico, al cual no se le podía dar nombre propio, porque no lo tenía.

El grupo estólido de católicos en acción, caricaturistas de Port-Royal, tragadores de dogmas, como hay tragadores de sables en las ferias rurales, espíritus

rudimentarios, cuyo cabotinismo religioso semeja la cola del perro de Alcibiades, rompieron el heroísmo forzado de su silencio, y sus lenguas antes cautivas, prorrumpieron en dicterios, contra el escritor atrevido, que osaba pensar, sentir y hablar más alto que la aldea.

Y, mientras los gramáticos agrestes, cazaban adverbios en la selva lujuriante de esa prosa, que tenía la rara suntuosidad de un cuadro del Benozzo, y deshojaban las rosas paradisíacas de su elocuencia triunfadora, llamándolo ampuloso y declamatorio, los fanáticos, los místicos, clamaban contra sus ideas, llamándolo, hereje, disociador, demagogo.

Él, respondía con el desdén á estas inepcias.

Y, decía para sí : « Los aullidos del león, las lamentaciones de los lobos, la cólera de los borrascosos mares, son pedazos de Eternidad demasiado grandes para el ojo del hombre... »

Y, continuaba abrazado á su Ideal, como á una cruz de flores, seguro de hacerse él mismo su triunfo, como se haría una estatua, y resuelto á que su vida fuera el ejemplo de un grande esfuerzo hacia el Bien, un noble grito de pasión, atravesando su tiempo y clavándose como una flecha en el seno de la Historia. Y, no se ocupó de desarmar la Aldea. Así, cuando había sido puesto en prisión por la Dictadura floreciente, y de todo el país se alzaron voces de protesta, contra el atentado, en la Aldea se habían firmado adhesiones y felicitaciones al Gobierno, por esta medida salvadora, de desagravio á la conciencia nacional, alarmada por la actitud soberbia de aquel demagogo tenebroso.

Cuando fué puesto en libertad, y de todas partes re-

cibía congratulaciones y voces de aliento, la Aldea no se conformó con guardar silencio, sino que sus periódicos locales deploraron la medida, como débil y funesta, como fatal para la paz de la sociedad, de la cual este agitador terrible, era un enemigo implacable.

Y, cuando desarmado, perseguido, volvió al seno de los suyos, los periódicos de la Aldea, no tuvieron una palabra de bienvenida, y antes bien se encargaron de burlar el papel de *jefe de partido*, que sus amigos se empeñaban en hacerle asumir.

. . . . . .

Un silencio profundo, se alzaba del llano todo, y venía de la selva cercana, por la cual pasaba cantando el río.

La Aldea se alzó inmediata, destartalada, ruinosa y triste á los ojos de Claudio.

Y, entró en ella.

Nada había cambiado.

Las calles sucias, silenciosas, lúgubres. Los campesinos embrutecidos y miserables, circulando por ellas, con un aire automático, con el enojo apacible de mulos de noria; los cerdos, los asnos y los niños en natural y grata fraternidad, correteando por las aceras derruidas, ó recreando al sol su inocente bestialidad; burgueses satisfechos y finchados yendo con fingida premura á las prosaicas tareas de su vida rutinaria; los pocos comerciantes del lugar, sentados sobre los mostradores, ó á las puertas de sus tenduchas, que ellos llamaban, enfáticamente, almacenes; los mendigos tradicionales, ostentando sus viejas deformidades, oreando al viento sus harapos, llenos de parásitos; y un aire de miseria, de ruina, de estancamiento, desprendiéndose de todo aquel villorrio infecto y vegeta-

tivo, estercolero rural, donde se pudrían, en la misma disgustante promiscuidad, las almas y los cuerpos de los hombres.

En la plaza principal, la vieja iglesia *barrocco*, que llamaban Catedral, mostraba su estructura grotescamente pretensiosa, alzando al cielo sereno los dos crímenes arquitectónicos de sus torres, que con sus flechas enmohecidas, parecían desafiar la Belleza, el Arte y la Luz, con su aspecto de un crustáceo en furia que amenazase al espacio con sus dos cuernos deformes; la masa conventual de la casa del Cura; la farmacia envenenadora de los cuerpos; la escuela, envenadora de las almas; la ceiba histórica y centenaria, alzando en el centro su masa obscura, ofreciendo con su follaje, grato amparo á los vendedores de dulces, que dormitaban á su sombra... Todo lo mismo, somnoliento, inmutable, con un siniestro aspecto de ruina y de muerte.

No queriendo molestar á ninguno de sus amigos, Claudio se dirigió al Hotel.

Allí salió á recibirlo don Bruno Escobar, el propietario, un viejo guerrillero conservador, muy célebre por sus fechorias, héroe de pillajes y asesinatos, santurrón terrible é intransigente, sobre cuya cabeza oscilaba el Código Penal, con todos sus artículos desgarrados y violados por él. Y, sin embargo, muy considerado, muy respetado, uno de los prohombres y varones eminentes del lugar. Cuando reconoció al viajero, ensayó una de las sonrisas más amables de su repertorio comercial, y tendiéndole los brazos, dijo con aire de regocíjo paternal, ese aire *bonhomme*, que los viejos, cuando no son educados, usan con los jóvenes á quienes han visto niños.

— ¡Claudito! ¡qué placer! y le tendió los brazos.

Claudio, visiblemente disgustado por esta familiaridad, que era su primer encuentro con la vulgaridad terrible de la Aldea, le tendió la mano, diciéndole con una cortesía seria, que no daba lugar á la confianza.

— Buenos días, Señor Escobar.

El viejo guerrillero, que sabía algo de la raza temible de los Francos, por haber tenido que huir de ellos, que querían castigarlo, cuando con los forajidos de su guerrilla, se entregaba á depredaciones y vejámenes, sobre los campesinos inermes, vió bien, que el hijo de Tobías Franco, que tenía ante él, era el espécimen más puro de esa raza, el heredero de su orgullo, de su altivez, de su valor tradicionales. Y, zorro viejo, veterano en las malas artes, no se dió por entendido de la frialdad con que era tratado, y con mil ceremonias, acompañó á Claudio hasta la sala. Allí, salieron á recibirlo, doña Benilda de Escobar y sus hijas. La vieja, sucia y mastodóntica, olorosa á cebolla y á sudor, las niñas, no feas, pero pretensiosas y ridículas, llena la mente de malas mañas y de malos versos. La idea de una conversación con aquellas tres gracias, figuras centrales de la aristocracia lugareña, le dió á Claudio, tal horror, que se apresuró á despedirse, sin saber siquiera á dónde iba.

Ya en la puerta, se encontró con Pepe Cifuentes, un amigo de infancia, muy querido, que venía á su encuentro, porque había sabido por un peón de *Santa Bárbara*, que Claudio venía ese día.

Los dos amigos se abrazaron con efusión, y volvieron para la sala. Allí no tardó en llegar Tito Martínez, otro amigo cariñoso de Claudio.

Y, charlaron amablemente, de la capital, del Campo, de la Aldea.

La crónica de esta última, era rica, en incidentes cómicos, en putiferios vergonzosos, en escándalos tragi-grotescos. El ridículo florecía allí como las lianas de una selva virgen, enredándose al crimen y levantándose con él.

Claudio, no amaba las sutilezas venenosas de la chismografía. Su alma triste y alta, sufría con la degradación creciente de los hombres, y el espectáculo de la miseria moral, aunque fuera la de sus enemigos, lejos de contentarlo, lo entristecía casi hasta la desesperación, y lo hacía exclamar con el Impasible, autor de poemas esculturales : *¡ O, le Mal Eternel est dans sa plénitude !...*

Y, en presencia de ese mal universal, sentía, que como al autor de los *Poèmes Barbares :*

L'horreur d'être un homme, et la honte d'être homme aussi, lui poignait l'âme.

Y, salió pronto de ese terreno, en que sus enemigos empezaban á desfilar ante él, en el horror de un cuadro dantesco, prisioneros del ridículo, maniatados por el crimen, perseguidos por el azote del escándalo.

Y, se rememoraron entonces, los años ya lejanos de la infancia, las torturas de la escuela, las ridiculeces de los maestros, las escapadas al campo, los días á pleno aire, aprisionando mirlos en los jarales ó cazando ánades en los esteros, los baños deliciosos en los remansos preferidos, la frugalidad de sus comidas campestres, sus ascensiones á las cimas de los cerros, sus lecturas apasionadas de Byron, Lamartine y Musset, los grandes románticos, que habían despertado su adolescencia, la primera novela leida á hurtadillas,

ocultando el libro bajo una piedra, para ir á buscarlo en la hora del descanso y leer anhelantes, llorosos, aquella historia de amor, que hacía llenar de lágrimas sus ojos, ya obscurecidos por la invasión lenta y solemne del crepúsculo... Y, después... la adolescencia, la dispersión, la aparición brutal de la vida.

—Aquí, nada ha cambiado, dijo tristemente Claudio.

— Vivimos en la inmutabilidad de la barbarie, dijo con una sonrisa amarga, Pepe Cifuentes.

—Aquí, todos somos conservadores, añadió maliciosamente Tito Martínez, aludiendo á la opinión predominante en la aldea.

— ¿Qué sensación has tenido en tu vuelta á la parroquia? preguntó Cifuentes.

— Horrible, murmuró Claudio, la sensación de un ahogado, una angustia, un dolor, una tristeza innarrables. La impresión que debe sentir un condenado á la ergástola, al ver la fortaleza del presidio en que va á acabar su vida.

— Es espantosa esa sensación, dijo Martínez. Yo, la sentí, con una intensidad dolorosa, cuando regresé de la Capital, hace dos años. Estuve enfermo de dolor y de tristeza. No salía de casa, no comía, y pasaba la noche llorando, como un neurasténico. Mi madre, ¡la pobre! que me sentía agitado, se alzaba para ver si yo estaba enfermo.

— ¿Qué tienes? me decía.

— Nada, madre. Y, repetía el verso de Sully Prudhomme:

Avec Dieu, cette nuit, mère, j'ai des combats.

Y, mi madre, se alejaba, sin entenderme, creyéndome con un principio de locura. Y, en efecto, habría ido á parar allá, si la fiebre de la política, no me

hubiese tomado para salvarme. Tú no puedes imaginarte, nada más fuerte, más intenso y más feroz, que la fiebre política en aldea. Nada más vil. Como la ignorancia imperante no permite lucha de principios, se hace una guerra de intereses. Las pocas ideas en pugna, toman forma humana, se hacen hombres, y la lucha se libra cuerpo á cuerpo. Es simplemente bárbaro. Ese pugilato de patanes, adquiere casi siempre las proporciones trágicas de un duelo, y Monteccios y Capuletos, se destrozan, no ya como en Verona, ni siquiera como en las tribus rivales de Oceanía, sino más radicalmente, como en los tiempos míticos de Cadmos. La política, que en sí es ruin, adquiere tal grado de ruindad cómica, al llegar á la aldea, que sorprende, cómo un hombre equilibrado, puede entrar en esa lucha de gorillas en celo. ¿Qué quieres? la pasión arrastra, la fiebre es un contagio, á mí me atacó esa fiebre política, y yo me entregué á ella, como me hubiera entregado al juego, ó al alcohol, para librarme del tedio que esta Aldea fatal, soplaba sobre mi alma. Y, nada me contuvo, ni las asonadas que iban matando de miedo á mi pobre madre, ni las emboscadas que me hicieron en el camino de mi hacienda, ni los tiros que tu tío don Nepomuceno Vidal, me mandó hacer en la plaza, el día de las elecciones. Tu periódico, vino entonces, á poner el colmo á mi entusiasmo. Lo agité como una bandera y se lo restregué por los hocicos á esta plebe feroz.

— Qué escándalo, dijo gozosamente Pepe Cifuentes, al recuerdo de esos días agitados. A cada número de tu periódico, Tito y yo, eramos asaltados, por los mozos anhelantes de leerlo, y que nos lo arrebataban de las manos. En vano el cura predicó, te excomulgó y ame-

nazó con las penas eternas á los que lo leyeran. Había muchas almas dispuestas á condenarse. Pero el Gobierno, más práctico que el Cura, ordenó á los Administradores de correos destruir el periódico; y desde entonces, nos quedamos á la luna de Valencia. Los papeluchos bozales de aquí, te insultaron mucho. ¿No leiste el artículo de Noguera?

— Sí. Y, tú sabes que Noguera, además de su envidia de *cuistre* pasmado, me odia desde aquel día que agitando un puñal, hablaba de ir á matar á Federico Ortúa, y yo le dije:

— Joaquín Noguera, en este pueblo, tú no puedes matar á nadie, porque corres el riesgo de cometer un fratricidio.

Y, cuando otra vez, dijo, que se ocupaba de descubrir una intriga vergonzosa mía, supo que yo había dicho de él:

— Es más fàcil que Joaquín Noguera descubra quién es su padre, que descubrir en mí, una acción que pueda deshonrarme.

— ¿Sabes en qué se entretenían los periódicos de aquí, para hacer frente al tuyo? En publicar versos de Justo Vidal, ó al menos firmados por él. Publicaron una *Salve, Regina*, que no era *regina*, sino regicida; un Soneto: *Al Sagrado Corazón*, capaz de producir una pericarditis al Cristo muerto, y unas décimas: *A Jesús Crucificado*, que eran verdaderamente una crucifixión, el más cobarde atentado que pueda cometerse contra un hombre en el patíbulo, aunque ese hombre sea un Dios, y no se digne castigar tanto ultraje. Las niñas de aquí, de la casa, deben saberse de memoria, esos adefesios, porque eran las que más popularizaban al *Vate Cristiano*, como lo llamó el cura.

— ¿ Y, qué periódico leen ahora aquí? preguntó Claudio.

— Nosotros, leemos: *La Patria*, de don Sixto Narváez. Es un diario elefantino, lleno del más sapiente enojo. Cada editorial de seis columnas, dividido en dos períodos, contiene más ciencia, que la que pueden haber aglomerado en sus cerebros, Herbert Spencer, ó Momssen, ó Stuar Mill, pero es capaz también de hacer dormir de pie á un loco furioso, y de hacer bostezar de tedio, la estatua del Comendador.

—Es, que aquí, no hemos tenido ni tenemos un diarista. Escritores más ó menos estimables, ensayan ese diarismo opiástico y solemne, del cual *La Patria*, es *chef-d'œuvre*, pero no logran sino adormecer el criterio público, con su prosa impecable y letal. ¿ Y, los conservadores, qué diario leen?

— Entre ellos, está de moda: *El Correo Comercial* de Calisto Martin Saliva.

A este nombre, Claudio, no pudo impedirse de fruncir el ceño con disgusto.

Ningún nombre en la vida, le había inspirado un desdén más repulsivo.

Este fruto del jardín eclesiástico, planta inmoral de sacristía, venido al mundo, de la cópula salvaje de una inmunda violación, llevaba, en su sangre vil, todas las impurezas del claustro y las clandestinidades del prostíbulo. Orquídea de presbiterio, hecha á trepar por los altares y los cirios, se había prendido al diarismo y crecido y extendido en él, con una fecundidad salvaje, de planta inútil y dañosa. Era el *fallus* monstruoso de la prensa, signo de todas las impurezas, estandarte de todas las prostituciones. Alma de lego estólido y de leno complaciente, su corrupción pasiva

y refleja, envenenaba el ambiente, con el vaho pestilencial de su alma de sentina. Era la cloaca Máxima de la infamia, la alcantarilla nacional, por donde desaguaban todas las deyecciones de la impureza pública.

Nada era igual al cinismo de su prosa estercolera. Sus labios mentirosos, tumefactos por las orduras recogidas en su beso pertinaz sobre las losas de los altares y las gradas de los solios, había envilecido, nombrándolos, los más sagrados vocablos, y había mancillado con su baba de caracol inmundo, pasando por sobre ellas, las rosas inmaculadas de las más puras ideas. Alma de lacayo, hecha á las más bajas promiscuidades y á las más viles claudicaciones, recogía con igual placer, la saliva y el escudo que el rencor ó la piedad arrojaban á su mendicidad agresiva. Nacido para la propina y para el puntapié, se alzaba á cada caída, empuñando con delicia, el centavo arrojado en pago de sus muecas clownescas, ó lívido bajo el castigo, limpiándose con cinismo, las asentaderas, habituadas á la caricia infame, y al golpe de botas recibido. Saurio escamoso, insensible á las heridas de la dignidad, excusaba su cobardía con los escrúpulos de su conciencia, refugiándose al pie de los altares, cuando alguien, quería deshonrar su mano, sellando la palabra proterva sobre sus labios de siervo insolentado. Feliz de haberse alzado de su condición de *bonne á tout faire*, de recogedor de colillas de cigarros, en las redacciones de diarios pacotilleros, á la condición de Pontífice Máximo, de aquella prensa en desastre, renunciaba á todo, menos á envilecérse, orgulloso de sus prostituciones, ostentando su bajeza como una virtud, teniendo la triste vanidad de su in-

famia, como otros la tienen de su mérito; haciéndose un honor de su deshonra; llevando la insolencia como un penacho, sobre su frente de esclavo; adornándose con sus vicios, que lo denunciaban como los cascabeles de una sierpe. Ese triunfador de la hora, amo de las conciencias de su patria, iba erguido, satisfecho, seguro de ser el más genuino representante de su época, la más alta personificación del alma nacional, en ese instante de oprobio.

Ese triunfo insolente, no disgustaba, sino á muy pocas almas, y Claudio Franco, era una de ellas.

— ¿Sabes quién aclimató aquí á Martin Saliva? Justo Vidal, dijo Pepe Cifuentes.

— Tal para cual.

— ¿No sabes que Justo piensa presentar su candidatura para diputado? Ya ha comenzado sus trabajos.

— Y, saldrá, dijo Claudio, aquí no tiene oposición.

— Es verdad, somos tan pocos...

— Y, pensar que somos los únicos intelectuales..

— Por eso somos los vencidos, los oprimidos, los perseguidos.

— Si fuéramos los brutales, seríamos los triunfadores.

— Desaparecemos bajo el número, como bajo las olas de un río.

— Fuera del derecho de contemplar su victoria, no nos dejan ningún otro.

— No somos ni electores ni elegibles. No somos ciudadanos.

— Somos los PARIAS, dijo Claudio Franco, con tristeza.

— Es verdad, ese es el nombre que nos conviene. Tú has dicho la palabra.

— ¿Y, no lucharémos?

— ¿Y, cómo?

— Puesto que somos los intelectuales, luchemos con el intelecto. Yo detesto las abdicaciones. La aceptación de la victoria, es lo único que envilece el vencimiento. Sentirse vencido es más triste que serlo. Yo no acepto la derrota que no se me ha impuesto todavía. Y, aun sufrida, me rebelaré contra ella, dijo Claudio.

— Bien dicho, pero ¿por qué luchar? por quién? Nuestro ideal está muy alto, dijo Cifuentes. ¿Cómo hacerlo descender hasta las colinas de esta aldea? — Eso equivaldría á hacer collares con las estrellas del cielo, para adornar con ellos una piara. Conservemos el orgullo de nuestro aislamiento y la pureza de nuestro sueño. Nuestro ideal, está por sobre la miseria de este pueblo y de esta época, no lo degrademos, bajándolo hasta ellos. El Ideal, debe ser algo que brille sobre nuestras cabezas, pero no que se enrede á nuestros pies. Miremos hacia los astros, no aspiremos á caminar sobre ellos. El Ideal que se humaniza se profana. Y, el Ideal que se profana no es ya el Ideal.

— No, dijo Claudio con vehemencia. Tu doctrina del Arte por el Arte, es una doctrina mortal, de egoísmo y de esterilidad. La *tour d'Ivoire* de los viejos simbolistas, es ya una fortaleza de leyenda. Mallarmé, fué su último custodio, y duerme bajo sus cimientos, el *Príncipe del Ensueño*, coronado de rimas mágicas, que brillan como cristalizaciones de sueños. Ese último cenobita fué virgen, y por ende, infecundo. Muerto en su ascetismo artístico, su escuela murió con él. ¿Quieres resucitarla? Hoy, la torre de marfil, está de-

sierta. Sus soldados han bajado y se mezclan á la batalla. Hoy no hay vida posible fuera de la lucha. Es imposible inclinarse sobre la matanza, como un dios impenetrable contemplando la agonía de los hombres.

— Tú, colocas tu Ideal dentro de las multitudes. Yo lo coloco sobre ellas. Mi ideal es de Eternidad. El combate es pasajero, el ensueño de lo Ideal es eterno. Yo vivo con mis sueños inmortales. ¿Qué Ideal puede haber en el fondo de las multitudes tumultuosas y desarrapadas? Yo no alcanzo á verlo. El pueblo, he ahí un fantasma que no me seduce.

— Pero, tu sueño es un sueño de esterilidad onánica. Si no luchas, ¿para qué vives?

— Tú, colocas el esfuerzo como el fin de la vida. Yo no. Dentro de la organizaciónmaterial qu e llama al esfuerzo, hay un principio superior que vive y evoluciona sin necesidad de traducirse en acción, y es el pensamiento. Él, vive en sí, por sí y para sí.

Las cimas de la contemplación son sus cimas. Desde ellas ve la vida extenderse hasta sus confines y perderse en un horizonte de Misterio y de Eternidad. A veces vuela sobre ella, no en ella. La contempla, no la dirige. La Impasibilidad es un principio de divinidad.

— Esa sería una vida de contemplación más estéril, que la de los místicos. En la oración hay un principio de grandeza, porque hay un principio de altruismo, se ruega por los otros. Pero, en las crestas áridas de esa auto-contemplación, ¿qué es la vida? Es una negación. La vida no se ennoblece sino por la lucha y no se inmortaliza sino por el sacrificio.

— La vida no es noble y no es la vida, sino por el

grado de Idealidad, que resida en ella. Todo Ideal vivido es un Ideal muerto. El Amor mismo, no vive sino por el Ideal, más allá no existe sino el placer. La cópula es anti-estética; el orgasmo de dos brutos... Yo preferiré siempre, *Laura* del Petrarca, á *Nana*, la *Divina Comedia*, al *Satiricon*, las vírgenes del Fray Angelico ó del Gozzoli, á las estatuas lascivas del Museo secreto, de Nápoles, ó á los frescos pornográficos de Pompeya. Fuera del Ideal, la vida es vulgar, miserable y triste.

— No. *La vida no vale sino por su inmolación á una Idea.*

— Toda inmolación es una profanación. La obra de Arte perfecta es el hombre. Destruírla es un crimen. Un solo día, que se quite á la Vida, y se impida á esa bella flor de humanidad recrear la vista del mundo, es un delito. Imaginaos que un día, las divinas y serenas estatuas que pueblan los museos de Roma, sintiéndose animadas de un soplo de Vida, corrieran á precipitarse en el Tíber, ¿habría algo igual á la sombra que arrojaría sobre el mundo la desaparición de esos divinos focos de luz? Y, esas son creaciones de piedras, pedazos de materia bruta, no pedazos de vida y de humanidad. ¿qué será pues el sacrificio de un hombre? Todo sacrificio es vanidad ó debilidad. Vanidad, si el hombre se arroja á la muerte como un héroe; debilidad, si se inclina ante ella como un mártir.

— No digas eso. No hay Ideal posible fuera de la humanidad. No hay forma superior de belleza, á la belleza del sacrificio. No hay gesto más noble que el gesto del héroe.

— El gesto del héroe, es un bello gesto de vanidad, que no señala sino al vacío. El gesto del artista, es un

bello gesto de Eternidad, señalando á lo Infinito. ¿á dónde lleva el gesto de Leonidas? á la Muerte. Y, ¿el gesto de Apeles? A la inmortalidad de la Vida, en el seno eternal de la Belleza. Yo no amo los héroes. El héroe es un producto bárbaro, se produce en pueblos primitivos, es una expresión de fuerza, y la fuerza es la antítesis de la Belleza.

— La religión de la Belleza, es religión de esclavitud, su pasión es pasión de esclavos, todos los artistas han sido cortesanos.

— Tal vez. Y, en eso mismo prueban la superioridad de su espíritu. Obligados á optar, entre obedecer á un hombre ó á una multitud, optaron por el hombre; entre lo consciente ó lo inconsciente, se plegaron á lo consciente; entre el yugo del pensamiento y el del instinto, optaron por el pensamiento; entre la plebe de Atenas y Pericles, escogieron á Pericles. Yo habría hecho lo mismo.

— Hablas como un esclavo.

— Tal vez. Como Epitecto. Y, sin embargo, yo soy un demagogo. Tú, Claudio Franco, agitador liberal, tú eres menos revolucionario que yo. Yo, soy demoledor, por conciencia artística, porque el reinado de la fealdad, reina en el mundo. Tú? tú, tienes miedo á la demolición, á la anarquía, porque en el fondo tienes una alma burguesa, á pesar de tu sangre heroica. Yo, no. Yo, encuentro bello el gesto anárquico. Es algo antiguo, como todos los grandes modelos de Belleza, porque hace diez y nueve siglos que ensayó esbozarse, en la contorsión de dos brazos sangrientos, sobre la membratura hosca de una cruz, en una cumbre ríspida. La genealogía de esos santos viene de mucho más lejos, la señala un buitre heráldico, picoteando una

entraña indestructible, sobre una roca del Cáucaso.

— Es verdad. Yo, odio la anarquía, como la más brutal protesta de la sombra. Detesto á esos devoradores de la nada, á esos agitadores de cenizas, en las entrañas del caos. Yo, no amo esos sembradores de la Muerte.

— Tú, crees en la revolución. Yo, no. Yo, no creo en la palabra libertadora, sino en el gesto libertador, dijo Cifuentes, y calló, como si una tempestad de pensamientos le apagara la voz, con la mirada fija, como engrandecida en un mundo de visión.

— Yo, creo como tú, Claudio, dijo Tito Martínez. Yo creo en la lucha. Es necesario que luchemos. Ahora que tú has venido debemos organizarnos. Tenemos elementos para combatir. Opondremos nuestras armas á las suyas. Fundaremos un periódico. Tú, harás conferencias. Acaso podamos remover la opinión pública, estancada.

— Sí, aprovechemos el tiempo, dijo Claudio. La borrasca no nos dejará mucho, para sembrar.

— Sí, dijo Cifuentes, como volviendo en sí, la guerra viene. ¿Quién triunfará?

— El Derecho.

— La Victoria se llama Fuerza.

— Esta vez se llamará Justicia.

— ¿Y, quién sera vencido?

— El déspota.

— Los pueblos llevan la esclavitud en sí, no en sus amos. La desaparición de César, no evitó el reinado de Tiberio. Augusto, no evitó á Augústulo. Espartaco, fué un fantasma.

— Es verdad, pero fué por sangre de esclavos, que pereció ahogada la loba heroica y fatal...

Y, los tres amigos se separaron al fin, después de pensar en la organización que debieran dar á sus esfuerzos, en las medidas que deberían emplear para civilizar la aldea, para limar siquiera los dientes, á la tigre materna, que devoraba sus sueños, y amenazaba devorarlos, á ellos.

Claudio Franco, no pensaba en la Aldea. Su sueño más grande, más alto, lo llamaba voloteando, sobre cimas más remotas.

¡Oh, los pobres *parias* del Ideal!

¡Los tristes sembradores de cenizas!...

VI

La grande urna, taciturna, de la Noche, había volcado su tesoro, negro y oro, sobre el llano adormentado.

Ruido extraño, ruido huraño, como el murmullo lejano de un océano, murmuraba en los pinares...

Era un grito en lo infinito, semejante á los graznidos de los pájaros heridos, en las brumas de los mares.

Y, los pinos, macilentos, somnolientos, mecían, espectrales, sus negras cabelleras sepulcrales, tocadas por el ala de los vientos...

Bajo un cielo de mayólica, la luna melancólica, una luna en creciente, semejaba, el cuello de una garza, que en la sombra se enarcaba.

Y, sus pálidos rayos indecisos, cayendo del estero en la agua quieta, parecían un puñado de narcisos deshojados en un lago de violeta.

Véspero, semejaba un pálido, azahar, ó un ópalo engarzado en un divino anular.

Una brisa, áspera y fría, agitaba los rosales, donde rosas moribundas, se decían madrigales.

Y, los sauces esqueléticos, sus ramajes proféticos extendían en los barrancos, sobre áridos senderos blancos.

Los arbustos, siempre adustos, extendían tristemente, su follaje adolescente, sobre estanques enigmáticos.

Y, á su sombra, crecía, como una pradera de letal melancolía, toda una floración de lises acuáticos.

Nenúfares simbólicos, y juncos hiermales, alzaban en los silencios edénicos, la gloria de sus flores virginales.

Hieráticos, eucarísticos, los cisnes y los ánades meditaban, y en su meditación arcana, semejaban, como una floración de almas de artistas, resurrección de genios pensativos, espíritus esquivos, ante esas fecundidades panteístas, procesión de almas solas, ramillete de blancas amapolas, desfloradas en mares amatistas.

. . . . . .

En la sombra, que ahogaba la llanura, don Nepomuceno Vidal, iba, buscando los senderos extraviados, las veredas más obscuras, aquellas donde el laberinto inextricable de los árboles, podía ocultar mejor su marcha silenciosa.

Cuando salía á campo raso, andaba inclinado en los trigales, y entonces su forma negra, semejaba la de una hiena, rastreando en los juncales de un río.

Iba apoyado en su gran bastón de *guayacán*, que con una tira de rejo en la punta, le servía para azotar los peones y las bestias, los reptiles que hallaba en su camino y los niños que encontraba á su paso.

Caminando así en la tiniebla, era fantosmal. Se diría un Nemrod infatigable, siguiendo las huellas de los leones.

De vez en cuando, se detenía, como si esperase á alguien, y entonces alzaba la cabeza, con un movimiento igual al de los tigres que ventean la presa.

Al llegar á un recodo del camino, donde á la sombra impenetrable de un grupo de árboles, se precipitaba un torrente, se apoyó contra el tronco de un eucaliptus, y esperó.

Un silencio absoluto lo envolvía todo, como si la Naturaleza, sufriese la influencia de una hipnosis glacial.

El campo parecía presentir la vaga presencia del crimen, como las gacelas y los ciervos, presienten la aproximación de los grandes felinos de la selva.

En esa conjuración del espanto y la melancolía, el silencio subía, como un sollozo, al corazón del llano expectativo.

Bajo la calma imperturbable de aquel firmamento seco y diáfano, el viejo permanecía en acecho.

El movimento de las hojas, indicaba los movimientos nerviosos de su cuerpo. Alargaba el cuello velludo hacia el camino desierto, como interrogando la penumbra, en el misterio de la gran Noche calmada, y sus ojos, brillaban en la sombra, como los de un lince en celo. Sacudía la cabeza, se impacientaba, ponía oído atento, y escuchaba...

Y, no sentía llegar á sus oídos, sino, engrandecida, implacable, la gran voz mugidora de los ecos dispersos de la Noche. El alma de las cosas sollozaba.

En los canales dormidos, sobre los lagos glaucos, bajo los follajes húmedos, sobre las ramas cóm-

plices, los noctículos, las luciérnagas, los insectos, se buscaban y se amaban, en amores sin laxitud, en el lento y mudo desposorio de la vida animal, exuberante.

El encanto de ese gran banquete de amor, exasperaba el hambre carnal, del viejo fauno inquieto.

Escuchaba la magnificente queja oceánica, dominatriz de los paisajes, y hacía esfuerzos por percibir en esa melopea languideciente, el eco de lo que él deseaba.

De pronto, viniendo de muy lejos, rompió el silencio, el eco de un canto claro, vibrador, que llenaba el espacio de notas melancólicas...

Era una voz fresca y juvenil, voz de mujer, que cantaba á plena garganta, coplas campesinas.

El encanto rústico de aquella voz, subía, como una exultación esóterica, en la paz augural de la hora, en los límbos del silencio, como la voz de una sacerdotisa de Ceres, invocando la diosa, en la gravedad religiosa de una tarde antigua.

Parecía que la Noche augusta, cantara en esa voz.

Las estrofas, tenían como una alma vegetal, salida de los senos, de la tierra...

La voluptuosidad subía de las cosas todas, y respiraba en ese cántico, inocente como un salmo y ardiente, como un cirio.

La voz lejana, la voz cantante, se aproximaba por momentos, llenando de canciones los ramajes, donde los ruiseñores le respondían, abriendo alas de pétalos, extendiendo cuellos de estambre, ante la gran luna, que se elevaba sobre la ceja del monte, envuelto en gasas de un heliotropo crepuscular, de pompas episcopales.

Efluvios penetrantes y turbadores, se escapaban de la tierra entregada al trabajo de su fecundación inacabable.

Era la hora sexual de la vida vegetativa.

El viejo en acecho, sentía subirle por el cuerpo, ardores cuasi juveniles, ímpetus sexuales de macho cabrío, y la lubricidad lucía en sus ojos de cantárida agonizante.

Bien pronto, el canto se escuchó entre los árboles cercanos, y la silueta de la mujer que cantaba, se dibujó en la avenida, á pocos metros del viejo sátiro, que la espiaba.

Era Tránsito.

Tránsito era la más bella campesina de los alrededores de la hacienda. Hija y nieta de arrendatarios de *Santa Bárbara*, su padre Cayetano Perales, era el más serio y más honrado de los labradores, que trabajaban aquella tierra fecunda, bajo el yugo y para el provecho de don Nepomuceno Vidal. Hacía treinta años, que había plantado un rancho en la sabana, y cultivaba un pedazo de tierra, en alquiler, partiendo, como todos, las ganacias, con el patrón. Su mujer y su hija, se alternaban para servir en la casa de la hacienda. Era una familia de siervos, sometidos, que como todos los de aquella gleba, vegetaban en la ignorancia de todo derecho, bajo una carga poderosa de falsos deberes, en una ignorancia animal, bestializados, brutalizados, explotados, viviendo como bestias y muriendo así, sin una queja, sin una rebelión, sin un movimiento de rehabilitación ni de justicia.

Tránsito tenía diez y siete años. Era bella, con una belleza terriblemente apetitosa, de fruta madura. Servía la última semana en la hacienda, porque el do-

mingo próximo, debía casarse con su primo Sebastián, un mozo de veinte y dos años, á quien amaba desde niña, y pensaban ir juntos á establecerse en el pueblo, donde Sebastián trabajaba como carpíntero. El matrimonio, se efectuaba contra el querer de don Nepomuceno, que detestaba al mozo, porque no había querido trabajar en la hacienda, y porque pertenecía, á los que en el pueblo se llamaban liberales, es decir, los únicos opositores á su omnipotente dictadura.

La joven, venía cantando, para distraer el miedo que le ocasionaba el camino desierto. Y, cantaba las coplas, que Sebastián le había enseñado. Y, pensaba en él, en su matrimonio próximo. Y, su alma núbil se estremecía, como á la lejana caricia de las nupcias esperadas.

Don Nepomuceno, había perseguido á esta niña, con sus torpes asiduidades, sin obtener otra cosa que una aversión profunda y un miedo cerval. Ruegos, amenazas, ofrecimientos de dádivas, nada había podido vencer la obstinada resistencia de esa honradez agreste. Dejar aquel bello fruto de amor, para ser desflorado por un gañán turbulento, he ahí lo que el orgulloso Señor no estaba dispuesto á tolerar. Él, era el Amo, y vencería. Tomaría por la fuerza lo que no se le daba de grado. Ejercería el derecho de pernada, como los antiguos Señores feudales, de los cuales era el continuador, en esa sedicente democracia, sobre esos siervos embrutecidos, huérfanos de todos los derechos. Cuando la campesina llegó frente á él, don Nepomuceno, dió un paso al frente.

Tránsito, retrocedió espantada, dando un grito.

— ¡ Dios mío !

— No te asustes, muchacha.

— ¡ Ah ! ¡ Es el Amo ! ¡ qué miedo me ha dado !

— ¿ Te he asustado mucho ? Dijo el viejo meloso, aproximándose más y más á la niña.

— Sí, Señor, dijo ésta temblando, ahora con más miedo que antes, porque aquel hombre era más temible que todos los peligros desconocidos.

— ¿ Te tiembla el corazón ?

— Mucho.

— A ver, déjame tocar, dijo el viejo, llevando la mano al pecho de la virgen.

Cuando ésta sintió que trataba de desabrochar el jubón, para introducir sus manos en el seno, se retiró bruscamente.

— No, Señor, no.

— No seas tonta, chiquilla, dijo él acariciándole el mentón.

— Déjeme ir, Señor, que es tarde, y forcejeaba la niña por separarse.

— Espérate, le gritó él, ya impaciente. Y, cogiéndola de un brazo, la atrajo hacia sí, queriendo profanar su rostro de jacinto en flor, con la baba de sus besos nauseabundos.

— No, señor. No, señor.

— Cállate.

— Déjeme. ¡ Ay Señor, que me hace mal !

— Cállate, imbécil. Y, seguía martirizándola.

— No, no, déjeme, por Dios, por la Virgen, decía la niña, poniéndose de rodillas.

— Te doy veinte pesos.

— Yo no quiero nada. Déjeme ir.

— No te irás.

— Suélteme, dijo la muchacha, y, logrando escaparse echó á correr.

El viejo la alcanzó, y tirándola hacia el monte, la tumbó al suelo y se precipitó sobre ella.

Fué una lucha de fieras. Los zarzales crujían, las alimañas se escapaban, los cuerpos se revolcaban en contorsiones de bestias. La virgen se defendía tenaz, heroicamente. El viejo rugía, y todos sus instintos de lascivia y asesinato se despertaban en él.

Al fin, la joven fué victoriosa, y poniendo al viejo debajo, pudo escapar rápida como una flecha.

Pero, don Nepomuceno logró alcanzarla, y le dijo.

— ¿ No quieres?

— No.

— Toma, vagabunda, toma, gritó el viejo exasperado y furioso, descargándole dos tremendos garrotazos sobre la cabeza.

Tránsito abrió los brazos y cayó cuan larga era, privada de sentido, con una sien rota y bañada en sangre.

Y, el viejo infame, se lanzó sobre el cuerpo inerme, como un jaguar sobre la presa.

Y, violó la virgen, infamemente, impunemente, bestialmente.

Y, se alejó después, dejando al descubierto el lirio sangriento, que era ese cuerpo de virgen ultrajada.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando Tránsito volvió en sí, era más de media noche. La luna estaba en el cenit.

Confusamente, rememoró todo lo que había pasado. Vió en su cuerpo profanado las huellas de su deshonra, y escondiendo la cabeza en las manos, gritó en su desolación...

— Dios mio ! Dios mío !

Y, pensó en sus padres que la esperaban ¿ qué les diría ?

Pensó en Sebastián ¿ cómo ocutarle ese infortunio ? Ya no se casaría !...

A esta sola idea, sollozaba desesperada y repetía su invocación al vacío.

— Dios mío ! Virgen Santa ! ¿ qué haré ?

Su alma de sierva, no pensó en la delación, ni en la venganza. No pensó sino en el anonadamiento, en la desaparición pasiva, bajo el peso de un fatalismo inexorable.

Se puso de pie, atravesó el bosque, anduvo en la llanura, y llegó hasta el lago calmado, que parecía dormir bajo la caricia de la luna. No se detuvo. Avanzó por entre los juncos, despertando los patos vigilantes. Dos cisnes la siguieron silenciosos, escoltándola hacia la muerte...

Cuando el terreno le faltó bajo los pies, se cubrió los ojos ante el horror del abismo y gritó :

— Madre mía ! Madre mía !...

Y, desapareció en el agua.

Las olas que se habían abierto, se cerraron sobre ella, como una caricia. La luna y las estrellas cintillaron sobre el estremecimento de las ondas, como trazando en ellas un epitafio de luz. Los cisnes inclinaron meditativos el cuello enarcado sobre el abismo, y regresaron en silencio, haciendo surcos de plata bajo sus alas de alabastro... Un ruiseñor cantó en la selva. Y, se escuchaba sonar la sinfonía desmesurada de la Noche, como el ruido del mar en un poema antiguo...

VII

Con sus ojos de pensador, hechos á ver más allá de las fronteras de la Vida, Claudio Franco, miraba los vagos contornos de sus sueños, que iban como nubes en tropel, hacia cumbres ignotas... Y, en la opacidad brumosa de obscuras lejanías, la Ciudad Santa del Ideal, alzaba sus torres de quimera, en la ondulación aérea y la vaga inconsistencia de un miraje.

¿ Por qué extraños atavismos, por cuales mórbidas herencias de raza, vivían y crecían en él, esas desesperantes pasiones libertarias ?

¿ Qué abolengo de esclavos ó de héroes gritaba en su sangre, con insistencia tenaz, ardientes jaculatorias de reivindicaciones y de justicias ?

¿ Por qué esa fiebre de revancha, que aniquilaba su alma consuntiva y heroica ?

¿ Por qué ese oculto virus de idealismo, que daba contornos de luz á la masa informe de sus sueños redentores ?

El dolor universal era su propio dolor.

De pie, en las fronteras de la sociedad, sentía subir de ella, un rumor confuso y desesperado, semejante á aquel que sonaba bajo los cielos del Coliseo, los días de grandes fiestas cesáreas.

Y, veía la inagotable crueldad, devorar los pueblos, como un león con las fauces inexhaustas.

Y, él, desafiaba al gran león, en la linde de su selva.

El clamor de las multitudes irredentas, sonaba en su corazón, como las olas fragorosas de un mar que lo llamara.

Y, tendía sobre ese mar de miserias insondables, la púrpura de su verbo y el estandarte de sus cóleras libertarias.

Y, ante el espectáculo de la universal Injusticia, su alma sudaba sangre, como el Cristo á la sombra de los olivos siónicos.

Sembrador de sueños y de ideas, los arrojaba sobre los pueblos esclavos, como flechas mortales, para llenar con ellas el carcax de sus odios santos.

Lo inexpresado que vibraba en su palabra, fulgía en aureolas inmortales, sobre las frentes vencidas.

Su silencio mismo, era bello, como un recogimiento donde florecían augustas cóleras. Jardín cerrado, donde dormían tigres jóvenes. Cumbre airada, donde meditaban cóndores. Y, forjaba rudamente su prosa épica, con firmezas de acero y purezas de cristal, para formar con ella un escudo al pecho inerme de las multitudes, vencidas bajo el hierro brutal de los déspotas feudales.

Si su grito iba á perderse en la monótona ironía de su época, él no se avergonzaba de despertar así, desnudo como un pájaro implume, en los pliegues de sus sueños.

Cuando levantaba su gran gesto piadoso, sobre esa multitud, indolente y ondulante como un océano, esparcía el alba en la noche, con ese inmenso gesto bíblico.

Y, sembraba la Esperanza, sobre los surcos humanos... Y, esperaba ver surgir la vendimia, bajo el esfuerzo enorme, del dolor que fecundaba las masas.

Y alzaba al cielo su cabeza lapidada por todos los insultos, haciendo frente á los huracanes de odio, seguro de vivir y de triunfar, de sobrevivirse á sí mismo, dejando un rayo de verdad, como una estela de luz tras de su nombre.

Y, el gesto de sus brazos flagelados, erigidos hacia el azur, era un gesto de Redentor, evocando del sepulcro razas heroicas y olvidadas.

Él, sentía en sí, el alma de la multitud, la multitud inmensamente quejumbrosa, que escoltada por la desgracia, va como un río furioso hacia el abismo, bajo un cielo trágico, donde estallidos siniestros, arrojan luces rojas y resplandores de azufre, y fragmentos de bombas vuelan, como grandes pájaros negros en el crepúsculo.

Y su alma, perdidamente enamorada de la libertad, esperaba ver surgir la vida, de este fragor de catástrofe, y se llenaba, de uno como estremecimiento de universo.

El orgullo de sus sueños hacía su alma épica, y continuaba en soñar bajo sus dolores, como un león bajo sus crinejas de oro.

Y, hablaba á las multitudes confusas, como el viento al corazón de las selvas. Eran su amor.

Y, marchaba con ellas, hacia el país remoto, donde florecía el lirio ideal : la libertad.

Bajo las alas tenebrosas de su pensamiento, se abría un abismo negro, donde fulguraban los ojos ciegos, implacables del Destino... El gran monstruo impasible dormitaba, lleno el vientre de pasiones muertas y de problemas aurorales. El estremecimiento de lo infinito plegaba su frente de fantasma.

Su anatema caía en hostiles imprecaciones, pasando por sobre los palacios cesáreos, y los capitolios malditos, como un ruido de escudos trágicos sobre murallas de Ilion, como nubes de tempestad bajo un cielo heroico.

Con la fiereza inalterable de un ayáxida, cubría su corazón, con el triple acero fulgurante, de su piedad, de su orgullo y de su desdén.

Y, desafiaba así, el odio de los tiranos insaciables y el odio de las muchedumbres miserables.

Sed libertadora, es sed suicida.

Todo apóstol es Sócrates, y toda multitud es la de Atenas. La virtud llama la cicuta, como la verdad llama la cruz.

El apostolado es una ascensión hacia el dolor y hacia la muerte, bajo un cielo negro, sin esperanza, ante el ojo irritado de los déspotas, cuya frente se pliega de furor, y el grito múltiple, el rumor amplio y amenazante, los gestos convulsos, las manos violentas de las muchedumbres, prontas siempre á las lapidaciones de los profetas, y á las acres torturas de todos los redentores de la tierra.

Abrir las puertas á las fieras del circo, es ofrecerse en holocausto, para ser devorado, por ellas antes que ganen de nuevo el reinado de sus selvas.

Lidiar por la libertad de los otros, es la manera heroica de perder la suya propia.

Hacerse siervo de los siervos, tal es la savia generosa del alma de Apóstol.

El Sacrificio es su Ideal.

No retrocede ante él, y va ciego á la cima, con la ceguera sublime que deja la Verdad, en las pupilas que quema.

El sacrificio es el laurel de lo Infinito, y no crece sino allá, muy alto, en las alturas inaccesibles, á donde solo llegan, en muda procesión, las almas de dolor, predestinas á la Gloria.

La roja, la divina, la inmortal flor de Inmolación, no crece en los detritus de la piara.

El arroyo fangoso de la vida, no riega sus pétalos de sangre, sus negras hojas paralelinervas, abiertas en forma de cruz.

Fiemo de pájaros solares la fecunda, en las cimas lejanas de la vida, donde como en un cataclismo de astros, sueñan los genios vencidos...

Y, Claudio Franco, era una alma de Inmolación, una alma estoica; último laudador, de los poemas antiguos.

En la arrogante decoración de sus sueños, el sacrificio ocupaba la cima, como una cruz negra, coronada de laureles.

É, iba hacia ella.

Y, meditaba...

Se siente antes del vuelo el espanto de las cimas, los aullidos del océano lívido, que sacude su melena de olas rugidoras.

Hay como un mensaje de la muerte, en la quietud extraña de las alas, ante la onda profunda llena de inquietantes misterios...

Es bella la meditación de los héroes, bajo un cielo

sin fronteras, con ojos astrales y labios elocuentes, desde donde profetiza el huracán.

Su alma de guerrero bravío, como las que vieron pasar las selvas antiguas, en el orgullo de razas suprahumanas, se alzaba en la decoración indecisa de los horizontes malditos, y daba forma y libertad á las zarpas y á las alas de sus sueños, carniceros y voraces... Y, así iban ellos :

Águilas bélicas á cumbres ríspidas.

Leones nostálgicos á valles áridos.

Grandes buitres pensativos, hacia remotos páramos esquivos.

¡Todo en desolación!. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Y, la época era de sombra!

La tiniebla tiene su hora cierta, su hora de horror, en que abre sus negras fauces devoradoras para engullir los pueblos.

Un poderoso vértigo de ignominia, llevaba las multitudes vencidas, hacia extraños parajes de abyección...

Y, las frentes todas, se inclinaban, en gesto de adoración irremediable, con la mansedumbre de trigales tronchados por hoces invisibles, cual si temblasen bajo el pavor de inexorables degollaciones.

Y, el gran torso del pueblo encadenado, mostraba al sol su cuello farnesino, como llamando el hacha consoladora, que pone fin á la agonía de las bestias inútiles y de los pueblos envilecidos.

Un viento inusitado de victorias, llevaba el Crimen coronado, en un una serie de apoteosis triunfales, hacia siniestras excelsitudes.

Un grito, dolorosamente humano, subía hacia la Justicia Inmanente, y se perdía en el aire calmado, en el silencio mortal, que envuelve como un sudario los pueblos decapitados.

Era una hora de devastación.

El poema magnífico de la antigua grandeza épica, de las nobles, viriles resistencias, se extinguía en un clamoroso crescendo de angustia, en un sollozo de esclavos.

Y, las últimas rosas, del rosal del patriotismo, se deshojaban sobre el cadáver augusto del Derecho, asesinado.

Como un huracán apaciguado en las quietudes lúgubres de la pampa, el soplo de poderoso orgullo, de inapaciguables, románticas rebeldías, que hasta entonces había agitado, el alma de ese pueblo, había muerto, y sobre sus labios tristes crecía la flor maldita de los silencios culpables.

Un retórico vil, escapado á los tugurios de Bisancio, reinaba sobre aquel pueblo vencido, con la ultrajante insolencia de un esclavo hecho Rey.

Aquel gramático pedante y nulo, ebrio de latín, ensayaba el manto de púrpura y la corona imperial, bajo aquel solio sombrío, de donde un tigre lírico, acababa de desaparecer, arrebatado por la muerte.

Y, con su impudicicia de mono coronado de adverbios, hacía visajes de amo, en el trono, aun lleno con la salvaje majestad del felino taciturno, que había hecho su triunfal exaltación de retórico mediocre.

Pulga Nabucodonosor del Diccionario, hiena literaria en los parajes fiebrosos del Agro romano, había desenterrado los restos de poetas ilustres, y como un jefe mozambique, se presentaba adornado con

los huesos de aquellas víctimas, que atestiguaban su insaciable voracidad de roedor escolástico.

Su reputación había nacido, como un gusano mortal, á la sombra de las grandes tumbas que había profanado.

Cerdo épico, de la literatura, había hozado sin descanso, en los jardines de la poética latina, deshojando sin piedad, las margaritas floridas, que los grandes ingenios, cultivaron á la sombra pacífica del Lacio.

Evangelista del clasicismo arcaico, había sido por luengos años, el hierofante de la Decadencia intelectual, el genitor de ese incontenible progreso de lo fútil, que ahogaba, como una ola de muerte, las células ya anémicas del cerebro nacional.

Merodac de las catedrales góticas del ultramontanismo medioeval, había oficiado por muchos años, vestido de Sumo Pontífice del Idiotismo, en la Basílica Capitular del Neolatinismo criollo.

Maestro de Escuela, agresivo y estulto, era sin embargo, mirado como un idiota inofensivo, antes de que el suceso lo sacara de los pastales apacibles de la pedagogía, á las cimas escabrosas de la vida pública.

Dromedario trotón en los prados del ridículo, se precipitó á las aguas turbias de la política venal, con más sed, que los camellos de Eliezer al abrevadero de Mesopotamia.

Su apetito bestial de despotismo, lo hizo ilustre.

Tiberio, su amo de entonces, hecho á ver, con su ojo torvo, de cuervo soñador, crecer los insectos nauseabundos en el estercolero patrio, divisó las contorsiones coléricas de aquel cacógrafo voraz, lo tomó con sus largos dedos tentaculares, lo observó

bien, amó la insolencia cruel del hocico y de los ojos, lo halló bastante perverso para utilizarlo, bastante vil para estimarlo, y lo hizo jefe de los más desvergonzados de sus esclavos, de los más ineptos de sus aúlicos, lo nombró director de su prensa ignominiosa, de esa prensa, que fué durante quince años, el refugio de todo lo que la podredumbre nacional produjo de fermento, en la implacable descomposición de todos sus apetitos...

Bajo aquella frente de idiota, se ocultaba un alma bestial, y aquel paquidermo clásico, se hundió, con una voluptuosidad de hipopótamo, en el pantano fangoso.

Metafísico de cloaca, se dió á volar en los dédalos obscuros de la más abyecta ignominia, creyéndose un águila, porque era el murciélago fétido, de aquellos albañales en putrefacción.

Areopagita de la calumnia, fanático del absolutismo, coprónimo del Bajo Imperio, levantando la infamia á la altura de un postulado místico, hierógrafo de la iniquidad, doctor estático del servilismo, sofista bizantino, sigisbeo de la crápula, himnólogo del vicio, cantor del lecho adúltero, esa rata envenenada, escapada á las sentinas académicas, mancilló la prensa antes de mancillar el poder, y agotó la bajeza antes de agotar la tiranía.

En su ignominia definitiva, nada hubo sagrado para aquel proxeneta del Ideal. Fué verdugo de las honras, antes de ser verdugo de los cuerpos, de sus enemigos vencidos. Los clavó á la picota de su diario, antes de hacerlos oscilar en los postes de la horca.

Su prosa purulenta, desbordó sobre ellos, como una cloaca, removida por su mano estercolera. Y, de

ella, se alzaba un vaho pestilencial, capaz de asfixiar las aves en las más altas capas de la atmósfera.

Tipo completo de la más absoluta bajeza, fué el delator patentado, que designó las víctimas propiciatorias, al ojo de los mercenarios en cólera.

Ese gesto de verdugo, gustó á Tiberio, que lo halló útil en su repugnante monstruosidad. El César displicente, acarició el mono colérico, lo introdujo en su domesticidad, y lo hizo príncipe heredero.

Tiberio, firmó así, su sentencia de muerte.

Seyano, omnipotente, buscó la almohada, con que había de ahogar al déspota, tardo en morir.

Tiberio, no se resignó á la abdicación, como Diocleciano. Sus versos no lo consolaban del poder, como al otro el esplendor de sus legumbres. Tuvo veleidades de mando, y tendió su mano esquelética hacia el cetro. Eso lo mató.

El cerdo clásico, tenía un alma de tigre.

Un jesuíta, llevó el decreto de muerte.

Y, Judith entró en la tienda de Holofernes...

No fué la daga mortal, la que cortó la cabeza del monstruo, sino. la pócima fatal, la que fué, por las manos de su amor, aplicada á los labios del Tirano impenitente...

Aquél no se defendió siquiera. Murió como un estoico, como un buitre bravío, el pico contra el pecho, los ojos torvos, mirando en el horizonte todas las visiones, todos los fantasmas de su vida gloriosa y miserable. Su vida! Un mar rojo y azul, un mar de sangre, en el cual, como estrellas caídas, como rosas náufragas, centelleaba el milagro de sus rimas...

Y, el esclavo libertado, omn fuéipotente.

Icaro, lo llamaba el pueblo, porque con sus alas de insecto había querido acercarse al sol de la gloria, y había caído con las alas ardidas sobre el solio.

Icaro, eclipsó á Tiberio. Tenía el alma menos grande y el corazón más vil. Tiberio, era un filósofo y un poeta. Tenía esquiveces, indolencias, y hasta magnanimidades, que brotaban como flores de cactus, del fondo de su alma despreciativa y tenebrosa. Este otro, era un gramático, mediocre y rencoroso, con un alma de sacristán y de pedante, semillero de pequeñeces, inconsolablemente miserable y ruin.

Bajo la dictadura de este antropoide, perpetuamente en cólera, acabó de extinguirse la última pulsación de vida, que quedaba en el corazón de la patria.

Y, el cuervo, reinó sobre un cadáver.

. . . . . .

. . . . . .

La angustia de esa época, llenaba el alma de Claudio...

Él, no ignoraba, ni rechazaba su misión.

Se debía á su patria, á su partido, á la multitud, desheredada y doliente.

De todas partes, le venían clamores dolorosos, reclamando el patrocinio de su pluma y de su brazo.

En el horizonte, un punto negro indicaba la tormenta próxima.

Era preciso apresurarse.

Antes de darse el sacrificio, debía asegurar la suerte de los suyos, la de su madre, la de Georgina, la de Liana, que era ya su esposa ideal.

Así, escribió á su tío, pidiéndole una conferencia, y esbozándole las reivindicaciones que pedía de él.

Si amistosamente no lograba nada, llevaría á los tribunales su querella.

Pero¿ y su amor?

¿Y, la ventura de Georgina?

Él, tenía derecho á sacrificar su corazón, pero ¿ el de su hermana?

Y, Liana ¿ qué haría ante su padre enfurecido, irremediablemente hostil á él?

A este pensamiento, un hálito de sombra obscureció su cerebro, y miró con angustia, al cielo implacable, que se alzaba sobre su cabeza, como una tiara pontifical, constelada de estrellas.

Su alma de apóstol no tembló. Sus manos no se extendieron para apartar el cáliz, que el destino reservaba á sus labios de profeta. No se inmutó ante la vista del camino rojo, que se extendía ante él, ascendiendo hacia las cumbres ríspidas, donde su Ideal, en forma de cruz, lo llamaba al sacrificio. No vaciló ante la perspectiva lúgubre de esa ascensión penosa, por entre las muchedumbres hostiles, á la apoteosis definitiva de las grandes lapidaciones...

El sol poniente, hacía un trágico halo cárdeno, sobre la frente tormentosa de aquel próximo rompedor de aureolas.

La vida heroica es un vuelo al sacrificio.

VIII

Era una epopeya de colores el esplendor de la mañana estiva.

Los altos cerros del levante, coronaban sus cimas argentadas, con rudos arabescos de verdura. Y, el nevado remoto, semejaba un gigantesco pájaro de ágata, prisionero en la púrpura del sol.

Un azul angélico, envolvía el contorno indeciso de las cosas, en vagas coloraciones de misal.

El llano, como un mosaico egipcio, desplegaba la amorfa policromía de sus colores, hasta perderse allá, en el horizonte, bajo desmesurados pórticos aéreos y vagas irradiaciones de miraje.

Un sol adolescente, sonreía á la tierra, en un cielo místico del Giotto, tenuemente coloreado por un rayo del Ticiano.

Era una mañana paradisíaca de leyenda, una de esas mañanas, que en las riberas del Ganges, debieron ser profetisas de teogonías y nodrizas de dioses, cuando la Divinidad surgía como un perfume, de la corola de un lotus.

En los senderos desiertos, cantaba la soledad idi-

lios rústicos, y sobre el campo, lleno de un perfume de heno cortado, se extendía la caricia de la luz, celebrando la resurrección matinal de las rosas.

Claudio y Georgina, iban por la llanura asoleada, en la mañana tibia, bajo el mágico palio de aquel cielo de nácar, teñido de zafiro, como hipnotizados por el gran soplo panteísta, que se escapaba de la Naturaleza, y llenaba todo, con el estremecimiento de una caricia inquietante y fecunda.

Georgina, se apoyaba en el brazo de su hermano, grave, pensativa, ondulante, como una orquídea extraordinaria que se volviese orgullosa hacia el sol, con un aire de altivez natural, que hacía aun más esbelto su cuerpo de amazona y más augusto el gesto habitual con el cual erguía su cabeza auroleada, sobre cuyos bucles de oro, centelleaba el sol, como sobre una diadema imperial.

Rara vez, la naturaleza habría hecho, dos hermanos, tan extrañamente semejantes, como aquéllos.

Esa joven, rosada y blonda, de un blondo rojo, como se ve en los pasteles de mujeres, y aun en las figuras murales de los maestros venecianos, era sin embargo, idéntica, á aquel joven, de cutis bronceado, de ojos y cabellos negros, de una belleza sombría, semejante á los caballeros pintados por Van Dyck ó por Velázquez.

Era, el mismo mentón voluntarioso, el mismo gesto despectivo en los labios, la misma pertinaz bruma de ensueño en la mirada, el mismo pliegue de altanera y obstinada meditación, en la frente.

Y, esa resemblanza asombrosa en lo físico, era aún más acentuada en lo moral.

Todas las virtudes y fatalidades del atavismo, las

implacables leyes de la herencia, la trágica, inextraviable acción de la sangre y de la naturaleza, el legado de todas las morbosidades, las inapelables sentencias ancestrales, se cumplían y vibraban en ellos al unísono.

El alma de la raza, fulguraba en ellos como en dos focos gemelos.

La herencia de una raza de acción, se cumplía en ambos. El don hereditario de la lucha, trabajaba por igual sus espíritus.

El alma de la virgen, era heroica, como el alma del hermano.

Aislada en su reclusión, sus pasiones engrandecidas en la soledad, se habían hecho silenciosas y altaneras, rebeldes á toda domesticidad.

En su claustración voluntaria, se había confinado en el encanto de sueños grandiosos, matizados de cosas incomprensibles á la trivialidad de la multitud.

Y, gustaba ese encanto indefinible y exquisito, que ha hecho la alegría de las más bellas almas humanas; el encanto del aislamiento. Amaba la gran gloria moral de ser sola. Sola, con su hermano, en un acuerdo misterioso de sus almas, en el encanto de una dulce intimidad, como en una isla moral, alzada, en los mares de la vida, en una selva adusta, de paisajes grandiosos, llena de flores intelectuales y hojas vírgenes, de pensamientos graves, solitarios, como murados y absortos en su gran sueño agudo y doloroso.

Ambos gustaban la amargura altanera de ser odiados. La fruta del Odio, como los higos salvajes, está rodeada de espinas punzadoras, pero, es deliciosa de devorar. Su corazón es dulce, como los labios de una amada.

Sus naturalezas altaneras y delicadas, habían crecido en el horror del mundo que los rodeaba, en la muda y dolorosa comprensión de la iniquidad que pesaba sobre ellos.

La extraña unidad de sus dos almas, las había hecho crecer paralelas, imantadas hacia el mismo polo, igualmente orientadas, en la tenaz obstinación del mismo sueño.

El alma de la virgen, resistía, sin doblegarse, el peso de un pensamiento de hombre, que residía en ella, y la hacía grave, sin arrebatarle ni uno solo de los encantos de su feminilidad exquisita.

No era alegre aquella niña, venida al mundo en los brazos mismos de la muerte.

Era triste y seria, como si los sables de los bandidos, que despedazaron el cuerpo de su padre y amenazaron su vida en el vientre de su madre, hubieran cortado de su alma, la perfumada flor de la alegría.

En la bruma de misterio y de dolor que envolvió su infancia, comenzó á sufrir cerebralmente, en una necesidad inmensa de saber, de averiguar, de comprender, el *porqué* de su orfandad y su miseria.

Sin más compañía que la de su hermano, se adhirió á él con una ternura apasionada, con una acre delectación de dejarse absorber por esta inteligencia que ya consideraba superior á la suya. Y, como si su hermano le hubiese sorbido el alma, se fundió en él. Y, no vió sino por sus ojos, y no supo sino por sus labios, y no amó sino por su corazón, todas las cosas de la vida.

Era de verla, muy niña aún, puestos los codos en las rodillas del hermano, abiertos los grandes ojos, ya pensativos, escuchar absorta las extrañas

narraciones, que él improvisaba para distraerla.

Como en aquellos países no había historia, la fantasía popular se había refugiado en la leyenda, unas leyendas épicas, de heroísmo cuasi insensato, de proezas inverosímiles, de una como gigantomaquia rural, cándida y bravía, que circulaban por ahí, bajo el título de « Historia Patria » y relataban, en discursos apologéticos, de un gusto más dudoso que el hecho mismo, las batallas de la guerra de la Independencia, y el Poema, de una ampulosidad homérica, pero de un extraño encanto de ingenuidad, en que se cantaban las hazañas de aquellos héroes de entonces, tan infantilmente bravíos y tan estoicamente grandes.

Fué uno de aquellos libros, el primero que leyó con su hermano, cuando ensayaba apenas, leer por sí sola, y de aquel libro, se alzó el primer soplo que había de despertar en su alma el culto apasionado por los grandes hechos y los grandes hombres de la Historia.

Y, para leer en manuscrito, fué su primer libro de aprendizaje, un expediente, que su madre había dirigido al Congreso de su Patria, pidiendo una pensión para sus hijos, como biznietos y nietos de héroes de la Independencia, y como hijos de un soldado valeroso é infortunado.

Ese expediente, que no había logrado despertar la admiración, ni la gratitud, en las almas bozales de la *clique*, parlamentaria, refería toda la inrompible tradición de una raza heroica, desde el tatarabuelo, que había muerto en una horca, porque Gobernador de una provincia en tiempo de virreyes, se había puesto del lado del pueblo, en una sublevación contra

las gabelas, al bisabuelo, muerto en prisión bajo un terrible *pacificador*, por su amor á la patria, hasta el abuelo, muerto en un campo de batalla, al lado de un general famoso, y el padre, el niño épico, cuyo poema adolescente, habría cabido sin desmejorarla, en un canto de la Eneida.

En ese poema de su raza, lo heroico llenó su corazón, y el amor á las grandes ideas y á las grandes acciones, poseyó su alma de niña triste y pensativa.

En su adolescencia, las poesías mórbidas, las novelas sentimentales, que inician el alma, en los vicios del espíritu, y ejercen una influencia más deletérea, que las novelas sensuales, que inician en los vicios del cuerpo, no cayeron en sus manos, ni bajo sus ojos.

El romanticismo, esa sentimentalidad morbosa, que es un histerismo del alma, que lleva á mayores corrupciones, que el histerismo del cuerpo, no mancilló con sus alas de tarántula venenosa, los prados vírgenes, donde se abrían las flores de su idealidad, una idealidad toda fuerte y gloriosa.

Su hermano, que la había educado así, en el mundo heroico que respiraba su pensamiento, para hacerla un ser fuerte, apto para la vida, y no una sierva de la animalidad, una esclava del deseo, como todas las mujeres de su país, cuya suprema ventura se fincaba en la caricia violadora del matrimonio y la aureola dolorosa de la maternidad, se había empeñado en desarrollar su pensamiento más que su sentimiento, en hacer de ella una criatura consciente é intelectual, no un ser inconsciente, pasivo y sentimental, un ser de pensamiento y no de instintos, hacer de ella un alma para la floración portentosa de las ideas, no un

cuerpo para las fecundaciones asquerosas de los hombres. Y, lo logró.

Pero, se cuidó bien, de hacer autónoma, el alma de su hermana, y dejarle toda la autoridad de su ser moral.

Oprimir su pensamiento, le habría parecido más cruel que martirizar sus carnes, y hacer violencia á su alma, más vil que hacérsela, á su cuerpo. Tenía el respeto de la conciencia de su hermana, en el mismo grado que el de su pudor. Su pensamiento, le parecía tan sagrado como su virginidad. Él, sabía que su voluntad era tan imperiosa como la suya, y no pensó nunca en plegarla, sino en dirigirla. Su suprema aspiración, fué dejarla apta, pero libre para el cumplimiento de su destino moral. Y, así lo hizo.

Cuando se separaron, y él partió para el colegio, Georgina, aunque muy joven, estaba ya en plena posesión de su yo, fuerte para la vida, aunque amargamente decepcionada de ella.

Así, ido su hermano, se replegó más en la soledad, se claustró aun más en el « Retiro », porque era una de esas almas de excepción, que vuelven la espalda á la vida ordinaria, y replegadas sobre sí mismas, hallan mayores fuentes de ventura que en el espectáculo, casi siempre aflictivo, de la miseria, imperante en el alma de los otros.

No fué casi nunca al pueblo, no concurrió á ninguna fiesta, no cultivó amistad con nadie.

Eso disgustó, á la sociedad, sin importarle nada, á ella, que arrojó de sí, como inútil y depresivo de su dignidad, el hábito de tomar en cuenta, el decir de los otros, y la vanidad insolente ó la necedad agresiva de la opinión.

Apartó de sí, toda amistad íntima, y no cultivó sino la de Liana, su prima, porque era algo del alma de Claudio.

En cuanto á los hombres, que quisieron cortejarla les hizo comprender bien pronto, en qué desprecio tenía el arte de las coqueterías y del engaño, y cómo toda pretensión sobre su corazón era imposible.

Guardaba su amor á Justo, un amor puro y confuso, hecho de ternuras fraternales, de recuerdos infantiles, de blancuras, é irrealidades de sueños.

Viéndola, tan pensativa, su hermano la interrogó:

— ¿En qué piensas?

— Pienso, dijo ella, gravemente, extendiendo, con un gesto litúrgico su mano hacia la inmovilidad rumorosa del paisaje, pienso que vamos caminando sobre las ruinas de nuestra fortuna; recorremos las etapas de nuestro despojo.

— Es verdad, dijo Claudio, con un acento de rencor profundo, mirando el trigal inmenso, que se extendía hasta el río, y que había sido el último que don Nepomuceno Vidal les había arrebatado.

Ondas de venganza y de cólera parecían subir del llano, hacia sus almas atormentadas.

— Mira, dijo Georgina, han tumbado todas las cercas, y han destruído el rancho de Cristóbal.

— ¿Por qué?

— El pobre viejo estaba muy enfermo, no pudo pagar los arriendos de un trimestre, y como mi tío, necesitaba el terreno, después que se lo quitó á mi mamá, lo hizo desocupar.

— ¡Pobre Cristóbal! Y, ¿á dónde está ahora?

— Está en el pueblo, en casa de Sebastián, su hijo.

— ¿El que debía casarse con Tránsito, el domingo pasado?

— Sí.

El recuerdo de la pobre muchacha muerta, ensombreció el alma de los jóvenes. Y, pensaron en Tadea, á quien iban á ver. Tadea, era la abuela de Tránsito y había sido nodriza de ellos dos. Iban á darle el pésame y á llevarle algo, porque estaba muy enferma y miserable.

— Cristóbal, tenía esto sembrado de legumbres, continuó Georgina, y lo han arado todo. Mira, no queda nada. ¡Pobre gente! Después de tantos años de trabajo echarlos así.

— ¡Qué crueldad! Y, por una miseria. El pobre viejo había caído enfermo. Yo vine á verlo, con mamá. Había vendido ya las dos únicas vacas que tenía, para pagar el médico del pueblo, porque Justo no quiso recetarlo, pues mi tío le tiene prohibido curar los pobres, y dice, que no fué para eso que lo mandó á estudiar. Los dos bueyes que poseía, se los dió á mi tío, á cuenta de los arriendos, y tres ovejas, que Anastasia, la mujer, había engordado, tuvieron que dárselas al cura, porque debían el diezmo.

El rostro de Claudio, tenía una expresión terrible, de cólera.

Habían llegado al punto del llano desde donde se veía allá lejos, la masa gris y roja de la Aldea y las torres de la iglesia, destacándose, en la serenidad del horizonte.

El cielo, en un color de oro rojo, envolvía el paisaje como en un manto real. Por entre grupos, de árboles, que fingían una paz profunda, se extendían diversos horizontes, anaranjados y perláceos, que se

desvanecían en blancuras de cristal, sobre los grandes murallones de la Sierra. *Santa Bárbara*, alzaba la torre minúscula de su capilla y las viejas construcciones de sus casas, entre un grupo de árboles, envueltos en una tenue niebla lilácea y semejaba una gran pagoda en un bosque índico.

Mirando la casa maldita, la guarida del despojo, los dos hermanos permanecieron silenciosos y trágicos.

— He ahí el templo de la victoria, dijo amargamente Claudio, extendiendo su brazo hacia el horizonte pálido.

— Sí, dijo su hermana. Y, nosotros somos los vencidos.

— Seremos los vencedores.

— Somos los esclavos.

— Seremos los libertadores.

— Hijos de la derrota, hemos nacido en el desastre, crecido en el dolor. ¿Moriremos en la resignación del vencimiento?

— No, dijo su hermano, la hora de la justicia va á llegar. El castigo, como un potro indómito. relincha impaciente en el límite del horizonte; pronto saltará sobre este llano, trayendo atadas á su cola, todas las haces incendiadas de la devastación,... En su carrera vertiginosa, reducirá á cenizas, las obras del despojo y de la iniquidad. ¿No sientes algo como el rodar de carros apocalípticos en el horizonte? Es la guerra que viene. Ella será la libertadora. La hora del sembrador va á pasar. La cosecha de la sangre y de la muerte se abrirá en la noche. Una aurora de libertad, alumbrará la gran victoria. La hora del Verbo va á morir. Llega la hora de la acción. La nobleza de la palabra

libertadora, es que arma, el brazo libertador. Solo cuando la acción sigue á la palabra, como el rayo al relámpago, es completo y definitivo el poema libertario.

— Dios lo quiera.

— Dios, hermana mía, no quema ya zarzas, ni detiene el sol, ni lanza lluvias de piedra, combatiendo por los hombres, como en los poemas heroicos de la Biblia. Dios, ha desaparecido de la Historia. No queda en pie, en ella, sino el hombre. El hombre sólo, debatiéndose contra las brutalidades agresivas de la naturaleza y las leyes ocultas de la fatalidad.

Y, Claudio, palidecía intensamente, bajo la emoción del momento, y el soplo profético que agitaba su alma y temblaba sobre sus labios elocuentes.

Georgina, comprendió bien, todo lo doloroso que pasaba en el corazón violento y tierno de su hermano, y como para no exacerbar su sufrimiento, calló, estrechándole cariñosamente la mano.

Habían acumulado demasiadas sensaciones amargas, para que pudieran hablar plácidamente.

Y, anduvieron en silencio, así, cogidos, de las manos, hasta que el ladrido de los perros, les anunció que habían llegado al rancho de Tadea.

El sol alumbraba en esplendores de fragua, el cuadro de la miseria campesina. En el patio, entre el lodo que se secaba á los besos del aire, los niños y los cerdos se arrastraban. Gallos y gallinas fecundaban, orgullosos de la vida y del amor. Un cuervo melancólico, picoteaba en los detritus, bajo una enredadera de convólvulos en flor.

Adentro, la miseria era cruel y nauseabunda. En el suelo, en un rincón de la pieza, destartalada y ruin,

libertadora, es que arma, el brazo libertador. Solo cuando la acción sigue á la palabra, como el rayo al relámpago, es completo y definitivo el poema libertario.

— Dios lo quiera.

— Dios, hermana mía, no quema ya zarzas, ni detiene el sol, ni lanza lluvias de piedra, combatiendo por los hombres, como en los poemas heroicos de la Biblia. Dios, ha desaparecido de la Historia. No queda en pie, en ella, sino el hombre. El hombre sólo, debatiéndose contra las brutalidades agresivas de la naturaleza y las leyes ocultas de la fatalidad.

Y, Claudio, palidecía intensamente, bajo la emoción del momento, y el soplo profético que agitaba su alma y temblaba sobre sus labios elocuentes.

Georgina, comprendió bien, todo lo doloroso que pasaba en el corazón violento y tierno de su hermano, y como para no exacerbar su sufrimiento, calló, estrechándole cariñosamente la mano.

Habían acumulado demasiadas sensaciones amargas, para que pudieran hablar plácidamente.

Y, anduvieron en silencio, así, cogidos, de las manos, hasta que el ladrido de los perros, les anunció que habían llegado al rancho de Tadea.

El sol alumbraba en esplendores de fragua, el cuadro de la miseria campesina. En el patio, entre el lodo que se secaba á los besos del aire, los niños y los cerdos se arrastraban. Gallos y gallinas fecundaban, orgullosos de la vida y del amor. Un cuervo melancólico, picoteaba en los detritus, bajo una enredadera de convólvulos en flor.

Adentro, la miseria era cruel y nauseabunda. En el suelo, en un rincón de la pieza, destartalada y ruin,

sobre un lecho de cueros de oveja y mantas sucias, yacía Tadea, mal oliente, y demacrada como un cadáver. Las paredes del rancho, dejaban entrar la, luz, y el aire por las hendiduras, á través de las cuales, asomaba de vez en cuando, un cerdo el hocico, ó pasaba alguna gallina cacareando.

La entrada de Georgina y de su hermano, arrojó como un rayo de luz, en la vivienda asquerosa y miserable.

—¡ Los niños ! gritó la vieja al verlos penetrar. ¡ Dios me los envía, para verlos por última vez ! Y, en qué momento vienen ! cuando nos botan !...

Esta palabra, hizo que Claudio y Georgina, se fijaran en el desorden que reinaba en la pieza. Era un desorden de marcha precipitada. Los harapos de la pobre gente, los utensilios de cocina, las herramientas de labor, todo estaba reunido en grandes envoltorios, para ser puestos sobre dos asnos, desmedrados y tristes, que esperaban en el patio.

— ¿ Y, por qué ? murmuró Claudio.

— El amo nos expulsa, gruñó la vieja. Nos manda desocupar el terreno, porque dice que nosotros somos mala gente, que la muerte de Tránsito es un escándalo que deshonra la hacienda; que no somos buenos cristianos ; que Tránsito se mató porque estaba en cinta y que nosotros alcahueteábamos esas porquerías, ¡ ay ! mentiras, mentiras, señor, Tránsito era honrada. Yo no sé como sería para ahogarse. Pero, ella no se mató. ¡ Imposible ! La pobre niña era tan buena... Y, la vieja rompió á llorar.

— El patrón nos bota, dijo gravemente el padre de la muerta, porque no quería que mi hija se casara con Sebastián, y yo dí el consentimiento. Sebastián

sobre un lecho de cueros de oveja y mantas sucias, yacía Tadea, mal oliente, y demacrada como un cadáver. Las paredes del rancho, dejaban entrar la, luz, y el aire por las hendiduras, á través de las cuales, asomaba de vez en cuando, un cerdo el hocico, ó pasaba alguna gallina cacareando.

La entrada de Georgina y de su hermano, arrojó como un rayo de luz, en la vivienda asquerosa y miserable.

—¡ Los niños ! gritó la vieja al verlos penetrar. ¡ Dios me los envía, para verlos por última vez ! Y, en qué momento vienen ! cuando nos botan !...

Esta palabra, hizo que Claudio y Georgina, se fijaran en el desorden que reinaba en la pieza. Era un desorden de marcha precipitada. Los harapos de la pobre gente, los utensilios de cocina, las herramientas de labor, todo estaba reunido en grandes envoltorios, para ser puestos sobre dos asnos, desmedrados y tristes, que esperaban en el patio.

— ¿ Y, por qué ? murmuró Claudio.

— El amo nos expulsa, gruñó la vieja. Nos manda desocupar el terreno, porque dice que nosotros somos mala gente, que la muerte de Tránsito es un escándalo que deshonra la hacienda; que no somos buenos cristianos ; que Tránsito se mató porque estaba en cinta y que nosotros alcahueteábamos esas porquerías, ¡ ay ! mentiras, mentiras, señor, Tránsito era honrada. Yo no sé como sería para ahogarse. Pero, ella no se mató. ¡ Imposible ! La pobre niña era tan buena... Y, la vieja rompió á llorar.

— El patrón nos bota, dijo gravemente el padre de la muerta, porque no quería que mi hija se casara con Sebastián, y yo dí el consentimiento. Sebastián

no quería que Tránsito sirviera en la casa, por eso lo aborrecen. Y, dicen que nosotros somos liberales como él. Solo porque el muchacho, no ha querido servirles. Por eso el patrón quiso hacerlo reclutar, y lo tuvo ocho días en la cárcel, porque una vez no lo saludó. Esto no es sino una venganza, Señor, una venganza...

— Vamos! apuren ¿ á qué horas acaban de irse? desde esta mañana estamos en la brega y ya es más de medio día, y nosotros tenemos que regresar, dijo insolentemente, Cerbeleon, el mayordomo de la hacienda, haciendo irrupción con otros cuatro peones en la estancia.

Al ver á Claudio y al Georgina, se quitó humildemente el sombrero, para saludarlos.

— ¿ Quién ha ordenado eso? dijo Claudio.

— El patrón.

— ¿ Y, no le dejan ni tiempo á esta pobre gente para partir?

— El amo dijo que los hiciera desocupar hoy mismo, y que no volviera allá hasta que no los viera irse, porque necesitaba empezar mañana á arar este terreno.

— Ya nos vamos, dijo Cayetano, cogiendo con furia los diversos paquetes, para ponerlos sobre los asnos en espera.

Pronto estuvieron éstos cargados, con el poco ó ningún equipaje de aquellos siervos infelices. Los gallos y las gallinas, atados de las patas, fueron los últimos colocados encima, en un asordador cacareo, como de protesta por el viaje intempestivo. La vieja, en camisa, y envuelta en una manta, fué colocada sobre el asno que se creía más fuerte. Los pobres

padres cogieron sus hijos pequeños de la mano y mirando con un dolor intraducible su casa abandonada, se prepararon á partir.

Claudio y Georgina, los abrazaron con emoción, especialmente á la vieja, que había tenido cuidados de madre para ellos.

Y, la familia expulsa partió á pie, como los elefanciacos desterrados de las ciudades en la edad media, como un grupo de bohemios, expulsados por los aldeanos, como pastores del Cáucaso perseguidos por los lobos...

Mudos, sombríos, con una triste calma animal, dejaron aquella casa, donde habían vivido sus padres, donde habían nacido sus hijos, aquella tierra labrada y fecundada por ellos, pobres bestias de labor, inclinadas eternamente sobre los surcos abiertos por su trabajo, para beneficiar tierras ajenas, y enriquecer con su sudor, amos vindicativos y crueles!

Y, se fueron, inclinados bajo la pena y la fatalidad, por las llanuras impasibles, ante la ultrajante serenidad de un cielo indiferente.

Los dos hermanos, regresaron silenciosos...

Sentían, el contagio de odios nobles y violentos crecer en sus corazones.

Las grandes visiones generales de la opresión, de la miseria y de la muerte, llenaban sus almas, con el rumor de cosas extrañas, inaccesibles y eternas.

¿Era que nadie podría reaccionar, contra la Injusticia Inmutable, contra la esclavitud de las almas y de los cuerpos, contra la miseria moral de tantos siervos abatidos?

¿La desesperación de esas visiones no movería nunca el alma de los hombres, el corazón de esas

generaciones sin entusiasmo, educadas en el culto de la tradición y de la fuerza, extáticas de servilismo, apoteóticas de la mediocridad sagrada y triunfal?

El espanto de esta certidumbre helaba sus espíritus.

La hermana, adivinando la cuasi demencia heroica, que torturaba el alma de su hermano, como para abrir una válbula á aquel vértigo de emociones que lo ahogaban, murmuró :

— Ellos, también son *parias*.

— Sí, parias, é ilotas. El idiotismo arriba, el ilotismo abajo; he ahí la patria! Y, ¿qué han hecho tantas generaciones de intelectuales, que han vivido vida de pensamiento, sin arrojar un rayo de luz hacia el antro donde agoniza embrutecida el alma nacional, y mueren como bestias estos hijos de la gleba?

Y, ¿qué hacemos nosotros, los intelectuales de hoy, que no nos apercibimos de este mal y no reaccionamos contra tanta ignominia? Estamos en plena edad media y no queremos comprenderlo. Vivimos en la barbarie y lo negamos.

Tenemos un cáncer nacional en las entrañas y ahogamos el gemido.

Sabemos que tenemos esclavos y no lo denunciamos. ¡Cobardes todos, que tememos denunciar al mundo esta vergüenza moral, que nos devora. La esclavitud del proletariado ¿quién la denuncia? La cubrimos con un velo de complicidades y de metáforas, y creemos abolido el problema porque lo negamos. Y, nos llamamos república, porque vivimos en el desorden, y nos decimos civilizados, porque vivimos en la crápula. ¡Oh, los retóricos de la política han

generaciones sin entusiasmo, educadas en el culto de la tradición y de la fuerza, extáticas de servilismo, apoteóticas de la mediocridad sagrada y triunfal?

El espanto de esta certidumbre helaba sus espíritus.

La hermana, adivinando la cuasi demencia heroica, que torturaba el alma de su hermano, como para abrir una válbula á aquel vértigo de emociones que lo ahogaban, murmuró :

— Ellos, también son *parias*.

— Sí, parias, é ilotas. El idiotismo arriba, el ilotismo abajo; he ahí la patria! Y, ¿qué han hecho tantas generaciones de intelectuales, que han vivido vida de pensamiento, sin arrojar un rayo de luz hacia el antro donde agóniza embrutecida el alma nacional, y mueren como bestias estos hijos de la gleba?

Y, ¿qué hacemos nosotros, los intelectuales de hoy, que no nos apercibimos de este mal y no reaccionamos contra tanta ignominia? Estamos en plena edad media y no queremos comprenderlo. Vivimos en la barbarie y lo negamos.

Tenemos un cáncer nacional en las entrañas y ahogamos el gemido.

Sabemos que tenemos esclavos y no lo denunciamos. ¡Cobardes todos, que tememos denunciar al mundo esta vergüenza moral, que nos devora. La esclavitud del proletariado ¿quién la denuncia? La cubrimos con un velo de complicidades y de metáforas, y creemos abolido el problema porque lo negamos. Y, nos llamamos república, porque vivimos en el desorden, y nos decimos civilizados, porque vivimos en la crápula. ¡Oh, los retóricos de la política han

matado el alma nacional! Ellos, nos han enseñado el culto de la mentira y morimos de ese culto. ¿No han vivido más de medio siglo hablándonos de un Pueblo Soberano? Y, ¿dónde está ese pueblo? Son esos seres así, pululantes como insectos, en las más bajas capas de la bestialidad, esas larvas sociales, los que llaman ciudadanos? Y, es sobre esa entelequia, sobre esa mentira convencional, que se ha fundado toda nuestra política, toda nuestra civilización, toda nuestra vida pública. Y, es en nombre de ese fantasma que se ha legislado, y es ese harapo de humanidad el que han proclamado soberano, y es en nombre de ese idiota inconsciente y salvaje, que han reinado... Y, todos los partidos políticos han invocado esa sombra, han fingido adorar ese ídolo miserable, ese rey de befa... Todos han explotado por igual, ese esclavo desposeído, en cuyo nombre reinan... ¡Oh, cuánto tarda la Justicia! El camino de la iniquidad lleva á la esclavitud, y la esclavitud doméstica es el heraldo de la conquista. Tierra tarda en dar libertadores, es tierra apta parra conquistadores.

Los corceles de la conquista piafan en los campamentos de otras razas esperando los Alejandros que han de traerlos sobre nosotros! Leonidas tarda en surgir. ¡Ojalá que no venga tarde, cuando ya el caballo de Darío, apareciendo en el horizonte, haya dado los tres relinchos proféticos de las victorias inevitables, antes de llevarse entre sus cascos ferrados los jirones de nuestra nacionalidad desaparecida...

Y, calló, presa de un rencor vertiginoso, que hacía convulsos su rostro y sus palabras.

Y, regresaron así, en la dolorosa inquietud de sus corazones, sobre los cuales el Destino parecía salmo-

matado el alma nacional! Ellos, nos han enseñado el culto de la mentira y morimos de ese culto. ¿No han vivido más de medio siglo hablándonos de un Pueblo Soberano? Y, ¿dónde está ese pueblo? Son esos seres así, pululantes como insectos, en las más bajas capas de la bestialidad, esas larvas sociales, los que llaman ciudadanos? Y, es sobre esa entelequia, sobre esa mentira convencional, que se ha fundado toda nuestra política, toda nuestra civilización, toda nuestra vida pública. Y, es en nombre de ese fantasma que se ha legislado, y es ese harapo de humanidad el que han proclamado soberano, y es en nombre de ese idiota inconsciente y salvaje, que han reinado... Y, todos los partidos políticos han invocado esa sombra, han fingido adorar ese ídolo miserable, ese rey de befa... Todos han explotado por igual, ese esclavo desposeído, en cuyo nombre reinan... ¡Oh, cuánto tarda la Justicia! El camino de la iniquidad lleva á la esclavitud, y la esclavitud doméstica es el heraldo de la conquista. Tierra tarda en dar libertadores, es tierra apta parra conquistadores.

Los corceles de la conquista piafan en los campamentos de otras razas esperando los Alejandros que han de traerlos sobre nosotros! Leonidas tarda en surgir. ¡Ojalá que no venga tarde, cuando ya el caballo de Darío, apareciendo en el horizonte, haya dado los tres relinchos proféticos de las victorias inevitables, antes de llevarse entre sus cascos ferrados los jirones de nuestra nacionalidad desaparecida...

Y, calló, presa de un rencor vertiginoso, que hacía convulsos su rostro y sus palabras.

Y, regresaron así, en la dolorosa inquietud de sus corazones, sobre los cuales el Destino parecía salmo-

diar voces sibilinas, auguratrices de catástrofes remotas...

En tanto allá lejos, en la ceja del monte, la familia de campesinos expulsados, antes de pasar el río y entrar en la montaña bravía, se había vuelto para contemplar por última vez el valle amado.

Allá, en el fondo, una columna negra y roja, alzándose entre el cielo y la tierra, marcaba el lugar de su antigua casa. El incendio había seguido á la expulsión. Se le había prendido fuego, para que las llamas y las cenizas abonaran la tierra, por donde al día siguiente debía pasar el arado...

Como si algo de su vida se quemase allí, los pobres siervos, quedaron como hebetados, contemplando el incendio lejano.

El sol horizontal, daba un resplandor lívido al grupo inmóvil.

La vieja se hacía fantosmal. Colocada sobre el asno era simbólica.

Parecía representar la imagen de la miseria, de la enfermedad y de la muerte, que pesaban sobre aquel pueblo triste, de mansedumbre asnal.

El incendio, se extinguía en el seno de la noche que surgía.

El grupo parecía estremecerse y borrarse en las ondas de sombra, que ganaban la llanura y la montaña.

La mujer se puso de rodillas, como si rezase á una Madonna invisible; los niños lloraban amedrentados, sín saber porqué; la vieja abrió los brazos esqueléticos en la sombra, como una protesta de la muerte; y el hombre, alma de pueblo esclavo, no tendió los brazos al horizonte, en señal de furia, no amenazó

con los puños cerrados, no tuvo una frase de venganza; doblo la cabeza tristemente y lloró...

Las lágrimas rodaron por los surcos del rostro curtido y cayeron al suelo. La tierra las devoró.

¡Ay, esa tierra estaba hidrópica de sudor y de lágrimas de siervos!

¡Y, no las volvió nunca bajo las formas de un héroe social, libertador de esos esclavos de la gleba.

¡Tierra estéril para producir el heroísmo verdadero, que ha de libertar las almas de esos *parias*...

Sus selvas, están hartas de dar maderas para postes de las horcas, y no tienen la fuerza de producir una astilla de madera redentora, que sirva para cabo de un puñal libertador.

Tierra tarda en producir un Espartaco!

¡Tierra infecunda! Tierra vil!!

IX

La respuesta de don Nepomuceno á la carta de Claudio, no se hizo esperar.

Se negaba á toda entrevista para tratar esos asuntos, que según él, le eran muy dolorosos. Se mostraba asombrado de las pretensiones de Claudio, sobre las reivindicaciones de una herencia que no existía, porque su padre había dado cuenta de ella, despilfarrándola en pocos años.

Recordaba con amargura, todo lo que, decía él, había hecho por su hermana y por sus hijos, hasta permitir á Claudio, la terminación de una carrera, en la cual, podría hacerse una fortuna, como él, su tío, se había hecho la suya. Hacía mofa de las alusiones de Claudio sobre los despojos hechos á los indígenas y se negaba á toda otra explicación.

Y, retaba á su sobrino, para que si esas razones no le bastaban, llevara el asunto á los tribunales, seguro como estaba él, don Nepomuceno Vidal, de que aun

había justicia sobre la tierra, y todas las leyes divinas y humanas amparaban su derecho.

Y, terminaba, diciendo á su sobrino, que ya que de dinero se hablaba, quería recordarle, que eran muchos los intereses acumulados hasta ese día por las varias cantidades prestadas á su madre, sobre la casa del *Retiro*, y, que se lo avisaba con pena, antes de tomar una resolución cualquiera, pues su situación pecuniaria era muy mala, á consecuencia de la paralización de los negocios, ocasionada, por la *alarma permanente* en que tenían el país, *los enemigos de todo orden y de toda moral*, *los demagogos impenitentes*, *los* RAVACHOLISTAS, *agitadores inconscientes de la plebe*, *los enemigos jurados de Dios y de la sociedad.*

La inepcia de las últimas frases, hizo reir á Claudio Franco, á pesar de su cólera. Eran los desperdicios de la prensa oficial. La misma disgustante prosa presidencial, tan agresiva como idiota, tan inconsolablemente ruín. Era el mismo estilo de Icaro, su mismo pataleo de caníbal, el mismo insulto mastodóntico de ese paquidermo de Beosia, tan rectangularmente abyecto, que tenía el arte de envilecerlo todo, hasta el ultraje, y cuya prosa tenía el secreto de ser aún más infame que su pensamiento. Esas frases, las había estampado él, en una proclama al pueblo, en un día de fiesta nacional. Eran bien de aquel vil pedante de sacristía, escritas con su mano populachera, de seminarista vicioso, eran flores preciadas de su prosa de amalecita literario, digno de ser apedreado por los furores del cielo, como sus congéneres de la Biblia. Y, ese epíteto, franco-indígena, de *ravacholistas*, no tenía en su pluma, ni el mérito de la originalidad, á la cual era absolutamente rebelde, el espíritu de ese

exhumador de muertos, pillador de tumbas literarias. Esa odiosa injuria, había sido inventada y dicha por Tiberio, su antecesor, para mancillar con ella á sus enemigos vencidos, y señalarlos al escarnio y al puñal del populacho fanático. Tiberio, con sus cuernos proféticos de Moisés, sobre su frente de Byron, había en su estilo sibilino de Pitonisa histérica, denunciado á sus contrarios, como contaminados de anarquía. Esta acusación en esos labios, se hacía ridícula sin dejar de ser atroz. ¡Hablar de bombas anárquicas, él, el trígamo lividinoso, que había puesto la bomba del adulterio, bajo los cimientos de la sociedad, y había hecho saltar el templo del hogar, hasta entonces respetado y santo! Él, que había puesto bajo el Capitolio, la bomba del anarquismo oficial y había hecho volar en pedazos el templo de la Ley. Él, que había soltado los elefantes locos del despotismo, del fanatismo, del peculado, de la lujuria, sobre el bosque sagrado de la patria, para reducirlo á pavesas, él, había osado hablar de anarquismo, y poner este reto infamante, sobre el poste, donde tenía atados á sus enemigos indefensos. Esa calumnia en los labios de Tiberio, era horrible, en los labios de Icaro, era infame, descendida hasta los pretores de Provincia, sería terrible.

¡Ay, en contacto con los mercenarios de la Aldea, sería mortal!

Eso pensaba Claudio Franco, y pensaba, que la carta de su tío, era el anuncio de un nuevo despojo, la primera notificación de una expulsión semejante á la que él había presenciado, de humildes labriegos, en los ranchos vecinos. Era el exilio. Sí, pero él, Claudio Franco, no era una fiera, que se dejaba fácilmente

expulsar de su guarida. La lucha sería á muerte. Eran el despojo y el derecho. El pasado y el presente de una raza. ¿Cuál triunfaría?...

Claudio, escribió á su tío con aspereza, éste respondió con soberbia, y hubo un cambio de correspondencias, en que la amenaza y la cólera llegaron al máximum.

Entonces, don Nepomuceno se calló.

Claudio, resuelto á tener una explicación verbal, lo esperó en el camino, al regreso del pueblo.

El coloquio fué vehemente, y habría sido trágico, si don Nepomuceno, espantado ante la actitud resuelta de su sobrino, no hubiera tomado la tangente, espoleando su caballo, en una carrera desesperada hasta su casa.

El bravo caudillo del orden y la moral, el austero general de los ejércitos de Dios, no se perdonó á sí mismo, su cobardía, y se vengó de ella en los otros, en los pobres seres de debilidad, que gemían bajo su omnipotencia. Su mujer fué apaleada, como de costumbre, su hija, encerrada, para evitar toda ocasión de correspondencia con Claudio.

Toda relación entre su familia y los habitantes del *Retiro*, fué inflexiblemente prohibida.

La ruptura fué definitiva y completa.

Solo, faz á faz con su destino, Claudio Franco, no vaciló.

Ni un momento pensó en capitular.

Sabía bien, que le bastaba decir una palabra, hacer un gesto, para cambiar en aplauso la sorda hostilidad que había provocado. Tras de ese gesto se ocultaba acaso la tranquilidad y la ventura de su vida. Y, no lo hizo. Es de concesiones, de renunciaciones, de

traiciones, que se compone la ventura de las almas apacibles y mediocres. Él, no era una de esas almas. Otra era la vía que le tocaba seguir. Ni acusaba, ni excusaba su destino. Lo afrontaba. Su alma, iba hacia las grandes afirmaciones, no hacia las cobardes concesiones. La persecución, sería la diosa indignada de su vida.

Perseguido inconsolable y perseguidor implacable, eso sería.

Hay del Profeta y del Poeta, en todo luchador épico.

Y, él, había leído, en un libro extraño, de un escritor, más extraño todavía, que la vida, para ser noble, debe ser una constante persecución y todo grande hombre un perseguido. El apóstol, debe ser el más tenaz de los perseguidos, y el más implacable de los perseguidores. Es necesario, *hacer que el alma humana, aulle bajo nuestros pies, grite en nuestros brazos convulsos, se retuerza con las contorsiones de nuestro dolor, grite con nuestra angustia, llore con nuestras lágrimas, tiemble con nuestra agonía*, y quede mortalmente triste con nuestra muerte. Perseguir es el deber. Ser perseguido es la gloria. Solo el dolor inmortaliza. El verdadero genio se precipita en la desgracia como un torrente en un abismo. El torrente se despeña hecho agua y se alza hecho niebla. El genio cae hecho hombre y se alza hecho dios. Temer al dolor es temer á la vida. El hombre que tiembla ante la vida, no es digno de vivir.

El héroe auténtico, va á la lucha, como un león á la caza, porque la lucha es su elemento.

Sobre el cielo de las vidas heroicas, no hay más que un sol : el deber... Sol rojo, sol de sangre, sol de

exterminio. El ojo bestial, ciega con los resplandores de ese sol. Solo el ojo de las águilas adolescentes, se habitúa á sus rayos asesinos.

La vida es un erial, inconmensurable como el desierto. No hay en toda su desolación, sino una cima, y un oasis : la Gloria y el Amor. La cima para las águilas, la fronda para las palomas.

La Gloria ó el Amor. He ahí el dilema de la vida. Caer como el cananeo bajo las flechas, ó dormirse como Sansón, sobre el seno de Dalila. Amparar bajo una tienda la cabeza, reclinada sobre la piedra de Jacob, ó adormecerse bajo la techumbre de una cabellera, reclinado sobre el plumón de dos pechos, como dos lirios en flor.

¡La Gloria ó el Amor! los dos terribles conductores de la Vida. Ellos, se alzan sobre el pórtico de la existencia, disputándose las adolescencias en botón.

— Ven, nos dice el amor, bajo las formas de la hembra, blanca como los lirios acuáticos, con sus miradas luminosas y ardientes, como cielos del otoño, y entre sus labios pródigos, brillando, como una rosa de fuego, el beso mortal.

— Ven, nos dice la Gloria, armada como Palas Atenea, con sus ojos visionarios de horizontes infinitos, como de profundos mares extrahumanos, y sobre sus labios taciturnos, quieto, como un águila heráldica, el beso inmortal.

— Ven, nos dice el lirio carnal, el lirio blanco. Yo me llamó Voluptuosidad, mi dios, es el Placer.

— Ven, nos dice el lirio ideal, el lirio azul. Yo, me llamo Inmortalidad, mi dios es el Deber.

— Yo, doy la vida animal; de mi vientre nace el ser. Yo, perpetúo al hombre.

— Yo, doy la vida inmortal. Yo perpetúo el genio.
— Yo, me llamo Humanidad.
— Yo, Inmortalidad.
— Yo, soy el Amor.
— Yo, soy la Gloria.

. . . . . .

Y, las dos eternas enemigas, se disputaban el alma de Claudio Franco.

Absorto ante las dos magas de la vida, oyendo su llamada abjuratriz, su corazón temblaba.

Sí, porque él amaba.

Al lado de todas sus fortalezas, crecía la debilidad triste del Amor.

Él, como todos los libertadores era esclavo, esclavo de su corazón.

Como todos los rompedores de cadenas, combatía encadenado, sin saberlo.

Todo héroe es Aquiles, y el punto vulnerable está en el pecho. Amor, es pasión de héroes.

El Amor embriagó á Alejandro, envileció á César, mató á Antonio.

El héroe, es hombre de multitudes.

Quien ama la muchedumbre, ama el Amor.

La muchedumbre y la mujer, almas de océano. ¡ La caricia, la inconstancia, el vértigo, la muerte !

El Apóstol, ama la soledad. El héroe, no. La soledad espanta á los caudillos. Las águilas de César no son las águilas de Patmos. Tito, se habría comido los pájaros, que alimentaban á Elías sobre la roca. Darío, habría cazado los leones que hacían compañía al solitario de Efeso.

El héroe, es hombre de humanidad, el apóstol es hombre de Eternidad.

— Yo, doy la vida inmortal. Yo perpetúo el genio.
— Yo, me llamo Humanidad.
— Yo, Inmortalidad.
— Yo, soy el Amor.
— Yo, soy la Gloria.

. . . . . .

Y, las dos eternas enemigas, se disputaban el alma de Claudio Franco.

Absorto ante las dos magas de la vida, oyendo su llamada abjuratriz, su corazón temblaba.

Sí, porque él amaba.

Al lado de todas sus fortalezas, crecía la debilidad triste del Amor.

Él, como todos los libertadores era esclavo, esclavo de su corazón.

Como todos los rompedores de cadenas, combatía encadenado, sin saberlo.

Todo héroe es Aquiles, y el punto vulnerable está en el pecho. Amor, es pasión de héroes.

El Amor embriagó á Alejandro, envileció á César, mató á Antonio.

El héroe, es hombre de multitudes.

Quien ama la muchedumbre, ama el Amor.

La muchedumbre y la mujer, almas de océano. ¡ La caricia, la inconstancia, el vértigo, la muerte !

El Apóstol, ama la soledad. El héroe, no. La soledad espanta á los caudillos. Las águilas de César no son las águilas de Patmos. Tito, se habría comido los pájaros, que alimentaban á Elías sobre la roca. Darío, habría cazado los leones que hacían compañía al solitario de Efeso.

El héroe, es hombre de humanidad, el apóstol es hombre de Eternidad.

El héroe, vé únicamente hacia abajo, hacia el hormiguear iento miserable de los hombres. El apóstol, vé hacia arriba, el curso silencioso de los astros. Jerjes, escuchó bien el ruido de sus barcas al romperse en el Peloponeso. Pero, habría sido incapaz de escuchar el derrumbamiento terrífico del carro del Apocalipsis, en los ámbitos del cielo. El héroe, es un visionario. El apóstol, es un vidente. El uno, dialoga con la muchedumbre, el otro con el Destino. El uno, confina con la Vida, el otro, con lo Infinito.

El héroe, hace de su vida un poema ; el apóstol, un grito doloroso.

El héroe, vive para la Historia y en la Historia. El apóstol vive fuera de la Historia y sobre la Historia.

El héroe, es la Vida. El apóstol, es el Verbo. El Verbo cría la Vida.

El héroe, desciende del apóstol, como Hércules descendía de Júpiter.

Claudio Franco, tenía un alma de héroe, y su corazón, que no había temblado ante la muerte, temblaba ante el amor. ¡ Su pobre amor amenazado !

La ruptura con su tío abría aun más, ahondaba, ensanchaba, el abismo de dificultades que lo separaba de Liana.

Toda su vida sentimental se veía amenazada de muerte.

Toda la iconología de su corazón, se limitaba á un tríptico piadoso, de una idealidad grave y ardiente, cuasi mística, como las miniaturas del Botticelli. En el fondo de ese tríptico, estaba la figura triste y dolorosa de su madre, y á los lados, como dos ángeles de la Anunciación del Guerccino, Liana y Georgina. Todo el amor de su vida.

El héroe, vé únicamente hacia abajo, hacia el hormigueamiento miserable de los hombres. El apóstol, vé hacia arriba, el curso silencioso de los astros. Jerjes, escuchó bien el ruido de sus barcas al romperse en el Peloponeso. Pero, habría sido incapaz de escuchar el derrumbamiento terrífico del carro del Apocalipsis, en los ámbitos del cielo. El héroe, es un visionario. El apóstol, es un vidente. El uno, dialoga con la muchedumbre, el otro con el Destino. El uno, confina con la Vida, el otro, con lo Infinito.

El héroe, hace de su vida un poema; el apóstol, un grito doloroso.

El héroe, vive para la Historia y en la Historia. El apóstol vive fuera de la Historia y sobre la Historia.

El héroe, es la Vida. El apóstol, es el Verbo. El Verbo cría la Vida.

El héroe, desciende del apóstol, como Hércules descendía de Júpiter.

Claudio Franco, tenía un alma de héroe, y su corazón, que no había temblado ante la muerte, temblaba ante el amor. ¡ Su pobre amor amenazado!

La ruptura con su tío abría aun más, ahondaba, ensanchaba, el abismo de dificultades que lo separaba de Liana.

Toda su vida sentimental se veía amenazada de muerte.

Toda la iconología de su corazón, se limitaba á un tríptico piadoso, de una idealidad grave y ardiente, cuasi mística, como las miniaturas del Botticelli. En el fondo de ese tríptico, estaba la figura triste y dolorosa de su madre, y á los lados, como dos ángeles de la Anunciación del Guerccino, Liana y Georgina. Todo el amor de su vida.

Y, la tempestad del odio, que lo perseguía desde su cuna, amenazaba hoy esa trinidad sagrada de su corazón.

¿Tenía él, derecho para inmolar á su sueño de rendención esas tres víctimas?

Tenía el derecho de sacrificar á su vago sueño de libertad, todos los amores de su vida?

La tranquilidad de su madre, la felicidad de Georgina, el amor de Liana ¿todo lo rompería por su inflexibilidad heroica?

Y, todo su pasado de amor, impregnado de un rumor eucarístico de besos castos se alzó ante él.

Y, su recuerdo, se engrandeció hasta la Visión, en los limbos ilimitados del Ensueño.

Y, paisajes de Idilio, se alzaron en su cerebro, bajo el esplendor de cielos aurorales.

Y, su amor, como una gran flor de Iris, surgió en los espejismos encantados.

Y, el amante tembló.

Leve triunfo del sortilegio fatal! El héroe se alzó sobre el amante, y puso todo el peso de su deber, como una garra de león, sobre el rosal estremecido de sus sueños pasionales.

Y, el suelo del recuerdo, se cubrió de rosas muertas...

Y, el héroe, se alzó, vencedor de su corazón.

Y, el designio de la lucha se acentuó en él.

Lucharía por la fortuna de su madre, por la ventura de su hermana, por el corazón de su amada, por la libertad de su patria.

Sería hombre de multitudes, de sacrificio y de dolor.

Sería, el Héroe.

Y, repitió los dísticos terribles, de las altas desolaciones:

Tu pleureras les pleurs de tous les malheurs.
Tu anéantiras la détresse des âmes
Pourtant tu seras seul, quand tant d'autres seront deux.
Tu ne pourras aimer personne aimant des foules.

Devoró la amargura de la estrofa, como el jugo de una flor de fuerza.

Gritó como los héroes de Shuman : ¡ Viva el dolor !

La Vida es la lucha.

Él marchó resueltamente hacia la lucha. Fué hacia la Vida.

Verso la Vitta! Verso la Vitta!

X

En la aldea nublosa y gris, el odio á Claudio Franco tomaba las proporciones del horror.

No era ya el vacío, era la agresión, poblada de peligros y rumores, la que rodeaba á aquel hombre, cuya grandeza hería la pequeñez general, cuya altivez era un bofetón á la bajeza imperante, y cuya alma solitaria y altiva, era un tormento y un reproche, al alma archi-putrefacta de la aldea.

La calumnia, agitó en torno de él, todos sus cascabeles de sierpe rencorosa y fatal.

La leyenda, que es el pan cuotidiano de los pueblos bárbaros, envolvió su nombre en la ola de las más nauseabundas suposiciones, y lo arrastró por todas las veredas de la infamia, como un torrente salido de madre, arrastra en su corriente de fango el cuerpo de un ahogado.

No haber buscado amistades en la aldea, permanecer aislado, sin inclinarse ante la necedad fétida de la canalla acrimoniosa, he ahí su crimen imperdonable.

X

En la aldea nublosa y gris, el odio á Claudio Franco tomaba las proporciones del horror.

No era ya el vacío, era la agresión, poblada de peligros y rumores, la que rodeaba á aquel hombre, cuya grandeza hería la pequeñez general, cuya altivez era un bofetón á la bajeza imperante, y cuya alma solitaria y altiva, era un tormento y un reproche, al alma archi-putrefacta de la aldea.

La calumnia, agitó en torno de él, todos sus cascabeles de sierpe rencorosa y fatal.

La leyenda, que es el pan cuotidiano de los pueblos bárbaros, envolvió su nombre en la ola de las más nauseabundas suposiciones, y lo arrastró por todas las veredas de la infamia, como un torrente salido de madre, arrastra en su corriente de fango el cuerpo de un ahogado.

No haber buscado amistades en la aldea, permanecer aislado, sin inclinarse ante la necedad fétida de la canalla acrimoniosa, he ahí su crimen imperdonable.

El absurdo batió á pleno viento, desgarrando su nombre y mancillando su vida.

Le calumniaron su infancia y su adolescencia, que temblaron bajo la diatriba, como dos cisnes, lapidados por bárbaros.

Su virtud fué un crimen.

No tener vicios, era tener todos los vicios. Así dijo la aldea. Si no bebía alcohol en las tabernas, era porque usaba morfina.

No jugaba en los garitos, con los otros mozos del lugar, porque era un avaro.

No tenía queridas y no violaba las campesinas en despoblado, según el uso corriente, porque era un degenerado y un vicioso.

Todas sus generosas tendencias, hacia la domesticación de la gran bestia, eran otros tantos asideros á la calumnia.

Si aspiraba á acercarse á la juventud, no era para iluminarla con sus doctrinas, sino para mancillarla con sus vicios. No era la palabra de Jesús, la que salía de sus labios, sino el beso de Sócrates.

Si quería acercarse al pueblo, no era para ilustrarlo, sino para explotarlo.

Sus tendencias á regar las doctrinas nuevas de arte y de literatura, en la mente joven, no eran sino un elixir venenoso, para corromper las almas, en un sensualismo morboso y degenerado.

Sus generosas ideas en favor de los derechos lesionados en la raza indígena, infamemente desposeída de sus tierras, no eran sino artimañas de un abogado sin clientela, deseoso de adquirirla por ese medio, escandaloso y desleal.

Sus programas agrarios, sus programas políticos,

El absurdo batió á pleno viento, desgarrando su nombre y mancillando su vida.

Le calumniaron su infancia y su adolescencia, que temblaron bajo la diatriba, como dos cisnes, lapidados por bárbaros.

Su virtud fué un crimen.

No tener vicios, era tener todos los vicios. Así dijo la aldea. Si no bebía alcohol en las tabernas, era porque usaba morfina.

No jugaba en los garitos, con los otros mozos del lugar, porque era un avaro.

No tenía queridas y no violaba las campesinas en despoblado, según el uso corriente, porque era un degenerado y un vicioso.

Todas sus generosas tendencias, hacia la domesticación de la gran bestia, eran otros tantos asideros á la calumnia.

Si aspiraba á acercarse á la juventud, no era para iluminarla con sus doctrinas, sino para mancillarla con sus vicios. No era la palabra de Jesús, la que salía de sus labios, sino el beso de Sócrates.

Si quería acercarse al pueblo, no era para ilustrarlo, sino para explotarlo.

Sus tendencias á regar las doctrinas nuevas de arte y de literatura, en la mente joven, no eran sino un elixir venenoso, para corromper las almas, en un sensualismo morboso y degenerado.

Sus generosas ideas en favor de los derechos lesionados en la raza indígena, infamemente desposeída de sus tierras, no eran sino artimañas de un abogado sin clientela, deseoso de adquirirla por ese medio, escandaloso y desleal.

Sus programas agrarios, sus programas políticos,

no eran sino veleidades de un intrigante, ambicioso de conquistar el pueblo y hacerse su amo.

En literatura, era un *Decadente.*

En política, era un *Anarquista.*

En definitiva, un *loco.*

Así decía la Aldea.

. . . . . .

Solo un núcleo de jóvenes intelectuales, muy reducido, se agrupó en torno de aquel, á quien llamaban, su amigo y su Maestro.

Ese núcleo de almas inquietas, de intelectuales extraviados en plena barbarie, de espíritus subtiles y delicados, alzándose en ese desamparo moral, sin armas, en el pleno salvajismo que los rodeaba, como la más altiva y conmovedora protesta contra el obscurantismo, tomó para sí, un nombre, tristemente simbólico, que indicaba bien, su dolorosa condición de vencidos, en el triunfal Imperio de la Mediocridad, vencedora. Se llamaron : los PARIAS.

Claudio Franco, había dicho ese nombre, para indicar la espantosa orfandad de derechos, que pesaba sobre los pensadores, sobre los intelectuales, sobre los artistas, en esa época nefanda, en que mercenarios iletrados y monjes analfabetos, llegados al poder, habían proscrito todo símbolo, todo vocablo, toda idea, evocadores del culto extinto de la Libertad y la Belleza, y se empeñaban, con su mano castradora, en podar la milagrosa eflorescencia de almas, que se alzaban, como grandes girasoles imantados, hacia un sol inmortal de Arte y Redención. Ellos tomaron esa palabra como divisa y como paladium, para amparar bajo ella, la esterilidad de sus sueños gloriosos, y la nobleza de su esfuerzo, que ellos sa-

bían inútil. Se sabían vencidos de antemano, y su gesto protestatario, no era sino la obstinación altanera de sus almas, en proclamar el Ideal, antes de desaparecer en el olvido.

En aquel círculo íntimo, de almas devotas á él, Claudio Franco abría todo su corazón á las dulces confidencias de la amistad, y dejaba volar libremente sus sueños, por el cielo sereno de sus pensamientos.

Y, gozaba en esos entretenimientos de poetas, porque él, también era poeta, á sus horas, y podía decir con Alfred de Vigny :

J'ai mis sur le cimier doré du gentilhomme
Une plume de fer qui n'est pas sans beauté.

Era un poeta enorme, como Moisés, y triste como el electo del Sinaí. No era un artista delicado y subtil. La gracia, estaba ausente de él. Su belleza era toda de fuerza. Venía directamente de las cóleras de Isaías y las tinieblas de Ezequiel. Tenía de la gravedad elefantina de Homero, y de su aliento bélico. Era un Aéda, implacable y tierno :

Les cœurs de lion sont les vrais cœurs de père.

Todos los domingos, Claudio venía al pueblo, y se hospedaba en casa de los hermanos Rodríguez, amigos suyos. Era allí, donde se reunía aquella pentarquía de *élite*, los anarquistas, como los llamaban, el cura en sus prédicas, y en sus artículos fiemosos, la prensa nauseabunda de la Aldea.

Eran estos, Tito Martínez, aquel que iba siendo tocado de locura, al contacto con la loba materna : la parroquia. Médico eminente, muy dado al estudio especial de la Biología, cultivador de Claudio Bernard,

á quien llamaba con una frase suya, el Leonardo de Vinci, de la Medicina, adorador de Darwing, ferviente de Spencer, muy dado á las teorías de Lombroso y Mantegazza; materialista feroz; discutidor sempiterno; devorador de libros; encontraba aún tiempo para aplicar con éxito los métodos de Pasteur, ser un cirujano á lo Pean, y un filántropo, un verdadero padre de pobres, en aquella aldea ingrata, donde era tratado de brujo, y odiado y perseguido.

Pepe Cifuentes, era el gran talento amargo y cruel, y el gran corazón abierto y fraternal. Abogado rico, no ejercía su profesión. Sabía, que en aquel foro rural no había sino la alternativa de vender su toga ó desgarrarla. Y, la desgarró. Benedictino de las letras, era el más asiduo cultivador de arte y de literatura, acaso en todo el pais. Vivía, como envuelto en las ondas sinfónicas del pensamiento universal. A su soledad le llegaban las mejores revistas, diarios y libros europeos. Sus ideas sobre estética, poética y política, eran más que avanzadas, exóticas, en esa sociedad, decrépita y polvorienta que moría de inanición senil antes de haber entrado en plena vida.

No había escrito nunca una línea para el público. Tenía el horror y el desprecio de la publicidad.

La creía la más abyecta y venal de las formas de la prostitución del pensamiento. El encuentro con esa *esfinge con cabeza de asno*, que según Pascal, es el público, no lo amedrentaba, pero lo indignaba. Por nada del mundo, hubiera escrito una línea, para darla á devorar á aquel minotauro ciego. Igual desprecio tenía por la política. La inconsolable ruindad, la pertinaz mentira de los políticos de su país, habían acabado de desencantarlo, arrojándolo en el más triste

escepticismo. Cada político, le parecía un Diógenes, cuyo tonel era su propia vanidad. La política, entre nosotros, decía él, es un mercado de almas. Ese tráfico, envilece tanto al que compra, como al que vende. Sus odios eran todos cerebrales. Odiaba los hombres del partido imperante, por malos y por ruines. Y, no tenía fe en los partidos de oposición, que los creía, un peligro en perspectiva y un apetito en huelga. Creía el Capitolio nacional, una fortaleza, defendida y sitiada por bandas igualmente violentas y rapaces. No veía salud posible para su patria, que caminaba entre el despotismo y la anarquía, hacia la desaparición por la conquista. Era un cultivador del hermetismo, para su pensamiento patricio. Rehusaba su alma á la lucha, se rebelaba á inmergirla en la fermentación pútrida de la muchedumbre en descomposición. Refugiado en el silencio y la renuncia, veía indiferente, agonizar esa sociedad, de cuya decadencia final, se levantaba ya un vago olor de podredumbre y de muerte...

Los hermanos Rodríguez, eran hijos de un héroe obscuro y popular, muerto al pie de su bandera, sin ruido y sin *gloriole*.

Ricos, con una madre enérgica y amante, los dos jóvenes, hijos modelos, habían crecido en el estudio y la austeridad, fieles á los ideales por los cuales había muerto su padre, y con una fe mesiánica en el triunfo próximo é inevitable de ellos.

Luis, el mayor, tenía veinte y tres años. Alto, esbelto, pálido, con una palidez de asceta, en la cual brillaban sus ojos garzos, más bien tristes que soberbios, un tenue bozo, castaño como los cabellos, le sombreaba el labio superior. Era como aquel retrato

de joven guerrero, pintado por Sustermans, en la *Galeria de gli Ufficci*. La misma expresión de fuerza sana, de indomable energía, de reto á la vida y á la muerte.

Su alma soñadora, impregnada del más puro lirismo, se alzaba pensativa y como engrandecida en el horizonte lívido de los más trágicos sueños libertarios.

Triste de sí, y triste de los otros, su juventud grave y meditativa, juntaba á sus visiones de Arte y de Belleza, los más osados sueños de justicia social y de desmesuradas inevitables catástrofes.

Las voces tristes y vengadoras de los grandes aédas revolucionarios, agitadores de pueblos, aventadores de conmociones, apóstoles de la grande obra social, que para no ser vana, tiene que ser inexorable, y para no ser estéril, tiene que ser atroz, la prosa fulmínea de Blanquí, Valles, Rigault, Michel, Dombrousky, caldeaba su pensamiento, como una fragua, donde él, forjaba auréolas ideales, para los héroes y los santos, de esa nueva religión, que hará saltar en pedazos el mundo actual, como los monjes asquerosos del oriente y los esclavos rebeldes, y los bárbaros de occidente, hicieron saltar el viejo mundo, y el trono de los césares y los dioses del olimpo, alzando como bandera entre las ruinas, el patíbulo de un siervo ajusticiado en una aldea lejana de Judea.

Nieblas ibsenianas, envolvían sus sueños de justicia, como las draperías impresionistas y los halos luminosos del simbolismo, adornaban las concepciones de su Musa casta y severa. El soplo de huracán septentrional de Bjorson y de Hauptman, parecía poner en sus estrofas, el mismo rumor océanico de sus mu-

chedumbres desarrapadas, de sus turbas de obreros menesterosos, hambrientos de Derecho, de Pan y de Ideal.

Alma de *élite*, enamorada del Arte nuevo, bajo todas sus formas, desde el rombo asordador del wagnerismo y los más altos sueños estéticos de Mallarmé, hasta los *Kymatolega* de Leconte, los *lieds*, quejumbrosos del Fauno Verlain, el Neo-helenismo del Archimandrita Moréas; la flauta pánnida de Sully; el simbolismo hermético de Dierx, la panoplia greco-romana de Heredia, se empeñaba en buscar á través de ese estremecimiento de lo bello, el estremecimiento de lo grande. Sobre la frente de su Estética, volaba el sueño de su Etica. En el *bouquet* ajado de las flores líricas, parnasianas y simbolistas, él buscaba esa gran rosa roja, rosa de venganza, que el Polífemo bravío, Laurent Tailhade, cultiva con furores de tigre y lágrimas de niño, en el bosque sagrado de la Poesía, donde entre flores de neurastenia y símbolos de decadencia, agoniza una legión de estetas infecundos.

Idealista absoluto, de la escuela de Hegel y de Fitche, las ideas puras eran la base de su estética. Altruista, revolucionario y abnegado, la sombría inspiración de Bakounine, parecía ser el alma de su poética.

Soñaba un movimiento literario activo, que llevara á un movimiento revolucionario efectivo.

Clamaba por el poema que reventara, en llamas. Gritaba por la estrofa que estallara en bomba. Él creía, que el arte, no es un placer, sino un deber, en la época triste en que vivimos. Que, á más de servir á las más altas idealidades del espíritu, debe ser el apóstol de las más dolorosas realidades de la vida. Al arte, pu-

ramente ideal, debe oponerse un arte social. Al culto estéril de la Belleza plástica, el culto fecundo, de la libertad práctica. A la poesía hipnotizante de las praderas de Burne-Jones, el cuadro de *Los últimos cartuchos*. A la *leyenda de Santa Genoveva*, la *Barricada* de Delacroix. A las embriagueces fatales, de un idealismo puramente soñador, las obras sociales de un arte noblemente luchador. Al individualismo orgulloso, que se encierra en su torre de marfil para soñar, el altruismo generoso, que baja á la arena para luchar. Al arte que reniega de la Vida, por prosaica y por vil, por tumultuosa y por mala, el arte que ama esa vida por dolorosa, que la ama por sus luchas, que sabe vivir combatiendo noblemente, y morir estoicamente, si es preciso, dejando en pos de sí, algo más que un eco de gloria, la repercusión de un grito de dolor y más que un rayo azul de ensueño, un reguero de sangre sobre la tierra.

Él, no se encerraba en la fórmula cenobítica y estéril, de *el Arte por el Arte*. Esa vergonzosa y altanera infecundidad, lo indignaba. Él, amaba el Arte por la Vida y para la Vida.

La vana ocupación de la Poesía, llenando, el mundo de símbolos sonores, desoyendo el balbuceo angustioso de las muchedumbres, que piden ser comprendidas, interpretadas, defendidas y salvadas por los hombres intelectuales ; esas ondas armónicas que van por el mundo, relatando mezquinos dolores personales, casi siempre falsos, morbosidades extrañas, pasiones convencionales, en vez de cantar las grandes verdades dolorosas de su época, y traducir en himnos orquestrales, el gran sollozo oceánico del terrible, inconmensurable dolor universal, le parecía un desco-

ramente ideal, debe oponerse un arte social. Al culto estéril de la Belleza plástica, el culto fecundo, de la libertad práctica. A la poesía hipnotizante de las praderas de Burne-Jones, el cuadro de *Los últimos cartuchos*. A la *leyenda de Santa Genoveva*, la *Barricada* de Delacroix. A las embriagueces fatales, de un idealismo puramente soñador, las obras sociales de un arte noblemente luchador. Al individualismo orgulloso, que se encierra en su torre de marfil para soñar, el altruismo generoso, que baja á la arena para luchar. Al arte que reniega de la Vida, por prosaica y por vil, por tumultuosa y por mala, el arte que ama esa vida por dolorosa, que la ama por sus luchas, que sabe vivir combatiendo noblemente, y morir estoicamente, si es preciso, dejando en pos de sí, algo más que un eco de gloria, la repercusión de un grito de dolor y más que un rayo azul de ensueño, un reguero de sangre sobre la tierra.

Él, no se encerraba en la fórmula cenobítica y estéril, de *el Arte por el Arte*. Esa vergonzosa y altanera infecundidad, lo indignaba. Él, amaba el Arte por la Vida y para la Vida.

La vana ocupación de la Poesía, llenando, el mundo de símbolos sonores, desoyendo el balbuceo angustioso de las muchedumbres, que piden ser comprendidas, interpretadas, defendidas y salvadas por los hombres intelectuales; esas ondas armónicas que van por el mundo, relatando mezquinos dolores personales, casi siempre falsos, morbosidades extrañas, pasiones convencionales, en vez de cantar las grandes verdades dolorosas de su época, y traducir en himnos orquestrales, el gran sollozo oceánico del terrible, inconmensurable dolor universal, le parecía un desco-

nocimiento criminal de los destinos superiores del Arte. A ese sol anémico, sol de decadencia y de agonía, él, prefería, ese sol rojo, que despuntaba en un horizonte verde nitráceo, entre un humo denso de bombas en explosión...

En su generación, llena de neurosis, poseída del furor de lo pueril, intoxicada del virus religioso, obsensionada por las bastardías pronográficas del amor, por los cabrioleos bárbaros del sport, las muecas clownescas de los *five o clock* y de los *garden party*, pervertida por los erotómanos tonsurados de la Iglesia y los vaudevillistas asalariados de la política, apegada á la vida como un crustráceo, incapaz de ensayar un vuelo fuera del fango pomposo en que vivía, egoísta, anémica y nula, él, era, de los muy pocos, que lejos de las subtilidades escolásticas de la política de partido, amaban las soluciones definitivas y violentas del pensamiento anárquico.

Las raras y trágicas apariciones de la multitud en la vida del mundo, le parecían tan grandiosas y tan decisivas, como las antiguas apariciones de Dios sobre las cumbres incendiadas y enmedio á las batallas de los hombres.

Los ergotismos radicales, no satisfacían su sed de absolutas liberaciones.

No creía en el poder de ese arroyo de sofismas, lento y jugueteador, llamado la Evolución. Lo esperaba todo del desbordamiento de ese gran río implacable y fecundador, llamado : la Revolución.

Creía, que el jacobinismo, explotaba al pueblo en nombre de la Libertad, con mayor perfidia, que los hombres del antiguo régimen, lo habían explotado en nombre de la Autoridad.

nocimiento criminal de los destinos superiores del Arte. A ese sol anémico, sol de decadencia y de agonía, él, prefería, ese sol rojo, que despuntaba en un horizonte verde nitráceo, entre un humo denso de bombas en explosión...

En su generación, llena de neurosis, poseída del furor de lo pueril, intoxicada del virus religioso, obsensionada por las bastardías pronográficas del amor, por los cabrioleos bárbaros del sport, las muecas clownescas de los *five o clock* y de los *garden party*, pervertida por los erotómanos tonsurados de la Iglesia y los vaudevillistas asalariados de la política, apegada á la vida como un crustráceo, incapaz de ensayar un vuelo fuera del fango pomposo en que vivía, egoísta, anémica y nula, él, era, de los muy pocos, que lejos de las subtilidades escolásticas de la política de partido, amaban las soluciones definitivas y violentas del pensamiento anárquico.

Las raras y trágicas apariciones de la multitud en la vida del mundo, le parecían tan grandiosas y tan decisivas, como las antiguas apariciones de Dios sobre las cumbres incendiadas y enmedio á las batallas de los hombres.

Los ergotismos radicales, no satisfacían su sed de absolutas liberaciones.

No creía en el poder de ese arroyo de sofismas, lento y jugueteador, llamado la Evolución. Lo esperaba todo del desbordamiento de ese gran río implacable y fecundador, llamado : la Revolución.

Creía, que el jacobinismo, explotaba al pueblo en nombre de la Libertad, con mayor perfidia, que los hombres del antiguo régimen, lo habían explotado en nombre de la Autoridad.

El radicalismo, le parecía un Hércules apócrifo, acariciando la hidra en vez de matarla.

Los más brillantes entre los teóricos de esa demagogía letrada y miedosa, no llegaban á la altura de la elocuencia y las ideas de un Jaures, de un Grave, de un Sebastián Faure, y eran por la convicción, marcadamente inferiores, al último de los amigos de Pallas, torturados en Monjuich.

Era una secta de burgueses teóricos, venerables y mediocres, fieros predicadores de ideales de rebeliones formularias y arcaicas, generosos y graves apóstoles de sofismas y de virtudes estériles.

Él prefería los prácticos á los líricos; el hecho á la palabra; la explosión de ácidos á la explosión de metáforas.

Entre Brisson y Vaillant, prefería á Vaillant.

La elocuencia de la palabra, es nada ante la elocuencia del hecho. La palabra, esboza lo que el hecho afirma. El hecho es. La Historia no es un diccionario de palabras, sino una serie de hechos.

Esos teóricos convencidos, le parecían, algo así, como los arcángeles que hospedó Loth. Eran los heraldos del fuego, pero no el fuego mismo.

El evangelismo seudo anárquico de Tolstoi, no lo satisfacía. Ese viejo Cristo, perdido allá, en las estepas moscovitas, predicador de luenga barba, en los desfiladeros urales, le parecía rudimentario y pueril, de un sentimentalismo brumoso y cándido, que es casi un histerismo senil.

Tolstoi, es el antípoda del Arte. Por eso amaba menos, á ese viejo oso, soñador del Cáucaso.

Amaba con pasión los libros de Obolensky, por el rictus de dolor mortal que se diseña en ellos. Ese

príncipe doloroso, ese desterrado salvaje, le parecía mil veces más cerca del alma del pueblo, que el rústico noble de Yassnaïa-Polyana.

Obolensky, es el Orcagna de la pluma. En sus libros, corre un estremecimiento de horror, más grande, que en los frescos, simbólicos y coloridos del campo santo pisano. Su obra, es verdaderamente : el Triunfo de la Muerte.

A todo el sentimentalismo transcaucasiano, tan semejante al sueño de un mujik epiléptico, él prefería las fuertes y sanas concepciones del espíritu alemán.

Niestcher, metafísico obscuro, le parecía un Mesías. Era el genio enloquecido, que daba su razón en holocausto, después de haber dado su corazón.

Van-Braedecker, un león suelto, por arenales incendiados.

Heemer, Woberman, Brenguellern, águilas que llevaban teas...

. . . . . .

En su país, no había nada semejante.

Generaciones cloróticas, de cultivadores del yo, agotándose miserablemente en los eriales de viejas tradiciones, ergotistas, continuadores de un arte estéril, llena la cabeza de razonamientos metafísicos y el corazón vacío de sentimientos nobles, faltos de toda energía, inaptos para la acción, doblegados, como un grupo de cariátides, para sostener extraños fetiches; faltos de fuerza para mantenerse de pie como hombres, cayendo miserablente de rodillas ante Dios, ó sosteniéndose en cuatro pies ante el Amo; sin el deseo ni la fuerza de vivir vida de acción ; incapaces de un gesto heroico, de una acción fecunda; no amando más humo que el del incienso; sosteniendo

el *statu quo*, de la barbarie; irresponsables y fatales; viviendo en un universo interno de sueños infecundos; caminando en sentido inverso de la vida, hacia la muerte, una muerte por agotamiento, la muerte débil de las almas anónimas, sin recuerdo y sin gloria.

Esas eran las generaciones intelectuales de su patria, á excepción de dos ó tres rehusadores soberbios, que en un destierro más ó menos voluntario, habían ido á pedir á otros países, el derecho de pensar, de vivir, de obrar y de escribir, gloriosos y autónomos, ante el gran Sol de la Civilización y de la Libertad.

Los políticos, que en su país pasaban por más avanzados, no llegaban sino á las fronteras de un radicalismo sentimental y cándido, cuyo mayor esfuerzo de violencia, consistía, en ensalzar ó imitar, el gesto triste y los odios bravíos, de esas taciturnas mediocridades, que fueron sus antecesores: los jacobinos franceses.

Esos artesanos de la metafísica, complaciéndose en dibujar arabescos en torres ideales, sin dignarse bajar la vista á los cimientos del templo que caía; apóstoles de tecnicismos y sistemas, en horas de sombrío naufragio; sembradores de paradoxas en horas de tempestad; buscando restos de antigüedad sobre la playa azotada, incapaces de plantar, ante la mar en furia, sobre la costa negra, el faro del Ideal; esos retóricos, esos pedagogos, esos clásicos, retoños ampulosos de la mediocridad ilustre, revolvían su ánimo en cólera, hasta las náuseas del desprecio.

Ese concierto de sonoridades verbales, le parecía el himno de la esterilidad, sonando sobre las playas de la Muerte.

Odiaba en su época, la política por vacua, y el arte por exangüe.

Él, no creía en obra de arte inmortal, fuera de la obra social.

Separar el arte, de las necesidades dolorosas de su época, le parecía algo así, como castrarlo, antes de estrangularlo.

Él creía, que el escritor, el poeta, el artista, debían ser como sumos sacerdotes de la grande obra social.

Y, la misión del Arte, debía ser :

Narrar, cantar, pintar, esculpir, el hondo dolor de la época, el gesto pavoroso del pueblo en pena, que tiende sus manos en gesto de desesperación hacia la siniestra imperturbabilidad del cielo vacío.

Hacer en la prosa, en el verso, en el mármol, la reproducción de este grupo trágico, de la fuerza degollando al mundo, que es la síntesis de la época actual.

Que el verso sea, algo más que armonía mórbida, conjunción de refinamientos, y asonancias, gama de colores, de una poesía claudicante, crepúsculo de decadencia y sol de talco.

Que el poema, la novela, el mármol y el lienzo, sean todos la reproducción sociológica, y la copia fiel de ese *orden social existente*, que según Laforge, *es un escándalo, capaz de sofocar la naturaleza humana.*

Hacer del Arte un delator.

Darle al Arte una conciencia.

Hacer novelas, como Tácito escribía Historia, para encerrar dentro de los muros de su dialéctica los césares, desesperados.

Hacer poemas, como Dante escribió los suyos, para encerrar en las mallas de sus rimas fúlgidas, y ver

contorsionarse en los círculos de su *Infierno* todos los réprobos de su época y de su patria.

Hacer la estatua, que casi grite de dolor, como el *Hércules Vencido*.

Hacer que el lienzo reproduzca, el horror de la misericordia lapidada, como en el *Cristo*, de Rembrandt.

Hacer del Arte, una protesta.

Todas las protestas.

Tales eran las ideas de aquel poeta tierno y terrible, de aquella alma de combatividad, altanera y despectiva, que prisionera en sus sueños de liberaciones, no veía sino la faz tormentosa y macerada del pueblo, que tendía hacia él, el temblor de sus manos invocatrices.

Su alma fraternal, enamorada de la solidaridad de los espíritus, había educado á su hermano, con una ternura infinita, deseoso de ver florecer en él sus teorías de arte, sus extrañas teorías de sufrimiento y sacrificio, su raro y opulento sueño de poesía social, las crinejas luminosas de sus Quimeras leoninas.

Y, veía con placer, el despertar de aquella alma de diez y siete años, profundamente turbada ante las cosas graves y tristes de la vida, y dotada ya, á la tristeza insondable, de aquellos que han mordido el fruto amargo del saber, y tienen el goce, voluptuoso y alto, del ensueño, la peligrosa embriaguez de lo infinito.

Carlos Rodríguez, era un soñador, no un luchador.

Era un sensitivo triste y grave, ese bello adolescente, de formas gráciles y ojos pensativos, que parecía, apoyarse en la fuerza de su hermano, como un Endimion niño, tocando la clava de Hércules.

De su talento adolescente, podría decirse, lo que Jean Aicard dice del Rhône :

Et né dans la blancheur, il finit dans l'azur.

La decoración de sus sueños se abría en praderas florestales, de silencios idílicos, en sitios elíseos y taciturnos, bañados de crepúsculos.

Sus rimas, de una rareza extrema y delicada, hacían pensar, en prodigios de cerámica japonesa, y por la tristeza del color y la armonía de los tintes vagos y tenues, recordaban aquellas creaciones del admirable prerrafellita, Williams Morris, sus campos de azucenas bajo cielos exóticos, la melancolía holandesa de Dysselkolf, y aquellos paisajes beatíficos de Walter Crane, de grandes floraciones acuáticas, abriéndose en el silencio de noches lunares.

No lo obsesionaban las ideas de reivindicaciones sociales, que atormentaban el alma de su hermano.

Su ideal de Belleza, era todo metafísico y simbólico, con una vaga inquietud carnal, que hacía de sus versos delicadas rosas de Arte, en un jardín baudelariano y primaticio.

La posesión cuasi hipnótica de sus visiones, le creaba un mundo de bellezas artificiales, rojas á veces, como una alucinación del Bosch, ó de Vander Helst, con praderas de púrpura ó de sangre ; blancas y luminosas otras, como un paisaje de Van der Welde, en la porcelana inmaculada de un vaso de China.

Su barca lírica, iba con velas de castidad, bogando como un cisne en el lago del Ensueño y la Melancolía.

Y, podía decir, con una musa hermana de la suya :

La rame tombe et se relève,
Ma barque glisse dans le rêve.

Y, su hermano, se inclinaba feliz, sobre esa alma amada, mirándose en ella, como en el fondo de un lago profundo.

Eran los dos hermanos, otros como gemelos de Rhea, alimentados por una loba ideal, no al pie de las murallas de Roma bárbara, sino bajo los muros vencidos de una Roma decadente.

Tal era el grupo fraternal de espíritus idealistas, soñadores de nobles liberaciones, que anhelantes de una vida intelectual superior, osaban, en aquella aldea, salvaje y hostil, soñar en el Arte y en la Libertad, con los ojos fijos en un rojo sol de sangre, que ya montaba al horizonte...

Y lo saludaban como los héroes de Germania :

« *Tu sei la nostra Fede — la speme e la Vittoria. — Tu sei la nostre sorte. Tu sei la nostra Gloria. — In Te si spera é crede: — ¡ Urra ! Viva la Morte!*

XI

Crisis de amargura, horas de angustia insondable, cayeron sobre el alma atormentada de Liana.

Ante la orden imperativa de su padre, de no ver más á Claudio, y renunciar para siempre á su amor, la virgen se rebeló interiormente, claustrándose en un mutismo hosco, que era en el fondo una protesta.

No prometió nada.

Renunciar á su amor, era renunciar á su vida, y ella quería vivir.

Quería amar, ser feliz, tener su parte de ventura sobre la tierra.

El egoísmo paterno, no entendía de esta sentimentalidad, y no sabía sino de los privilegios de su autoridad. No sabía nada del derecho á la felicidad, que pudieran tener los otros. Fuera de su autoridad no reconocía otro derecho, ni había para los suyos más deber, que el de plegarse, callarse y sucumbir bajo su yugo.

Liana fué encerrada, vigilada, martirizada con vileza.

En esa desbandada de sus ilusiones, la pobre niña, refugiada en el silencio, sentía retorcerse y sangrar su pasión, bajo el golpe que la hería.

Lloró mucho ante ese dolor tan grande de su vida, pero la certidumbre de ser amada, profundamente amada, la sostuvo, é hizo frente á la borrasca, con un valor sereno é inmutable, que revelaba bien todos los heroísmos morales de que podía ser capaz aquella alma de mujer.

En esa hora de naufragio, ella encontró un alma que la sostuvo, que la consoló, que fué su amparo y su consuelo.

Gundita, fué su protectora y aun su cómplice. Merced á ella, pudieron los dos amantes escribirse todos los días. Y, era de verse, aquella virgen, que todo lo ignoraba del amor, servir con un celo sombrío el amor inocente de los otros. Con qué solicitud especial, corría largos trechos, bajo el sol canicular, para verse con Claudio, en algún rancho de arrendatarios, para darle noticias de Liana, y llevarle á ésta, flores y cartas, ó bajar todas las tardes hasta el río, para poner bajo cierta piedra, las cartas de Liana, y recoger las de su amante.

Doña Asunción misma, cerraba los ojos, feliz de poder hacer algún bien á su hija, endulzando su martirio, y de violar con su pasividad la obediencia servil á su verdugo.

Así, los dos jóvenes, pudieron organizar por su correspondencia la manera de verse, allá, á la orilla del río, bajo los árboles cómplices, ciertos días de la semana, en que don Nepomuceno, era detenido en la

Capital, por el cumplimiento de sus deberes oficiales.

Y, se encontraban allí, estremecidos de deseos castos, cuestionándose en los ojos, bajo el verde obscuro de la arboleda, temblando de emoción, como dos grandes niños felices y suplicantes, como rendidos, en un ensueño luminoso, en el gran silencio solemne que ahogaba la llanura en una calma mortal, en la fusión ligera de las luces, que llenaba de matices delicados el horizonte, y bajo la caricia de las brisas que pasaban cargadas con el perfume de los azahares vecinos, olorosa á un beso de novia.

Los pájaros, cantaban encima de sus cabezas, y ellos se besaban como los pájaros, sintiendo subir en sí, la embriaguez deliciosa de la naturaleza y de la voluptuosidad. Y, aspiraban la vida y el perfume que llenaba sus corazones, sintiendo el horizonte todo, reflejarse en el fondo de sus almas amantes y felices.

¡ Turbadores minutos !

¡ Horas estremecidas, únicas en que la vida, vale la pena de vivirse !

— Yo te amo !

— Yo te amo !

Y, esas eternas palabras, divinamente eternas, tomando diversos sonidos, diversas formas ! ¡ Siempre seductoras ! Siempre nuevas !

A veces, ella fundía en lágrimas, y lloraba suavemente, dulcemente, sobre el hombro del Amado.

Y, él, la consolaba, inclinando su cabeza de fuerza y de enegía, sobre el lirio húmedo que era aquel rostro extático, lleno de una magia irresistible de tristeza y de amor.

Y, permanecían así, unidos, sin conciencia de sus cuerpos, con la impresión de amarse en los espacios,

sobre la nube de un sueño, inmaterial y radioso.

Y, hablaban de su dolor y su ventura, felices de desafiarlo todo, en la maravillosa gloria de su amor.

Los recuerdos los acariciaban como ramas de helechos inclinados hacia ellos, y en la opacidad ambiente del paisaje, sus sueños tomaban el tinte de las auroras que incendian los horizontes sobre los cerros remotos.

Agudas nostalgias del pasado los poseían, y rememoraban esos días lejanos, con diálogos de amor, que emulaban el canto de los pájaros, y hacían temblar en la agonía del minuto, todas las vibraciones de su ser.

Y, él, le hablaba por la milésima vez de sus años de ausencia, su soledad inconmensurable, su pasión embriagante, los paisajes desolados de sus días monótonos, lejos de ella, y vaciaba su corazón en quejas contra aquel pasado doloroso.

Y, ella, hacía revivir ante él, las alegrías de los días inolvidables, y á golpes de remembranzas reconstruía toda su infancia y su adolescencia, que eran, ¡ay! todo el tesoro de felicidad con que contaban, ante la vida, tan incierta y tan hostil.

Y, esas rememoraciones hacían gemir sus almas, ante el porvenir hambriento de holocaustos.

Y, sus voces, como acompañadas de órganos graves, en una romanza melancólica, volvían á hablar de las tristezas del presente, de la inmensa tortura de sus corazones sacrificados.

Y, se hacían de nuevo promesas sagradas, juramentos inviolables, y se estrechaban el uno contra el otro, como si se uniesen para resistir la misma ola que venía á sumergirlos ó á salvarlos.

— Mi alma sedienta de tu amor, no podrá dejarte

nunca, decía ella. Todas las tiranías se romperán contra mi corazón.

Y, miraba la inmensidad sideral, donde su quimera se engrandecía hasta el prodigio.

— La vida contigo ó la muerte sin ti, decía la virgen, como si siguiese el vuelo de sus sueños, á través de desiertos sofocantes ó sobre la inclemencia de mares australes.

Y, él, estrechándola sobre su corazón, leyendo la tristeza del miraje sobre sus ojos profundos le decía.

— No hables de la muerte, ¡oh tú mi Amada! Nuestros serán la vida y el Amor. Yo me siento capaz de todas las victorias. Yo domesticaré las águilas bravías. Ellas nos seguirán como una bandada de palomas. Venceremos al Destino.

— El Destino, decía ella, abriendo sus ojos con horror.

Y, callaban, como si desarmados ante ese Destino, impenetrable, sintiesen por una ruptura secreta, escaparse toda la sangre de sus corazones, vibrantes aún de todo lo que había cantado en ellos de juventud y de esperanza.

Y, sus almas, montaban lentamente, el Calvario de su pena, peregrinas del dolor, rebeldes á las rudas abjuraciones á las renuncias definitivas de la ventura, á la aceptación silenciosa del martirio.

En su heroica adhesión, preferían la lucha, costeando juntos el sendero espantoso, fuertes en el abrazo indestructible de su fé.

Y, un hálito de paz, subía entonces de sus almas, meciendo sus sueños en dulzuras seductoras. Y, un soplo de bondad, surgido de los cielos y la tierra, acariciaba su dolor, con mansedumbres maternales,

vertiendo en sus almas el bálsamo consolador de la Ilusión.

Y, se separaban así, llenos de inquietudes extrañas y de resoluciones heroicas, erguidos y fieros, ante el horror de la vida, que avanzaba amenazante sobre ellos.

XII

Justo Vidal, era el tipo completo del joven de la alta burguesía ultramontana. Ese tipo de degenerado absoluto, deformado por la educación, el monstruo pasivo, modelado por las manos de la familia, del profesorado y del sacerdocio, para sufrir la esclavitud de todas las pasiones y tener la pasión de todas las esclavitudes.

Esa flor opulenta de cretinismo dorado, adorno de *boudoir* y de serrallo, raza de don Juanes y Antinoos, la hemos visto todos, crecer ante nosotros, con la fecundidad violenta de las vegetaciones inútiles.

Ese espécimen doloroso de tetarología social, lo hemos visto, pasar por la vida, lleno de falsos orgullos, de sentimientos bastardos, con una espantosa parálisis del corazón, una atrofia absoluta de la energía, una insuficiencia completa de la voluntad, una anemia aguda del sentimiento, un horror cuasi físico de lo bello, un odio instintivo del Ideal, y todos los apetitos bestiales devorándole las entrañas, como

una llaga cancerosa. Y, lo hemos visto vivir así, en la hipertrofia de su yo insignificante, en la elefantiasis de su nulidad inconsolable, ajeno á la vida intelectual, ignorante de los grandes problemas sociales, indiferente al dolor universal, insensible á todo lo que no sea el placer, escuchando solo el coro de quimeras implacables, que una educación viciosa formó en su alma, para hablarle perpetuamente de todas las cosas muertas y terribles del pasado. Culpable y al mismo tiempo víctima, ese enfermo, no es un enfermo del mal del siglo, sino un enfermo del mal del medio. Su pasividad enorme para todo lo que es la fuerza, se torna en una agresión enorme para todo lo que es la debilidad. Es abyecto y cruel, cortesano y tirano al mismo tiempo. Su alma es incapaz de dignidad y de piedad. No es el vasto movimiento de costumbres de su tiempo, sino el estancamiento de costumbres de su medio, lo que lo ha hecho así.

La madre, ese ser sagrado y doloroso, tres veces esclavo, cuya vida no es sino un viaje en la servidumbre, esa alma impersonal y miedosa que va de la tiranía del padre que la entrega, á la tiranía del marido que la viola, no sabe deslizar, en el oído del hijo que la tiraniza á su turno, sino palabras de sumisión, de temor, de absoluta renuncia á la libertad individual.

El padre, no es un amigo, es un amo. Él, exige é impone á su hijo todas las sumisiones, hasta la sumisión de sus pasiones. Tiraniza su cerebro, imponiéndole sus ideas cuasi siempre estrechas y mezquinas. Tiraniza su corazón, imponiéndole sus sentimientos más ó menos bajos y rencorosos. Ideas religiosas, ideas políticas, ideas sociales, todo lo re-

cibe hecho, ese ser infeliz, en el cual, el primer cuidado paterno, es anular la virtud de la personalidad. Y, de esa tiranía paterna, pasa el adolescente á la corruptora y vil disciplina del colegio, donde los profesores, casi siempre sacerdotes, ó legos más ó menos tonsurados, por la imposición de la más incondicional obediencia, y la prédica del más triste servilismo, acaban la deformación de ese espíritu, y apresuran las etapas de servidumbre, en ese ser, hecho para todas las decadencias.

Así se forma el *hombre social*, entre nosotros.

¡ Y, son, esos mutilados del espíritu, los encargados de engendrar generaciones de hombres libres!

¡ Y, son, esas almas de ergástula, las encargadas de formar almas de ciudadanos y de héroes! Es el aliento de esos muertos, lo que envenena la atmósfera. Es todo el pasado autoritario, que respira en ellos, lo que hace el aire fatal. Ellos, engendran la decadencia y la Muerte. Son muertos que matan.

Justo Vidal, era bien el tipo de ese siervo social, á quien la tiranía paterna y la educación clerical habían quitado toda independencia, toda iniciativa, toda voluntad personales. Las pocas fuerzas sanas de su alma, se habían disuelto y desaparecido, anuladas en ese laboratorio, en que una educación sabiamente combinada, disolvía y mataba las fuerzas de su generación y de su patria.

La gran miseria de su espíritu, no le permitía reaccionar, porque le faltaban todos los medios de personalidad, oportunamente mutilados por la educación castradora de su padre y sus maestros.

Así, cuando sobrevino la ruptura definitiva entre su familia y la de Claudio, lo encontró desprevenido,

sin fuerzas para resistir el torrente de pasiones de los otros, que lo envolvía y lo arrastraba, como una cosa muerta.

Él, odiaba á su primo, con una aversión rastrera, que no era sino una forma, de la envidia. Los triunfos de Claudio, lo desesperaban, su impiedad lo ofendía, sus ideas lo aterraban.

Sú única pasión, su gran pasión, era Georgina. Ese amor era lo único puro y lo único alto, que existía en aquella alma.

Sin embargo, cuando su padre lo llamó, para prohibirle toda relación con los hijos de su hermana y toda pretensión de matrimonio con Georgina, no osó defender su amor, no tuvo valor para ello, y calló miedoso y sumiso ante su padre, que le desgarraba el corazón.

Y, mientras Liana se rebelaba, él, se doblegó.

Pero, se doblegó con la esperanza de poder ocultar su amor y cultivarlo en el silencio, con una fé pasiva en la fatalidad, con una vaga certidumbre de que acontecimientos impensados cambiarían el rumbo de las cosas, y volvería la serenidad de los antiguos días á lucir sobre su amor, que era el solo de su vida de esclavo miserable y rencoroso.

Y, así, escribió á Georgina, contándole la prohibición de su padre, excusándose de no poder visitarla en esos días por no exasperar la cólera paterna, haciéndole protestas de su amor, y pidiéndole corresponderse así, por escrito, mientras la tempestad se alejaba del horizonte.

Georgina, no respondió.

A nuevas y repetidas cartas, guardó el mismo, obstinado silencio.

Justo, se desesperaba, y pedía siquiera una letra, que calmara su ansiedad.

Georgina se refugió en el mutismo más absoluto, y no salió ya de su casa, para evitar encontrarse con su primo.

Éste, martirizado por ese silencio, tras el cual presentía que algo definitivo, irreparable, iba á elevarse entre los dos, solicitó una entrevista con su prima en la misma casa de ésta, desafiando así los furores de su padre.

Georgina la concedió.

Ella, pensaba seriamente en la necesidad de ese coloquio.

Su alma recta, no amaba las situaciones equívocas, odiaba el disimulo y la mentira. Miraba las cosas de la vida frente á frente, sin intimidarse ante ella.

Y, obedecía, hoy más que nunca, á su conciencia indagadora y fuerte.

Ella, sentía que un sol de muerte reinaba en su corazón. Algo moría en su vida. Y quería apartar el velo y ver el rostro, de eso que agonizaba en su alma.

Amor, es ciego.

Amor que ve, no es el amor.

Ignorar los defectos del ser amado, ó hacer de ellos una virtud, es el distintivo del amor.

Amar á un ser á pesar de sus defectos, es una parte del amor. Amarlo por sus defectos, es todo el Amor.

Amor que analiza, no es amor.

Amor que reflexiona, no es amor.

Amor que no perdona, no es amor.

Amor que no es sacrificio, no es amor.

La ceguedad, la piedad y la indignidad, infinitas, son los distintivos del amor.

El amor es ciego, débil y bajo, ó no es el amor.

El amor que ve el defecto ó el peligro, que no perdona todas las faltas, hasta la traición, que no llora, no implora y no se humilla, que no va contento al sacrificio, al crimen y hasta la muerte, no es el amor.

Y, Georgina, veía que su amor, no era, ni ciego, ni clemente, ni abnegado. No se disimulaba, no excusaba, no divinizaba los defectos del ser que creía amar. Se los confesaba, y los reprobaba.

Desde la llegada de Justo del colegio, su alma había sufrido un choque brusco y casi definitivo.

Todo lo que en el niño y el adolescente era cualidad ó virtud, se había hecho defecto ó vicio, en el joven y en el hombre.

Ella, se había aferrado á la ilusión de su amor, por algún tiempo, pero, esta, se había roto entre sus manos, como las alas frágiles de una mariposa.

Los acontecimientos de la vida, habían acabado de aventar lejos, lo que de ilusión amorosa había en ella.

El amor fraternal, vencía en ella todos los amores.

Ella, sabía las amenazas y aun los planes de Justo, contra Claudio, después de la escena violenta, habida entre éste y don Nepomuceno. Y, eso, había acabado de disgustarla hasta sentir la náusea de aquel sedimento de pasión, que se había aposentado en su alma.

No fué el odio, ni siquiera la aversión, lo que suplió á su antigua simpatía, fué el desprecio, uno de esos desprecios definitivos, tanto más violentos, cuanto son más merecidos.

Ella, no amaba ni engañarse, ni engañar.

He ahí porqué había concedido esa entrevista á Justo.

. . . . . .

Por el prado silencioso, como una alfombra de duelo, donde pasaba como un estremecimiento la sombra de las nubes fugitivas, y los sauces alzaban ante el día opulento la romántica belleza de sus cabelleras fantosmales, Justo, iba, inquieto y turbado, á la cita concedida por su prima.

En la angustia terrible, que torturaba su corazón, su valor desfallecía. Toda su vida sentimental, rota y dolorosa, gemía en su corazón.

¡Ah, cómo esos lugares que recorría, evocaban todo su pasado de amor!

Llenos de una melancolía presciente, los paisajes, parecían enviar hacia él, una nube de sueños amorosos, que venían á cantar en su memoria, como una bandada de pájaros canoros, escapados á esas soledades agrestes.

¡Oh, todos esos caminos familiares, cuántas veces los había recorrido con ella, y todas esas campiñas circunvecinas, hasta aquellas que se perdían de vista, allá, en la linde del monte lejano!... Todos esos bosques, todos esos árboles, habían sido reposorios hospitalarios, que habían abrigado el poema de sus amores, ¡ay! sus pobres amores, hoy amenazados, por siniestras señales del Destino.

¡Qué poesía tan intensa, se escapaba de aquellos sitios! ¡Qué encanto penetrante se elevaba de ellos, al recuerdo de esas horas felices, hoy tan lejanas, y envueltas en nublosas lontananzas!...

Toda su sentimentalidad enfermiza, de ente débil y oprimido, se despertaba, al encanto incomprendido

que se desprendía de esos campos, al vago olor de las flores, al encanto sugestivo de los paisajes, desarrollados en su belleza infinita bajo la protección, cariñosa de cielos adorables.

Toda su infancia revivía en él, y se veía, niño otra vez, recorriendo con *ella* esos llanos, bajo las fulguraciones de un sol amigo y el himno perfumado de los rosales en flor.

Y, luego, sus diálogos graves de adolescentes, cuando el amor inmenso surgía de sus corazones como una flor divinal y celeste, crecida en el fondo de un ostensorio impenetrable.

Y, sus largos paseos sentimentales, por los senderos obscuros, donde los árboles hacían tinieblas fugitivas sobre el llano ondulante, inclinando sobre él sus ramajes tenebrosos, como cabelleras de esclavos sobre un estanque de oro.

Y, sus lentas horas, de una estremecida y casta intimidad, suavemente conmovidos por el misterio de las cosas, que murmuraban á sus oídos extrañas jaculatorias incomprendidas...

A la influencia cambiante de los lugares recorridos, su corazón pasaba, como un Cristo ensangrentado, por todas las etapas del recuerdo... Y, los sitios se cubrían de desolación, en la tristeza inconmensurable del presente.

Así llegó hasta la casa de su tía.

En la gloria cantante de la tarde, una gloria de sol esplendoroso, alcanzó á ver la silueta alta y blonda de Georgina, que sentada en un banco del jardín, á la sombra de los grandes árboles, parecía esperarlo.

Un encanto extraño se desprendía de la virgen silenciosa y grave, en esa decoración de hojas y de

flores, en las coloraciones fuertes y densas que la circuían.

Justo, se acercó á ella, temblando y conmovido.

Georgina le sonrió tristemente.

Se estrecharon las manos, presas de una conmoción visible.

No sabían qué decirse. Una turbación extraña los ganaba. Tenían conciencia de la gravedad del minuto. Sentían la aproximación de lo irremediable. Y, temblaban ante él.

Justo, fué el primero en hablar.

— Debo agradecerte mucho, que me hayas concedido esta entrevista.

— Era necesaria para ambos.

— Y, ¿por qué no habías respondido á mis cartas?

— Era inútil.

— ¿Por qué?

— Aceptar esa correspondencia, era aceptar una especie de clandestinidad en nuestras relaciones, imposible á mi dignidad. Y, además ¿á qué prorrogar lo improrrogable? No se fuerza el Destino.

— ¡Cómo!

— La suerte nos es adversa, la vida nos atropella, los acontecimientos marchan sobre nosotros y nos rompen.

— Pero, esta situación pasará...

— ¡No! Hay algo que no pasa. Lo que nos separa es algo inexorable, que ha separado muchas almas y roto muchos corazones; un odio de razas. Sí, y casi un odio sintético de épocas. Tu padre es todo el pasado, mi hermano es todo el presente, y aun el porvenir. Yo estoy con él. Los tiempos románticos de los amantes de Verona, no son mis tiempos. Yo no he

sido educada para el sacrificio de mi corazón ni de mi raza. Yo siento que no podría entrar nunca á casa de mi tío, ni sola ni de brazo tuyo. Yo no podría ser nunca hija suya. El abismo, que él ha abierto entre nosotros, es demasiado grande para que nuestras pobres alas traten de pasarlo... Al menos, yo no lo intento. No lo pasaré.

— ¡Ah! dijo él casi sollozando, todo nuestro pasado, nuestro amor de niños, nuestra pasión de adolescentes ¿era pues una quimera?

— ¡Cómo está de lejos todo eso, dijo ella gravemente, estremecida y absorta, como si viese allá á lo lejos, todo un horizonte de campiñas incendiadas. Sí, está muy lejos, es algo que fué... La joven entristecida que te habla hoy, no conserva de aquella niña amante que tú evocas, sino un recuerdo enternecido. La vida ha venido, y ha dispersado todos nuestros sueños. No se reconstruye el pasado. Yo, no quiero. Yo, no puedo. Nuestro amor fué un sueño glorioso. Hoy es un Imposible. He ahí lo que yo quería decirte, Justo.

— Georgina, gritó él, como si se ahogase, ¿qué dices? es pues la muerte de todo nuestro pasado? ¿es tu resolución irrevocable?

— Sí. Es el Destino quien lo quiere así. La tragedia está siempre en el fondo de la vida. Es eterna, como el alma humana. Su monotonía no quita nada á su grandeza. El drama de las almas es el mismo. Las nuestras, ayer unidas por el amor, se ven hoy separadas por el odio, un odio inconmensurable, que no podrá salvarlo nada.

— ¡Georgina!

— Sí, continuó ella, poniéndose de pie, pálida entre

las sombras del boscaje. Tu padre odia á mi hermano, tú lo odias también.

— Pero te amo á ti.

— Odiar á mi hermano es odiarme á mí. Envidiar su gloria es envidiar mi ventura. Poner la mano sobre su aureola para ultrajarla es poner la mano sobre mi cabeza para herirla. Y, tú has hecho todo eso. ¿Crees que yo ignoro, quién escribe, inspira y paga los sueltos inmundos y los artículos crueles, que los diarios de la aldea, publican contra Claudio? ¿Crees que yo ignoro quién orgnizó la tentativa de asesinato del sábado último, que fracasó por la falta de valor del indio Cristóbal, pagado para hacerlo? Tu padre y tú.

— Georgina, murmuro él, bajando la cabeza, abrumado por la terrible requisitoria. Georgina, Georgina. Yo te amo!

— Olvidas que yo no soy simplemente Georgina. Yo soy Georgina Franco, la hermana de Claudio Franco, la ferviente de su nombre y de su gloria. Los que atentan contra él, atentan contra mí. Sus enemigos son mis enemigos. Y, yo los odio ó los desprecio. He ahí lo que quería decirte, Justo Vidal, he ahí porqué he venido.

— ¡Georgina, por Dios! volvió á clamar él, llevándose las manos á la cabeza, como si no quisiese oir las palabras fatales, que salían de esos labios como inapelables sentencias de una muerte inesperada.

— Ahora, adiós para siempre, dijo la joven, y se alejó, blanca y grave, por la avenida solitaria, entre el esplendor de la tarde y los caminos florecidos, como en una apoteosis de perfumes y de Sol.

A él, le faltó el alientoa hablar. Quiso llamarla, par

detenerla, tender hacia ella sus manos suplicatorias, y no osó apartarlas de su frente febricitante, no desplegó los labios, donde gemían frases de tortura.

Y, vió desaparecer el sueño de su adolescencia y de su juventud, con esa forma blanca, que se perdía en la sombra. Y, vió que era toda su vida, rota en pedazos, la que se iba tras ella, lentamente, por la avenida del jardín entenebrecido y mudo.

Tendió los brazos desesperados al espacio, y se dejó caer sobre el banco, sollozando, con sollozos de niño castigado..

XIII

Los *Parias*, no se rendían ante la Indiferencia, ni capitulaban ante la Agresión.

La juventud ignora la derrota, y no se rinde sino á la muerte.

Los soñadores, continuaban en vivir y en soñar.

Encariñados en la esperanza de quiméricas victorias, de reivindicaciones gloriosas, para ese pueblo vencido, al cual, no le quedaba, sino ojos para llorar, voces para quejarse y manos para extender en actitud suplicatoria, se reunieron, para organizar la creación de un periódico, que fuera como la intensificación de su propia existencia, un lábaro de sus pensamientos, una constatación de la existencia de un grupo de pensadores, enamorados de la Verdad, de la Belleza y de la Libertad, de una *élite*, noblemente desaparecida en en el cataclismo, sino podía llegar heroicamente hasta la victoria.

— Yo, dijo Pepe Cifuentes, con su voz lenta y penetrante, que hacía aun más acerbas las palabras de

su escepticismo inconsolable y desolado, yo, doy todo lo que se quiera para ese proyecto de noble fantasía, pero, seguro de la inutilidad de ese diletantismo heroico. Yo, no soy un verbolatra, y creo que el parasitismo de las frases es lo que nos mata. No creo en las propagandas del lirismo. La palabra no puede nada sobre el fatalismo anónimo de las masas iletradas. Un pueblo analfabeto, no se redime. ¿Con quién pues vamos á luchar? ¿con los *snobs* semiletrados de las Revistas ultramontanas? Ese asedio en torno á la Capilla Sixtina de nuestras letras, sería ridículo. ¿Iremos contra los héroes del cinismo á lo Martin Saliva, mercenarios pasivos, himnólogos del gesto cesáreo, bárbaros sobrevivientes, evocadores de la fuerza, en cuya vida y cuya prosa se ve el fondo bestial de los hombres cuaternarios? Eso sería la prostitución del pensamiento y el envilecimiento del idioma. Todo será inútil. Nada, nada, podrá nuestra palabra, pasará sin eco, sobre ese vasto río de la Imbecilidad y la Ignominia, donde los viejos cocodrilos del clasicismo, reinan somnolientos, sobre las riberas áridas del pasado, con visiones de desierto en los ojos lacrimosos, y la sombra de la Esfinge Inmutable, proyectándose sobre sus escamas de saurios literarios. El reinado vil de los Acéfalos, nos deshonra y nos mata. La niebla gris de la mediocridad, hace triste el horizonte. No hay una palabra de sabio, ni un gesto de héroe, bajo el cielo calmado. Sobre los pedestales de la celebridad, las nulidades pensativas y divinizadas, reinan omnipotentes, como aquellas imágenes de santos, que la estulticia pontifical alzó sobre las columnas triunfales de la antigua Roma, diseñando gestos de bendición, sobre los mismos

mármoles, donde los Emperadores diseñaban su gran gesto de conquista. Un pueblo de ovejas, pasta sobre los sepulcros de los héroes. La República del hartazgo nos hace esclavos en política, y el Imperio de la Mediocridad, nos hace eunucos en Arte. Somos un pueblo de vencidos, un pueblo de decapitados: Los legionarios de esa mediocridad irreprochablemente imbéciles, nos fustigan y nos ahogan. Morimos como Nerva, en un albañal. Lises de impotencia, nenúfares del cretinismo, reinan en ese fangal en que ha desaparecido el sentido común, y hacen de la patria, el más bello jardín de idiotismo, que se haya extendido jamás, bajo los ojos cariñosos de los viles Sigisbeos del mérito apócrifo. ¿No veis toda la síntesis de esta época ignominiosa, resumida en la omnipotencia de Icaro? Él, es, el Amo en la Política, el Maestro en la Literatura, el Pontífice en la Religión. Él, como Augusto, suma en sí, todo su Imperio. Y, se alza, asombrado él mismo, por la terrificante certidumbre de su nulidad, coronado por las flores caducas de su estilo arqueológico, viendo el descenso vertiginoso de este pueblo hacia la infamia, de este pueblo vil, que, en el espanto de su caída, incapaz de morir como héroe, agoniza como siervo.

Y, calló, indiferente al parecer, pero más tristes los ojos sombríos, más pálido el rostro, más pensativa la frente, bajo el aluvión de la cabellera nazarena.

— Es verdad, dijo Luis Rodríguez, con su voz profunda, vibrante de emociones contenidas, que brillaban en sus ojos de ágata impóluta, y echando hacia atrás la cabeza, con gesto imperioso, para sacudir el tropel de sus cabellos castaños, que le caían sobre la

frente. Había en su fisonomía de tribuno y de poeta, una mezcla de Camile Desmoulins y Alfred de Musset, pero un Musset imberbe, de rostro enérgico y varonil.

— Es verdad, continuó, el reinado intelectual de Icaro, sintetiza la miseria de nuestra época, aun más que su reinado político. La tiranía política se ejerce sobre las mayorías ignaras, sobre las masas túrbidas, sobre la ignorancia, pero en literatura, el criterio es de los selectos, y cuando éstos se envilecen ó se idiotizan, ¿qué esperanza hay de salvación posible? Nuestra época suda podredumbre. Los argonautas del cretinismo han llegado y han vencido. Imperan sobre generaciones impersonales, enfermas del más oprobioso carnerismo betlemita. Ellos, han roto el Ideal sobre nuestras frentes, con fuerza tan salvaje, como la del conquistador sangriento aplastando sobre la cabeza del último Dog, el cuerno ducal. La Venecia de nuestros sueños, gime en sus lagunas estériles, conquistada y profanada por los bárbaros. La prensa es una maza de Hércules, en poder de esas tribus adventicias. Nos aplastan con ella. No es ya el cuarto poder del Estado, como la llamaban los doctrinarios, sino el cuarto Arcángel de la sombra, aquel que según las profecías, debe extinguir los últimos astros en el cielo, el día del juicio final. Esa prensa, tiembla ante el espíritu nuevo, lo odia, y lo calumnia. Tiene por los pensadores, el mismo odio de todos los dominadores, ese instinto de presciencia. que hacía pensativo á César ante el pálido Bruto, y hacía hosco al Corso afortunado, ante los que él llamaba, los ideólogos. Y, á nosotros, los hombres nuevos, nos odia más que á las ideas nuevas. Á fuerza de odiarnos

finge ignorarnos. Nos silencia, haciendo en torno nuestro la conspiración del olvido. Nos hace áfono el espacio, después de habernos hecho irrespirable el aire. Nos condena á la asfixia, después de habernos condenado al silencio. No nos mata sino después de habernos mutilado. Y, no pudiendo mutilar nuestros cuerpos, mutila nuestro pensamiento. Y, lo exhibe así, deformado y monstruoso, para entregarnos al odio y á la befa de la plebe intelectual. Acusa de inmoral nuestra literatura, porque no cultivamos el onanismo místico de la *Revista Católica*, ni satisfacemos nuestra sed inexhausta de Ideal, en las mismas aguas que los discípulos de la *Escuela de Cristo*, esos patos apacibles bogadores del Mar Muerto.

En su infamia sistemática, inventan para nosotros palabras odiosas llamándonos : *ravacholistas*. Y, nos señala, así á los furores de la muchedumbre, ya que no puede entregarnos en las manos del verdugo. La única manera de reaccionar contra esa ola bárbara, de no dejarnos aplastar por la maza hercúlea, es oponer la prensa á la prensa, el periodismo al periodismo, ir por la vía triunfal, predicando el verbo nuevo á la gente nueva.

— Y. ¿ para qué? interrumpió de nuevo Pepe Cifuentes. ¿ Para hablar de Arte ? ¿ A quién ? Ya el Maestro itálico lo dijo : L'*Arte non s'insegna a qui Natura nol concede*. Y, luego, el Arte no es objeto de actualidad entre nosotros. ¿ La Política ? Nuestro país no está educado para eso. Somos un pueblo semisalvaje, que como todo país primitivo, vivimos de leyenda. Nuestro pueblo, como no puede abrir sus ojos sobre la ciencia, los abre estupefactos sobre el milagro. Los sacerdotes son sus guías, no los pen-

sadores. Nuestro pueblo no sabe leer. Pueblos así son sordos, no se guían con la palabra, sino con el hecho. Son caudillos y no apóstoles, lo que necesitan. Los pueblos analfabetos se conquistan, no se libertan. ¿Vamos pues á luchar con los epirotas de la prensa oficial? El diarismo de esta época es algo infecto, que no podemos tocar nosotros. Ese pertenece á Martin Saliva, es su reinado. Su prosa paquidérmica de rumiante latinesco, es la sola digna de esta hora triste, en que las olas de la bajeza, se unen en el horizonte á las nubes de la barbarie, para anonadarnos. ¿Es que ha llegado el tiempo de deshonrarnos, tomando en serio á esos cabotines del diarismo, á esos juglares de feria, cuyas contorsiones dan la angustia, y provocan las náuseas del sentido común? No lo creo. Al menos yo no estoy dispuesto á envilecerme así. El único salvador será el tiempo, pacificador ó destructor. Dejemos al tiempo hacer su obra de civilización lenta, ó de destrucción absoluta. El papel de contemplativos, es el único que la ignominia actual, deja á los espíritus nobles, que estiman la pureza de su pensamiento. En ese diluvio de abyecciones, el aislamiento es la única cima, que queda apta para servir de refugio á las almas superiores. Veamos vivir nuestra época menguada, y sigámosla con ojos indiferentes, hasta su desaparición en la sombra. No envilezcamos nuestro pensamiento, mezclándolo al pensamiento nacional. No salgamos de nuestra *tour d'ivoire*, de el Arte por el Arte. Dejemos la crápula del diarismo político, á Icaro, el fanático, á Martin Saliva, el cínico, á Pérez y Solís, el ridículo, al gorilla Sulema, el mozambique fétido. Mezclarnos es degradarnos. No nos

degrademos. La acción, es abdicación. No abdiquemos.

— No, gritó Claudio Franco, cuasi indignado, ante el escepticismo pavoroso de su amigo. La lucha es la única razón de ser de la existencia. Sin ella, esta locura de los dioses, que se llama, la vida, sería imbécil, sin dejar de ser cruel. Nuestro deber es, luchar para vivir y vivir para luchar. El egoísmo es el vicio de las sociedades moribundas, y nosotros somos, una democracia joven, con derecho á la vida y á la libertad. La torre de Marfil, del Arte por el Arte, con su divisa de agotamiento, sobre su puerta estrecha, es la fortaleza del miedo y la pereza. Su evangelio de abstención es un evangelio de traición. No luchar es traicionar la Vida. Es necesario salir del período de gestación del sueño, y entrar en el período de la acción. Vivir, no es un placer; vivir, es un deber. Vivamos. Que nuestra vida sea un himno á la acción. Que todos, hasta el último poeta, bajen de esa fortaleza del sueño estéril, y se mezclen á la vida, fecunda y gloriosa. Es necesario cerrar y murar la puerta de la Torre Maldita, volverle la espalda, y caminar hacia el tumulto, gritando, como el drama de Suderman : ¡ Viva la Vida ! ¡ Viva la Vida !...

— Y, *tu, quoque?* ¿ tú también, Poeta, dijo con cariñoso sarcasmo, Pepe Cifuentes, dirigiéndose á Carlos Rodríguez. ¿ Tú también bajarás de tus nebulosidades simbolistas y parnasianas, para arrojar las margaritas de tus rimas exóticas al monstruo de la publicidad, sin temor de encontrarte en ese descenso al estercolero, con cualquier Emorroano Icaza, cualquier, cerdo antológico, husmeador de bellotas literarias, que quiera hociquear en el prado de tus ver-

sos, ó clavarte como una mariposa en el horrible museo de su inepta Antología?

— Yo, no temo á esos bonzos imbéciles, cazadores de coleópteros, cretinos fatales, que han sido para el genio patrio, algo así, como el jabalí que mutiló á Adonis. En su impotencia de gramáticos anafroditas, incapaces de producir nada, se conforman, con silenciar en sus libros, los grandes poetas nacionales, ó mutilar su genio, para hacer resaltar la gloria megalítica de los fósiles de la métrica y de los megaterios de Academia, que sobornan su venalidad de pedagogos menesterosos, dijo el Poeta adolescente y añadió:

Yo creo que la Poesía, es una fuerza, la más grande fuerza que la Naturaleza pudo poner en el cerebro y en el corazón de los hombres. Cuando ella sirve á la Verdad, es invencible. Aislarla es profanarla. Ella, tiene el derecho y el deber de mezclarse á las luchas de los hombres, de espigar en el campo de las ideas, de cantar las bellezas del tumulto, y entonar las marsellesas de todas las rebeliones. Yo no niego la necesidad y la belleza de la poesía Social. Creo que nuevos Orfeos, deben pasar, sacudiendo sobre el pueblo su túnica, blanca llena de las rosas del pensamiento y de la fraternidad, á tiempo que los Tirteos de la conmoción, llaman á los pueblos á rechazar sobre las murallas del Ideal, las invasiones crecientes de la fuerza. Pero nuestra principal reacción en poesía, debe ser sobre la esencia y la forma del verso. Nuestra poesía bucólica y sentimental, no ha sido hasta hoy, sino un esfuerzo triste, hacia la imitación de los viejos poetas españoles.

En la mayoría de nuestros poetas, la inspiración ha

sido un instinto animal, no les ha subido de la cintura, y su canto ha sido un grito del sexo. En los otros, la inspiración ha sido un sentimiento, no les ha subido de la garganta, y su grito ha sido un grito del corazón. El sensualismo y el sentimentalismo, han sido las dos grandes cuerdas de la lira nacional. El bardo artista y pensador, el potente creador de ideas y de formas, no ha aparecido. Ha habido y hay en las generaciones nuevas, grandes bardos heterodoxos, poderosos evocadores de visiones y de ideas, cuyas estrofas ciclópeas se aglomeran contra el cielo, para escalarlo, como los montes de la Titanomaquia. Pero, para desgracia del Arte, esos grandes poetas, pusieron el vino nuevo en ánforas viejas. Los unos, ignoraron las nuevas formas del verso. Los otros, no quisieron emplearlas nunca, prefiriendo encerrar su pensamiento, en los grandes vasos arcaicos, de coroplastas castellanos, á ponerlo en los pomos cincelados de los orfebres modernos. Nuestra poesía, necesita marchar directamente, hacia el Arte Nuevo. Está bien que nuestros padres se extasiaran, oyendo aullar á la luna los perros tristes del romanticismo, y cantar con voces de mujer, los bardos místicos del erotismo. Esos cantores y esos cantos, tuvieron su razón de ser, en esa adolescencia de un pueblo sentimental y semibárbaro. Pero, ¿hemos de osificarnos nosotros, y continuar haciendo odas al trono, con Icaro, cantando á las muecas de la luna, con Dimas Farfan, haciendo cantos de histerismo sáfico, con don Rómulo Pomposo, homerizando con el viejo Ortega, haciendo décimas ramplonas, de maestro de escuela aburrido, con esa gloria de almanaque, que fué don Recaredo Carrasco, ó forjando letrillas canicidas con el cacógrafo Marquino, padre

de la puerilidad y de la chistografía grotesca? No. Es hora de civilizar la Poesía. Pongamos el Arte y el pensamiento en el Verso. Hagamos obra de Belleza y de Idea. Evangelicemos y orfebricemos.

— ¡ Bravo, dijo Claudio, poniendo su mano sobre el hombro del adolescente, que temblaba aún, por la emoción de sus propias palabras, y bajo la mirada amorosa de su hermano, orgulloso y feliz.

Y, continuó.

— Sí, en el gran torbellino vital solo se apartan los débiles ó los inaptos, y ésos desaparecen más pronto, tragados por el abismo. Yo conozco, y confieso la miseria de nuestra época, pero, no la creo irremediable. La conciencia nacional, tomada por sorpresa, no es culpable. Está paralizada, no muerta. Ella reaccionará. Todo conspira entre nosotros contra el arte y contra la libertad. Todo, desde la Geografía á la Etnología. Somos un país que está geográficamente fuera de los corrientes de la civilización. No tenemos sino los pies sobre el océano, es decir, sobre la fiebre de la vida. Nuestra cabeza está en plena barbarie indígena, teniendo las cordilleras por almohadas, y por lecho un inmenso tapiz de selvas vírgenes. Entre nosotros no hay raza. Somos de un hibridismo deplorable. Es necesario formarlo todo : el país, el alma nacional, el pueblo.

— Has nombrado la gran Quimera, dijo Pepe Cifuentes : el Pueblo. Entre nosotros no hay realmente pueblo, ó mejor dicho, nosotros somos el pueblo. Esa entelequia de, *pueblo soberano*, con que se ha querido por tanto tiempo, deslumbrar y asordar las masas ignaras, no ha sido sino una mentira convencional, un sofisma vil, una palabra lucrativa en los labios de

los políticos, explotadores de la mina inagotable de la candidez pública. ¿Quién es el pueblo entre nosotros? Es una minoría semi intelectual y semiletrada, corrompida y corruptora, llena de todos los apetitos y apta para todas las bajezas. El otro, ese pobre fantasma, en cuyo nombre se ha cometido tanta iniquidad y derramado tanta sangre, es un esclavo idiotizado, analfabeto, incapaz de pensamiento y de acción.

En nuestro país, el diez por ciento de la población sabrá leer, la otra parte, está toda en la sombra, en una tan profunda miseria intelectual, que su estado difiere poco, de un estado de completa bestialidad. ¿Veis esos campesinos, cuyas siluetas se dibujan, bajo el sol tórrido, sobre el surco negro? ¿Creéis que ese ser de miseria y de abyección, puede llamarse un hombre? ¿Creéis que aquel triste andrajo social es un ser pensante? Ese ser, no sabe leer, no sabe escribir, no sabe sino rezar palabras cuyo sentido no comprende. Su vida no es vida, es una vegetación angustiosa. Ese ser, no tiene casa, casi no tiene familia, lógicamente hablando, no tiene patria. Nace, vive y muere, sobre una tierra que no es suya, sin saber porqué vivió, porqué vegetó y murió esclavo, en una miseria física y moral, inconsolable.

No hay, ni aun en Rusia, un ser más miserable, más desamparado, más huérfano de todo bien, que ese dulce y resignado campesino nuestro. Todo lo que Tolstoi, Dosckowistch, Máximo Gorky, han hecho conocer del misterio de las estepas y del dolor de los labriegos rusos, es pálido, al lado del sufrimiento y la miseria del hombre de nuestros campos. Todos nosotros, conocemos de cerca el tipo del labriego nuestro,

¿qué es? un ser, que nace de seres inmemorialmente esclavos de los mismos amos, adheridos al mismo jirón de tierra, que no es suya, eternamente inclinado sobre ella, para hacerla próvida, y enriquecer con su sudor gentes que lo despotizan y lo desprecian. No conoce las alegrías de la familia, porque sus hijos le son arrebatados para servir en las haciendas primero, y en los ejércitos ó las guerrillas después. Sus hijas, violadas y fecundadas por los amos, pasan de la pubertad á la maternidad, sin emociones y sin amor, y continúan en ser animales de placer y de carga, trabajando y muriendo como bestias dolorosas. El feudalismo rural, conserva entre nosotros, la esclavidud en todo su horror. Una hacienda nuestra, no tiene nada que criticar á un antiguo ingenio cubano. Un labriego nuestro, labra una tierra que no es ni será nunca suya, trabajando sin descanso las doce horas del día, por un precio irrisorio de centavos, y algunos por un plato de legumbres en agua, que despreciarían los perros de los ricos. De los seis días de la semana, uno debe trabajar para el Municipio, lo que llaman, *trabajo subsidiario*, otro para la Iglesia, que llaman, *trabajo de fábrica*, y otro, en servicio doméstico, para su patrón. Los tres días restantes, son para trabajar en su labranza, de la cual la mitad del producto es del propietario de la tierra. Mal comidos, privados de carne, alimentados de legumbres, cuasi desnudos, trabajando á la intemperie, bajo soles implacables y lluvias torrenciales, durmiendo en un amontonamiento de cerdos, en ranchos escuetos, en una promiscuidad inmoral y malsana, madre del vicio y la epidemia, procreando sin amor proles esclavas, enriqueciendo amos egoístas y crueles, nacen y

viven devorados por el Estado, por la Iglesia y por los ricos, y mueren casi todos por falta de socorros, abandonados como bestias, cuando no es la guerra quien los lleva á morir, sirviendo de pedestal á la ambiciosa nulidad de caudillos enfurecidos, de todos modos, encontrando en la muerte, el único consuelo, la única liberación á su triste vida de oprobio y servidumbre.

Y, ¡ es en nombre de estos siervos que se reina! en nombre de estos siervos, á quienes se llama ciudadanos y no son siquiera hombres! Y, es sobre los hombros de este esclavo desarrapado y salvaje, que la retórica política echa el pomposo manto de la soberanía! Y, es á ese fantasma doloroso, á quien llaman con una cruel ampulosidad de vocablos : *Pueblo Soberano!* á quien los publicanos de hoy, gritan como los Jerusalemitas á Jesús : ¡ Salve Rey! Eso es una monstruosa iniquidad. Y, de ese crimen de esclavitud, de sevicia, de embrutecimiento y de secuestro del soberano legítimo, son responsables, cuasi únicos, los ultramontanos, los obscurantistas, predicadores del carnerismo religioso, de la innoble mansedumbre nazarena, himnólogos laudantes de cielos quiméricos y reinos de leyenda, áulicos del cesarismo y embrutecedores de las turbas. Ellos, han abandonado al pueblo después de haberlo traicionado. Sus hombres de Estado, sus estadistas, sus escritores más eminentes, salidos de ese proletariado de labriegos, llegados á la cima, han renegado de su origen, se han hecho *aristócratas*, y olvidando sus antepasados, han apartado con desdén sus ojos, de las campiñas melancólicas, donde vegetaron sus genitores, encorvados sobre el arado, en la rudeza de los campos, bajo la cruel-

dad de los hombres y la inclemencia de los cielos.

José Iginio *de* Martino, Ruperto Cueva, Macario Orlina, representantes los más puros de esa raza indígena, hijos de labradores esclavos, ¿qué hicieron, llegados á la celebridad y al Poder? Repasad la *aristocracia* capitolina, y hallaréis en primera fila, todos los descendientes de esos indios letrados, que renegaron de su origen, y dejaron en la esclavitud su raza y aun sus deudos.

— Tienes razón. Y, esa debe ser nuestra misión, redimir ese pueblo.

— ¿Por cuál medio? dijo desdeñosamente Luis Rodríguez. El mal está demasiado arraigado, para curarlo con el encanto de dialécticas sonoras. Son hechos y no palabras, lo que se necesitan. Los partidos políticos, todos, han hecho quiebra fraudulenta de sus ideales, y desaparecen arrastrándose entre la esterilidad de las palabras. Todos se han encarnizado en discutir metafísicas estériles, ¡como una partida de cuervos, que se disputan una piltrafa en el aire. Ergotismo de sistemas. ¿Qué le importa al pueblo que el sistema de gobierno sea federal ó central? ¿es con eso menos ignorante, menos esclavo ó menos pobre? Que haya ó no, pena de muerte ¿qué puede importarle á él, que nace condenado á morir bajo el peso insoportable de su miseria y de su oprobio? Que gobiernen tirios ó troyanos, ¿qué puede importarle á él, si su salario no se aumenta, si su ración de luz intelectual le es negada, si su sórdida miseria moral y material no mejora, si su esclavitud no acaba? Otros son los remedios que reclama el mal; otro es el cauterio de la llaga. No es la evolución, la que puede salvarnos, sino la revolución. Pero, no una

revolución artificial, sino la revolución social. No es una guerra civil, sino una guerra servil, la que yo aclamo. Una guerra de siervos, como en Rusia, como en Austria, como en Iliria, una guerra de los siervos del trabajo contra los amos de la tierra, la sublevación de los hombres de la gleba, contra el alto proletariado explotador. Hacer la unión de los siervos contra los amos. Propender á la unión de los campesinos, á la creación de grandes sindicatos de labriegos, como entre los mineros. Hacer la huelga en los campos, para imponer á los dueños de tierras, el precio de los salarios y las horas de trabajo, reglamentar el trabajo de las mujeres y de los niños, crear bancos agrícolas, y cajas de labradores, como hay cajas de obreros, hacer que el bajo proletariado agrícola vaya reconquistando las tierras perdidas en el desastre de su raza, descentralizar la riqueza rural, crear la propiedad, inmobilizada por la absorción, fundar sociedades de trabajadores en los campos y desarrollar en ellos el espíritu de la fraternidad y de la solidaridad, tal es la manera de *crear* el pueblo, entre nosotros.

—Eso es batir las alas en pleno sueño, dijo Pepe Cifuentes. Ese socialismo lírico, será tan estéril como todos los sistemas de la verbografía desesperante, que nos ahoga. Tú lo has dicho : hechos y no palabras, es lo que se necesita. El hecho, que haga ver al pueblo sordo, que no puede oir. Substituir la esterilidad de la palabra por la fecundidad de la acción. Sustituir el verbo lírico, por el hecho trágico. Humanizar el sueño. El socialismo es una escuela de razón. El anarquismo es una escuela de acción. He ahí la única que puede salvar lo que haya salvable en una sociedad irrevocablemente condenada.

— No hables así, dijo Claudio, la anarquía es la doctrina de la muerte y la muerte es infecunda.

— De la muerte nace la vida. Tú no sabes, Claudio Franco, toda la cantidad de Ideal, que hay en las conciencias de esos justos, que van rectos hacia el porvenir. Su gesto es bastante para embellecer su época, y salvarla del concepto de universal decadencia, que pesa sobre ella. Ellos, son el más trágico ideal de grandeza suprahumana, que hayan podido ver los ojos de los hombres.

— Y, el Cristo, ¿ no fué un anárquico?

— El Cristo, fué un pálido antecesor de estos santos formidables, y queda mil codos abajo de ellos, en la fuerza y en la fecundidad del sacrificio. Ese melancólico eseniano, era un anarquista pasivo y doloroso, que tenía el alma demasiado esclava, para albergar en ella un ideal de verdadera libertad, y la voz demasiado dulce, para un grito de verdadera rebelión. La sombra de Dios y la del César, lo imponían, y esos dos fantasmas, se proyectan sobre el jardín de sus parábolas, como la sombra de las esfinges sobre el oleaje rojo del desierto. Profeta rural y pastóforo, sus ideales de confusa fraternidad, no fueron nunca ideales de libertad. Predicó la fraternidad bajo la cadena, no la solidaridad en la revuelta; ordenó la resignación, no la rebelión. Él, consagró el derecho de los sacerdotes, cuando mandó dar á Dios lo que es de Dios, y sancionó el derecho de los reyes, cuando mandó dar al César lo que es del César. Sus parábolas confusas, no resuelven ningún problema. Su vida pacífica y obscura, su muerte mansa, entre lágrimas, no reflejan ninguna grandeza, ni enseñan ningún heroísmo. Predicó la humildad, que es la pasión de los

viles, y practicó la mansedumbre, que es la virtud de los esclavos. Ningún grito de venganza salió de sus labios, en su vida, ni en su muerte. Expiró llorando, como un siervo, resignado á su castigo. Era un soñador, no un libertador. Enseñó á soñar y á sufrir, no á matar y á combatir. La mano que curó la oreja de Malco, era incapaz de romper cadena alguna.

— Felizmente no serán tus *santos*, los que han de salvarnos.

— Ni ellos, ni nadie. *Nulla est redemptio.* Pereceremos por el hierro y por el fuego. Después de haber abonado la tierra con nuestras lágrimas, el arado de los conquistadores pasará sobre nosotros, aplastándonos como larvas inútiles. Vamos hacia le desaparición. El despotismo llama la conquista. Seremos conquistados. Deshonraremos la esclavitud después de habor deshonrado la libertad, Avergonzaremos las cadenas, después de haber avergonzado la vida. ¡Los bárbaros tardan en llegar! Tardan, pero llegan.

—No, no digas eso, gritó Claudio con desesperación. Antes que eso suceda moriremos, todos, todos, por la patria.

— ¡La patria!...

— ¿Tú no amas la patria?

— El amor á la patria, no es un sentimiento, es un instinto, el más bestial de los instintos, después de la lujuria... La Patria.., ¿qué es la Patria? dijo y calló, apoyándose de codos en la ventana que daba sobre el campo, un campo gris y lúgubre, apenas iluminado por un sol lívido, que declinaba sobre una roca desnuda y áspera.

— Triste sol, dijo Claudio.

— Sol de Desaparición!

—Ves, aquella nube negra, que se esfuma allá sobre la roca, como adornada de un casco, con un penacho blanco? Es la sombra de Alarico... dijo Cifuentes.

Todos rieron, y él también...

Y, reían, como para darse valor, súbitamente invadidos por la convicción de su soledad, de su aislamiento, casi de la inutilidad de su vida...

Y, hablaron después, sobre su periódico. Resolvieron fundarlo, cualquiera que fuese su suerte. Sería un canto de cisne. Sería una voz perdida, ascendiendo hacia el cielo pálido, y muriendo en él, como el grito de un alción, sobre la soledad de mares en tormenta...

Y, vencidos por su tristeza, se acercaron en grupo á la ventana, inclinándose sobre el silencio profundo del llano, ya hundido en las sombras del crepúsculo.

El sol lívido había muerto, y su último rayo, iluminaba, jinete en la roca trágica, proyectándose sobre el llano mudo, el fantasma siniestro de Alarico...

Y, los intelectuales, temblaron, como ante el surgimiento de una anunciación...

¡La silueta de la conquista, continuaba en alzarse obstinada, bajo el cielo opaco, en limbos proféticos, ante el ojo vidente de los parias!...

XIV

Los coloquios de los amantes fueron interrumpidos.

Ya no pudieron más, en horas de ventura, en la melancolía infinita de los campos, contarse su tristeza enternecida, turbando la paz augustal del silencio con la magia musical de sus juramentos de amor, uniendo el himno de sus corazones, cargados de deseos puros, hundiendo sus miradas en los mismos horizontes infinitos, ó en la mansedumbre azulosa del río, que los astros salpicaban de lises de oro.

El odio que los espiaba, descubrió la hora y el lugar de sus citas, y Liana fué encerrada bajo llave y privada de sus vestidos, para que no pudiera abandonar su cuarto.

Don Nepomuceno, pensaba, seriamente, en casar su hija, con su viejo amigo, el General Cobos, Presidente del Estado, y no quería que nada viniera á turbar sus planes ambiciosos. Era el último golpe que reservaba á su sobrino. No habiendo podido arrebatarle la exis-

tencia, le arrebataba la ventura. Después de arruinar su vida material, arrebatándole su herencia, iba á arruinar su vida sentimental, arrebatándole su amor. Ya que no podía evitar que la gloria viniera sobre Claudio Franco, evitaría que viniera la ventura. Que fuera glorioso, pero no dichoso. Que alcanzara el triunfo de sus sueños, pero no la paz de su alma. Que su frente irradiara con luz de inmortalidad, pero que su corazón gimiera eternamente en las tinieblas del dolor. Ya que no podía evitar que fuera grande, evitaría que fuera feliz. Esa sería su venganza.

Cuando Claudio, supo la nueva prisión de Liana, encerrada desnuda, como una virgen destinada á las fieras, la cólera lo cegó, vió rojo, y la imagen del asesinato se alzó ante él, como la única solución de sus rencores. Pensó en ir á buscar á su tío, provocarlo, insultarlo, y arrancarle con la vida su ventura. Concibió la idea de un rapto, para arrancar á Liana á sus torturas. Sí, pero todo eso era la ruina de su personalidad, de sus sueños, de su gloria futura...

El crímen suyo sería el triunfo de sus contrarios. Él, no se pertenecía. Al lado de esa virgen encerrada, la patria, encadenada, reclamaba también su sacrificio. Él, era el amante, sí, pero era también el Apóstol, y aspiraba á ser el Héroe. La esencia de sus sueños, era algo más que la de un tenorismo sentimental, era la secreta y divina vibración de un redentorismo trascendental. Vencerse á sí mismo es el secreto de vencer á los demás. El alma del verdadero dominador, comienza por obtener su propio dominio, para alcanzar el dominio de los otros. La victoria inicial está en el propio ánimo. El triunfo más bello, el único definitivo, es aquel que se obtiene sobre sí mismo.

Sólo aquel que sabe encadenar sus propias pasiones, puede encadenar las pasiones de los otros. Sólo aquel que se liberta á sí mismo puede dar la libertad á los demás.

¡ Claudio Franco, triunfó de su rencor, ¡ ay ! pero no pudo triunfar de su dolor !

Renunció á la violencia, pero no pudo renunciar á la tristeza. Venció sus instintos, pero no pudo vencer su corazón.

La reflexión, serenó su alma, no la consoló. Le dió una serenidad triste, ante la cual, pudo ver, palpitante y desnudo su dolor. Y, pudo convencerse de la inanidad de la ciencia en los dramas del corazón.

La filosofía, no puede nada, contra el sentimiento, ni lo modifica ni lo destruye ; lo constata : eso es todo. Ella, brilla sobre las pasiones, como la luz del sol sobre un torrente, sin marcarles cauce. Testigo mudo y perspicaz, ve los dramas de la conciencia sin dominarlos, como los árboles de un vórtice, ven precipitarse el torrente sin detenerlo. Es la mayor tristeza de la vida comprender que sufrimos y no poder evitarlo.

Y, Claudio, sufría hasta la desesperación. Su corazón sangraba, clavado en una cruz de tormentos indecibles.

El hondo, el innarrable dolor que caía sobre su alma, lo llevaban hacia la soledad, para tender sus brazos á los recuerdos, que se alzaban allá lejos, en las perspectivas de su pasado, como una isla flotante en el espejismo de mares australes... Y, sentía la llamada de tiempos deliciosos, que cantaban en su corazón nostalgias desesperadas... Iba hacia el silencio de senderos queridos, donde todo le hablaba de ella y

de su amor. Tal árbol, tal recodo de camino, tal remanso de fuente, eran como estrofas vivas de su poema, y le hablaban de *ella*, en dulce murmurio... Y, se encariñaba en ellos, como en seres vivos, como en algo de su pasión, algo compasivo, que lo comprendía y lo consolaba, con su mudez fraternal. Y, pasaba horas enteras en soñar y en sufrir á la orilla del estanque, de donde le parecía ver surgir, como una flor de iris rompiendo la ola tembladora, la imagen de la Amada, y la llamaba en su dolor, en sus angustias lamentables, bajo el encanto insensible de los divinos cielos y los amplios silencios praderales.

La naturaleza, no era ya, la madre apacible, que había calmado las inocentes torturas de su alma con el encanto consolador y melancólico de sus divinas horas estrelladas...

En la noche, íbase por las tinieblas imprecisas del llano, siguiendo el vuelo de sus sueños, como un hipnotizado, invocando el nombre querido, como un presagio, mezclándolo á los ecos musicales de la selva como las palabras de un himno litúrgico, dando á la gran tenebrosa, á la augusta Reina negra, todo el secreto de su corazón, recitándole la letanía de sus dolores, contándole las tristezas de su grande alma desolada.

La Noche no es pacificatriz de los dolores. Es la grande evocatriz de los recuerdos de amor. Sacerdotisa taciturna, con bandeletas de estrellas, su tiara está constelada, por todos los astros centellantes del Deseo.

Su seno sembrado de soles, tiembla y se hincha, con la gran marejada de voluptuosidad que lo invade y lo tortura.

Su cuerpo insaciable, de gran Mesalina astral, se contorsiona atenaceado por las últimas caricias del Sol, que fecundó sus flancos con los gérmenes de la aurora.

La Noche, es la gran Lujuria.

El rosal de los besos rojos, no se abre sino bajo la mirada afrodisia de esta Maga, hechicera del Misterio.

Madre de las desfloraciones insólitas, su himno, es un arrullo de palomas citereas.

Y, ella, arrojaba sobre Claudio, su aliento desmesurado de pasión...

Y, él, temblaba, ante las voces desconocidas que le venían del calmado Imperio de las cosas, donde la selva parecía un grande órgano sonoro, gimiendo bajo los dedos de un fantasma filarmónico, y las flores todas, almas musicales, que cantaran, bajo la rutilancia armónica de los astros, poetas pensativos, ocupados de escribir un poema inacabable de amor, en el papirus eternamente virgen, de los cielos.

Y, sentía alucinaciones tremendas germinar y estallar en su cerebro calenturiento, y combatía con sus visiones, y caía vencido, apurando hasta las heces el cáliz de su dolor, la miseria de su pena, su desesperación inconsolable.

Y, así llegaba hasta los potreros de *Santa Bárbara,* y entraba hasta los jardines de la casa, á riesgo de ser sorprendido y asesinado, tan solo para ver la ventana cerrada, tras de la cual velaba Liana, desconsolada y sola.

Y, allí permanecía horas enteras, como en plegaria ante su amor, bajo la maravilla de los cielos centellantes, en el lento apaciguamiento que de ellos des-

cendía sobre la tierra, sin tocar con su caricia de paz, el horror del desastre en que naufragaba su grande alma dolorosa.

. . . . . .

Y, en su desvelo tenaz, escribía para su amada páginas inconclusas, himnos de fiebre, alucinaciones en cuyos senos de muerte, parecían abrirse sus pensamientos como grandes flores de demencia.

Y, decía :

Oh, mi Amada, en los lentos crepúsculos, que entristecen la fuente sonora, donde tiemblan los ópalos muertos de la Tarde; mi beso te implora. Y, en las luces muy blondas, que besan el movible perfil de olas rotas, donde surgen las flores de espuma, como alas de blancas gaviotas, y el sol muerto, como un granate inmenso, sepultado en el fondo del lago, reverbera, yo te evoco, ¡ oh mi hechicera ! y al conjuro de mi obscuro sortilegio, en una decoración de florilegio, apareces, blanco lirio, sobre el mosaico asirio que te forman las flores y las plantas, y adelantas hacia mí, el paso rítmico, el gesto hierático, los ojos opulentos llenos de pensamientos, en la boca severa omnisapiente el enjambre hirviente de las dulces abejas osculares, y en tus manos lunares, en los estambres de tus dedos teúrgicos, todo el bouquet de nuestros sueños líricos.

¡ Oh, mi Amada ! de tus labios la sagrada y adorada eucaristía da la fuerza y da la vida. Y, se anida en tu boca, el alma loca. Allí vive el alma mía.

¡ Cómo crece, cómo sube mi tristeza abrumadora ! Sube oscura y silenciosa, la terrífica marea... Ya me envuelve, ya me ahoga... Los parajes de la vida, ya se esfuman, ya se borran, allá lejos en las costas escarpadas de la sombra... Las postreras aves blancas ya volaron

de la costa... Ya se alzaron, ya se fueron, ¿hacia dónde? El alma sola, ave triste asesinada, va batiendo el ala rota, á morir en otra costa, á buscar la playa eterna donde todo se reposa. ¡Playa amada, playa ignota, de la calma y del Silencio, del Olvido y de la Sombra! Yo te busco en mis dolores, yo te busco en mi derrota. ¡Playa triste donde reina la eternal Misericordia!

Mi bajel lleva otro rumbo, á otras costas va mi barca. Va á la Isla dolorosa, habitada de fantasmas, donde viven delirando los espectros de la Nada... Una bruma opalescente entristece esas comarcas, donde en mágicos jardines se abre una flora pálida, flores tristes del delirio, flores rojas de la rabia, flores lívidas de anemia, flores negras de la pena, de la pena que no mata... ¿No conoces esa isla? es el país de la demencia. ¡El islote del martirio, donde vive la Locura, devorando extrañas almas! Hacia esa isla va mi vida, á esa playa va mi barca. ¡Ven y sálvame, amor mío! Ven y sálvame, oh mi amada!

. . . . . .

Y, tus manos que son santas, eucarísticos plumajes, pónlas sobre mis ojos, los mirajes de la fiebre maldita se borrarán... Los lises, de tus manos pacificatrices, harán surgir la Vida y la Ventura, en el jardín del Mal y la locura. Á tus febriles caricias, las primicias, de las flores del ensueño se abrirán. Y, en los limbos cerebrales, los rosales, de la Idea, florecerán. La primavera de tus manos hará el Milagro.

Y, la virgen prisionera, escribía también:

. . . . . .

En la tiniebla insondable de mi angustia, como una procesión de ibis rosados, sobre un lago de sombra,

siento las rosas rojas del Amor, crecer desmesuradas en mi corazón.

. . . . . .

Alas de cosas invisibles desfloran mis sueños.

¡Cómo son lentos los días del infortunio!

El dolor entenebrece mi alma, como el otoño entenebrece las fuentes.

El otoño y la ausencia son hermanos, heraldos del invierno y de la muerte.

. . . . . .

Los más puros recuerdos de mi vida, mueren como cisnes emblemáticos, con los cuellos tronchados por manos invisibles.

Las rosas de mis tardes idílicas, mueren en una agonía de músicas lentas.

. . . . . .

La Noche está llena de mi alma. ¡La Noche, que me besa con sus labios de sombra! ¡La noche espectral, con boca de urna, llena de perfumes y de rayos!

El Amor siembra de recuerdos mi vida. Y, mi alma va en peregrinaje á través de esa región de sacrificios. ¡Rosas muertas!

Mi pobre corazón languideciente, vibra hasta romperse.

¡Ah, que no muera yo sin oir de nuevo tu palabra, que empurpura mi vida, con el resplandor de soles inmortales.

Que vuelva á ver ante mí tu cabeza heroica; que brilla como un astro blanco en un horizonte de ensueño.

Yo sabré decirte mis palabras de amor para morir.

Y, morir, sintiendo tus labios poner sobre los

míos, el sello de paz que hace la eternidad divina del Amor.

Gundita fué el ángel de piedad, que vino á traer un rayo de consuelo á aquellos corazones lacerados.

Ella, tuvo el valor, una noche, que sintió á Claudio, rondar en el jardín desierto, de ir hasta él, para consolarlo. Y, le prometió poner en manos de Liana, la carta que éste dejaría la noche siguiente, bajo una piedra del jardín.

Y, así fué, aquella mañana, Gundita, se alzó, como de costumbre, antes del alba, y recogió de bajo la piedra, la carta deseada.

Ya ella la había anunciado á Liana, y como la joven, no podría leerla en otra parte, convinieron en que la recibiría en la capilla, después de la misa.

Y, así fué.

Terminada la función religiosa, Liana permaneció de rodillas, en actitud de oración, hasta que los pocos asistentes se hubieron retirado todos. Entonces, se acercó á Gundita, y ésta le entregó la carta.

La pobre niña, casi no podía abrirla, de emoción, y para leerla mejor se acercó á los cirios del altar.

Don Nepomuceno, que no perdía de vista á su hija, viendo que ésta, no había salido de la Capilla, regresó á ella.

Gundita, que estaba en la sacristía, no pudo detenerlo.

Liana, absorta en la lectura, no lo sintió venir.

Cuando comprendió el peligro, ya su padre estaba cerca de ella.

Entonces, deslizó la carta en su seno, y se apoyó contra el altar, como poniéndose bajo el amparo de la

Dolorosa, cuyas manos pálidas sostenían la corona de espinas y del Cristo, cuyos brazos lacerados se abrían como un refugio para los perseguidos de la tierra.

— Dame esa carta, gritó el padre imperativo.

— ¿ Cuál carta, dijo la niña temblorosa.

— Esa que tienes en el seno.

— Yó no tengo ninguna.

— Dámela ó te mato.

— Papá, querido, yo no tengo ninguna carta.

— ¡ Ah, ¿ quieres burlarte de mí, rugió el viejo, atropellando á su hija, para meterle las manos en el seno, y arrebatarle la carta.

Esta, cruzó los brazos sobre el pecho, y se defendió heroicamente.

Don Nepomuceno, entonces, la tomó por el cuello, y la apoyó contra el altar, como para estrangularla. Apretó tan fuertemente, que la niña, casi ahogada, abrió los brazos.

El viejo brutal llevó las manos profanadoras al vestido de su hija, hizo saltar los botones, y metió la mano dentro el corsé. Como dos anádes sorprendidos, mostrando el pico rojo, los dos pechos de la virgen, brotaron níveos y erectos.

Ante la violación de su pudor, Liana se hizo furiosa y redoblando su energía rechazó á su padre, y escapó un momento de los brazos torturadores. Fué un momento no más, pero bastante para enrollar el papel y meterlo á su boca.

— Dámelo, gritó el viejo aferrándola de nuevo por el cuello.

La joven hizo un esfuerzo supremo y tragó la carta.

El padre enfurecido, la tomó entonces por los cabellos, y la sacudió con violencia atroz contra la mesa

del altar. Gundita, entonces, se prendió á los brazos de su hermano, gritándole.

— Nepomuceno, Nepomuceno, ¡ por Dios ! no la mate.

Este, ya fuera de sí, dió tan fuerte pescozón á su hermana, que la vieja virgen rodó al suelo, dando con la cabeza en las losas del presbiterio. Se alzó pálida y bañada en sangre, apoyándose, casi sin sentido contra el muro.

Entonces el viejo se encarnizó en su hija.

La niña, ocultó el rostro entre las manos, bajó la cabellera suelta, y sufrió sin moverse los horribles azotes que su padre le daba con el foéte, que no dejaba nunca. Y, después, dobló las rodillas, vencida por el dolor, cuando la sangre, corría de sus espaldas y humedecía la blanca batista de su traje.

Entonces, el verdugo fatigado, abandonó el templo, rugiendo improperios y cerrando tras de sí las puertas.

Y, las dos mujeres ensangrentadas, se abrazaron en su dolor, temblando bajo el insulto y la sevicia, ante la Virgen Dolorosa, y la mirada absorta del Cristo indiferente á la horrible profanación, á la infamia portentosa de aquel *heroico* centurión de sus milicias...

XV

Los *Parias*, sufrían la gloria de toda elevación
Eran aislados, abandonados, y lapidados.

Todos los hombres y partidos del pasado, nuevos Simones Estilitas, inmóviles, de pie sobre su columna de errores, los anatematizaron, inexorables é implacables...

Gansos líricos, de unas murallas mil veces derruidas, gritaron, denunciando á la sombra, aquel grupo de asaltantes, que aparecía, agitando en el horizonte pálido, la bandera blanca del Ideal.

El arrivismo glotón, que imperaba en las letras y en la política, tendiendo á hacer imposible todo esfuerzo hacia nuevas vías, paralizando todo vuelo hacia nuevos horizontes, atrofiando todo entusiasmo heroico hacia nuevas conquistas, les salió al encuentro.

El megaterismo pontifical, que había lentamente momificado con su soplo de muerte el alma nacional, los hacedores de halos y de aureolas, que abrían cie-

los de glorias ficticias y hacían auroras artificiales, á todos los que se plegaban á la omnipotencia de su vanidad protocolaria, ofreciéndoles la inmortalidad en premio de la esterilidad, se irguieron en sus grandes hipojeos, con gritos desesperados de cólera.

La fraseología acerba de los metafísicos del renombre, cayó en términos sonoros, contra aquel grupo de aúdaces, y un turbión de paradoxas graves, se abatió sobre ellos.

Solo poetas lejanos y esquivos, luchadores irreductibles, espíritus solitarios y altos, de las nuevas generaciones, rompieron en aplausos y mandaron su adhesión, desde los puntos más remotos de la República.

Se había pensado en formar una falange, fuerte por el talento y por la idea, y los miembros de esa legión dispersa, perdidos en ignotas soledades, respondían al llamamiento colectivo, y se apresuraron á unirse, en su divina sed de idealidad, en su magnífica impulsión de Justicia y de Amor.

La visión de la palpitante miseria moral en que agonizaba su patria, les daba una sonora y milagrosa elocuencia, que vibraba en su prosa, de una maravilla bíblica, y en sus versos, de una inspiración dolorosa y terrible.

Las fuerzas subtiles y vibrantes del pensamiento, se mostraban radiosas y potentes, en esa leva de armas contra los dioses y los amos.

Y, el grupo, que se engrandecía, en la vibrante sugestión de la catástrofe, vino á agruparse todo al lado de Claudio Franco, que desde su aldea semibárbara, agitaba y sostenía el movimiento en la grande obra de renovación y de lucha.

El grupo protestatario, reconocía en él, lo único

que salva á los hombres y á los pueblos : el carácter.

Su gran conciencia era un contagio.

Como Gerónimo el penitente y Juan el visionario, eran seguidos al desierto por sus leones y sus águilas, así habían seguido á Claudio Franco, en su destierro voluntario, el Odio y el Entusiasmo que inspiraba.

Los aullidos y los aplausos, no habían dejado de decir su nombre.

Durante ese tiempo de retiro y soledad, el alma de Claudio Franco, había permanecido en constante comunión intelectual, con las almas hermanas de la suya, con sus condiscípulos, con sus amigos, con sus admiradores, con todos aquellos que habían conocido en la Capital la intensidad de su potencia atractiva, el imán poderoso de su talento austero y dominador. Él, había mantenido viva el alma de la *revolución*, cultivaba el germen de la guerra, y la veía despuntar, crecer y abrirse, como una ígnea y fúnebre flor de Reivindicación y de Justicia.

Su trabajo de orientación de los espíritus hacia las inmediatas soluciones de la fuerza, hacia la liberación definitiva de las masas, no había sido estéril.

Grupos aislados, se habían formado en toda la extensión del país, respondiendo á la apelación de esa gran conciencia, de ese gran desinterés, que no tenía para atraer los espíritus hacia él, sino la sola magia de su pensamiento, y el atractivo de una gran convicción, comunicativa y profunda.

La coalición anónima de la mediocridad, el veredicto implacable de los jefes, toda la procacidad de la envidia en alarma, no pudieron nada, contra el proselitismo, atractivo y creciente, que aquella alma in-

dómita, conquistadora de voluntades, ejercía sobre los espíritus nuevos, por la sola autoridad de su sinceridad, su elocuencia y su valor.

A ese grupo disperso y áfono, faltaba una bandera, una tribuna, desde la cual pudiera apostolizar, una altura, desde la cual soltar las aves prisioneras de sus sueños y hacer ver la orientación de sus palabras y de sus actos hacia las cimas inmortales de la Libertad.

Y, Claudio Franco, pensó en alzar esa tribuna, como un islote en la tempestad, fundando cuanto antes, el periódico ya pensado y resuelto por los *Parias*.

La sola tentativa de ese esfuerzo de energía, despertó y exasperó aún más, los odios ya acumulados por él, sobre su cabeza y la de sus amigos.

Fué un tumulto abyecto, del Miedo y de la Envidia.

Los que iban á ser castigados y los que iban á ser eclipsados, todos, lanzaron el mismo grito, de desesperación y de cólera.

Ese gesto de Apóstoles, hecho por hombres nuevos, sobre las mareas montantes de la general abyección, amedrentó las nulidades omnipotentes ó sibaritas, que soltaron sobre aquéllos, los rayos multiformes de su cólera insultada.

Los jefes de su partido, desaprobaron la tentativa de Claudio, á quien acusaron altamente, de ambición, y de indisciplina, de querer dividir el partido, de aspirar á la jefatura de él, y de sembrar la anarquía, pretendiendo apartar la juventud del yugo paternal de sus jefes naturales. Se habló, pública y ostensiblemente, de su orgullo malo, de su vanidad incorregible, de su rebelión funesta, que comprometía la unidad de la causa y la suerte de las ideas, encerra-

das como en un sagrario, en el corazón de los antiguos hierofantes.

Los enemigos, recogieron estos ultrajes, y los arrojaron sobre Claudio y sus amigos, felices de no tener que vaciar el carcaj de sus flechas, porque el arsenal inagotable de la envidia liberal, les daba bastantes, para exterminar el grupo disidente.

Los *Parias*, no se intimidaron por la desaprobación de los unos, ni por el insulto y la amenaza de los otros.

Esos espíritus bravíos, no se dominaron en su irritante orgullo, y desafiaron, sin retroceder, la coalición de las mediocridades, organizada contra ellos

Se cotizaron entre sí, para comprar y hacer venir de la ciudad vecina, una imprenta que años atrás había sido comprada para una empresa electoral, y que el ex-candidato les vendió, á bajo precio. Hicieron venir operarios, que pagaban ellos. Tito Martínez, cedió una de sus casas, para instalar la imprenta, y todos se pusieron á la obra, con un fervor de verdadero apostolado.

Bien pronto, el primer número, estuvo levantado.

El periódico, se llamó: *El Nuevo Verbo*. Llevaba por lema, el epígrafe dantesco: *Parola e Sangüe*. Era un folleto, y contenía, lo más selecto y vibrante, de cuanto el alma de la nueva generación, había escrito y enviado, de los más diversos y remotos puntos del país, donde la raza de los pensadores, olvidada ó perseguida, sollozaba abatida y muda, como una tribu de israelitas dispersos, á la sombra de nuevos sauces babilónicos.

Eran, artículos de política, de una acritud grave y terrible, que recordaban los buenos días de la prensa

francesa, los tiempos de Villemain, Veuillot y Girardin; gritos desalados y profundos, anunciadôres del naufragio, sollozantes y rencorosos, como escapados al corazón doloroso de Polloniewscky ó Léo Ruymbronck; voces proféticas, de un misticismo neo-cristiano, que hacían pensar en las poderosas alucinaciones bíblicas de Ruy Nayst, ó Mecislas Golber; esfuerzos al dominio de la voluntad, en las tinieblas, á lo Shopenhauer; y fantasías filosóficas á lo Tromerhan; fuertes idealidades de solidaridad social, como formadas con los fragmentos del sueño portentoso de Oblienscky; versos de un arte nuevo, que hacían recordar el clarín de acero de Emile Verhœren, las ánforas divinales de Montesquieu-Fezensac, las exquisiteces simbolistas y profundas de Henri de Regnier, los lirismos apasionados de Emanuel Signoret ó la sensualidad deliciosa de Pol Levengard; novelas cortas, sicológias de almas complicadas ó perversas, semejantes á esas voluptuosas flores de condenación que se abren en el jardín baudelariano, cerraban el número, con la expresión altanera y dolorosa, de una *Satánica*, de Felicien Rops.

Aquel sábado, día en que debía circular el periódico, se habían reunido en la imprenta, para esperarlo, Tito Martínez, Pepe Cifuentes y Luis Rodríguez. Claudio Franco, no había podido venir, detenido en el *Retiro*, para conferenciar con un emisario de la Revolución, venido á ese efecto, y que debía partir ese mismo día. Carlos Rodríguez estaba en el campo.

Concluída la tirada, plegados los números, Luis Rodríguez, leía en alta voz, los artículos más vibrantes, cuando fué interrumpido por la irrupción brutal, que hicieron en la sala, seis policías desarrapados,

con los machetes desnudos. Detrás de ellos, entró el Alcalde, revólver al cinto, y faz bestialmente solemne. Extendiendo su bastón con una gravedad cómica, que hubiera envidiado para sus farsas, el más humorístico polichinela napolitano, dijo, con un acento heroico, que eclipsó la gloria de todos los alcaldes de sainetes, conocidos hasta entonces :

— Señores! En nombre de la ley, están Ustedes presos.

Pepe Cifuentes, prorrumpió en una carcajada homérica, y con las manos en el estómago, se retorcía en una silla, presa de la más incontenible y sincera hilaridad. Tito Martínez, ensayó discutir, y Luis Rodríguez apostrofó al Alcalde.

Entretanto, los agentes de policía, se apoderaron de los números del periódico, los echaron en un saco, se lo pusieron al hombro y se prepararon á partir.

— Lleven á los Señores también, dijo el Alcalde, con su solemnidad imperturbable.

Y, sin permitirles ir á buscar las chaquetas, que habían dejado en otro cuarto, para trabajar mejor, los sacaron, y cerraron y sellaron las puertas de la casa.

En mangas de camisa, sin sombrero, entre dos filas de genízaros que llevaban los machetes desnudos, atravesaron la plaza en camino hacia la cárcel.

En las ventanas, en las puertas, sobre las aceras, las gentes de la aldea, miraban, y rumoreaban...

El contagio de la crueldad ganó la plebe, y con el odio instintivo, que ésta tiene por la inteligencia, rompió en vociferaciones amenazantes. Avanzó hacia los escritores, los estrechó, los circundó como una boa enorme, y tendió hacia ellos sus manos, armadas de cóleras terribles.

Ellos, miraban sin inquietarse, el salvajismo imbécil y repugnante de la turba enfurecida.

Al fin, llegaron á la prisión, y la muchedumbre quedada á las puertas aullaba desesperada.

¿Por qué?

¿Saben los lobos por qué aullan á la vista de la sangre?

— ¡Viva el Pueblo Soberano! exclamó riendo Pepe Cifuentes, al entrar en el calabozo infecto, y añadió. — Mira, Luis Rodríguez, qué bella es tu fiera libertada. Eso, es la canalla, que tú sueñas redimir.

El poeta volvió sus ojos hacia la multitud, que hormigueaba allá, en la puerta lejana del edificio. La miró con una gravedad tierna, como se mira á un hijo ebrio ó á un niño criminal, y como si pensara en esas palabras de perdón secular, que otro revolucionario mártir, arrojó desde lo alto de su cruz, exclamó con honda y muy sincera amargura.

¡Pobre Pueblo!

XVI

Más ligera que un estradiota, la catástrofe avanzaba.

Lo que era un punto negro en el horizonte, se había hecho una nube inmensa, que ascendía formidable, pronta á estallar en lluvia de cenizas y de sangre.

La guerra llegó.

Claudio Franco, avisado por posta, de la prisión de sus amigos y de la salida de la escolta que debía aprehenderlo á él, tuvo apenas tiempo de escapar, por entre los trigales crecidos, cuando allá lejos, una nube de polvo, anunciaba los pretorianos en marcha.

Ascendiendo por el cauce de un torrente extinto, logró ganar la choza de un campesino fiel, y se refugió allí.

Su reposo no podía ser sino de horas.

Era preciso partir.

La hora imperiosa había llegado. ¡ La hora del deber!

Era llegado el momento de traducir en actos, el he

roísmo vibrador de sus palabras y « substituir la energía de las resoluciones á la inutilidad de las esperanzas ».

La hora de la evangelización había pasado. La hora de la acción, había llegado. El Verbo condensado, tomaba forma tangible. La palabra florecía en un haz de sables y metrallas.

Era la hora trágica, sucediendo á la palabra profética.

El rayo de su entusiasmo había prendido la selva estremecida. Era necesario ir á mezclarse á los cataclismos del incendio.

De todas partes, voces entusiastas lo llamaban. Gritos ya bélicos pronunciaban su nombre, invocándolo como lema y como símbolo. Los primeros focos de rebelión armada, que aparecían, vecinos de la Capital, lo proclamaban su jefe y lo esperaban.

El Emisario que acababa de partir, había traído las actas de esta proclamación, y había llevado la promesa formal, de que Claudio Franco, iría á ponerse á la cabeza de ellos.

La necesidad imperiosa, de las crueles amputaciones, se imponía, y debía comenzar por ahogar los gritos de su propio corazón.

La hora de las inmolaciones fecundas y gloriosas llegaba, y era necesario principiar por inmolar en holocausto, todos los grandes afectos de su vida.

¡ Adiós su madre, anciana y miserable, pronta á ser arrojada cuasi ciega y menesterosa á la calle, por las últimas expoliaciones de su tío !

¡ Adiós su hermana, la virgen fuerte, que había sacrificado todo, hasta su corazón, á la misma sed de Justicia, que á él lo consumía !

¡ Adiós Liana, su amor inmenso y desesperado, la pobre niña, que quedaba abandonada al horror de la soledad y al furor de sus verdugos!

A esta idea, un indescriptible estremecimiento de dolor y de angustia, recorrió todo su ser, y apretó su corazón, hasta hacerlo gritar.

Dominador de sí mismo, impuso silencio á sus torturas, y sofocó el grito de sus sentimientos, estrangulando en germen las cobardes debilidades que gritan siempre en el fondo del amor.

Y, asesinado, lúgubre, se alzó triunfal, en el seno de una serenidad dolorosa y terrible.

Era necesario ver á Liana, y darle él mismo la tremenda nueva, y despedirse de ella, dejándole como prenda el corazón, y el alma prisionera entre sus labios en flor.

¿ Cómo verla?

Salomé, la mujer del arrendatario, en cuya casa se había ocultado, fué enviada á *Santa Bárbara,* á llevar á Liana el mensaje verbal, pidiéndole una cita inmediata. Debía ir con el pretexto de vender unas frutas y hablarle á la niña, ya que era imposible, que ésta, pudiese leer nada, después de la última carta sorprendida.

Así fué.

La campesina, cumplió fielmente su cometido, y Liana prometió que á las dos de la mañana, estaría en el lugar de sus habituales entrevistas.

. . . . . .

. . . . . .

Por el campo desierto y helado, bajo un viento amenazante de lluvia, parecían correr gritos perdidos de soledad y de abandono...

Pájaros agoreros, cruzaban en la opacidad lívida, lanzando graznidos siniestros, como voces de presagio.

Por los caminos blancos, llenos del terror sollozante de la Noche, se proyectaban las siluetas de los árboles, como una lenta procesión de sombras, una interminable teoría de almas, en la ilustración fantástica, de un poema dantesco.

Se diría, que la tierra toda, sollozaba, bajo el abrazo de un tedio mortal.

En el misterio del pabellón de árboles, que bordeaba la fuente rumorosa, Claudio y Liana, sollozaban, más que hablaban, en el inmenso abandono de su infortunio y de su amor.

El cielo negro, entenebrecía los rosales, en cuyas flores, la escarcha dejaba diamantes como lágrimas.

Sobre el agua glauca y lila de un remanso, dos cisnes meditativos parecían dormir, como dos grandes flores fúnebres, en un estanque de muerte.

Y, los amantes, murmuraban, bajo, muy bajo, todos los sueños de su idealidad perdida y las torturas de su amor inconsolable.

Cosas muy tiernas y muy dulces, subían de su pasado á su corazón, y el gusto amargo de los besos y las lágrimas hacía temblar sus labios, martirizados por la pena del Adiós.

Una niebla húmeda y fría, subía del llano triste, hacia el cielo negro, y se enredaba, como jirones de sudario, á la cabellera de los cipreses, que parecían desafiar la noche con su lúgubre majestad inconsolable.

Sobre el vasto silencio del llano, parecían desgranarse, las notas lúgubres de una elegía, cantando el

himno de la muerte, sobre las hojas caídas en los estanques helados.

Toda la tristeza, de esa noche hosca y sombría, se reflejaba en esas almas torturadas, que se besaban en la sombra.

Liana, apoyada la cabeza sobre el hombro de Claudio, suspiraba tristemente.

Y, éste, le decía al oído, el himno de su amor interminable.

El alma de las aguas y de la tierra, el alma de las flores y de los cisnes, parecía sumarse en la suya, y todo lo que soplaba de idealidad en lo infinito, subía á sus labios cuando decía.

— Partir! Dejarte, ¿cómo es posible? vida mía. Y, dejarte sola, entregada á tus verdugos... ¡Oh, cómo nuestra vida es cruel!

— No maldigamos la vida, decía ella, amarnos es bastante consolación. El amor es la más grande ventura de la vida, y es justo expiarla por el dolor. Con el sacrificio se rescata la ventura. Yo, presiento que después de esta prueba hemos de ser felices. Ve, cumple tu deber. La Gloria, te espera. Aquí no te espera sino la muerte, y una muerte sin gloria: la muerte de tu padre. Yo leo todos los días esa sentencia implacable en el rostro de mi padre, y la escucho vibrar en sus amenazas. Si no partes, te asesinarán vilmente, yo lo preveo, yo lo siento en todo lo que oigo y veo junto á mí. Yo misma, temo rebelarme, por temor de que mi rebeldía cause tu muerte. Ido tú, yo puedo ser inexorable. Nada de lo que hagan contra mí, me amedrenta, ni me importa. Vete. Aquí la muerte te espía. Desde hace dos días, que la guerra ha estallado, yo no vivo. Si no hubieras venido, habría

sido capaz de ir á buscarte, para decirte que te fueras. Tú no puedes imaginarte, el despecho que se apoderó de mi padre, al saber que tú, no habías sido reducido á prisión, con tus amigos, en el pueblo, y que habías escapado á la escolta, que fué á buscarte al *Retiro*. Justo mismo, á la cabeza de un piquete de peones armados, fué en tu busca, por todas las estancias, y ranchos de la hacienda, hasta que un hombre que venía del pueblo, dijo que te había visto entrando á él. Ayer tarde, cuando mi padre partió, llamado por el Gobierno, su última disposición para Justo, fué la de buscarte por todas partes, y cogerte, muerto ó vivo. ¡Ah lo que yo he sufrido en estos dos días!... Ayer, cuando supe de tí, y supe que pensabas partir, sentí un alivio inmenso. ¡Oh, sí, parte, así escaparás á los asesinos. Serás glorioso y grande, regresarás sano y salvo, y seremos felices. Guarda tu vida, la ventura la conquistaremos después, dijo, y se abrazó á Claudio con frenesí.

— Oh, ¡mi Amor, dijo él, tu valor me fortifica. Siento que sin él vacilaría.

— Yo, quiero, que mi amor, sea para tí, fuerza y no debilidad, que sea sobre tu cabeza una aureola y no un yugo, que sea en tus manos un lirio que florece y no una cadena que las ate en quietudes ignominiosas. Yo quiero ser algo en tu gloria, y todo en tu amor.

— ¡Oh, gracias, gracias, Alma mía! deja que te lo diga de rodillas... Y, se aproximó aun más á ella, y puso los labios en sus ojos, de donde se desprendían en efluvios las fuentes de su propia vida... Y, la sintió palpitar hasta en lo más recóndito de su ser... Y, le decía, en un fervor que parecía un delirio:

— ¡Oh, mi Amada! ¡Oh, mi Amada!

Y, la estrechaba ardientemente en sus brazos poderosos, envolviendo su cuerpo todo, con el fluido misterioso del suyo, palpitante...

— Yo te adoro.

— Yo te adoro.

Y, temblaban, sintiendo que el jardín de la carne se abría ante ellos, en todo el esplendor de un paraíso irrefutable.

Ella, se dobló bajo él, con un movimiento de orquídea, y se prendió á su boca, en el abandono de todo su ser, que él tardaba en tomar...

Y, quedaron así, largamente, los rostros y los cuerpos unidos, en un espasmo de amor...

Y, por la llanura dormida, pasó el grito ahogado, de la virginidad agonizante, entre los estremecimientos extáticos de un largo delirio. . . . . .

. . . . . .

Con los rayos de la aurora lejana, abiertos los ojos en su locura, él, la estrechó, desesperado, contra su corazón.

La joven, ya conocedora del sentido de la vida y del enigma de los besos, vencido su orgullo por su amor, decía.

— Ahora, Amado mío, parte! Tu vida es más sagrada que nunca. Ya vendrás á tomarme cuando sea la hora de tu triunfo. Yo te esperaré tranquila. Los planes de mi padre para entregarme á otro hombre, fracasarán ¿qué hombre de honor osará tomarme por esposa, cuando yo le confiese cara á cara mi deshonra?

La intensidad de ese sacrificio, había escapado á Claudio. en la embriaguez de su pasión.

Conmovido, casi hasta las lágrimas, la estrechó de nuevo entre sus brazos amantes.

— Parte, dijo ella, temblorosa de miedo, escuchando un galope de caballos, que iban por la ribera opuesta del río. ¡Parte, es Justo, que va con su guerrilla al pueblo. Si te halla en el camino, te asesina.

— Adiós!

— Adiós!

Más lágrimas, más besos, más supiros.

— Adiós!

— Adiós!

Y, Liana, en el hipnotismo del dolor, dejó la primera el bosque, y por la ribera del río, ganó los potreros de la casa, y entró en el jardín.

Y, él, la vió alejarse, lentamente, en la bruma matinal, soñadora, vibrante aún de su feminilidad despierta, volviendo á trechos la faz, para enviarle besos, en un gesto de manos consolatrices.

Y, cuando la perdió de vista, ciego en su noche moral, de donde había desaparecido su sol, se dirigió por veredas excusadas á su casa.

Carmen y Georgina, lo esperaban, angustiadas, porque habían sentido pasar la guerrilla de Justo, y creían percibir allá, muy lejos, las sombras de los mercenarios de Icaro, que avanzaban en la llanura somnolienta.

Abrazó á la pobre madre, y la estrechó largamente, tristemente, tiernamente sobre su corazón. Ella, sollozaba sin hablar.

— Parte, dijo Georgina, los mercenarios avanzan.

Entonces, él, abrazó las dos mujeres, en un solo abrazo desesperado y estrecho, y lo mismo que la noche de su llegada, puso besos de amor en aquella cabeza triste como la pena, y en aquella otra, rubia y radiante como un sol.

Georgina, fué la primera en desprenderse del abrazo.

— Vete, vete, dijo angustiada, los mercenarios han llegado al río.

— Vete, dijo la madre, que hasta entonces había estado muda. Y, extendió su mano en gesto de bendición sobre la cabeza del hijo.

Claudio se inclinó reverente.

Un nuevo abrazo, un nuevo beso.

— Adiós!

— Adiós!

— Adiós!

Y, montando á caballo partió.

Las dos mujeres, se botaron, la una en brazos de la otra; y sollozaron largamente.

Después, se pusieron á espiar los senderos de los cerros distantes, por donde debía ascender el guerrero amado, que partía.

Después de una hora, lo vieron aparecer, ascendiendo, allá, muy alto, ocultándose y desapareciendo en las sinuosidades y descalabraduras de la sierra.

Al fin llegó á la cima.

El sol se había levantado rojo, implacable, sobre el monte escueto, perfilando los robles negros como zapadores sobre un muro incendiado.

La figura de Claudio, se vió detenerse un momento como para despedirse, destacándose en aquel resplandor de hoguera.

Después.. desapareció en ese horizonte rojo, cual si se hubiese arrojado á las llamas de un incendio, cual si se hubiese precipitado en el cráter de un volcán...

XVII

La Guerra es la hija de la Fé.

La Guerra es la madre de la Gloria.

La Gloria es el alma de los pueblos.

Y, la Guerra imperaba. Se extendía como un incendio en la selva, rugía como una mar en furia, vibraba bajo un cielo de exterminio, como las alas y la trompeta del Arcángel, que ha de apagar con su soplo, el último astro, sobre el sepulcro de la vida universal.

La ferocidad ancestral, que dormía en las masas esclavas, con un residuo de sueños trágicos, había fermentado y estallado en acciones heroicas, que tenían del portento y la leyenda.

El encarnizamiento del valor, hacía retroceder la Historia, casi hasta las fronteras de la Fábula.

La Muerte reinaba.

Una aurora de sangre, había despuntado en el cielo, y un sol asesino se había clavado en el horizonte, para eternizar la catástrofe.

Era el astro cómplice de Josué, en el divino asesinato de los hombres.

Se diría, que un nuevo diluvio había asolado la tie-

rra, y se habían abierto en sangre las cataratas del cielo. Rojas eran las crestas de los montes, rojas las selvas profundas, rojos los valles desiertos...

Los ríos arrastraban aguas rojas... Todo temblaba y se moría, bajo una púrpura siniestra, como bajo el *velum* del circo, en una hora de matanza. Parecía que el ala roja y curva de un incendio hubiese inflamado los astros, en un fulgor de fragua.

¡ Hora de desolación ! Hora de espanto !.

El rugido de la fiera humana llenaba la amplitud del horizonte.

El desierto, se extendía ilimitado como un mar, mudo como un sepulcro.

Desiertos los campos ! Desiertas las ciudades !...

El flagelo lo había matado todo.

De los montes, de los valles, de los llanos, se elevaba un olor de putrefacción y de cadáver

La cólera de los hombres hacía el hartazgo de los buitres.

Los muertos, abonaban con sus carnes, la tierra que antes hacía fecunda el estiércol de las aves.

El corazón de los hombres, no latía sino para el odio, el corazón de las mujeres para el dolor.

Los ojos de las madres, eran manantiales de lágrimas ya extintos, secos y ardidos, como los cauces del Cedrón. ¡ Ay ! habían cuasi cegado, de mirar en la soledad, interrogando el desierto, esperando el regreso de los hijos, que no volvieron más...

Las vírgenes, languidecían y morían también, aguardando en vano el regreso del Amado, que otra querida, más imperiosa, había tomado para siempre...

Dios mismo parecía enloquecido.

El Mito formidable, había sido arrancado de sus altares y mezclado como una bandera de muerte, como un proyectil asesino, á las contiendas de los hombres...

La cruz era como una hacha salvaje, que en manos de los sacerdotes, cercenaba cabezas, como una hoz las espigas de un trigal.

El Nazareno pálido, no era ya el símbolo de la fraternidad y del Amor. Su triste rostro de ajusticiado, servía como un escudo de destrucción, sobre las banderas de los mercenarios del oprobio.

Los sacerdotes, se mezclaban á la contienda, lanzando en la pelea sus rebaños enfurecidos.

El gesto del pastor, no era ya el gran gesto de bendición bajo un cielo de perdón, blanco y sereno, sino un gran gesto de destrucción, bajo un cielo desolado y sombrío.

Sobre la cátedra sagrada habían enmudecido los acentos de la misericordia fraternal, y rugidos de tigres, bajaban, parodiando las palabras del Apóstol, y decían : *Mataos los unos á los otros...*

El cielo y la tierra, se agitaban como en demencia, conmovidos por el mismo formidable conflicto, por el mismo huracán de desesperación y de crueldad...

La furiosa oscilación de las pasiones, hacía vacilar todo á la orilla del abismo... Y, el Abismo abría sus fauces, como un león bostezador.

Seis meses de guerra, habían hecho del país un cementerio, poblado de espectros, que aspiraban aún á devorarse...

La grandiosa desesperación trágica del pueblo azotado, llegaba al paroxismo de una demencia heroica.

La victoria oscilaba, en una inconstancia, que tenía de la desesperante inquietud de la marea.

El pueblo, diseñaba en el combate su gran gesto épico, con una majestad ancestral y gloriosa. Defendía con el pecho su libertad, como los leones heráldicos de Florencia, con las garras puestas sobre el escudo.

Diversos generales de la rebelión, tenían en jaque á los pretorianos de Icaro, mientras otros, azotaban con el triunfo, las espaldas de aquellos mercenarios en derrota.

De entre todos los nombres gloriosos, el rumor público, tomaba y exaltaba hasta la apoteosis, el nombre de Claudio Franco.

El joven héroe, ascendía en una aureola de entusiasmo, que la admiración pública, prendía encima de su cabeza como un sol.

Era la Gloria y era la Esperanza.

El Apóstol, se había hecho el Héroe, y la pluma, convertida en espada, hacía en la densidad de la sombra, el reflejo astral de una cadena de soles.

David incombustible, avanzaba entre las llamas de aquel incendio, agitando su honda formidable, de la cual partían las victorias como una lluvia de granadas mortales.

Y, avanzaba en medio de la catástrofe, llevando, en su mano tendida al pueblo, el haz de sus triunfos, que se abría, como un ramillete de rosas inmortales.

Su voz, llenaba el horizonte, con su grito bélico, interminable.

Su epopeya, enloquecía el alma nacional, con la explosión de sus proezas formidables.

Del Oriente al Occidente, del Septentrión al Medio-

día, su nombre pasaba como una palabra de fuerza, como un talismán de victorias, como un ícono de triunfo.

La fortuna, parecía encadenada por él, y las águilas triunfales, como seducidas por un sol, venían en tropel bajo sus banderas y se posaban en sus hombros, como domesticadas por el sortilegio de su entusiasmo y su valor.

Durante meses, el espectro de la derrota, no apareció nunca en la Vía Triunfal, por donde iban sus soldados en marcha al Capitolio.

Los grandes augures del cesarismo, los viejos jefes dictatoriales, envejecidos en la cadena y el harem, alzaron en vano, su mole de grandes paquidermos bélicos, para barrer la ruta al joven león, que sembraba el espanto en las campiñas y destruía los ejércitos como rebaños.

Los elefantes sagrados huyeron en manada, sintiendo el vuelo de las águilas victoriosas, golpeándoles con las alas sus frentes bestialmente pensativas.

El harem quedó sin guardia.

Los jóvenes eunucos, fueron enviados al combate, y barridos también por la derrota.

Icaro, amedrentado temblaba bajo el solio, viendo el fantasma de su crimen alzarse ante él, como el espectro de Bancuo.

Era como la noche de Filipos.

La sombra de César se alzaba bajo la tienda de Bruto.

Y, el asesino temblaba...

En la Aldea, la soledad hacía la tristeza mefítica y siniestra del pantano.

Los cuervos voloteaban orgullosos, sobre el horror de aquellas aguas estancadas.

Los *Parias*, habían sido dispersados.

Claudio Franco, estaba en la guerra.

Pepe Cifuentes y Tito Martínez, habían sido llevados presos á la Capital del Estado, y allí estaban, con grillos, aherrojados en un calabozo inmundo, en la cárcel donde se amontonaban millares de hombres, casi todos de paso hacia la muerte, los unos, mandados fusilar por los Consejos de Guerra, permanentes, los otros, diezmados por las epidemias, que el Gobierno cultivaba, como un verdugo sin sueldo, en las prisiones de Estado.

Luis Rodríguez, que había logrado evadirse de la cárcel, había formado con peones de su hacienda y de las haciendas vecinas, un campo volante, un escuadrón ligero, con el cual, tenía en inquietud constante la Aldea, hostilizaba los batallones oficiales de paso, y distraía cuantiosas fuerzas del Gobierno, que se empleaban en su persecución. Este extraño y magnífico poeta, no había vacilado en ir á la acción, cuando había creido ver en ella, la condensación luminosa de su sueño.

Carlos Rodríguez, el adolescente pensativo, hecho como para detener la admiración de Pericles, á la sombra de las columnas del Acrópolis, había seguido á su hermano, feliz de llevar el encanto de sus gracias de Efebo genial, á la hoguera, sobre la cual, su hermano extendía sus alas rojas, de Fenicóptero heroico.

Justo, era médico oficial de las tropas del Gobierno.

Don Nepomuceno Vidal, nombrado desde el principio de la Guerra, Prefecto de ese Departamento, desplegaba una actividad y una ferocidad, que habrían hecho la envidia de cualquier lebrel policiaco del Sultán, á caza de armenios, en un día de jolgorio musulmán.

Los pobres campesinos, que no habían podido ser reclutados, por vejez ó por enfermedad, gemían bajo el azote, las prisiones, el *cepo*, las torturas innumerables y los servicios, viles ó serviles, que este Amo feroz, les imponía, en su neurosis creciente de mando y de sevicias.

Carmen y Georgina, expulsadas por él, habían dejado el « Retiro » y se habían refugiado en la aldea adversaria y terrible. La casa había sido convertida en cuartel, para aposentar la guerrilla de *los buhos*, heredera del nombre y los rencores, de aquella célebre, que había asesinado allí mismo, á Tobías Franco.

Las dos pobres mujeres, se guarecieron, en una humilde casa, á la salida de la población. Allí, la joven trató de dar lecciones á algunas niñas del lugar, para mantener con el producto de eso, á su madre, ya ciega.

Al principio, vinieron algunas alumnas. Después, las prédicas del Cura, despoblaron la clase. El párroco la acusó de herejía. Las beatas azuzadas por él, la acusaron de ser la querida de su hermano. La infame calumnia hizo carrera. La Religión y la Parroquia, coronaron las sienes de la virgen, con las flores nefandas del incesto. Y, el aislamiento, un aislamiento de leprosa, se extendió en torno de ella, como un desierto ilimitado... Hizo dulces para vender. Nadie los

compró. Bordó día y noche, con sus manos angélicas, maravillas en seda y en oro, y todas le fueron devueltas sin que nadie quisiera tocarlas siquiera... Entonces, envió á la Capital cercana, á vender sus trajes y sus joyas...

Carmen, que andaba á tientas, contra los muros de la casa, casi siempre en busca de su hija, no podía apercibirse de los sacrificios y de las privaciones, porque ésta, se los ocultaba, con una abnegación heroica, y días, en que ella, no comía sino un pedazo de pan, á la madre no le faltaba nada, en alimentos y en remedios, para sostener su fuerza y su salud.

La virgen fuerte no se abatía. La persecución centuplicaba sus fuerzas. Semejante á su hermano, engrandecía en la lucha, y su alma heroica, no se rendía ante la desgracia, antes bien la desafiaba, yendo impetuosa contra ella, como una ola contra la roca. Esta ferviente del amor filial y fraternal, era invencible. Fuera de estos dos sentimientos, no vivía en su alma sino el orgullo, y con él lo desafiaba todo. Mientras su madre sufría, pacífica y resignada, ella hacía frente á la tormenta, orgullosa y agresiva. Su severa belleza, que adquiría los fuertes lineamientos de un mármol épico, gustaba de adornarse con cintas emblemáticas, de color rojo vivo, color que era la divisa de los ejércitos revolucionarios, comandados por su hermano. El tumulto radioso de su cabellera, que ella gustaba en levantar bucleado, como un casco guerrero, ostentaba siempre, flores sanguíneas y rebeldes, como esmaltadas al fuego, entre los tonos oxidados del cabello, que sombreaba su frente augusta y su puro perfil de medalla siracusana. Se diría la virgen casqueada, de Corinto. La mirada severa, de sus ojos, que

recordaban el reflejo inclemente y profundo, los tonos grises y enigmáticos del golfo de Salerno, se hacía más fuerte, cuasi agresiva, con un brillo de metal pulido, cuando algún adversario de aquel color político, miraba asombrado ó rencoroso, las flores ígneas, que auroleaban su frente con el reflejo de un ocaso, ó los claveles rojos, que agonizaban sobre su seno, como la sangre de un héroe sobre un escudo de guerra. El desdén de sus labios imperiosos, la palidez irídea del rostro augusto, su belleza enérgica y grave, su aspecto de Walkiría, hacían de ella, como el emblema y la estatua viva, de la Revolución, que llenaba de espanto y de gloria, los ámbitos del país.

Esta actitud, exasperaba á los héroes urbanos de la Aldea, que no se atrevían á insultar de frente á la hermana de Claudio Franco, pero que de noche, llenaban las paredes de su casa con letreros soeces, con insultos obscenos, con dibujos de la más repugnante pornografía... Y, arrojaban por su ventana, ó deslizaban bajo su puerta, los boletines mentirosos del Gobierno, en que se contaban derrotas quiméricas del Caudillo, los crímenes, los robos, los asesinatos que se le atribuían, y en muchos de ellos, la noticia de su prisión y de su muerte.

Georgina, recogía y quemaba las hojas inmundas, sin hablar de ellas á su madre, y su alma indomable se empeñaba en ver señales de victorias en todos esos gritos de derrotas.

Un día, en que el telégrafo, anunció la captura y muerte de Claudio Franco, y el pueblo, celebró con cohetes y música, este nuevo triunfo, ella, se ostentó casi todo el día en su ventana, vestida de rojo, los cabellos adornados de sus flores predilectas, alegre,

sonriente, dando así, un mentis solemne á la noticia lúgubre que hacía el encanto de la chusma vil.

Y, en la noche, mientras en la plaza sonaban los acordes de la Banda Municipal, ella, sentada al piano, repasaba las más alegres piezas de su repertorio, y de su garganta se escaparon las más bellas romanzas y las más gozosas melodías. Cantó alegre y feliz, como un pájaro ebrio de luz.

Esa actitud de reto, exasperaba á los dictatoriales, y especialmente á don Nepomuceno Vidal, á quien esta conducta de su sobrina, hería en lo más vivo su autoridad política y de familia. Y, se entregaba á las más furiosas intemperancias de lenguaje, á las más deshonestas comadrerías, á las más terribles amenazas.

Un día, que el Gobierno anunció un gran triunfo suyo, el Prefecto Vidal, ordenó en señal de regocijo, iluminar en la noche, todas las casas del pueblo, y embanderarlas al día siguiente.

Esa noche, no encendió Georgina, ni las lámparas acostumbradas, y su casa, se mostró en la obscuridad, como una protesta muda en las tinieblas.

Al día siguiente, ni un gallardete, ni un festón... El silencio saludaba al triunfo.

Don Nepomuceno, no pudo ya contenerse. Su autoridad despreciada pedía un castigo.

—Señor Alcalde, dijo á su subordinado. Cúmpla U. con su deber. Expulse U. *esas mujeres*, y confínelas á la capital del Estado, por perniciosas. Aplíqueles U. la ley concerniente á las familias de los facciosos.

Y, la ley, fué aplicada.

El Alcalde, dió un decreto, confinando á la Ciudad lejana, á la madre y la hermana del *conocido jefe de*

forajidos, por ser con su conducta, inconveniente y rebelde, motivo de escándalo en la población.

Y, el decreto se cumplió.

Doce horas después, la escolta que debía conducir las dos mujeres al confinamiento, se presentó á las puertas de la casa.

Ellas, no se hicieron esperar.

Carmen, apareció del brazo de su hija. Iba vestida toda en negro, erecta, la cabeza alta, como no la llevaba nunca, cual si comprendiese, que madre de héroe, debía hacer honor á su hijo, ante la turba de sus adversarios, que ella sentía rumorear afuera. Georgina, iba radiante, vestida de blanco, con un ramillete de claveles rojos en la mano.

Su belleza moral, de noble y pura consolatriz del dolor materno, irradiaba entonces, con más esplendor aún, que su belleza física, deslumbrante en las blancuras de su traje, bajo su gran sombrero, atado debajo de la barba, con cintas rojas, que le caían sobre el pecho, flotantes, como banderolas.

A la aparición de la madre y la hermana de Claudio Franco, la turba que se había agrupado para verlas salir, enmudeció.

Carmen y Georgina, avanzaron por entre la multitud, sin esperar la escolta, que vino luego á formar al lado de ellas.

Carmen, apesar de su ceguera, andaba recta y fiera, ante el destierro, que se abría para ella.

Cuando las dos mujeres, hubieron pasado por entre la turba, y se alejaron algunos metros, ésta, rompió en silbidos, en gritos, en insultos desaforados, contra las dos prisioneras, que los mercenarios llevaban al exilio...

Georgina, volvió á mirar la chusma con desdén. En su mirada lucía toda la plenitud heroica de una raza, que comandaba el respeto : *¡ Cave leonem ! Cave adsum !...* La turba enmudeció.

El grupo lúgubre se perdió en los senderos blancos de la sabana desolada, por entre los trigales ardidos, en la intemperie de la tierra esterilizada y los campos desiertos, bajo la luz cruel de un sol rojo, que asolaba la llanura y hacía tétricos los grandes picos de la sierra, que flameaban en el incendio del cielo...

XVIII

El Padre Pérez, Cura de la Aldea, no era precisamente un cerdo canónico, de esos que la necesidad del proselitismo, tonsura diariamente en las piaras seminaristas, para enviarlos á engordar, en las charcas inagotables del fanatismo rural.

No era tampoco una lumbrera. Ni el cerdo de San Antonio, ni el águila de Júpiter, era él.

Era un mediocre. El tipo completo de los grandes de su época, medianía infatuada y rencorosa, suntuosa y vacua, solemne y pueril. Un estafador de la celebridad, como tantos otros, un egolatra suntuoso, intrigante tenebroso, perpetuo cazador de curatos y canonjías, la más inconsolable vanidad rural, en perpetuo sueño de una mitra.

Nada hay más fuerte y más pertinaz que la mediocridad, á condición, de que no se separe nunca de su escudo de combate : la modestia. Tras ese escudo es grande, inviolable y sagrada.

El padre Pérez, no era verdaderamente un modesto,

pero era un silencioso, reconcentrado, hondo y terrible. Su odio, era frío y negro, como una cuchilla oxidada; no tenía fulgor sino filo. Era lívido como una gota de azogue, mortal, como el ácido prúsico. Cuando hería, no era como la garra de un león, sino como la estrangulación lenta y helada de un boa constríctor.

El Padre Pérez, odiaba á Claudio Franco, mortalmente. Lo odiaba ante todo, porque tenía talento y después, porque tenía dignidad.

Claudio, exasperaba ese odio con su desprecio.

No quiso saber nunca, que era aborrecido de aquel batracio tonsurado.

Y, el odio de éste, subía silencioso, frío, como la onda de una inundación subterránea, con elasticidades de víbora, con viscosidades retráctiles, de molusco sobre la onda.

Y, ese odio, se extendía, como era natural, á los *Parias*. Eran la pesadilla cural.

En los sermones, en los discursos privados, en las casas de familia, cuando de ellos hablaba, y eso era siempre, los cubría de contumelia y escupía sobre ellos, toda la hiel de su alma, en las escapadas de su fraseología venenosa y rastrera.

La expulsión de la madre y la hermana de Claudio Franco, puso el colmo á la alegría de este lobo, pastor de un rebaño de pécoras envenenadas.

Esto y las noticias de recientes triunfos gubernamentales, lo tenían fuera de sí, extático de contento, y preparaba una gran fiesta, una fiesta ruidosísima, en acción de gracias, al Todo Poderoso, por las victorias alcanzadas, que venían á salvar la causa de *la Libertad en la Justicia*, como llamaban la de su polí-

tica estomacal, los fámulos del diarismo y los latinistas gárrulos de la decadencia.

Para la celebración de esa gran fiesta, necesitaba dinero, que había mandado á buscar á la capital, y que esperaba con inquietud.

Como las guerrillas habían cortado los hilos telegráficos, no podía pedir noticias, y resolvió comunicar al Alcalde sus temores, y para eso llamó á su hijo Tomás.

Tomás Pérez, el hijo del Cura, que naturalmente pasaba por su sobrino, era el tipo completo del bruto primitivo. Estúpido, vicioso, feroz, no oía sino la voz de los instintos animales, siempre en violencia. Ebrio consuetudinario, sus escándalos diarios llenaban la parroquia, jugador pertinaz, los garitos más sucios eran su morada, erotómano profesional, las brutalidades de su lujuria eran el espanto de las sirvientas y campesinas, que lo huían, como á un animal furioso. Por lo demás, muy religioso, rezandero, y por ende, defensor de la causa del Orden, de la Moral, y de la Religión, enemigo personal de Claudio Franco, y adversario decidido de los *Parias*. Era él, quien había encabezado todos los motines y asonadas contra los intelectuales, y en su ebriedad constante, pronunciaba amenazas de muerte contra ellos, cuidando de hacerlo siempre, muy acompañado ó á escondidas, porque á todas sus raras virtudes, añadía la de una cobardía infinita, que lo hacía, apenas apto, para las calumnias y las puñaladas por la espalda, para las delaciones y los asesinatos á traición. La sangre eclesiástica, se abría suntuosa, en esta rara flor de crimen, crecida en esplendor sobre los prados de la Iglesia.

Tomás Pérez, tenía una querida, una vagabunda, escapada á los más sucios burdeles de la Capital, venida tras de unos soldados á la Aldea, y quedada allí, para ejercer su profesión, poco lucrativa en ese pueblo, donde los jóvenes de familias ricas, ejercían el derecho de pernada, sobre las campesinas de sus haciendas, ó se consumían como un cirio, en las místicas fruiciones y angelicales prácticas de la *Escuela de Cristo*.

El amor de este bruto, por su querida, tomó las proporciones, de una locura exasperada y feroz.

El mozo, no tuvo freno en su pasión. Puso casa lujosa á la ramera, la vistió de ricas telas, se exhibió con ella en ventanas y en paseos, se comprometió en el dédalo del juego y de las deudas para sostenerle ese lujo, y ostentó su amancebamiento con un cinismo á todas luces digno de un pámpano opulento de las vides del Señor.

El cura, gritó, pateó, amenazó, todo fue en vano. El macho enfurecido no cedía.

Y, las exigencias de la hembra aumentaban, diariamente. El mozo, había empezado ya, á descender por la pendiente prohibida, por donde se va al delito, y comenzaba á hacer incursiones, en aguas vecinas del Código Penal, para encontrar recursos, con que satisfacer aquellas exigencias.

El Cura, lo había sorprendido ya dos veces, robándole el dinero, y de la Caja de la Alcaldía, de la cual era Secretario, habían faltado quinientos pesos, que el mismo Cura se había apresurado á pagar, para evitar un escándalo.

La última exigencia de la moza insaciable, era la de un reloj de oro. Necesitaba tenerlo y lo tendría, ó

se iría con otro, que se lo daba, según se lo había dicho ya á Tomás.

Y, el mozo, sudaba sangre, pensando en dónde y cómo conseguir ese dinero.

Y, la querida implacable hacía tres días que no quería verlo, ni saber nada de él, hasta que no satisficiera su deseo.

Y, el monstruo, desesperado, estaba en desolación.

Había hecho tantas cosas indignas, para solicitar ese dinero, que tembló de miedo, cuando vinieron á decirle, que su padre lo llamaba.

Se presentó á él, hipócrita y cabizbajo, como para recibir un castigo.

El Cura, no estaba para prédicas.

— Vé, le dijo, donde el Señor Alcalde, y dile, que desde ayer, espero un posta, que debe venir de T... trayéndome mil pesos, que temo mucho, que pueda ser atacado y desvalijado en el camino, por las guerrillas liberales y especialmente por la de los hermanos Rodríguez, y que le agradecería mucho, mandara una escolta á su encuentro, para protegerlo.

— Sí Señor, dijo el mozo, y salió apresurado, como si fuese á cumplir inmediatamente la comisión.

En todo pensó, menos en decir al Alcalde lo que su padre le mandaba suplicar, y aunque era su secretario, no le sopló en todo el día, una sola palabra sobre el asunto. Por su mente de bruto, pasó la idea del crimen, iluminándolo todo...

Ya tenía el dinero que no había podido robar de las arcas vacías de la Alcaldía, ni de los cofres cerrados de la Iglesia.

Ya tenía con qué comprar el reloj para su querida.

¡ Eureka ! ¡ Eureka !...

Aquella noche, Tomás Pérez, no hizo larga sobremesa con su padre, comió poco y se levantó apenas le fue posible, para ir á las tabernas á emborracharse deliberadamente. Estuvo un momento en su oficina y luego en los lugares más concurridos, como para buscarse un *alivi*. Después, se perdió por las callejuelas más obscuras, y saltando zanjas, pasando cercas y vallados, llegó á un puente, sobre una quebrada, en un recodo obscuro del camino que venía de T... hacia la aldea y por el cual debía llegar el posta esperado.

Iba armado de revólver y machete, y con éste, apoyado en tierra, esperó, oculto bajo la sombra de los sauces.

La noche, era fría, de un frío intenso, y sobre el llano húmedo, la bruma se extendía como un manto impenetrable. El silencio, pesaba como una mortaja, sobre la quietud cataléptica del campo.

Allá lejos, entre la niebla, brillaban los fanales anémicos de la Aldea. Las ondas del río, como niños temerosos, corrían suavemente, suavemente, por bajo los zarzales de la orilla.

El cielo tenía, un color acerado, de cúpula metálica. La luna en creciente, semejaba una hoz implacable, alzada como una amenaza, sobre la cabeza del cerro, que se iluminaba bajo ella, de extrañas coloraciones liláceas. El firmamento, era invadido, de nubes negras, con orlas azufradas. En los pinares obscuros, la sombra se espesaba, como refugiada allí, huyendo á la máscara trágica de la luna ascendente. Había como un horror espectante, en la actitud siniestra de las cosas...

Tomás Pérez, interrogaba la tiniebla y el silencio,

y se ponía las manos sobre los ojos, para ver mejor en el horizonte negro, cortado á distancias por las envergaduras caprichosas de los grandes árboles.

La embriaguez, engrandecía desmesuradamente los objetos á su vista, y toda su animalidad despierta acrecía la ferocidad de sus instintos de bestia.

Pronto en la calma lúgubre, que solo interrumpían ráfagas de borrasca, se escuchó el eco de un silbido melancólico.

El bandido estiró el cuello y presto oído atento.

Era el posta, que asegurado ya por la cercanía de la Aldea, venía silbando, sin temor de que su silbido lo denunciara á los enemigos, que sospechaba lejos.

La silueta del hombre, se dibujó pronto por entre las cercas del camino, y descendió hacia la quebrada.

Entonces, Tomás, dando un salto, se precipitó sobre él, con el machete levantado y gritó :

— Alto ahí!...

El posta, se detuvo un momento, como mirando á ver si había manera de huir.

Cubierta la cara con un pañuelo negro, Tomás se le acercó más, diciéndole :

— Vamos! Dáme los reales que llevas para el Cura y sino prepárate á morir.

— Si yo no llevo nada.

— Dámelos, ó si no te mato.

— ¡ Ay, no, Señor, hágalo por mis hijitos, no me mate.

Y, el infeliz se puso de rodillas.

— ¿No me das los reales?

— Si yo no tengo nada.

— Vagabundo, dijo el bandido encolerizado, y le descargó el primer machetazo en la cabeza.

— ¡Ay, mis hijos! dijo el infeliz, y rodó al suelo.

A la vista de la sangre, la bestia humana, la fiera, que vivía latente, en el alma de aquel criminal nato, se despertó exasperada y rugiente... Y, ya no pensó sino en matar. Se encarnizó en su víctima, con una ferocidad que parecía una demencia.

Hería, hería, hería, sin tregua y sin descanso... La víctima se hizo pedazos, los sesos saltaron sobre el camino, la sangre formó un arroyo... Y, el bandido, hería, hería, hería, hasta que sintió que el machete, se amellaba contra las piedras...

Entonces reposó.

En ese intervalo de serenidad, pensó en el verdadero objeto de su crimen : robar.

El muerto, yacía á sus pies, como un montón informe, de carne, sangre y huesos triturados. Se inclinó sobre el cadáver y lo desvistió, lo registro, buscó en los bolsillos, en un garniel que la víctima traía. No encontraba nada. Al fin, en un cinturón, adherido á la cintura, bajo la camisa, halló los mil pesos. Dió un suspiro de alivio y de satisfacción. Se ciñó el cinturón con el dinero, y se alejó tranquilo, silbando, calmado, como si viniese de una cita idílica de amor.

Las nubes azafranadas, se habían hecho rojas, y, formaban sobre el cielo pálido, como manchas de bermellón, sobre las lividecés amarillas de un sudario... La luna, había ascendido en el horizonte y semejaba, no ya una hoz segadora, sino una inmensa hacha de verdugo, suspendida sobre la cabeza de un culpable...

Tomás Pérez, llegó al pueblo, por callejuelas extraviadas, y saltando cercas y atravesando solares desiertos, entró á la Alcaldía, por la puerta que daba sobre el patio.

La soledad era completa. Nadie lo había visto entrar.

Una vez en su oficina, se quitó la ropa, ensangrentada, y la cambió, por la que tenía allí, y que usaba en las horas de trabajo. Después, juntó colecciones de viejos Diarios Oficiales, los aglomeró en forma piramidal, puso sobre ellos los vestidos, que podían ser delatores y les prendió fuego.

Las llamas de aquella pira, se comunicaron pronto, á los estantes repletos de documentos, y á aquellos que contenían los archivos.

Era el incendio.

El bandido, en quien la ebriedad, comenzaba ya á desaparecer, comprendió su torpeza y resolvió explotarla.

Abrió la caja de los fondos que había allí, robó el contenido, y arrojando á la hoguera todos los documentos y papeles que pudo, para darle nuevo combustible, salió, cerrando tras de sí la puerta y se alejó, con las mismas precauciones con que había entrado.

Llegado á su casa se acostó tranquilamente.

Pocos momentos después, las campanas tocaban á fuego, el tumulto sonaba en las calles, la población despertaba aterrorizada y se lanzaba afuera.

El, también salió.

Los hombres, á medio vestir, corrían precipitados, sin saber á dónde ir, las mujeres desmelenadas gritaban en las ventanas, los niños lloraban...

Era el clamor desesperado de un pueblo despertado en plena catástrofe.

Unos decían que era temblor, otros que las guerrillas habían asaltado la población, otros, hebetados de terror, no decían nada.

Y, las campanas continuaban en tocar... Su voz metálica, clamorosa, sonaba en la inmensidad calmada, como inmensos gritos de naufragio.

Las llamas, estallando de súbito y ascendiendo al cielo, denunciaron el horror del peligro hasta los puntos más remotos...

Bajo la tiniebla de la noche, la cabalgata de las llamas se hacía siniestra. Serpenteaban, se arremolinaban, crepitaban en contorsiones desesperadas. Se alzaban rectas, como serpientes en espiral, daban saltos súbitos, como panteras atenaceadas, se arrastraban con voluptuosidad por sobre los techos, como inmensos leones rojos, con las crineras prendidas... Y, el humo que se elevaba en el espacio, formaba grupos como de inmensos hipogrifos, cuádrigas enloquecidas, llevando carros fantásticos como escapados á un circo en explosión...

La Alcaldía, ardía como un horno, y con ella la Cárcel, el edificio de las Escuelas, y las casas vecinas... El viento ayudaba la voracidad del azote y amenazaba convertir en ruinas el villorrio incendiado.

No había bombas, ni aparatos de incendio, ni cañerías... Faltaba todo.

Los vecinos, que al principio habían acudido con cántaros, que traían llenos de agua, de una quebrada vecina, se convencieron pronto de la inutilidad de sus esfuerzos, ante la intensidad terrible del elemento poderoso, y solo pensaron en bañar los techos de las casas más vecinas, para impedirles arder á su turno.

Los soldados de la guarnición, abatían con hachas los edificios irremediablemente amenazados, ó que eran ya tocados por el azote.

El incendio fué aislado.

Entonces, no quedó, sino la contemplación triste del horror inevitable.

Como á excepción de los edificios públicos, casi todas las demás casas abrasadas, eran de paja y de bahareque, el flagelo destructor dió bien pronto cuenta de ellas...

Una tras otra, fueron cayendo, con estrépito siniestro.

Pronto no hubo sino una masa negra, sobre la cual se enseñoreaban los estertores del fuego...

El elemento, falto ya de combustible, no alimentándose sino de su propia fuerza, empezó á decrecer...

Las llamas, domadas, parecían ya serpientes encantadas, arrastrándose sobre la mole negra, ó fieras de circo, haciendo cabriolas sobre las ruinas, bajo el azote de un domador invisible. Se alzaban como perezosas entre el humo denso, brillaban y desaparecían á intervalos, apareciendo más lejos, verdes y fugaces, como noctículos.

Ya no rugían. Crepitaban apenas, y parecían roncar, como leones que duermen.

El viento, soplaba un hálito de borrasca, sobre el incendio vencido.

A veces, el monstruo parecía resucitar, las llamas revivían, y se oía el rumor apaciguado, pero siempre terrible.

Era, la agonía definitiva, del flagelo domado.

La voz de las campanas cesó.

Y, el alba, una alba triste y fria, despuntó en el horizonte, bañando las ruinas de fulgores blancos, como rayos de luna sobre una raza extinta.

. . . . . .

Con aquel esbozo de día lívido, circuló entre la

multitud insomne, la terrible noticia : un posta había sido desvalijado y asesinado á la entrada del pueblo.

¿ Por quién ?

¡ Los revolucionarios, dijeron todos !

La Aldea infame, dictó su veredicto...

Pocas horas después, un grito de júbilo salvaje se oía en todo él pueblo : ¡ los asesinos habían sido aprehendidos !

¿ Quiénes eran?

Los hermanos Rodríguez !

XIX

El horror entraba decididamente en escena...

Los fervientes de la sangre, iban á sentirse conmovidos hasta las entrañas, por las dulces fruiciones, que el Destino reservaba á sus instintos de hienas.

Los *bandidos* habían sido apresados.

¿ Dónde ?

Sorprendidos al salir de su casa, saltando las paredes para escapar, habían sido denunciados por una buena mujer. Alcanzados por un piquete de caballería, que había salido en su persecución, los dos *criminales*, habían lidiado un verdadero combate, y no se habían rendido sino cuando ya les había sido imposible resistir. El menor, estaba agonizante, pues había sido atravesado de parte á parte, cubriendo con su cuerpo el cuerpo de su hermano, á quien un soldado iba á hundir la bayoneta.

El otro, estaba herido también.

¡ Ya estaban en manos de la Justicia, los terribles *incendiarios!*

¡ Excelsior !

Y, en efecto, Luis y Carlos Rodríguez, habían venido esa noche á su casa, en el pueblo, á ver á su madre, gravemente enferma y sola. Habían entrado con mil precauciones, dejando los caballos á la salida, y arrastrándose casi, por el cauce de una quebrada, que pasaba por los solares de la casa.

Estaban cerca al lecho de la madre enferma, cuando estalló el incendio. Comprendieron lo grave de su situación, pero no quisieron huir en ese momento de tumulto, porque la gente toda, despertada por la catástrofe, estaba sobre las calles y las plazas. Esperaron la hora del amanecer, en que los vecinos, rendidos por la fatiga, empezaban á retirarse, y entonces salieron por el mismo camino por donde habían venido. Tomaron sus cabalgaduras, que habían dejado en las afueras, y salieron al llano.

Habían caminado pocas cuadras, cuando vieron un grupo de gente á caballo, que venía en su misma dirección. Era la escolta que salía á perseguirlos. Apuraron el paso, los otros también. Su pusieron á escape, y los otros los imitaron. Bien pronto, sintieron el fuego nutrido que la escolta hacía sobre ellos. Se volvíeron para contestar con sus carabinas remignton y ensayaron ganar la mayor distancia posible á sus enemigos. Una bala hirió al caballo de Carlos Rodríguez, que cayó á tierra, arrastrando el jinete bajo él.

Luis se apeó, para sacar á su hermano de bajo la bestia y ayudarlo á levantarse :

— No, escápate tú, déjame, gritó el niño, haciendo esfuerzos por libertar su pierna prisionera.

— No, imposible.

— Véte, véte, por Dios ! hermano mío !

— Jamás, decía Luis, puesto de rodillas para libertarlo.

Al fin, muy maltratado, Carlos, pudo ponerse en pie.

Era ya tarde! La escolta, que los había sorprendido en ese duelo de generosidad fraternal, los rodeaba ya, y los caballos y los machetes formaban sobre ellos, una nube rumorosa y segadora. Desaparecieron bajo los cascos y los aceros. Luis, cayó al suelo, aturdido por un machetazo. Uno de los forajidos, armando la bayoneta de su rifle, fué sobre él, para ultimarlo. Carlos, casi arrastrándose, se interpuso entre el asesino y su hermano, y recibió la herida en pleno vientre; fué atravesado de parte á parte.

Los arrastraron por el suelo, les rompieron el pecho á culatazos, los abofetearon, los patearon, los escupieron, y los amarraron á las colas de los caballos, para llevarlos prisioneros.

Carlos, desmayado, no pudo andar. Cayó por tierra, y fué arrastrado largo trecho, dando con la cabeza contra las piedras... Viendo que así retardaba la marcha, lo amarraron, atravesado sobre un caballo, cuasi desnudo, y con los intestinos afuera. Su hermano, lo seguía, herido, la cabeza hecha pedazos, sin sombrero, amarrado de las dos manos á la cola del mismo caballo...

Así entraron á la población.

La muchedumbre, sanguinaria y terrible, salió á su encuentro.

Ojos repletos de odios, querían asesinarlos, bocas llenas de injurias, les escupían al rostro un tropel de obscenidades, puños crispados se tendían hasta ellos para abofetear sus caras tumefactas y tirarlos

de los cabellos sangrientos... Les arrojaron piedras é inmundicias, al grito enfurecido, de :

— ¡A muerte, á muerte, á muerte!...

Con gran trabajo, fueron arrancados al furor anónimo de la chusma, y encerrados en un calabozo del cuartel, que aposentaba las fuerzas de la guarnición.

Carlos, fué, botado desnudo, sobre el suelo húmedo, con las entrañas afuera. Luis, con las manos amarradas, un brazo cuasi desprendido y la cabeza sangrienta, quedó cerca de él. En vano había suplicado que le llamaran un médico. Nadie vino.

Ni un vaso de agua, para la sed que devoraba los heridos...

Luis, se inclinó sobre su hermano. El niño no abrió los ojos.

— Carlos, Carlos, hermano mío ! le decía con gritos de dolor desesperado, y lo besaba sobre la faz cándida, cerca á los bucles de la cabellera ensangrentada :

— ¡Carlos ! Carlos mío ! Yo te he matado ! Yo te he matado ! Por mí mueres.

Y, sus gritos de desesperación, morían bajo los muros inclementes.

Ensayaba tomar la cabeza adolescente, entre sus manos atadas, y hacer con ellas, un cabezal amante, al moribundo idolatrado.

Olvidaba sus propios dolores, el brazo que le colgaba cuasi desprendido, la cabeza amacheteada, todo lo olvidaba para pensar en su hermano.

El, veía bien, que aquella herida, así, sin auxilio, era la muerte inmediata.

Y, nadie venía !

Lloró por primera vez en su vida de hombre. Lloró de desesperación, de angustia. de dolor inconsolable.

Y, sollozaba alto.

— Carlos, hermano mío! hermano mío.

El niño, abrió los ojos, y miró á su hermano, con una ternura tan acariciadora, tan dulce, que era como la concentración de todos los amores de su alma, que se iba. Y, mamá? mamá? alcanzó á murmurar.

Entonces, ambos, pensaron con angustia, en la pobre mujer, en la madre desolada, que debía temblar en ese momento ante la suerte de sus hijos y los gritos de la plebe enfurecida.

Como si respondiesen á la tortura de sus corazones, gritos se escucharon fuera, gritos de mujer, dolorosos y desesperados, que gemían hacia las puertas de la cárcel.

— Mis hijos! Mis hijos! Hijos míos! Yo quiero ver mis hijos.

Ellos reconocieron la voz querida, la voz de la madre.

— Es mamá, dijo el niño.

El mayor, fué á tientas hacia la puerta.

El pequeño levantó la cabeza en la sombra.

Los gritos seguían afuera, lamentables y desesperados.

— Mis hijos! mis hijos!...

Luis, pudo ver, por una rendija, allá al frente, en la puerta que daba sobre la plaza, una mujer, que pugnaba por entrar, gritando:

— Mis hijos! Mis hijos! Hijos míos!

Pálida, desmelenada, enloquecida, lidiando con el centinela y gritando:

— Mis hijos! Mis hijos!...

Y, la turba afuera befaba é insultaba aquella angustia.

¡Ay, allí no había entrañas maternales, que comprendieran aquel dolor, que no tenía otro dolor igual! Allí no había madres. No había sino hienas, aptas para la procreación prodigiosa del crimen. ¡Las lobas de la Aldea!...

Y, la voz clamaba.

— Mis hijos! Mis hijos!

Los jóvenes temblaban de coraje y de espanto, tras de la puerta cerrada.

Carlos, se había arrastrado hasta allí, y la sangre de sus intestinos marcaba las huellas de su trayecto.

— Mamá, mamá, gemía el niño, escuchando la voz doliente, que continuaba en gritar:

— Mis hijos! Mis hijos!...

De súbito, Luis, dió un grito de fiera, y se botó contra la puerta, arañándola con furor.

Había visto á su madre, rodar al suelo, bajo el culatazo de un soldado.

— Mamá! Mamá mía! Madre querida!

Y, no dijo más...

A este grito, Carlos, se había puesto de pie, y apoyaba la mano en el hombro de su hermano.

Este, se volvió para verlo.

Rígido, con la ridigidez de la muerte, el niño lo miraba, con una ternura enamorada.

— Carlos, hermano mío! Carlos!

El niño no dijo nada, dobló la cabeza sobre el hombro de su hermano, clavó en él una mirada ya vaga, de adoración indefinible, y se desplomó al suelo.

Luis, no pudo sostenerlo, con sus manos atadas.

Se arrodilló al lado de él, llamándolo dulcemente:

— Carlos, Carlos.

Ante el silencio terrible, comprendió la espantosa verdad. Acercó su rostro á la boca del hermano, puso el oido sobre el corazón... El niño había muerto.

Con una ternura de madre desesperada, lo besó dulcemente, dulcemente, como si temiese despertarlo. Y, sollozaba muy paso :

— Carlos, Carlos, hermano mío !

Hebetado de dolor, como hipnotizado de angustia, agotado por la sangre que perdía de sus heridas, quedó allí insensible, aletargado, inerte, cerca al cadáver de su hermano . . . . . .

. . . . . .

Era muy tarde, cuando una escolta, haciendo irrupción en su calabozo, lo sacó de aquel letargo.

El crimen, y la captura de los criminales, habían sido telegrafiados al Gobierno, y el Ministro de la Guerra, había enviado la orden de juzgarlos en Consejo de Guerra verbal, y ejecutar la sentencia, dentro de las doce horas de dictada, al tenor de la Ley Marcial, bajo la cual se vivía.

Los pretorianos serían jueces.

Los mercenarios, sembradores del espanto y de la muerte, iban á administrar justicia...

El Consejo de Guerra, se reunió inmediatamente.

A excepción del Comandante y un capitán, los demás, no sabían leer. Pero, ¿es que para matar se necesita ser letrado ? Los tigres son analfabetos.

Los terribles corifeos mandaron comparecer al *reo*.

Cuando los soldados hicieron irrupción en su calabozo, Luis los miró indiferente.

— Vamos ! dijo el cabo ebrio, que mandaba la escolta.

Luis, besó con ternura infinita la frente de su her-

mano, y comprendiendo que algo definitivo, irremediable, se acercaba para él, en la punta de esas bayonetas, se puso de pie, y como si comandara la escolta, en vez de seguirla, dijo:

— Vamos.

El deseo impaciente de morir comenzaba á apoderarse de él.

— ¿Y, el otro? dijo el Cabo, mostrando á Carlos Rodríguez, que yacía por tierra.

— El otro, está muerto.

— Pues el muerto también va.

Y, pusieron al niño en una manta, y lo llevaron así, tras de su hermano maniatado.

El Consejo de Guerra, se había reunido en la Comandancia General, que quedaba frente al Cuartel.

El grupo atravesó la plaza, por entre los noctámbulos rencorosos, que esperaban la decisión del consejo, y se refocilaban ya al olor de la sangre.

La sala, estaba mal alumbrada por velas de cera, que hacían más lívidas las faces patibularias y bestiales de los jueces.

Todos los asesinos habían revestido sus libreas, y estaban galoneados y enchamarrados como lacayos, excepción hecha del *General* don Nepomuceno Vidal, que como jefe superior de aquellas fuerzas, presidía el Consejo, y que no siendo sino un militar ocasional, no un profesional de la milicia, no tenía nunca uniforme.

A la entrada de Luis Rodríguez, hubo un rumor, entre esos libertos cesáreos, casi todos ebrios.

Luis, avanzó, con la frente alta, pálido bajo la sangre coagulada, que le cubría todo el rostro.

Su resolución era irrevocable. No respondería á sus

jueces, porque defenderse era reconocerles el derecho de juzgarlo. Sabía que aquellos hombres estaban reunidos allí con el propósito deliberado de asesinarlo, que todo esfuerzo, toda defensa era inútil. Además, la pérdida de la revolución, que ya él la juzgaba cierta, el naufragio definitivo de sus sueños, la brutal desilusión que le había traído esa guerra, revelándole al pueblo tal como es en sí, siempre esclavo, siempre miserable, siempre ruin, la certidumbre de ser un exótico, un extraño en su patria y en su época, la derrota definitiva de todos sus ideales, arrastrando la de sus energías, y el dolor, ese insondable dolor, que le ocasionaba la muerte de su hermano, sacrificado á su cariño, lo llevaban á una resolución irrevocable de morir, de desaparecer en el cataclismo que anonadaba su patria y su partido, quedar sepultado bajo las ruinas de sus ilusiones, dormir con su hermano el sueño interminable. Su resolución era inmutable. No se defendería.

Así, cuando fué interrogado sobre sus generales, se negó á responder.

Oyó sin inmutarse la lectura del Acta de acusación, trabajada por el Padre Pérez, y confiada á un teniente que hacía de fiscal, y acertaba apenas á leerla.

Era un tejido de infamias insuperable, donde la prosa excremental del cura ninfómano, se delataba á cada renglón, sudando la desvergüenza, el dolo y la hipocresía, de aquel siniestro tartufo de la vehemencia, que escondía en vano, como un avestruz, la cabeza bajo el ala, desarmando el desprecio por su bajeza, avergonzando la vileza por la sinceridad de su abyección monumental. La fetidez moral del alma de aquel leproso tonsurado, asfixiaba las palabras y

hacía irrespirable la atmósfera á cien metros de distancia de aquel estercolero macarrónico y curial.

— Acusado, ¿tenéis algo que decir en vuestra defensa? dijo el *General* Vidal, cuando se hubo terminado la lectura de la acusación.

— Yo no soy un acusado, ni vosotros sois mis jueces. Yo soy una víctima en presencia de asesinos. Vosotros sois los facinerosos de la dictadura, pagados para matarme. Cumplid vuestra misión. Con el verdugo no se discute, dijo Luis Rodríguez.

Entonces, otro teniente, que hacía de defensor de oficio, leyó como defensa, una diatriba más procaz aún contra el acusado, que la otra, que el cura había escrito para el fiscal.

La mudez altanera del acusado simplificaba el debate.

La farsa trágica iba á ser corta.

Los sombríos corchetes, se reunieron luego para deliberar.

Eran las doce de la noche, justas, cuando el veredicto fué leído.

Luis Rodríguez, era condenado á muerte, como jefe de malhechores, por incendio y asesinato en despoblado. Su hermano, era condenado á la misma pena.

El niño muerto, extendido en el suelo, en la mitad de la sala, cumplía ya su condena, bajo la manta ensangrentada que le servía de sudario.

Los dos hermanos, fueron llevados de nuevo á su calabozo.

Al atravesar la plaza, la turba rompió en improperios á las víctimas y en aplausos á los asesinos.

— Viva el Consejo! Abajo los asesinos! á muerte! á muerte!...

Tomás Pérez, era quien más gritaba á la cabeza del tumulto, victoreando la justicia.

Al pasar frente á la iglesia, una forma negra, atravesó el atrio, ligera como una flecha, penetró por entre la escolta, y se abrazó con frenesí al cuello del acusado.

— Mi hijo, mi hijo!

— Madre mía! madre mía!

Y, entonces comenzó la lucha de los sicarios, para separar aquellos dos seres, que se besaban así, en el dintel mismo de la tumba.

Pescozones, culatazos, todo fué empleado, hasta que la madre cogida por los cabellos, fué arrancada del cuello del hijo y echada al suelo y pateada por la soldadesca enfurecida.

El hijo maniatado, abofeteado, empujado, vió desaparecer así á su madre, insultada, castigada, profanada, entre los gritos y la rechifla de la plebe...

Y, llamó la muerte á gritos, la muerte tarda en venir...

. . . . . .

Llegó á su calabozo y se arrojó al suelo sollozando.

Un síncope de agotamiento, de debilidad, un síncope misericordioso cayó sobre él...

Cuando horas después, volvió en sí, el padre Pérez, estaba al lado suyo, con un Cristo en la mano, compungido, semilloroso, hablándole de Dios, y ensayando consolarlo.

— ¿Qué hace U. aquí?

— ¡Hijo mío, vengo á consolarte, á acompañarte en este trance supremo. Y, empezó á balbucear frases de su gerigonza jesuítica habitual.

Luis no lo dejó acabar.

— Váyase U. de aquí. ¡Salga U. de aquí, miserable!

El cura, impasible, continuaba en su comedia.

Luis, fuera de sí, no pudiendo con las manos atadas abofetear el fariseo, le dió un empellón con el pecho, y con la cabeza á pesar de sus heridas, le dió tan fuerte golpe, que lo echó á tierra... El Cristo de yeso se hizo añicos.

El cura, á gatas, corría en el calabozo, sin poder pararse, perseguido por los puntapiés, que el prisionero le asestaba sin descanso, por todos los contornos de la figura esferoidal.

Al ruido de la lucha, acudieron los carceleros.

— ¿Qué es? ¿qué es?

— Un ataque de locura, que le ha dado al pobre, dijo el cura, escapándose, y haciendo cerrar la puerta tras de él.

— ¿Se confesó? le preguntó don Nepomuceno, que lo esperaba.

— Sí, y aquí tengo la protesta que ha firmado arrepintiéndose de todos sus crímenes, abjurando de las ideas liberales, separándose de la masonería, y pidiendo perdón á Dios y á la sociedad, de todos sus extravíos y de todos sus escándalos. Y, me ha dado una carta para Claudio Franco, añadió el Cura, en la cual lo hace responsable de su muerte y de la de su hermano, por haberlos engañado y extraviado con sus utopías, por haberlos corrompido con sus doctrinas y con su ejemplo. ¡Es un gran documento!

— Démelo U. inmediatamente, para hacerlo publicar.

Y, el Cura, dió los documentos apócrifos fabricados

por él, y los cuales servirían para deshonrar la memoria del hombre á quien iban á asesinar . . . . .

. . . . . .

La mañana era espléndida, una mañana de apoteosis, cuando Luis Rodríguez salió de la cárcel para el patíbulo.

La escolta marchaba á paso lento, á los sonidos lúgubres del tambor.

Él, iba sereno, impávido, la frente levantada, como si fuese en una vía triunfal, hacia destinos gloriosos.

Tanta juventud, tanto genio, tal valor, marchando erectos hacia la muerte, no desarmaron al pueblo cruel, que se precipitaba agresivo y feliz, á presenciar y aplaudir el asesinato de aquel que había soñado hacer de las cuerdas de su lira, rayos destructores, para romper las cadenas de ese esclavo insolente, que hoy saludaba con insultos su paso de vencido, hacia la tumba.

El cadalso se alzaba contra un muro ennegrecido, que quedaba en pie, sobre las ruinas del incendio.

Se vendó á Luis por la fuerza, y se le sentó en el banco fatal.

El poeta sonreía.

A la señal del tambor, la descarga resonó.

Tres balas rompieron aquel cerebro, que el pensamiento había encontrado augusto para sus vuelos infinitos.

Y, la cabeza apolínea, se dobló sobre el hombro izquierdo, blanca, bajo una lluvia de sangre.

Y, el sol vibraba, haciendo coronas de oro, sobre los cabellos rubios del *Paria* asesinado.

Y, el Orgullo se abría, como una gran rosa blanca sobre la frente sangrienta.

Y, la cabeza se hizo pálida, como un gran sol, entrando en el crepúsculo..

¡GLORIA VICTIS!...

XX

La guerra se moría.

Sucumbiendo á la traición, al vencimiento, á la discordia, la Rebelión agonizaba, con los brazos en cruz, vendida por los unos, vencida por los otros, afrentada por todos.

Del zenit, parecían llover meteoros de destrucción sobre la agonía de este Cristo, abandonado en todas las desolaciones, llorando lágrimas de fuego, convulso sobre las escarpaduras de la Historia.

Y, un sol rojo y verde, lívido sol de sangre y de traición, proyectaba aquel gesto de muerte, sobre el horizonte cárdeno y la tierra estupefacta.

Y, el clamor del pueblo, vuelto bajo el yugo, el clamor espantoso y profundo, que sublevaba todos los pechos, hacía alzar todos los puños, amenazantes, hacia aquella agonía, hacia aquella sombra triste, que expiraba en el sufrimiento, oscilando, como un harapo lívido en el fondo del cielo negro, sobre los montes enlutecidos...

La noche se hacía densa. ¡ Noche sin alba !...

Una de esas terribles regresiones, de las masas hacia la cadena, se había operado.

La discordia, disolvía los ejércitos revolucionarios, que la derrota aventaba lejos, como el polen maldito de una estéril flor de sueño.

En el cielo pálido proyectaban su último vuelo las águilas vencidas, que caían, para no alzarse jamás...

Los viejos y heroicos generales de la revuelta habían doblado sus frentes épicas, sus augustas cabezas blancas, bajo el huracán de la derrota, como grandes cimas de nevados, batidas por los vientos invasores, en el furor nocturnal de la tormenta.

Ni una luz de esperanza, bajo ese cielo de desastre, sobre esos horizontes malditos...

Ni una flor de consuelo, sobre esa tierra lúgubre, estremecida aun por el horror de las matanzas, por las visiones de aquel horrible sueño de exterminio, que acababa de lanzar sobre ella tantos millares de hombres, en delirio de muerte y destrucción...

La fortuna había vuelto la espalda á los ejércitos libertadores, que habían perecido todos, bajo el gesto indignado del Destino, que los condenaba inexorable, con un crispamiento brutal, de inapelable crueldad, sobre su frente de Enigma.

Solo quedaba en pie, Claudio Franco, con un puñado de compañeros, sobre una montaña inaccesible, perfilando en el cielo negro el gesto de su brazo levantado, con su espada desnuda, como amenazando con ella las entrañas de los dioses, que no habían querido darle la victoria sobre los hombres.

Pero eso era el último gesto del Orgullo, el estre-

mecimiento postrero de aquel gran sueño, rebelde á morir, ensayando desaparecer de pie, en esa decoración de cataclismo, que se extendía detrás de él, como un cielo devastado, del cual caía una lluvia lenta de cenizas. . . . . .

. . . . . .

Una fe inquebrantable había sostenido el alma de Liana Vidal, en esos meses de incesante angustia.

La visitación de todas las esperanzas, venía á ella, como un vuelo de palomas anunciatrices, trayéndole, en picos de oro, divinos granos de ilusión, para alimentar sus sueños de ventura.

Cerrada á toda desilusión, su alma serena, no había querido escuchar los presagios de la derrota, que susurraban en torno de ella, revelaciones del vencimiento definitivo...

Los síntomas de su maternidad ya visible, la aislaban más de su padre y de su hermano, á quienes huía, en las raras apariciones que por aquellos tiempos de guerra, hacían en la casa de la hacienda, y por eso ignoraba la verdad de la situación, el fin próximo inevitable de la guerra, la situación crítica de Claudio, abandonado de sus amigos, traicionado por sus soldados, cercado por sus enemigos, en una posición sin salida, y cuyo rendimiento ó cuya absoluta destrucción eran un hecho inminente é inevitable.

Por eso se obstinaba en soñar con la victoria.

Y, la ilusión la entregaba desarmada á la implacable verdad que venía sobre ella.

Así, cuando aquella tarde, esquivando la presencia de su padre, que había llegado, se sentó en un banco del jardín, para leer á la escasa luz del crepúsculo, la

última carta de Georgina, en que le daba la terrible nueva, la espantosa verdad la terrificó...

No osó defenderse contra ella.

No negó, no dudó siquiera.

El hundimiento de sus sueños fué instantáneo y formidable.

El derrumbamiento de su esperanza fue súbito y definitivo...

Sintió la impresión de desaparecer sepultada bajo las ruinas.

Sintió que el corazón se le estrechaba en una angustia intolerable y su vientre parecía desgarrarse con dolores mortales...

No pudo llorar.

Dió un grito, y cayó al suelo sin sentido...

Su padre, que pasaba cerca de allí, vino á su socorro. Llamó á su mujer, y entre ambos la llevaron á su cuarto.

Una vez en el lecho, don Nepomuceno, vió con asombro, las redondeces exageradas del vientre de su hija. Frunció las cejas y puso las manos allí. Sintió que algo se movía bajo ellas. Desgarró el traje y sobre la carne descubierta, puso la oreja. Algo continuaba en vivir y en moverse adentro. Comprendió la espantosa verdad. Se llevó las manos á la cabeza como para contener el huracán de locura sangrienta, la furia de asesinato que lo invadía.

Liana abrió los ojos.

Su padre la miró como un loco, mostrándole el vientre descubierto.

En un movimiento instintivo de pudor, se cubrió como pudo, y cruzando las manos dijo :

— Papá, papá, perdón !

El viejo, la miraba sin decir nada, como si pensase cuál forma de muerte debía darle.

Ella continuaba en llorar.

— ¿De quién es? ¿de quién es?

Ella callaba.

— ¿De Claudio?

— Sí, dijo Liana inclinando la cabeza.

— ¡Ah, miserable! gritó el viejo, en su cólera ¡miserable! dijo botándose sobre ella, y cogiéndola del cuello para estrangularla.

— Papá, papá, gimió Liana.

— Nepomuceno, Nepomuceno, no la mate, gritaba doña Asunción prendiéndosele de los brazos.

De un bofetón echó á rodar la madre, y cogiendo á la hija, por los cabellos espléndidos, la sacó fuera del lecho. ¡La arrastró cuasi desnuda por el suelo.

— Ahora, vas á ver lo que yo hago con tu hijo, gritó, cogiendo á puntapiés el vientre de la hija culpable.

— Por Dios, por Dios, papá gritaba ella, ensayando cruzar los brazos para defender su hijo.

La persiguió por toda la pieza, golpeándola sin piedad, hasta que ella cayó desmayada.

Doña Asunción seguía implorándole de rodillas:

— Nepomuceno, Nepomuceno. No la mate.

El verdugo, se encarnizó entonces en una verdadera danza, sobre el cuerpo de su hija.

Y, cosa horrible!

El parto, tuvo lugar bajo sus ojos y bajo sus pies...

Los dolores del alumbramiento volvieron el sentido á Liana.

Abrió los ojos. Pero era ya tarde para salvar su hijo. Don Nepomuceno había cogido al niño, cuasi

informe, y lo estrechaba con furia, por el cuello.

Liana, se alzó furiosa contra su padre y alcanzó á prenderse de las piernas del niño.

Don Nepomuceno, de un golpe, la botó por tierra, y abriendo la puerta del balcón, arrojó el niño fuera. Y, se escuchó en el patio, el ruido del pequeño cuerpo al estrellarse contra las piedras.

La madre dió un rugido, quiso arrastrarse hasta el balcón y quedó inerte sobre el suelo.

. . . . . .

. . . . . .

Afuera, era una noche de luz, maravillosa, un cielo de portento, un sueño de esplendor...

Cantaban las estrellas canciones en la roza.

Las rosas, misteriosas, abrían entre las frondas muy negras y muy hondas, sus cálices de Amor.

Era un epitalamio de rayos y fragancias.

La luna á las estancias entraba rielando, pasaba acariciando de la doliente madre el cuerpo escultural. En tanto que el del niño, yacía afuera estrellado contra las duras piedras, á orillas de un rosal.

Y, Dios, desde los cielos, sereno, contemplaba el cuadro de tristeza, absorto en su grandeza, inerte en su bondad.

¡ El Dios omnipotente ! El Dios omnipresente !

¡ El Dios á quien adora la estulta humanidad !

XXI

Los leones se cazan á la hora del crepúsculo, cuando bajan hacia la fuente, vencidos por la sed.

Era la hora crepuscular del heroísmo...

El gran león bélico, descendía en silencio por la montaña sombría.

Iba hacia lejanos abrevaderos, á apagar su sed inextinguible de batallas y de triunfos.

Claudio Franco, había roto el círculo de hierro, en que lo habían encerrado sus contrarios, y ganando los montes vírgenes, intentaba llegar á los llanos orientales, donde al frente de focos dispersos que aun resistían, pensaba resucitar la rebelión.

Hacía diez días, que con dos ordenanzas y un guía, atravesaba la montaña bravía, abriéndose camino por entre sus laberintos inextricables, tallando senderos en las rocas, vadeando ríos profundos, combatiendo con las fieras del desierto.

Y, esa tarde, habían llegado á una grande altura, á un pico de cerro, que se inclinaba sobre un to-

rrente tormentoso, que se precipitaba en cascada hacia un abismo. Habían hecho alto allí.

Por entre los claros de la arboleda gigantesca y la vegetación opulenta, se alcanzaba á ver, allá abajo, como una mar oleginosa, verde y gris, la llanura oriental, donde los partidarios de Claudio Franco, dispersos en guerrillas, lo aclamaban y lo esperaban, para ir con él, á nuevas batallas á cortar nuevos laureles en las florestas del triunfo.

Y, la visión de la victoria, con sus decoraciones magnificentes, volvió alzarse á los ojos del héroe extenuado y vencido, llamándolo con sus mirajes, allá en el llano infinito, que silueteaba bajo ondas de oro, en el esplendor de un cielo tropical, que se extendía sin límites, como una superposición de firmamentos.

Y, el alma del héroe se llenó de una infinita tristeza, rememorando las injusticias, las calumnias, las infamias de que había sido víctima en esa ascensión penosa en busca de la victoria y de la libertad...

Y, tuvo vergüenza de los hombres por quienes se había sacrificado, vergüenza de su patria, vergüenza de todo...

La multitud había corrido á prosternarse de nuevo, ante sus amos, temblorosa, queriendo hacer olvidar por nuevas bajezas, el instante de rebelión que había tenido.

En medio del gran silencio, todas las frentes se inclinaban ante el hacha del verdugo, que se alzaba en el horizonte como una grande hostia pálida, y caía, cercenando cabezas de vencidos...

El cadalso proyectaba su sombra, como un terrible monstruo de leyenda, sobre la tierra roja de sangre.

La muerte aleataba y descendía, como un siniestro pájaro de presa, sobre las cabezas más altas.

Icaro, monstruoso y terrificante, se mostraba desde su palacio, á la muchedumbre adoratriz y á las turbas de mercenarios, que merodeaban en las ciudades con un fracaso de borrasca. Su cabeza, empenachada de orgullo imbécil, se alzaba con un inmenso gesto de cólera sobre la faz sombría. El chacal no se dulcificaba con el deslumbramiento de la Apoteosis. Quería nuevas víctimas. En el alba engrandeciente de sus triunfos, era inconsolable, porque sus venganzas aun no estaban satisfechas...

Nuevos turiferarios habían venido á aumentar la estallante sinfonía de adulación, que cosquilleaba los oídos del César... Eran los traidores, escapados á los ejércitos vencidos, los delatores urbanos, los enemigos personales de la gloria, los *héroes de la paz*, como ellos se llamaban. Alejandros de la venalidad, legionarios del hartazgo, eran los delatores patentados de ese nuevo Diocleciano. Sus bocas eran inagotables de adulaciones y de denunciaciones, incansables en su viaje vertiginoso hacia la infamia, el vientre contra la tierra, los labios contra las gradas del trono, pedían con voces suplicatorias, el honor de ser aplastados, de ser ungidos, por la planta del amo, que los honraba con la limosna de un desdén misericordioso, inagotable. Ellos eran los perseguidores y los delatores de los héroes...

¿Por qué rara combinación, por qué extraño espíritu de presciencia Claudio Franco pensaba en ellos en ese momento?

Buitres majestuosos y cuervos lúgubres, ennegrecieron el horizonte con vuelos asustados...

Un rumor confuso llenó la selva.

Una descarga, se abatió sobre Claudio Franco y sus tres compañeros.

El guía y un soldado, escaparon hacia la montaña, otro cayó muerto al pie del jefe.

Cuando Claudio se puso en pie, se vió rodeado por todas partes. Eran los mercenarios de César, que llegaban. Hizo uso de su revólver.

Le hicieron una nueva descarga, casi á quema ropa, y herido por dos balas cayó al suelo.

Entonces los legionarios, enviados para eso, lo despedazaron á machetazos.

Vivo aún, lo amarraron á un árbol, y á bayonetazos le vaciaron las entrañas...

Tardo en morir, él los apostrofaba irreductible, desamparado de los hombres en la montaña trágica.

El sacrilegio se unió al crimen. Le desnudaron y ejercieron sobre él, la más impura y cobarde mutilación...

Retorciéndose en la agonía, el héroe ya no hablaba, agonizaba torturado en el gran silencio de la selva.

Lo desataron entonces, le ciñeron la soga al cuello, le prendieron á la rama de un grande árbol, para inclinarlo, ataron la soga á esta rama y la soltaron...

Al erguirse, de nuevo, el árbol, levantó el cuerpo del ahorcado, que dió uno como vuelo, girando en el aire y levantando los pies hacia el cielo. Después, cayó sobre las ramas nudosas y quedó oscilando, como la péndula de un reloj, tocada con furia.

Los asesinos se divirtieron en tirar al blanco sobre ese cuerpo, y lo acribillaron á balazos...

Después, se alejaron, riendo y cantando, por la

montaña estremecida, donde caía la noche, en amplias ondas de silencio, llenando el bosque de deslumbrantes reverberaciones de oro. . . . . .

. . . . . .

El cuerpo del ahorcado, se agitó largo tiempo, como en una convulsión desesperada, luego, fue gradualmente regulando la oscilación, que después de cierto tiempo se hizo casi imperceptible.

La lengua afuera, cuasi despedazada por la contracción de los dientes, los ojos salidos de las órbitas, el cuerpo chorreando sangre, desnudo, en el horror de sus vergonzosas mutilaciones, aquel cadáver pendía lamentable y siniestro, en la luz lívida, que flotaba aún sobre la gran selva, venida de una última irradiación del sol, que había muerto bajo pórticos de ónix, en una marea creciente de nubes incendiadas.

Los cuervos, que habían volado asustados con los giros y estremecimientos de ese cuerpo, lo miraban ahora sin miedo, revoloteando en torno á su quietud.

Abajo, era una charca de sangre y materias viscosas, que rodaban del cuerpo lacerado.

Los cuervos, miraban al ahorcado desde las ramas más vecinas, á veces volaban sobre él, tocándole con el ala la cabeza. Pero lo que los detenía para devorarlo, eran los ojos, los espantosos ojos del muerto, que parecían mirarlos...

Uno, más audaz, se le posó en el hombro, el cadáver se movió al peso y el pájaro voló asustado.

Otro, repitió el ensayo, y quedó quieto sobre el hombro, en la actitud heráldica del pájaro de Minerva, enarcado el cuello, vuelto el pico voraz hacia el rostro del muerto. Y, desafiando la mirada fija de aquel rostro, le picó uno de los ojos protuberantes. El ojo

se reventó. Entonces el pájaro abriendo las alas, apoyando las patas en el cuello de Claudio, introdujo el pico todo en la cavidad y quedó allí aleteando feliz en el hartazgo. Otro lo imitó, y bien pronto los ojos del muerto fueron dos agujeros negros, que parecían llorar dos ríos de sangre.

Los cuervos todos se lanzaron graznando y el cadáver desapareció bajo aquella mortaja negra...

El festín fue largo.

Cuando los cuervos hubieron partido, no quedó sino una masa informe y sanguinolenta, un amas de piltrafas y de huesos de aquel que había sido el soberbio y sublime triunfador.

El silencio en derredor era profundo, turbado solo por el frotamiento de las ramas, y el canto agorero de los pájaros nocturnos.

El cadáver se había hecho quieto, y parecía con sus ojos sin pupilas mirar el cielo, donde á la luz intermitente de una luna triste, se agrupaban nubes negras, en el horizonte tempestuoso, formando extrañas cuadrigas, corceles alados, en que parecían cabalgar guerreros conquistadores y caprichosos, terribles carros de Visión, que semejaban carros de conquistas. . . . . .

De súbito, un gran soplo de viento agitó el árbol donde pendía el ahorcado. La rama en que estaba el cuerpo, crujió, se requesbrajó, se rompió... El muerto cayó sobre unas ramas, de ellas contra la roca, y de la roca rebotó al precipicio donde el torrente mugidor se desplomaba también, como un león con melenas de espuma, pronto á devorarlo.

Y, el cadáver del Gran Paria, desapareció en el abismo, bajo el sudario de encajes que le hacían las

aguas en tumulto, y el cántico apasionado de la selva y los himnos gloriosos de la Noche.

. . . . . .

¡Espartaco había desaparecido!
¡Alarico tardaba en aparecer!

FIN

En Florencia en Septiembre de 1902
En París en Enero de 1903.

ÍNDICE

Capítulo I. 1
Capítulo II. 8
Capítulo III. 39
Capítulo IV 57
Capítulo V. 75
Capítulo VI 99
Capítulo VII. 108
Capítulo VIII 120
Capítulo IX 138
Capítulo X. 148
Capítulo XI. 165
Capítulo XII 171
Capítulo XIII. 183
Capítulo XIV. 201
Capítulo XV. 212
Capítulo XVI. 220
Capítulo XVII 229
Capítulo XVIII. 241
Capítulo XIX. 253
Capítulo XX. 267
Capítulo XXI 273

OBRAS DE VARGAS VILA

Edición de la Librería de la Vda de Ch. Bouret — París.

Publicadas.

Aura (Novela).
Lo Irreparable (Novela).
Emma (Novela).
Copos de Espuma (Cuentos).
Flor del Fango (Novela).
Ibis (Novela).
Las Rosas de la Tarde (Novela).
Alba Roja (Novela).
Los Parias (Novela).
El Alma de los Lirios (Novela).
La Simiente (Novela).
Prosas-Laudes.

Política.

Historia de una Revolución.
La Regeneración.
Siluetas Políticas.
Bajo Vitelio.
Los Providenciales.
Verbo de Admonición y de Combate.
Los Divinos y los Humanos.
Laureles Rojos.

Para prensa.

Palabras de Arte.
Orfebre (Novela).
Nínive.
El Libro de las Desolaciones.
Triptología (Tragedias).

En preparación.

Césares de la Decadencia.
Las Murallas Malditas.
El Alma de la Raza.
Mis Memorias (3 tomos).

---

mingle
chop-suey